

SAALABÍN, *lugar de zorros*, Jos. 19:42, ciudad asignada a Dan, pero poseída durante algún tiempo por los Amorreos. La tribu de Efraín ayudó a someter a estos. Era uno de los departamentos de comisaría en que Salomón había dividido el reino, 1 Rey. 4:9; está ligada con Bet-semes y Elón, y es probable que estuviera situada donde actualmente se halla la ciudad de Selbit, tres millas al noroeste de Yalo o Ajalón.

SAALIM, TIERRA DE, *chacales*, 1 Sam. 9:4, localidad en Efraín, cuya situación no se ha determinado; tal vez la tierra de Sual, 1 Sam. 13:17, en la región de Ofra.

SAARAIM o SARAIM, Jos. 15:36. Dos puertas en un cercado, l., villa en la llanura de Judá, 1 Sam. 17:52. Acaso sus ruinas son las que ahora se llaman Kh. es-Siagh, 13 millas al oeste de Jerusalén, y 2 ½ al este de Bet-semes.

II. Saaraim, la que se halla en la lista de las ciudades de Simeón, 1 Crón. 4:31, es probablemente idéntica con Saruhen, Jos. 19:6, y Silim, Jos. 15:32.

SABACTANI, *¿me has abandonado?* palabra siro-caldea, parte de la exclamación proferida por nuestro Señor en la cruz, Mat. 27:46; toda ella se ha tomado del Sal. 22:1, en donde se usa proféticamente.

SÁBADO, *descanso, cesación*. Habiendo Dios creado el mundo en seis días, descansó el séptimo, Gén. 2:2, 3; esto es, cesó de producir nuevos seres en esta creación; y por haber en este sentido descansado en él, lo bendijo o santificó, y lo señaló de una manera especial para su culto.

Aquí tenemos una relación de la institución original del día de descanso. Del mismo modo que el matrimonio, el Sábado fue instituido para provecho de toda la especie humana. Es de creerse que los adoradores de Dios guardaron el sábado desde un principio; y hay indicios de ello en el breve bosquejo que la Biblia contiene de los siglos que precedieron a la promulgación de la ley en el Sinaí. Noé envió el cuervo y la paloma del arca tres veces, con intervalos de siete días, Gén. 8. La relación del envío del maná en el desierto, deja conocer que el Sábado ya era conocido y santificado, aunque tal vez se descuidó mucho su observancia durante el tiempo de la servidumbre de los Israelitas en Egipto, Exod. 16:5, 22-30. La división del tiempo en semanas había sido establecida en la Mesopotamia y la Arabia, Gén. 29:27; y se han hallado indicios de ella en muchas naciones de la antigüedad, tan remotas entre sí, y de un origen tan diverso, que no puede creerse que la recibieran del Sinaí o de los Hebreos.

Inscripciones asirias y caldeas de una fecha anterior al tiempo de Moisés, hacen referencia a la semana de siete días, y al séptimo día como día de descanso, en el cual era ilícito para el común de las gentes el trabajar, y lo era para el rey salir en carro o desempeñar funciones especiales.

Al prescribir de nuevo en el monte Sinaí la observancia del Sábado, y al incorporar ese precepto de la ley moral, tampoco se tuvo en mira sólo a los Israelitas, sino a todos aquellos que recibiesen la palabra de Dios, y finalmente, a toda la humanidad. Cristo y sus apóstoles nunca hablaron del decálogo sino como de una obligación permanente y universal. “El Sábado fue hecho para el hombre.” El cuarto mandamiento es tan obligatorio como el tercero y el quinto. Ciertas adiciones que se le hicieron con especificaciones y penas, fueron parte de la ley mosaica civil, y no están vigentes en la actualidad, Exod. 31:14; Núm. 15:32-36. En el día sábado los sacerdotes y Levitas, como ministros del templo, entraban por una semana, y los que habían servido la semana precedente, salían, 2 Rey. 11:5-7. Se colocaban en la mesa de oro nuevos panes de la proposición, y se quitaban los antiguos, Lev. 24:8. También en ese día se ofrecían sacrificios particulares de corderos como holocaustos, con vino y harina, Núm. 28:9, 10. El sábado era celebrado, como las otras festividades, de noche a noche. El sábado era observado como día

de descanso, de culto divino, de instrucción religiosa, y de regocijos sagrados y sociales, 2 Rey. 4:23; Neh. 8:9-12; Sal. 92; 118:24; Ose. 2:11. Era una de las señales del pacto que Dios había hecho con Israel, Exod. 31:13-17. Los profetas censuraban a los que lo profanaban, y bendecían a los que lo observaban con fidelidad, Isa. 56:1-7; 58:13, 14; Jer. 17:21-27; Ezeq. 20:12-24. Después de la vuelta del cautiverio, los judíos ajustaron de nuevo en un pacto para guardarlo, Neh. 10:31. Bajo el gobierno de Antíoco Epífanés, la profanación del Sábado fue una de las señales distintivas de apostasía con tendencias al gentilismo, 1 Mac. 1:11-15, 39-45. En el tiempo de nuestro Señor, el servilismo a la letra de la ley por parte de los Fariseos había hecho oneroso el sábado a causa de los reglamentos minuciosos y hasta absurdos relativos a su observancia, tales como la prohibición de andar sobre la yerba, porque tal acto sería como ejecutar una especie de trilla. Nuestro Salvador protestó contra semejantes disposiciones humanas, sosteniendo que era lícito practicar obras de necesidad y misericordia en día Sábado; y a la vez observó dicho día en conformidad con el verdadero espíritu de la ley.

La principal obligación que la ley prescribe respecto del Sábado es la de santificarlo, Exod. 20:8; Deut. 5:12: “Acuérdate del día Sábado para santificarlo.” Se santifica por medio de obras necesarias de caridad y por el ofrecimiento de oraciones, de alabanzas y de acciones de gracias; por medio del culto público y privado tributado a Dios; por medio del estudio de la palabra divina; con la tranquilidad de espíritu, y por medio de la meditación moral y religiosa en cuanto a los deberes de la vida y la esperanza de la inmortalidad. El otro requisito de la ley es el descanso: “No harás ninguna obra,” Exod. 23:12; Lev. 23:3. Los negocios ordinarios de la vida han de hacerse a un lado enteramente, tanto en obsequio de la salud corporal y mental, como (y esto es lo principal) para poder emplear en asuntos religiosos, con sosiego y sin interrupción, las horas sagradas. El espíritu de la ley claramente prohíbe el empleo del día para objetos mundanos, tales como diversiones, viajes, etc., haciendo lo cual se deja de guardar el día santamente, o se impide que otros lo guarden.

El Sábado Cristiano, es decir, el Domingo o día del Señor, reemplaza el día original de descanso establecido en el jardín del Edén, y prescrito de nuevo en el Sinaí, sin aquellos requisitos que eran peculiares al régimen establecido por el Antiguo Testamento, pero con toda su fuerza moral original, y con las nuevas sanciones del cristianismo. Conmemora no sólo la creación del mundo, sino un acontecimiento todavía mayor, cual es la consumación de la obra de la expiación, con la resurrección de Cristo, emancipación mayor aunque la que obtuvo Israel del cautiverio de Egipto, Deut. 5:15; y como Cristo resucitó de entre los muertos el día siguiente al del Sábado judío, ese día ha sido guardado por los Cristianos desde entonces. Este cambio parece haber sido hecho al punto, y como se cree generalmente, bajo la dirección del “Señor del Sábado.” En el mismo día primero de la semana apareció Jesús entre sus discípulos, que estaban juntos; y el domingo siguiente, estuvo de nuevo con ellos y se reveló a Tomás, Juan 20:19-29. Se refiere tradicionalmente, y con probabilidad según se cree, que el día de Pentecostés fue el primero de la semana, Hech. 2. De lo dicho en 1 Cor. 11:20; 14:23, 40, se prescribe claramente que los discípulos en todas partes estaban acostumbrados a reunirse regularmente en ese día para celebrar su culto y la Cena del Señor. En 1 Cor. 16:2, el apóstol liga con el primer día de la semana un acto que era parte del culto religioso, a saber, la separación periódica para obras de caridad, de una debida proporción de los bienes del Cristiano; y en Hech. 20:6-11, se nos dice como los Cristianos en Troas se habían reunido en el primer día, para participar de la cena, y recibir instrucción religiosa. Juan guardó ese día con especial solemnidad, Apoc. 1: 10; y ya por aquel tiempo había recibido el nombre de Domingo o “día del Señor,” que ha conservado desde entonces. Por algún tiempo, algunos de los discípulos que eran judíos observaban también el sábado; pero no exigían su observancia, ni la de ninguna otra fiesta de la ley mosaica, a los gentiles conversos, ni tampoco a los demás judíos. Col. 2:16. Los primitivos Padres cristianos hacen referencia al primer día de la semana como al que había sido señalado para el culto; y al cambio del día de descanso a éste, con motivo de la resurrección del

Salvador. Plinio el menor, que fue procónsul del Ponto cerca del fin del primer siglo, en una carta que dirige al emperador Trajano, manifiesta que los cristianos “acostumbraban” reunirse en un día determinado, antes que amaneciera, y repetir un himno a Cristo, como Dios; obligándose por medio de un solemne compromiso, a no cometer maldad ninguna, etc. Ignacio, un discípulo de Juan que escribió por el año 100 A. D., pone en contraste el judaísmo con el cristianismo, y como ejemplo de este contraste habla del sábado judío como abolido, e indica que el primer día de la semana lo había reemplazado. Justino Mártir, en el segundo siglo, observa: “En el día del Señor, todos los Cristianos de la ciudad o del campo se reúnen, porque ese día es el de la resurrección de nuestro Señor; y entonces leemos los escritos de los apóstoles y los profetas: una vez hecho esto, la persona que preside dirige una alocución a los individuos de la congregación, exhortándolos a imitar y a practicar las cosas que han oído; en seguida, nos reunimos en oración, y después de ella celebramos el sacramento. Después los que pueden y quieren, dan lo que estiman conveniente, y lo colectado se pone en manos del funcionario principal, quien lo distribuye entre los huérfanos y las viudas y otros cristianos necesitados, según lo exijan sus necesidades.” Véase 1 Cor. 16:2.

Bajo el gobierno de Constantino, el primer emperador cristiano de Roma, el día del Señor o Domingo, fue civilmente reconocido por primera vez por un edicto expedido el año 321 A. D., exigiéndose cierto grado de abstinencia de trabajo en ese día. El mandamiento relativo a la observancia del día de descanso merece ocupar el lugar que tiene en el decálogo; se adapta a las necesidades de la naturaleza física, intelectual y espiritual del hombre; y su observancia es de importancia fundamental para la sociedad, la cual sin ella caería pronto en la ignorancia, el vicio y la impiedad. Su existencia misma en la tierra por ordenanza de Dios, prueba que existe un Sábado eterno en el cielo, del cual el descanso bendito del día de Dios es prenda segura, dada a aquellos que debidamente lo observan, Heb. 4:9.

“El segundo Sábado después del primero,” en griego “segundo Sábado del primero,” Luc. 6:1, se explica por algunos como “el primer Sábado después del segundo día de la pascua.” Véase Pascua. Otros lo interpretan como el primer sábado del segundo año del siglo sabático de siete años. La preparación del Sábado se hacía el viernes anterior, porque como estaba prohibido hacer lumbre, cocer pan o condimentar manjares en el Sábado, la gente se proveía en el día sexto de todas las cosas necesarias para su manutención en el Sábado, Mat. 27:62; Mar. 15:42; Juan 19:14; 31:42.

El término Sábado se aplicaba a otros días y tiempos santificados de un modo semejante, Lev. 19:3, 30; 23:24, 38, 39; 25:4. En el original griego del Nuevo Testamento, esta palabra designa algunas veces, una semana contada de Sábado a Sábado, Mat. 28:1; Mar. 16:2. En Lam. 1:7, por “Sábados,” debiera leerse “calamidades” o “ruinas.”

Con respecto a la expresión, “el camino de un Sábado,” véanse Camino, Medidas.

SÁBANAS, Jue. 14:12 (algunas versiones antiguas), probablemente la ropa interior.

SABEOS. Esta palabra representa dos pueblos distintos, que, en conformidad con el original hebreo, podrían haber sido llamados más propiamente Sebéanos y Shebeanos.

I. El primer nombre denota los habitantes del país llamado Seba. Este parece que fue la gran isla, o más bien península, de Meroé, en la Etiopía Septentrional o Nubia, formada entre el Nilo y el Astarobas, ahora Atbara. En esta península se hallaba una ciudad del mismo nombre, cuyo sitio puede ser indicado por ruinas visibles todavía, 20 millas al noreste de la moderna Shendy. Meroé era ciudad de sacerdotes

cuyo origen se pierde en la más remota antigüedad. El monarca era escogido por los sacerdotes, de entre ellos mismos, y el gobierno era enteramente teocrático, siendo manejado por los sacerdotes según el oráculo de Júpiter Ammóu. Esta era la Seba de los Hebreos, según Josefo, quien refiere al mismo tiempo que fue conquistada por Cainbises, y recibió de él el nombre de Meroé que era el de su hermana. Con esta relación están de acuerdo las noticias que de Seba y sus habitantes se dan en la Escritura. En Gén. 10:7, se dice que su fundador fue hijo de Cus, el progenitor de los Etiópes. En Isa. 43:3 y Sal. 72:10, se menciona Seba como un país lejano y rico; en el primer pasaje está relacionada con Egipto y Etiopía, siendo Meroé una de las más importantes ciudades comerciales del interior del África.

Heródoto describe estos Sabeos como hombres de un tamaño extraordinario, comp. Isa. 45:14. Una rama de esta familia se cree que se estableció cerca de la parte septentrional del Golfo Pérsico; y los Sabeos mencionados en Job 1:15 eran probablemente Cusitas. Véanse Cus y Raama.

II. Los habitantes del país llamado propiamente Sheba. La Seba de las Escrituras llamada así en lugar de Sheba, en Gén. 10:28; 1 Crón. 1:22, parece que es la Seba de Strabo, situada hacia la parte meridional de la Arabia, a corta distancia del Mar Rojo, cuya capital era Mariaba o Mareb. Esta región, llamada también Yemen, fue probablemente poblada por Seba el hijo de Joctán, de la raza de Sem, Gén. 10:28; 1 Crón. 1:22. La reina de Seba que visitó a Salomón, 1 Rey. 10; 2 Crón. 9; Mat. 12:42, y le ofreció presentes de oro, marfil y costosas especias, era probablemente la señora de esta región; a la verdad los Sabeos se habían hecho célebres también entre los Griegos por su importante comercio en estos mismos productos. Job 6:19; Isa. 60:6; Jer. 6:20; Ezeq. 27:22; 38:13; Sal. 72:10, 15; Joel 3:8. La tradición de esta visita de la reina de Seba a Salomón se ha conservado entre los Árabes, quienes la llaman Balkis, y afirman que llegó a ser esposa de Salomón.

Además del Seba joctanita, se mencionan otros dos del mismo nombre en la Biblia: (1) Un hijo de Joksán, y nieto de Abraham y de Cetura, Gén. 25:3. (2) Un nieto de Cus, Gén. 10:7. Es posible que los descendientes del Seba Cusita hayan tenido su residencia en África; pero la cuestión relativa a estos dos Sebas es oscura y difícil de resolver. Los reyes de Seba y de Sheba, se mencionan ambos en la misma profecía, Sal. 72:10, diciendo que irían a poner sus presentes a los pies de Cristo. En Ezeq. 23:42, en vez de "Sabeos," sería preferible que se tradujera "beodos."

SABIDURÍA y SABIO en las Sagradas Escrituras, son voces que tienen gran variedad de significados, que el contexto de la locación en que se hallan indica por lo general. Pueden denotar simplemente astucia, como se ve al hablarse de Jonadab y de Joab, 2 Sam. 13 y 14; habilidad práctica, como en Exod. 31:3, 6; sagacidad en los negocios, como en Job 12:2, 12; discernimiento y saber, como el de Salomón, 1 Rey. 3:28; 4:29-34; cuidado prudente respecto de los intereses propios, como en Prov. 14:8; ciencia mágica, como en Gén. 41:8; Dan. 2:2; el saber y la filosofía de los ateos, como en 1 Cor. 1:20; 3:19-21; 2 Cor. 1:12; o el conocimiento de la verdad, como en Hech. 6:10; Efes. 1:17; Col. 1:9, 28; 2 Tim. 3:15. Mas la verdadera sabiduría principia por dar a Dios el lugar más prominente en la mente, el corazón y la vida, Prov. 9:10; Ecles. 12:11, y aun un niño inexperto que haya aprendido a amar a Dios con todo su corazón, y a su prójimo como a sí mismo, es más sabio en realidad de verdad, que el más sagaz de los hombres no convertidos, Sant. 1:3; 3:13-17.

En el capítulo VIII de los Proverbios, se personifica la sabiduría divina y se describe admirablemente, de manera que muchos de sus pasajes podrían ser fácilmente aplicados a Cristo, "el Creador del mundo," Heb. 1:2, 10, y "la sabiduría de Dios" 1 Cor. 1:24.

El libro apócrifo de “la Sabiduría,” o “la Sabiduría de Salomón,” obra de algún Judío helenista de Alejandría, escrita un siglo o más antes de Cristo, ha llegado hasta nosotros en el original griego y en varias traducciones; mas nunca existió en hebreo, ni formó parte de las Escrituras judías, si bien ha sido adoptado por la Iglesia de Roma. Este libro ensalza la sabiduría divina por sus cualidades intrínsecas y los excelentes frutos que ha producido en el pasado, y contiene muchos pensamientos elevados; pero a la vez se hallan en él muchos pasajes que no están en armonía con el tenor de las Escrituras inspiradas.

SABOR y OLOR, aquellas cualidades de los objetos que se perciben por los sentidos del olfato o del gusto, Mat. 5:13. Olor se usa también en el sentido de reputación. Exod. 5:21. Compare Gén. 34:30. Los sacrificios de Noé y el de Cristo fueron aceptables ante Dios, como el olor de un delicado incienso lo es a un hombre, Gén. 8:21; Efes. 5:2. El olor principal de la enseñanza de los apóstoles era Cristo crucificado; y esta enseñanza era bien recibida por algunos para la vida eterna, y rechazada por otros para más grave condenación, 2 Cor. 2:15, 16.

SABTECA o SABTA, hijos de Cus, Gén. 10:7. No puede decirse si se establecieron en África, en Arabia o en el sudeste del Asia.

SACERDOTE, título dado al que oficiaba en el culto público de Dios, especialmente en hacer expiación por el pecado. Era “ordenado para provecho de los hombres en cosas pertenecientes a Dios, para ofrecer tanto dones como sacrificios por los pecados.” El sacerdocio no vino a ser carrera de una familia determinada sino hasta después de la promulgación de la ley por Moisés. Antes de aquel tiempo el primogénito de cada familia, los padres, los príncipes, los reyes, eran sacerdotes en sus propias ciudades y en sus propias habitaciones. Caín y Abel, Noé, Abraham y Job, Abimelec y Labán, Isaac y Jacob, ofrecían personalmente sus propios sacrificios. En la solemnidad de la alianza hecha por el Señor con su pueblo al pie del monte Sinaí, Moisés desempeñó el cargo de Mediador, y se escogieron jóvenes de entre Israel para llenar las funciones de sacerdotes, Exod. 24:5. Pero después de que el Señor escogió la tribu de Leví para que le sirviera en su tabernáculo, y el sacerdocio se anexó a la familia de Aarón, el derecho de ofrecer sacrificios y oblationes a Dios fue reservado a los sacerdotes de esta familia, Núm. 16:40. El castigo de Uzías, rey de Judá, es bien conocido. Habiendo osado ofrecer incienso al Señor, fue repentinamente herido de lepra, 2 Crón. 26:19. Véase también el caso de Saúl, 1 Sam. 13:7-14. Sin embargo, parece que, en ciertas ocasiones, los profetas hebreos ofrecían sacrificios al Señor, especialmente antes de que se hubiera fijado en Jerusalén un lugar de culto constante. Véase 1 Sam. 7:9, en donde se ve que Samuel, que no era sacerdote, ofreció un cordero como holocausto al Señor. Véase también 1 Sam. 9:13; 16:5; 1 Rey. 18:31, 33. Habiéndose reservado para sí el Señor a los primogénitos de Israel por haberlos librado del ángel destructor en Egipto, por vía de permuta y compensación aceptó la tribu de Leví para el servicio del tabernáculo. Núm. 3:41. Así toda la tribu de Leví fue designada para el ministerio sagrado, pero no todos sus miembros de la misma manera; porque de los tres hijos de Leví, Gerson, Coat y Merari, cabezas de las tres grandes familias, el Señor escogió a la familia de Coat, y de entre ésta, a la casa de Aarón para que ejerciera las funciones del sacerdocio. Todo el resto de la familia de Coat, aun los hijos de Moisés y su descendencia, permanecieron entre los Levitas.

El sumo sacerdote, que heredaba su cargo como hijo mayor, estaba a la cabeza de todos los asuntos religiosos, y era el juez ordinario de todas las dificultades que con relación a ellos se suscitasen; y aun de otras de un carácter distinto y más general, por estar a la cabeza de todos los sacerdotes por quienes la justicia de la nación hebrea era administrada, Deut. 17:8-12; 19:17; 21:5; 33:8, 10; Ezeq. 44:24. Solo él tenía el privilegio de entrar al santuario una vez al año, en el día de expiación solemne, para hacer expiación por los pecados de todo el pueblo, Lev. 16:2, etc. El sacerdote tenía que estar exento de

defectos corporales. En general, ningún sacerdote que tuviese tales defectos podía ofrecer sacrificios o entrar al lugar santo a presentar el pan de la proposición; pero a los tales se les había de mantener con los sacrificios ofrecidos en el tabernáculo, Lev. 21:17-22. Los sacerdotes recibían también un diezmo de los Levitas, Núm. 18:28.

Dios concedía al sumo sacerdote el oráculo de su verdad, de manera que cuando estaba revestido de las vestiduras propias de su cargo, y del Urim y Tumim, Dios contestaba las preguntas que se le hacían, y le descorría el velo de las cosas secretas y futuras. Podía casarse solamente con una virgen de su propio pueblo, Lev. 21:13, 14. No le era permitido contraer matrimonio ni aun con la viuda de un sacerdote. Tampoco le era permitido hacer manifestaciones de duelo con motivo de la muerte de alguno de sus parientes, ni aun de la de su padre o de su madre, o entrar a un lugar en donde estuviera tendido un cadáver, para no contraer o exponerse a contraer contaminación, Lev. 21:10-12. En cuanto al duelo de los sacerdotes subalternos, las reglas eran menos estrictas.

Los sacerdotes servían en persona en el altar. Mataban y aderezaban los sacrificios públicos, o por lo menos hacían que los Levitas lo ejecutasen bajo su dirección. Los que presentaban ofrendas en lo privado, mataban sus propias víctimas, salvo los casos en que las ofrendas eran tórtolas o pichones. Lev. 1. Pero todas las ofrendas hechas sobre el altar, incluyendo el rociamiento de sangre, eran exclusivamente de la incumbencia de los sacerdotes. Mantenían un fuego perpetuo en el altar de los holocaustos, y en las lámparas de oro del santuario; amasaban los panes de la proposición, los cocían, los ofrecían en la mesa de oro del lugar santo, y los cambiaban todos los Sábados. Compare Exod. 28; 29; Lev. 8. Les estaba prohibido beber vino durante el tiempo en que les tocaba ministrar, Lev. 10:9.

En el tiempo de David se hizo una división de los sacerdotes en 24 ordenes, y cada una de ellas servía a su turno durante una semana, 1 Crón. 24:1-19; 2 Crón. 23:18.

Durante la cautividad, este arreglo debió de sufrir algún trastorno, Esd. 2:36-39; Neh. 7:39-42. Cada día, a noche y a mañana, el sacerdote designado por suerte al principio de la semana, llevaba al santuario un incensario de humeante incienso, y lo colocaba en el altar de oro, llamado también el altar del incienso, Luc. 1:9.

La vestidura sagrada del sacerdote consistía en los siguientes artículos: calzones cortos de lino; túnica ajustada, de lino fino, tejida en figuras cuadradas o de la forma de un diamante, "bordada," que llegara hasta los pies, y provista de mangas; cinturón de lino fino, entretejido de azul, púrpura y escarlata, Ex. 28; 39. También se dice que los sacerdotes usaban éfodos sencillos de lino, 1 Sam. 22:18; y bonetes o turbantes también, de lino fino, en muchos dobleces. Los sacerdotes oficiaban siempre con los pies descalzos. El sumo sacerdote usaba casi la misma vestidura que los sacerdotes, y cuatro artículos más, a saber: una túnica exterior, llamada la túnica del efod, tejida en una sola pieza, de color azul, con un ribete ornamentado al rededor del cuello, y un fleco en la parte inferior hecho de granadas y campanillas de oro; un efod azul, púrpura, y escarlata, hecho de lino fino con hilos de oro entretejidos, el cual le cubría el cuerpo desde el cuello hasta los muslos, teniendo presillas sujetas a los hombros por medio de broches de oro, en que estaban engastados ónices grabados con los nombres de las doce tribus de Israel; y también un cinturón de lino fino tejido de azul, púrpura, escarlata y oro; un pectoral atado por sus cuatro ángulos al efod, y que así mismo tenía los nombres de las doce tribus en doce piedras preciosas; y la mitra, especie de turbante alto y ornamentado, que tenía en el frente una plancha de oro con la inscripción "Santidad al Señor." Ni él ni los sacerdotes llevaban sus sagradas vestiduras fuera del templo, como se infiere de Ezeq. 42:14; 47:17-19; Hech. 23:5.

El Señor no dio tierras como herencia a la tribu de Leví en la tierra prometida. Fue su designio que los Levitas se sostuviesen de los diezmos, Núm. 18:26-28; Deut. 14:28; 26:12, de las primicias, de las ofrendas hechas en el santuario, y de la parte que les correspondía de las víctimas ofrecidas en el santuario por el pecado y en acción de gracias, y de las cuales se les destinaban ciertas porciones. En los sacrificios de las paces, les correspondían la espalda y el pecho, Lev. 7:33, 34; de la víctima de expiación quemaban en el altar el sebo que cubre los intestinos, el hígado y los riñones—el resto era para ellos, Lev. 7:6, 10. También eran para ellos las pieles o vellones de las víctimas. Cuando un Israelita sacrificaba un animal para su propio uso, tenía que darle al sacerdote la espalda, el cuajar y las quijadas, Deut. 18:3. El sacerdote recibía también parte de la lana cuando las ovejas eran trasquiladas, Deut. 18:4. Así, aunque los descendientes de Leví no tenían tierras o heredades, sus necesidades temporales eran medianamente atendidas. Dios les proveyó de casas y comodidades designándoles 48 ciudades para su residencia, Núm. 35:1-8. En los sitios de estas ciudades, poseían un área que se extendía mil codos fuera de los muros. De estas 48 ciudades, seis estaban señaladas como ciudades de refugio para los que hubieran cometido homicidio casual o involuntario. Los sacerdotes tenían 13 de estas ciudades; las otras pertenecían a los Levitas, Jos. 21:10-19.

Además de ocuparse de lo relativo a los sacrificios y al servicio del templo, los sacerdotes se ocupaban en dar instrucción al pueblo, y en decidir sobre las controversias; en examinar las varias clases de lepra, las causas de divorcio, las aguas del cielo, los votos, las causas relativas a la ley, la contaminación, etc. Ellos también bendecían públicamente al pueblo en el nombre del Señor. En tiempo de guerra tenían el deber de llevar el arca de la alianza, de consultar al Señor, de tocar las trompetas santas, y de animar al ejército, Núm. 10:8, 9; Deut. 20:2; 2 Crón. 13:10-12, 14.

Después de la división del reino bajo el gobierno de Jeroboam, 975 A. C., los verdaderos sacerdotes aarónicos y los Levitas dejaron los dominios de Jeroboam, que estableció un sacerdocio idólatra, y se establecieron en el reino de Judá, 1 Reyes 12:26-32; 13:33; 2 Crón. 11:13-15; 13:9. Los príncipes de los sacerdotes mencionados en los Evangelios y los Hechos, eran cabezas de las órdenes, y ex-sumos sacerdotes, pues el sumo sacerdocio no era ya en aquel tiempo dignidad vitalicia—se obtenía por nombramiento y estaba sujeto a frecuentes cambios.

El sumo sacerdocio de Cristo es la substancia y la realidad del cual el de los Israelitas no era más que una sombra y figura. Cristo, el eterno sacerdote según el orden de Melquisedec, existe para siempre, como Pablo lo observa; mientras que los sacerdotes según el orden de Aarón eran mortales, y de consiguiente no podían subsistir por largo tiempo, Heb. 7. El Señor, para expresar a los Hebreos cuán grandes favores les conferiría él, les dijo que los haría reyes y sacerdotes, Exod. 19:6; y Pedro repite esta promesa a los cristianos, o más bien, les dice que ellos son en verdad lo que Moisés prometió a Israel, 1 Ped. 2:5, 9. Véase también Apoc. 1:6. En un sentido importante, todo cristiano se ofrece en sacrificio espiritual, “aceptable a Dios por Jesucristo;” pero en la iglesia cristiana no hay sacerdotes para hacer expiación por el pecado por medio de sacrificio, si no es Cristo solamente; quien “por su propia sangre entró una vez en el santuario, habiendo obtenido redención eterna” para todos que en él creyeren, Heb. 9:11-26.

SACO, SACO DE CILICIO, Saco es una palabra netamente hebrea, y se ha extendido a muchas lenguas modernas. Saco de cilicio es una tela basta y oscura, hecha de pelo de camello o de cabra, Apoc. 6:12. Se usaba para sacos o costales, Gén. 42:25; y las vestiduras ásperas hechas de dicha tela se llevaban como señal de duelo o penitencia, algunas veces pegadas al cutis, y otras en lugar de las vestiduras exteriores, Gén. 37:34; 2 Sam. 3:31; 1 Rey. 21:27; 2 Rey. 6:30; Jonás 3:6; Mat. 11:21. Los profetas estaban a menudo vestidos de sacos de silicio, Isa. 20:2; Zac. 13:4; Mat. 3:4; Apoc. 11:3. En tiempos de regocijo, o

al recibir buenas noticias, los que llevaban puestos sacos de silicio se los quitaban y volvían a usar sus vestiduras acostumbradas, Sal. 30:11.

SACRIFICIO, ofrecimiento hecho a Dios de algún presente, especialmente de un animal que se mataba, como confesión de culpa y expiación por el pecado, como grato reconocimiento de la autoridad y bondad de Dios, como medio de asegurar su favor, o prenda de la consagración que de sí mismo hacia el donante al servicio de Dios. Fuera lo que fuese lo que así se ofrecía al Señor, le había sido primero concedido al donante por él, 1 Crón. 29:14. La prevalencia universal de los sacrificios da testimonio del sentimiento universal que el hombre tenía de su culpa, y de su alejamiento de Dios. Se cree que después de la caída, Jehová mismo designó los sacrificios de animales, de la primera matanza de los cuales hallamos indicaciones en la vestidura de Adán y Eva, Gén. 3:21; comp. 2:17. Al principio los sacrificios se ofrecían por los mismos individuos que los presentaban, como lo hicieron Caín y Abel; después del diluvio, por las cabezas de familias o tribus, como Noé, Melquisedec, Isaac, Jacob y Job. Por ser prerrogativa del primogénito el ofrecimiento de los sacrificios, fue este por la ley mosaica el cargo encomendado a Aarón y sus descendientes. El ofrecimiento de sacrificios tenía relación con el pacto que Dios había celebrado con Noé, Gén. 8:20 a 9:17, con Abraham, Gén. 15:9-21, y con Israel en el Sinaí, Exod. 24:4-8, prefigurándose así la ratificación de su pacto de eterna salvación por medio del sacrificio de Cristo, Heb. 9:13-20; 13:20. La idea de la salvación de uno condenado a muerte, por medio de una muerte vicaria, enseñada en la sustitución del carnero por Isaac, Gén. 22:13; y la idea de la necesidad de la expiación del pecado por la sangre para celebrar pacto con Dios, fueron acentuadas con los sacrificios con que se inauguró el período mosaico; con la matanza de las víctimas de la pascua, Exod. 12:3-13, y con los sacrificios de Exod. 24:4-8. La ley dada en el Sinaí, prescribía quienes habían de ofrecer el sacrificio, Exod. 28:1; Lev. 21:16-23; 22:25; el lugar del sacrificio que era el altar designado por Dios, primero en el tabernáculo, y después en el templo, Lev. 17:1-9; Deut. 12:5-18, y el tiempo, métodos, y clases de sacrificios. En algunas ocasiones especiales, los sacrificios eran ofrecidos con la sanción divina, de un modo distinto al que la ley prescribía, Jue. 2:5; 6:25,26; 13:19, 20; 1 Sam. 7:17. Las limitaciones divinas del sacrificio daban énfasis a la verdad de que fue Dios mismo quien proveyó el modo de acercarse a él; y las excepciones que solía hacer ejemplaban el hecho de que él ejercía soberanía sobre su propia ley y gracia, y enseñaban que no había virtud intrínseca ni en las personas ni en el lugar designados por la ley. Los sacrificios humanos estaban estrictamente prohibidos, Lev. 20:2; Deut. 12:31.

La ley prescribía el ofrecimiento periódico de ciertos sacrificios nacionales, así: diariamente, Núm. 28:2-8; semanariamente, vers. 9, 10; mensualmente, vers. 11-15; y anualmente, vers. 16 a 29:39. Los últimos tenían relación con las tres grandes fiestas, y el gran día de expiación; y también ordenaba qué era necesario hacer para las manifestaciones de penitencia, devoción y alabanza, hechas voluntariamente algunas veces por parte de los individuos. El término general dado al sacrificio, era el de “ofrenda encendida hecha a Jehová” Núm. 15:3, 13.

Los sacrificios prescritos en la ley eran tanto cruentos como incruentos, tomados de los reinos animal y vegetal, que representaban las más valiosas posesiones del pueblo, su sustento y por lo tanto su vida misma. Los animales ofrecidos tenían que ser sin mancha—para significar la justicia y la santidad perfectas exigidas por Dios, y consistían en animales de ganado vacuno, lanar y cabrío, en tórtolas, pichones, y otras pequeñas aves limpias. Los sacrificios cruentos o sangrientos eran los holocaustos, los sacrificios de paces, y los sacrificios por el pecado, y de expiación por las culpas. Los sacrificios incruentos o sin sangre eran la ofrenda de presente; la de libación o derramadura, de incienso, y las primicias de los frutos en general.

I. El holocausto se llamaba en hebreo *olah*, lo que sube, esto es, en llama y humo; y en griego, holocausto, quemado enteramente, Heb. 10:8. Esta especie de sacrificio era muy antiguo, Gén. 8:20. Bajo el régimen de la ley mosaica se ofrecía dos veces al día, era doble en el Sábado, y estaba prescrito para otros días o temporadas sagradas prescritas en el ritual, y para numerosos casos eventuales. Los sacrificios nacionales diarios consistían en dos corderos, uno ofrecido a la salida del sol, después de la ofrenda matutina de incienso, Exod. 30:7, 8; y el otro al declinar el día antes de la ofrenda vespertina de incienso, Exod. 29:38-42; Núm. 28:3-8. Estos sacrificios eran quemados a fuego lento para que permanecieran ardiendo el mayor tiempo posible, Lev. 6:8-13. Con cada uno se ofrecía un sacrificio de presente de harina y aceite, y una libación de vino. El holocausto voluntario podía ser un becerro, un cordero, un cabrito, una tórtola, o un pichón, Lev. 1. Si era becerro o cordero, el que lo ofrecía lo llevaba al atrio del altar y allí le ponía la mano en la cabeza, para significar que aquella víctima era su sustituto. Luego se le daba muerte; se rociaba su sangre por el sacerdote sobre el altar, se le desollaba dándosele la piel al sacerdote que oficiaba, Lev. 7:8; era dividido en piezas que el sacerdote ponía sobre el altar, lavándosele previamente las entrañas y las piernas; y todo junto era quemado. Cada ofrenda encendida, u holocausto, entrañaba un reconocimiento general del pecado nacional o individual, que era típicamente expiado por su sangre, Lev. 17:11; era un tipo de la completa abnegación de Cristo a favor del pecador, y de lo perfecto de su expiación, Juan 1:29; Efes. 5:2; Heb. 10:4-10. Simbolizaba también la austera sumisión del que lo ofrecía al Señor.

II. El sacrificio de las paces, Exod. 24:5; Lev. 3; 7:11-34, era eucarístico, votivo o voluntario. Era un macho o una hembra del ganado vacuno o del lanar. Su sangre era rociada en el altar en expiación del pecado. El sebo interior, los riñones, el redazo, y la cola, si la víctima era una oveja, se quemaban en el altar. El pecho y la espaldilla derecha se reservaban para los sacerdotes, y estas piezas, juntamente con las que tenían que quemarse, se colocaban en las manos del que lo ofrecía, y sostenido y dirigido por el sacerdote, las ondeaba de lado a lado, o levantaba en lo alto ante el Señor. El que lo ofrecía y su familia o sus amigos, si estaban ceremonialmente limpios, se comían el resto de la carne en el mismo día, si la ofrenda se presentaba en acción de gracias; en el primero y segundo día, si era ofrenda votiva o voluntaria. Lo que quedaba en el tercer día debía ser quemado. Una ligera excepción al requisito de perfección se hacía en la ofrenda voluntaria, Lev. 22:23. La significación especial del sacrificio de las paces era la de amistad con Dios, y santa comunión con él, sus ministros y su pueblo. Los sacrificios de las paces eran prescritos para ciertas ocasiones, Exod. 29:28; Núm. 6:14; 7:17, una de las cuales era la fiesta nacional de las primicias de los frutos que se celebraba anualmente, Lev. 23:19; Deut. 16:9-11. Fuera de esos casos eran discrecionales.

III. La ofrenda por el pecado y la de expiación por las culpas fueron introducidas por la ley mosaica. Estaban las dos estrechamente relacionadas, y con todo, podían distinguirse con claridad: la ofrenda por el pecado era más general y comprensiva, y más solemne en su ritual. (1.) Las ocasiones ordinarias para las cuales estaba prescrita la ofrenda nacional por el pecado, eran el primer día de cada mes, Núm. 28:11-15; todos los días de la fiesta de la pascua, vers. 22, 24; la fiesta de las primicias, vers. 26-30; de las trompetas, Núm. 29:1, 5; todos los días de la fiesta de los tabernáculos, vers. 12-38; y el día de expiación para el cual se había designado también una ofrenda especial por el pecado, en beneficio del sumo sacerdote, vers. 7, 11; Lev. 16:3-28. La ofrenda por el pecado, así como la de expiación por la culpa, se había prescrito para los casos de ofensas particulares contra la ley, ya moral o ceremonial, cometidas por "ignorancia" (o más bien por negligencia o fragilidad), o a lo menos no con ánimo presuntuoso; comp. Núm. 15:30, 31; Heb. 10:26-29. Como ofrenda eventual, era de diversos grados: por el sumo sacerdote, por toda la congregación, por un gobernante, por un particular, Lev. 4:1 a 5:13; Núm. 15:22-28. Formaba parte del ritual de varias purificaciones, y cuando se trataba de la de un leproso se exigía tanto la ofrenda por el pecado como la de expiación por la culpa. La clase y el sexo de la víctima

diferían en diferentes ocasiones: según las circunstancias de cada uno, se exigía un toro, un macho cabrío o un cabrito, una cabra o un cordero, tórtolas o pichones, y hasta cosa de tres litros de harina sin aceite o incienso, si él que lo ofrecía era muy pobre. Comp. Sal. 40:17. El ceremonial era especialmente significativo y solemne con respecto a lo que se disponía acerca de la sangre. En el día de expiación, era preciso rociar alguna en el propiciatorio, en el lugar santísimo; en otras ocasiones, se rociaba algunas siete veces ante el velo del lugar santísimo, y se ponía en los cuernos del altar del incienso; y algunas veces se rociaban los cuernos del altar de los holocaustos. Cuando la víctima era un cuadrúpedo, las piezas quemadas en el altar eran las mismas que en los sacrificios de paces. Cuando se llevaba alguna sangre dentro del santuario, no se comía parte alguna de la víctima sino que lo que quedaba en el altar se quitaba de allí y se quemaba en un lugar limpio fuera del campamento, Lev. 4:11, 12, 21; 6:30; comp. Heb. 13:11, 12. En cuanto a las otras ofrendas por el pecado, los sacerdotes tenían que comer de ellas, Lev. 6:26, 29; 10:17. (2.) La ofrenda de expiación por las culpas era siempre un sacrificio del individuo, y consistía en un carnero, Lev. 5:14 a 6:7. Su sangre era simplemente rociada al rededor del altar de los holocaustos; las partes consumidas en el altar eran las mismas que en la ofrenda por el pecado, y los sacerdotes se comían lo demás, Lev. 7:1-7. La restitución por algún pecado contra el servicio de Dios, o contra los derechos humanos, se exigía en conexión con la ofrenda de expiación por las culpas; comp. Núm. 5:6-8. Isaías, 53:10, dice que “Cristo pondría su vida en expiación por el pecado,” indicando tal vez así la necesidad tanto específica como general, y la eficacia de su sangre. Tanto la ofrenda por el pecado como la hecha para la expiación de las culpas ponía de manifiesto de un modo especial la necesidad de la expiación por el pecado, y el hecho de que la ignorancia y la debilidad no lo excusan de un todo. Las disposiciones relativas a la primera indican que los pecados son de diferentes grados de enormidad. El requisito de restitución respecto de la segunda enseña que ésta ha de hacerse, si es posible, siempre que haya arrepentimiento, confesión y fe. Lo sagrado de la sangre derramada en el sacrificio por el pecado, Lev. 6:27, indica lo infinitamente precioso de la sangre de Jesús, 1 Ped. 1:19, 20, de quien la ofrenda por el pecado era un tipo eminente, Juan 1:29; 2 Cor. 5:21; 1 Juan 2:2.

En el ofrecimiento de todos los sacrificios de animales, la imposición de las manos sobre la víctima era parte esencial, acompañada siempre, según afirman autoridades judías, de la confesión del pecado; y significaba en todos los casos el traslado de la culpa a la víctima inocente, y la entrega de su vida, representada por su sangre, en pago de la pena de muerte que merece el pecado, esto es, en lugar de la vida del que hacía la ofrenda. Siendo la pena típicamente pagada, y aceptada por Dios en el altar, el pecado era típicamente expiado; y el que tributaba el culto, representado o auxiliado por el sacerdote medianero, podía tomar parte en otros actos de devoción. El fuego del altar que constantemente se conservaba ardiendo, Lev. 6:12, 13, era expresivo de la naturaleza de Dios, Exod. 24:27, y de su aceptación de las ofrendas; comp. Lev. 9:24.

IV. De presente, Heb. *Minchah*, don, presente. Esta ofrenda era concomitante de las de los holocaustos y las de las paces, tanto de las fijadas por la ley como de las eventuales y voluntarias, Exod. 29:40, 41; Lev. 23:37; Números 28; 29; Lev. 2; 6:14-18; 7:9-14; Números 15:1-13. Consistía en flor de harina, comúnmente de trigo, ya sin cocer o ya hecha tortas. Se le echaba sal, y se mezclaba con aceite, y se le ponía también incienso. Cuando se ofrecía por el sumo sacerdote, se quemaba todo el presente sobre el altar, Lev. 6: 22, 23. Fuera de ese caso, se quemaba sólo una porción de dicha ofrenda como memorial, y el resto lo comían los sacerdotes, vers. 14-18. Se quemaba todo el incienso. Se hacía con el presente una libación de vino, Exod. 29:40; Lev. 23:13; Núm. 15:5, 7, 10. Ni la miel ni la levadura se quemaba en el altar, si bien panes con levadura formaban parte de las ofrendas de las primicias que se hacían en la Pascua, y en los sacrificios eucarísticos de paces, Lev. 7:12-14; 23:17. El presente significaba especialmente el servicio grato y fiel del que tenía que ser incorrupto y puro (simbolizado por una

ofrenda salada y sin levadura), santificado por la influencia divina (aceite), ya aceptable mediante la sangre expiatoria de Cristo (incienso).

Con algunos de los sacrificios, como en los del día de expiación, Lev. 16:20-22, y los hechos para la purificación de un leproso, Lev. 14:4-7, 49-53, se hacía además la ceremonia de dar libertad a un macho cabrío vivo o a una ave. Lo primero significaba el acto vicario de Cristo, en virtud del cual quita nuestros pecados y los lleva sobre sí; el segundo, probablemente el acto de librar de las privaciones ocasionadas por la lepra. Los sacrificios formaban parte importante del ritual de purificación de la impureza canónica, como la que provenía de un parto, Lev. 12, de ciertos flujos, 15; de la lepra, Lev. 14; del contacto con cadáveres, Núm. 19. Todo esto enseñaba lo malo que es el pecado y como contamina todo con su presencia, y lo necesario que es el expiarlo.

Tales eran los sacrificios de los Hebreos, designados por Dios y aceptados y usados por él para la salvación del que le tributaba culto con espíritu de sincera penitencia y de confianza; con todo, por sí mismos no podían expiar el pecado, no podían librar al ofensor de su culpa ni hacerlo personalmente santo, Heb. 10:1-4. Pablo ha descrito estas y otras ceremonias de la ley como “flacos y necesitados rudimentos,” Gál. 4:9; y como un “ayo para llevarnos a Cristo,” Gál. 3:24. Eran profecías y figuras temporales y provisionales del verdadero sacrificio, el del Cordero de Dios, y de la obra regeneradora y santificadora del Espíritu Santo. En consecuencia, Jesucristo al haberse ofrecido a sí mismo una vez por todas, reemplazó y abolió todos los otros sacrificios, y salva para siempre a todos aquellos que creen en él; mientras que, sin su sacrificio expiatorio, la justicia divina nunca podría haber dejado de pesar sobre las almas humanas sin exceptuar ni una sola, Isa. 53; Luc. 24:44-47; Rom. 3:21-26; 4:24 a 5:11; 1 Cor. 5:7; Efes. 5:2, 26; Tito 3:5, 6; Heb. 1:2, 3; 2:9, 17; 9; 10; Apoc. 1:5; 5:6.

A los Israelitas se les hizo comprender cuidadosamente que no debían confiar en los sacrificios como obras meritorias. Se les enseñaba que sin arrepentimiento, fe y enmienda, todos los sacrificios eran una abominación a Dios, Sal. 51:17; Prov. 21:3; Isa. 1:11-17; Jer. 6:20; Joel 2:12-18; Am. 5:21, 22; que él desea la sumisión sin tardanza, la obediencia y el supremo amor para con él, y justicia y misericordia para con el prójimo, 1 Sam. 15:22; Prov. 21:3; Miq. 6:6-8; Mat. 5:23, 24; 9:15; Mar. 12:33.

Por manera que para la salvación por el sacrificio de Cristo se requiere verdadero arrepentimiento y fe, y de estos sentimientos brotarán frutos de amor para con Dios y para con el hombre.

Con alusión al holocausto, al sacrificio de las paces, y al presente, prescritos en el ritual mosaico, los servicios de los cristianos se llaman algunas veces sacrificios aceptables a Dios mediante el sacrificio expiatorio de Cristo, y la continua intercesión que él hace como sumo sacerdote. Pero dichos sacrificios deben considerarse al mismo tiempo como frutos de la gracia de Dios, Rom. 12:1; Filip. 4:18; Heb. 7:25; 10:10, 12, 14, 18; 12:28; 13:15, 16; 1 Ped. 2:4, 5; Apoc. 8:3, 4.

SACRILEGIO, cualquier profanación o abuso de las cosas consagradas especial mente a Dios; tales como robar alguna cosa de la casa de Dios, o hacerla madriguera de ladrones, Mat. 21:12, 13.

SACRILEGOS, Hech. 19:37, ladrones de iglesias, o más bien dicho, de templos.

SADOC, *justo*, I. El hijo de Aquitob y padre de Ahimaaz, sumo sacerdote, compañero de Abiatar durante los reinados de David y Salomón. Era de la casa de Eleazar, el hijo de Aarón, 1 Crón. 24:3, y era “vidente,” además de ser sacerdote, 2 Sam. 15:27. Se cree que este mismo es el Sadoc mencionado en 1 Crón. 12:27, 28, que ofreció su alianza a David después de la muerte de Saúl, y que permaneció fiel a su

rey, 1 Crón. 27:17. Huyó de Jerusalén juntamente con David cuando Absalón se rebeló, pero se le mandó que se volviese, y fue el medio de comunicaciones entre el rey David y Husai, 2 Sam. 15-17. Él y Abiatar salieron a la cabeza de los ancianos a llamar al rey, 2 Sam. 19:11; permaneció fiel a este y a Salomón cuando Abiatar le hizo traición; el rey destituyó a Abiatar e hizo a Sadoc único sumo sacerdote, 1 Reyes 1:7, 8, 26, 32-39; 2:27, 35; 4:4; 1 Crón. 29:22.

II. Suegro del rey Uzías, 2 Rey. 15:33; 2 Crón. 27:1.

III. Hijo de otro Aquitob, y sumo sacerdote, 1 Crón. 6:12; 9:11.

IV. Nombre de uno que reparó el muro de Jerusalén y selló el pacto, Neh. 3:4; 10:21.

V. Hijo de Imer, un sacerdote, 1 Crón. 24:14, que volvió del cautiverio, Esd. 2:37, y ayudó a reparar el muro de la ciudad, Neh. 3:29.

VI. Nombre de un sacerdote en Jerusalén, Neh. 11:11.

VII. Nombre de un escriba y tesorero bajo Nehemías, 13:13.

SADUCEOS, secta de los judíos que estaba generalmente en pugna con la otra secta principal, es decir, con la de los Fariseos, pero que se unió a estos para hacerle oposición a Cristo, y para llevar a cabo su muerte, Mat. 16:1-12; Luc. 20:27. Este término puede ser traducción del hebreo *zadoc*, justo; pero es más probable que se haya derivado del nombre propio Sadoc, ya sea del que se distinguió en el tercer siglo antes de Cristo, y a quien los judíos generalmente consideraban como fundador de esa escuela, o de Sadoc el sumo sacerdote que hubo en los reinados de David y Salomón, 1 Rey. 1:32-45, a cuyos descendientes se hace referencia como a los hijos de Sadoc, Ezeq. 40:46; y puede finalmente haber llegado a ser una especie de aristocracia sacerdotal, de opiniones racionalistas, y en muchos casos elevada en cuanto a posición y a riquezas; comp. Hech. 5:17. Los Saduceos veían con menosprecio todas las tradiciones y leyes no escritas que los Fariseos tenían en tanta estima, y profesaban considerar las Escrituras, especialmente el Pentateuco, como el único origen y regla de la religión judía. Rechazaban la demonología de los Fariseos, negaban la existencia de los ángeles y de los espíritus; sostenían que el alma moría con el cuerpo, y por consiguiente no aceptaban la doctrina de un estado futuro de recompensas y castigos, Mat. 22:23. Mientras que por una parte los Fariseos creían que todos los acontecimientos y acciones eran dirigidas por una providencia o destino que todo lo disponía, los Saduceos lo consideraban todo como si dependiese de la voluntad y agencia del hombre. Los dogmas de estos filósofos libre-pensadores no eran en general tan aceptables entre el pueblo como los de los Fariseos; sin embargo, muchos del rango más alto los adoptaban. Anás y Caifás y otros muchos miembros del consejo, eran Saduceos, Hech. 23:6-9. La resurrección de Cristo amargó más, como era natural, el odio que les inspiraban las doctrinas y los discípulos del Salvador, Hech. 4:1-7; 5:17. Los Saduceos desaparecen de la historia después del primer siglo de la era cristiana.

Los modernos aniquilacionistas adoptan una fase del saduceísmo al creer que los malvados que mueren fuera de Cristo son aniquilados tanto en cuerpo como en alma. Colocan este acontecimiento inmediatamente después del juicio final. En apoyo de su opinión alegan que el alma no es esencialmente inmortal, sino que habiendo venido de la nada, puede volver a la nada, y lo hará así, a menos que le sea concedida la inmortalidad por Jesucristo; que nunca se ha declarado expresamente que un sufrimiento consciente y sin fin sea la pena del pecado; que la privación de la felicidad eterna por medio de la aniquilación es el único castigo eterno, y que esta destrucción total es el verdadero y solo significado de

la palabra muerte. Este error está suficientemente refutado *prima facie*, por el hecho de que aunque apela tan poderosamente a nuestros sentimientos más tiernos y podría casi parecer una lógica necesidad, desprendida de la bondad de Dios, ha encontrado sin embargo muy pocos adeptos, porque la gran mayoría de los cristianos y de los que estudian la Biblia, cualquiera que sea el siglo en que hayan vivido o la secta a que hayan pertenecido, han notado que la palabra de Dios enseña claramente el sufrimiento eterno y consciente del impenitente.

Algunos de los argumentos bíblicos contra la aniquilación, son estos: (1) Hay varios grados de castigo futuro, y la aniquilación no admite grados. (2) Para el alma condenada, llena de vergüenza y de temor bajo la cólera divina, el aniquilamiento sería un alivio más bien que un castigo, Jud. 1:7. (3) El castigo de los hombres es el mismo que el de los ángeles malos que, “reservados para el juicio del gran día,” “creen y tiemblan” en lugar de regocijarse. (4) Las otras frases bíblicas que describen esta destrucción, dan a conocer que “en el final lago de fuego, hay llanto y gemidos y crugimientos de dientes.” (5) La vida eterna de los justos, relacionada siempre con la muerte de los malvados, no es mera existencia, sino un estado de santidad y felicidad interminable; y así la muerte que es su antítesis es un estado de pecado y de dolor que no tendrá fin. Véase Retribución.

SAETA, usada por los judíos tanto en la casa como en la guerra; algunas veces no era más que una caña terminada en una punta en forma de gancho, en ocasiones con plumas, y aun envenenada, Job 6:4. El carcaj se llevaba en el costado pendiente del cinturón o ceñidor, o en la espalda, sobresaliendo del hombro izquierdo para que se pudieran sacar las saetas fácilmente. El arco era de varias formas y materiales, y muchos no podían ser manejados sino por los hombres más fuertes, Sal. 18:34. Las saetas se usaban para prender fuego a la casa de un enemigo, o a sus vestidos o persona, y para protegerse de esta especie de ataque se mojaba el escudo, Sal. 120:4; Efes. 6:16. Se empleaban también las saetas en la adivinación, Ezeq. 21:21. Esta palabra se aplica simbólicamente a los niños, Sal. 127:4, 5; al relámpago, Sal. 18:14; Hab. 3:11; a las calamidades repentinas, Job 6:4; Sal. 38:2; 91:5; Ezeq. 5:16, y a las engañosas y amargas palabras de una mala lengua, Sal. 64:3; 120:4.

SAF, *plato*, 2 Sam. 21:18, gigante filisteo llamado Sipai en 1 Crón. 20:4.

SAFÁN, *conejo*, el escriba o secretario del rey Josías, enviado con el gobernador de la ciudad, y el registrador del sumo sacerdote, de quien recibió el rollo de la ley recientemente descubierto, y lo leyó al rey, 2 Rey. 22:12; 2 Crón. 24:15-23. Fue el padre de Gemarías, Jer. 36:10, y quizá de Ahicam y Elasa, 2 Rey. 22:12; Jer. 26:24; 29:3, abuelo de Miqueas, Jer. 36:11, y quizás de Gedalías y Jaazanías, 2 Reyes 25:22; Ezeq. 8:11.

SAFAT, *juez*, padre de Elíseo. 1 Reyes 19:16, 19. Otros cuatro de este nombre se mencionan en Núm. 13:5; 1 Crón. 3:22; 5:12; 27:29.

SAFIR, *hermoso*, ciudad mencionada solamente en Miq. 1:11; según Eusebio y Jerónimo, “en la región montañosa entre Eleuterópolis y Askelón.” Tal vez está representada por Suwafir el-Ghabyeh, nueve millas al nordeste de Askelón, aun que Suwafir está en el llano.

SAFIRA, *hermosa*. Véase Ananías I.

SAFÓN, *norte*, pueblo en Gad, cerca de Sucot, Jos. 13:27; según parece, en el valle del Jordán, vers. 17:21, y cerca del mar de Galilea; probablemente Amatus, hoy día Amateh en Wady Regib.

SAL, I., era de importancia entre los Israelitas no sólo como antiséptico y condimento, sino también como ingrediente indispensable de los sacrificios y del sagrado incienso. Abunda en Palestina, en donde se saca del inmenso promontorio de rocas salinas que se halla en la extremidad meridional del Mar Muerto, y la forma también la evaporación de este mar y del Mediterráneo. El promontorio a que acabamos de referirnos se llama por los Árabes Jebel Usdum, Monte Sodom. Tiene siete millas de largo, de 1 ½ a 3 de ancho, y algunos centenares de pies de alto, y se compone principalmente de puras rocas salinas. Trozos de sal de un pie de espesor se hallan algunas veces en la costa oriental del Mar Muerto, formados por la evaporación después de las avenidas anuales. Los Árabes forman también hoyancos en la playa para que los llene el mar en su creciente de primavera; la evaporación deja una costra de sal de una pulgada de espesor a los lados del hoyanco, la cual los Árabes recogen para el mercado, Sof. 2:9. Las piedras de la playa están incrustadas de cal o de yeso, y las varas o ramas que caen en el agua se cubren de sal. Algunos suponen que la mujer de Lot, Gén. 19:26, fue incrustada de ese modo, mientras que otros suponen que fue milagrosamente transformada en una columna sólida de sal.

Como artículo esencial de comida, Job 6:6, la sal es símbolo de subsistencia y de hospitalidad, y siendo también, como preservativo, emblema de incorrupción y de perpetuidad, simboliza las mutuas obligaciones a la lealtad que especialmente según las ideas orientales están impuestas al huésped y al que lo hospeda, y la fidelidad que los sirvientes deben a sus amos, Esd. 4:14. Por la misma razón se exigía que se emplease en todos los sacrificios consumados en el altar de Dios, Lev. 2:13; Esd. 6:9; Ezeq. 43:24; Mar. 9:49; y también como ingrediente del incienso sagrado, Exod. 30:35. La sal simbolizaba así mismo la validez y la duración de un pacto, Núm. 18:19; 2 Crón. 13:5. Los hombres buenos son “la sal de la tierra,” Mat. 5:13, y la gracia divina o la verdadera sabiduría es la sal del carácter y del lenguaje humano, Mar. 9:50; Col. 4:6. Véase también Ezeq. 16:4. Entre los Árabes la sal es todavía un símbolo de fidelidad; y entre los Persas y los Indios Orientales, se dice del que está en servicio de otro que “está comiendo su sal.”

El suelo impregnado de sal es estéril, Deut. 29:23; Job 39:6; Sal. 107:34; Jer. 17:6; Ezeq. 47:11; Sof. 2:9; de aquí el que la expresión “fue sembrado de sal” se denota el hecho de haberse condenado un lugar a la desolación, Jue. 9:45. Federico Barbaroja, en 1162, derribó las murallas de Milán, y aró y saló el terreno que ocupaban.

La sal oriental conserva muchas veces impurezas minerales, y expuesta al aire está sujeta a perder el sabor que le es peculiar, y se hace enteramente inservible, Mat. 5:13; Mar. 9:50; Luc. 14:34, 35.

SAL, CIUDAD DE LA, la quinta de las seis ciudades de Judá situadas en el desierto, Jos. 15:62; quizá Nahr Maleh, barranca de sal, o Umbaghek, ruina 4 millas al norte de Jebel Usdum.

SAL, VALLE DE, Sitio de dos victorias sobre los Idumeos: la de David, 2 Sam. 8:13; 1 Crón. 18:12; Sal. 60; comp. 1 Rey. 11:15, 16; y la de Amasías, 2 Rey. 14:7; 2 Crón. 25:11. Comúnmente ha sido colocado en el ancho y desolado valle El-Ghor. Se extiende al sur del Mar Muerto cerca de 8 millas hasta los peñascos calizos llamados antiguamente Akrabbim. Esta llanura está en partes blanqueada de sal; contiene cisternas y ríos salobres, y es limitada al noroeste por la montaña de sal, Jebel Usdum. La palabra hebrea, sin embargo, denota una cañada más bien que un valle, y las circunstancias que acompañaron la victoria de Amasías parecen indicar una comarca más cercana a Sela, la cual está 50 millas al sur del Mar Muerto; y se ha sugerido que el nombre hebreo dado al sitio debe de representar algún antiguo nombre idumeo que nada tiene que ver con sal.

SALA, en 1 Crón. 28:11, cuarto interior cercado, traducido a menudo “cámara.” En 1 Sam. 9:22, un gabinete o cámara en el ángulo del atrio. En Jue. 3:20-25, una cámara alta, fresca y privada, a que el dueño de la casa se retiraba para dormir su siesta o para respirar un aire más puro y disfrutar de mejor vista.

SALAMINA, ciudad marítima con un buen puerto en la costa oriental de la isla de Chipre. Estaba en una llanura al lado norte del río Pediceus; era antiguamente la capital de la isla, y bajo la dominación romana su ciudad comercial más importante. Pablo y Bernabé la visitaron en su primer viaje misionario, 45 A. D. cuando los judíos que allí residían eran sin duda numerosos, puesto que sostenían más de una sinagoga, Hech. 13:5. Los judíos hubieron de ser atraídos naturalmente a Salamina por su floreciente comercio en los productos de la fértil isla en que estaba situada, entre los cuales se contaban frutas, vino, lino y miel. La ciudad fue parcialmente destruida en la insurrección judía bajo el gobierno de Trajano y el de Adriano, y fue arruinada por un terremoto en tiempo de Constantino el Grande, cuando se reedificó fue llamada Constancia. Sus ruinas, consistentes en cisternas rotas, columnas y cimientos, se llaman Antigua Famagusta, y están cerca de la población moderna de este nombre. Véase Chipre.

SALATIEL, *pedido a Dios*, 1 Crón. 3:17, padre de Zorobabel, Esd. 3:2; Neh. 12:1; Hag. 1:1, uno de los progenitores de Cristo, a quien se menciona en las dos genealogías en Mat. 1 y Luc. 3.

SALCA, ciudad al este de Basán, conquistada por los Israelitas y asignada a Manasés, Deut. 3:10; Jos. 12:5; 13:11. Estaba cerca de la frontera de Gad, 1 Crón. 5:11. Es la moderna Salcat o Sulkhad, en la extremidad meridional de Jebel Hauran, y 56 millas al este del Jordán. Cerca de ella comienza el gran desierto de Siria que se extiende hasta el Éufrates. La ciudad ocupa una posición elevada en un cerro. En la cima se ve un castillo del periodo romano, en el cual hay águilas romanas, y también inscripciones griegas y arábigas. Hay como 400 casas de piedra, muchas bien conservadas, pero debido a la escasez de agua, hay pocos habitantes. Desde el cerro se obtiene una extensa vista que abraza muchas ciudades arruinadas.

SALEM, *paz*, Gén. 14:18; Heb. 7:1, 3, generalmente se entiende que denota la ciudad de la cual fue rey Melquisedec, y que era Jerusalén. Así lo extendía Josefo. Algunos interpretan esta palabra como parte del título de Melquisedec. Se emplea como abreviación poética de Jerusalén en Sal. 76:2. Jerónimo creía que era el mismo lugar llamado Siquem en Gén. 33:18, y la situaba a 6 millas de Bet-san.

SALFAAD, *primera rotura*, descendiente de José, por conducto de Manasés, Maquir, Galaad y Hefer, Jos. 17:3, 4; 1 Crón. 7:15, que no tomó parte en la rebelión de Coré; pero cuya muerte en el desierto, Núm. 14:35; 27:3, dejando cinco hijas y ningún hijo, motivó la expedición de una ley al efecto de que en caso semejante, las hijas deberían heredar el patrimonio de su padre; pero no podían casarse fuera de su tribu, Núm. 26:33; 27:1-11; 36.

SALIM, *pacífico*. Juan 3:23. Eusebio y Jerónimo la mencionan como situada cerca del Jordán, ocho millas al sur de Bet-san. Algunas identifican esta ciudad con Salem. Robinson propuso que se identificara con la población de Salim, 3 ½ millas al este de Siquem. Condor adopta, según parece, esta sugestión.

SALISA, TIERRA DE, 1 Sam. 9:4, comarca adyacente al Monte Efraín. De la ciudad de Baal-salisa, 2 Rey. 4:42, hay vestigios según se cree en Tulluza, 6 millas al este de Samaria; y de la tierra de Salisa, en la llanura al sur de la ciudad y al este de Siquem.

SALEQUET, *cortadora*, 1 Crón. 26:16, puerta al oeste del templo de Salomón, que comunicaba con el viaducto a su palacio, 1 Rey. 10:5. Grove es de opinión que estaba en el mismo sitio donde se halla la puerta que ahora se llama es Silsileh, que es la entrada principal al área del Haram, y está a 600 pies de su ángulo sudoeste.

SALMÁN, Ose. 10:14, probablemente no se identifica con Salmanasar IV, como comúnmente se piensa, puesto que la profecía de Oseas fue pronunciada años antes de las invasiones de ese monarca a Israel. Salmán es considerado por algunos expositores como rey asirio anterior a Pul. Véase Salmanasar, II.

SALMANASAR, *adorador del fuego*, nombre de cuatro reyes asirios, dos de los cuales están relacionados con la historia del reino de Israel.

I. Salmanasar I., según las inscripciones de ladrillos que fueron hallados en Kaleh-Shergat—llamada antes Asur, antigua capital de Asiria—se sabe que reinó por los años de 1320 a 1300 A. C.

II. Salmanasar II sucedió a su padre Asur-natsi-pal, gran guerrero y conquistador, y reinó 35 años, 858-823 A. C. Él dirigió personalmente 23 campañas, además de otras dirigidas por un tartán o general. En 854 derrotó las fuerzas unidas de Ben-adad II, rey de Siria, del rey de Hamat, de Acab rey de Israel, y de los reyes de los Heteos y de los Fenicios. En 842 ganó una victoria decisiva sobre el sucesor de Ben-adad, Hazael, cuyo territorio asoló y entregó al pillaje. Tiro, Sidón y Byblus, y Jehú rey de Israel, intimidados por sus triunfos, le enviaron tributos. Algunos años antes de su muerte, su hijo mayor dirigió una rebelión contra él, pero fue sometido por su hijo segundo Samasrimon II, el cual sucedió a Salmanasar. En Cala (Nimrúd), Salmanasar edificó un palacio cuyas ruinas fueron descubiertas por Layard en 1840, y se conocen con el nombre del “palacio central” muchos de sus materiales han sido quitados de allí, para emplearlos en otros edificios. Allí fue hallado un obelisco cuadrilátero de mármol negro, como de siete pies de alto, en excelente estado de conservación, el cual contiene en cada uno de sus lados cinco bajo-relieves y registros hechos en escritura cuneiforme. Los bajo-relieves de la segunda hilera representan a los enviados Israelitas, ofreciendo tributos de oro y plata al rey, y el embajador principal se postra ante él humildemente. (Véase el grabado anterior.) La inscripción que los acompaña refiere que dicho tributo fue enviado por Jehú, “hijo,” esto es, sucesor de Khumri u Omri. El obelisco está ahora en el Museo Británico. Parece posible que el Salmán, a que se refiere Ose. 10:14, como destructor de Bet-arbel, fuera Salmanasar II, quien durante sus campañas en el Occidente bien puede haber invadido a Israel.

III. Salmanasar III, 781-771 A. C., reinó durante un periodo de declinación del poder de Asiria.

IV. Salmanasar IV, 727-722 A. C., sucedió a Teglat-Falasar II, quien había robustecido y reorganizado el Imperio Persa, había atacado a Israel bajo el gobierno de Peca, y transportado “cautivos israelitas desde ambos lados del Jordán a territorios asirios, 2 Rey. 15:29; 1 Crón. 5:26. Fue probablemente poco después de su advenimiento al trono que Salmanasar reafirmó el dominio sobre Israel, invadiéndolo y obligando a Oseas a pagar tributo, 2 Rey. 17:3. Con motivo de la defección de Oseas y de su alianza con Egipto, Salmanasar volvió, e hizo prisionero a ese rey, vers. 4. Poco después asoló todo el reino y puso sitio a Samaria, que hizo frente a los ejércitos asirios por tres años, vers. 5, 6. Sargón pretende que la captura de la ciudad fue en su primer año, y parece probable que él haya usurpado el trono asirio durante la prolongada ausencia de Salmanasar en estas campañas. La Escritura no menciona a Salmanasar como vencedor de Samaria, vers. 6; 18:10. Véase Sargón.

Según Josefo, Salmanasar sometió las ciudades fenicias, pero la insular Tiro se rebeló, y por cinco años sostuvo un sitio cuyo éxito es desconocido. Murió en 722 A. C.

SALMÓN, *umbroso*, I., Sal. 68:14, se supone que es lo mismo que Monte Salmón, cerca de Siquem, Jue. 9:48. La palabra hebrea en los dos pasajes es la misma.

II. Hech. 27:7, cabo en la costa oriental de Creta. Se identifica comúnmente con el Cabo Sidero, un atrevido promontorio en la extremidad noreste de la isla; pero por algunos, con un promontorio 15 millas más al sur, llamado por los nativos de allí Plaka, pero por los marineros Cabo Salmone. Véase Creta.

SALMÓN o SALMA, *vestidura*, 1 Crón. 2:11, jefe de la tribu de Judá, marido de Racab y padre de Booz, Rut 4:20; Mat. 1:4, 5; Luc. 3:32. Se conjetura que fue el mismo Salma, hijo de Caleb, en el supuesto de que éste lo adoptó.

SALMONA, *lugar de sombra*, la estación 41 de los Israelitas en el desierto, a donde llegaron después de dejar el Monte Hor y pasar los límites del sur de Idumea, Núm. 33:41. Tal vez en Wady el-Amrán, seis millas al nordeste de Elat.

SALMOS, el libro de los. El nombre hebreo de este libro es *Tehillim*, alabanzas, aunque una parte del libro es realmente elegíaco. Muchos de los salmos tienen el epígrafe mizmór, poema, o canto. Esta palabra se ha traducido en la Septuaginta *Psalms*, esto es, cánticos entonados con música, poemas líricos. El griego *Psalterion* significa un instrumento de cuerda; de aquí procede el que, por una metáfora, el libro de los Salmos se llame Salterio. Con relación a peculiaridades de la poesía de los Salmos, véase Poesía.

Clasificación. —Algunos escritores han clasificado los Salmos según su carácter poético, en odas, elegías, etc. El método preferible es dividirlos según su asunto. Conforme a éste han sido arreglados en 7 clases.

I. Himnos en alabanza de Jehová; esto es *tehillim*, propiamente dichos. Estos se dirigen a Jehová como Dios de toda la naturaleza y Creador del Universo, Sal. 8, 104; como protector y patrono de Israel. Sal. 20, 29, 33, o de los individuos, con acciones de gracias por haberlos librado de males, Sal. 18, 30, 46, 47; o hacen referencia a los atributos más especiales de Jehová, Sal. 90, 139. Estos Salmos expresan pensamientos de la más alta sublimidad con respecto a Dios, a la providencia, a la redención, etc.

II. Himnos del templo cantados con motivo de la consagración del templo, de la entrada del arca, etc., o compuestos con el objeto de que sirvieran para el culto del templo, Sal. 24, 132. Pertenecen también a éstos “los cantos del peregrino,” cantados por aquellos que subían al culto dado en el templo, etc., como por ejemplo “los cánticos de las gradas,” Sal. 120-134. Véase Cántico.

III. Cánticos religiosos y morales de carácter general, que contienen la expresión poética de las emociones y sentimientos del autor, y son por tanto subjetivos; como por ejemplo, la confianza en Dios, Sal. 23, 62, 125; la fidelidad para con Dios, Sal. 16; el ansia por el culto del templo, Sal. 42, 43; oraciones por el perdón del pecado, etc. A ésta clase pertenecen los salmos penitenciales, que son Sal. 6, 25, 32, 38, 51, 130, 143. También los cantos didácticos, la expresión poética de alguna verdad, máxima, etc., Sal. 1, 34, 128; Sal. 15, 32, 50, etc. Esta es una clase numerosa.

IV. Salmos elegíacos, esto es, lamentaciones, salmos de queja, acompañados generalmente de una plegaria en que se pide auxilio.

V. Salmos mesiánicos, esto, es que contienen profecías relativas al Mesías, como el 2, 8, 16, 22, 40, 45, 69, 72, 97, 110, 118.

VI. Salmos históricos, en los cuales la historia antigua de los Israelitas se repite de una manera exhortatoria, Sal. 78, 105, 106, 114.

VII. Salmos imprecatorios, que presentan la justicia de Dios, como prenda de que castigará a los opositores impenitentes de su reino, Sal. 35, 52, 58, 59, 69, 109, 137.

Pero es imposible formar un arreglo perfecto, porque algunos salmos pertenecen en parte a dos o más clases diferentes. Además de los Salmos propiamente mesiánicos, las predicciones relativas al Mesías se hallan muy esparcidas por todo este libro, y con frecuencia se atrae la atención del lector piadoso a pasajes que predican su carácter y sus obras. A muchos de estos se alude en el Nuevo Testamento; y es incuestionable que el lenguaje y estructura de otros muchos no citados tuvieron por objeto dar testimonio del Hijo de Dios. David mismo fue un tipo eminente del Salvador, y muchos acontecimientos de su vida prefiguraron la de su Hijo y Señor. La mención de estos en los escritos sagrados no se ha hecho sin objeto; las pruebas y las victorias de David que se han registrado hallan en su referencia al Mesías su más alto derecho a ocupar un lugar en los escritos sagrados. Lord Bacon ha hecho notar que muchos pasajes proféticos en el Antiguo Testamento, son “de la naturaleza de su Autor, para quien mil años son como un día y por tanto no se han cumplido puntualmente de una vez, sino que tienen un cumplimiento que va germinando y brotando de una época a otra por muchos siglos, aun cuando su altura o plenitud pueda referirse a un tiempo determinado.”

SALOMÉ, *pacífica*, l., esposa de Zebedeo, madre de Santiago el mayor y de Juan el evangelista, una de aquellas mujeres de Galilea que acompañaron a nuestro Salvador en sus viajes y le prestaron sus servicios, Mat. 27:56. Ella pidió a Jesús que sus dos hijos, Santiago y Juan, se sentasen el uno a su derecha y el otro a su izquierda en su reino, Mat. 20:20-23. Las ideas que tenía acerca de la verdadera naturaleza del reino de Cristo se cambiaron sin duda con motivo de su crucifixión, que ella presenció “a lo lejos,” y de su resurrección, de la cual tuvo noticia desde un principio de boca de los ángeles que estaban en el sepulcro, Mar. 15:40; 16:1. Algunos infieren, comparando a Mat. 27:56 y a Juan 19:25, que era hermana de María, la madre de Jesús.

II. Salomé fue también el nombre de la hija de Herodías, según lo menciona Josefo. Se casó ella con su tío paterno Filipo, tetrarca de Traconitis, y después de la muerte de este con Aristóbulo, rey de Caléis, biznieto de Herodes el Grande.

SALOMÓN, l., hebreo *Shelomo*, pacífico, sucesor de David, y uno de los cuatro hijos que tuvo de Betsabé, 2 Sam. 5:14; 1 Crón. 3:5; 14:4. Además de este nombre escogido antes de su nacimiento, 1 Crón. 22:9, y que fue el primero que se le dio,

2 Sam. 12:24, Dios por medio del profeta Natán le llamó Jedidía, “amado del Señor,” vers. 25. Se supone que tenía como diez años de edad al tiempo de la rebelión de Absalón, y que huyó con su padre y todas las personas de su casa a Mahanaím, 2 Sam. 15:13-18, 23, 30; 16:1, 5, 13; 17:22, 24, y volvió con ellos a Jerusalén, 2 Sam. 19:15, 18, 39, 40; 20:3, Salomón fue un hijo obtenido por promesa especial, 2 Sam. 7:12-15, y fue antes de su nacimiento designado por Dios para suceder a David, 1 Crón. 22:9, 10; su sucesión fue desde un principio prometida a Betsabé. 1 Rey. 1:13, 17, propósito que quizá se había adivinado generalmente, aunque no se había anunciado formalmente, vers. 10, 20. Sus perspectivas de la dignidad real y su vida se vieron en peligro con motivo de la usurpación intentada por Adonías, 1 Rey.

1:5-10, 24-27, como lo habían estado antes con motivo de la rebelión de Absalón, vers. 12, 21; comp. 2 Sam. 19:5. Pero David, a instancias de Natán y de Betsabé, intervino prontamente e hizo que Salomón fuese ungido y colocado en el trono, 1 Rey. 1:32-53. Antes de la muerte de David, Salomón fue de nuevo formal y públicamente proclamado y ungido rey, y su padre le hizo recomendaciones solemnes como a su sucesor, y edificador del templo, cuya obra había David preparado, 1 Crón. 28:1 a 29:25. Compare 1 Reyes 2:1-9. No tenía más que veinte años de edad cuando la muerte de su padre le hizo gobernante en propiedad, 1 Rey. 2:12; 3:7; 2 Crón. 1:1. Uno de sus primeros actos fue ofrecer en presencia de una numerosa reunión, sacrificios en Gabaón, en donde estaban el tabernáculo mosaico y el altar de bronce; y allí en virtud de la promesa que le hizo Dios de concederle lo que le pidiese, hizo su excelente elección de la sabiduría, don a que Dios agregó honores y riquezas, 1 Reyes 3:4-15; 2 Crón. 1:1-13; comp. Prov. 8:11-16; Mat. 6:33. Habiendo adquirido fama gradualmente por todo el Oriente su incomparable sagacidad y grandes conocimientos, llevaron a su corte representantes de otras naciones, entre los cuales figuraba la reina de Seba, 1 Reyes 4:29-34; 10:1-13; 2 Crón. 9:1-12, 23. Llevó a cabo el propósito de David erigiendo un templo que aunque no muy grande, era magnífico en su construcción y sus adornos. Fue comenzado en el cuarto año de su reinado, acabado en el undécimo, 1 Rey. 6; 2 Crón. 3:4, y dedicado con gran solemnidad, siendo ofrecida la oración dedicatoria por el mismo Salomón, 1 Rey. 8; 2 Crón. 5:1 a 7:10. Véase Templo. Estableció los sacrificios ordinarios y las ofrendas del templo según la ley mosaica, y los repartimientos de los sacerdotes y Levitas, como David lo había dispuesto, 1 Rey. 9:25; 2 Crón. 8:12-15. Entonces erigió un espléndido palacio para sí mismo, y otro para la hija de Faraón, con quien se había casado, quizá por razones de estado, 1 Rey. 7:1-12; 9:24; 2 Crón. 8:1, 11. En la construcción de estos edificios fue auxiliado por Hiram, rey de Tiro, quien en cambio de trigo y aceite de olivo, le proveyó de piedras, maderas, y obreros hábiles, 1 Reyes 5:1-12; 2 Crón. 2:3-16; pero la mayor parte de sus obreros eran sus propios súbditos, tanto Israelitas como “forasteros” o descendientes de los naturales cananeos que eran prosélitos del judaísmo, pero estaban en servidumbre, 1 Rey. 5:13-18; 9:20, 21; 2 Crón. 2:2, 17, 18; 8:7, 8. Construyó también depósitos de agua y acueductos, Ecles. 2:4-6, y reedificó y fortificó varias ciudades, 1 Rey. 9:15-19; 2 Crón. 8:1-6, en varias partes de su reino, cuyos límites orientales se extendían desde Tifsa, en la margen septentrional del Éufrates. hasta Elat, en el golfo oriental del Mar Rojo, 1 Rey. 4:21, 24; 2 Crón. 9:26. Estableció un comercio lucrativo con Tiro y Egipto, con la colonia fenicia de Tarsis en España, con Arabia, y probablemente con la India, 1 Reyes 9:26-28; 10:22, 28, 29; 2 Crón. 8:17, 18; 9:21, 28; se supone también que estableció el comercio, por medio de caravanas, con Babilonia y los países del Este, siguiendo la vía de Tadmor. Con los frutos de este comercio, y con los tributos de los pueblos avasallados y los presentes de los gobernantes amigos, 1 Reyes 10:14, 15, 23-25, Salomón se enriqueció en gran manera; se enorgulleció mucho de sus magníficos palacios, sus jardines y viñedos, su cuerpo de guardia y sus numerosos sirvientes, su mesa lujosa, su pompa y su serrallo oriental, cosas prohibidas por la Divinidad, Deut. 17:16, 17. Cediendo a las tentaciones acarreadas por tan excesiva prosperidad, el rey, aunque solemnemente amonestado por Dios en una segunda revelación, 1 Rey. 9:1-9; 2 Crón. 7:11-22, se volvió orgulloso, se entregó a los placeres, y se olvidó de Dios, alentó y finalmente auxilió a sus numerosas esposas extranjeras, en sus abominables idolatrías, 1 Rey. 11:1-8; Neh. 13:26; y perdió el favor de Dios, quien le anunció la división de su reino bajo el gobierno de su hijo, 1 Reyes 11:9-13. Se cree sin embargo, que por la gracia divina Salomón se vio después movido a arrepentirse, y que tenemos una prueba de ello en el Eclesiastés. Compare 2 Sam. 7:12-15.

El reinado de Salomón, que duró 40 años, 1015-975 A. C., fue generalmente pacífico, 1 Rey. 4:24, 25, con excepción de algunos disturbios promovidos por Adad, Rezón y Jeroboam, 1 Rey. 11:14-43. A la vez que las extensas obras emprendidas en el reino, y el activo comercio que se hacía con el extranjero, condujeron en gran manera a la prosperidad y gloria tanto de la nación como de su monarca, 1 Rey. 4:20, mucha de la gente del pueblo se sentía oprimida por el trabajo a que se la forzaba, y los excesivos

impuestos que sobre ella gravitaban; y lo resintió aún más abiertamente en la ascensión al trono de Roboam, 1 Rey. 12:3-20; comp. 5:13, 14; 1 Sam. 8:10-18. Recibían esos individuos un daño mucho mayor por el mal ejemplo que les daba el rey, y la influencia perjudicial que en ellos ejercía. La capacidad intelectual y los conocimientos de Salomón, abarcaron un campo muy extenso; fue un distinguido naturalista, y “disertó sobre los árboles, sobre los animales, las aves, los reptiles y los peces”; “fue un poeta cuyos cantos llegaron a 1,005”; un filósofo y un moralista, que propuso 3,000 parábolas, 1 Rey. 4:32, 33.

Los escritos que llevan su nombre y están incluidos entre las Escrituras inspiradas, son “el Cantar de los Cantares,” a que comúnmente se le da por fecha el principio o parte media de su reinado; comp. Cant. 3:11; 6:8; “los Proverbios,” y “el Eclesiastés,” que probablemente tienen la del término de su vida y que reúnen en sí los frutos de su experiencia, y ponen de manifiesto la debilidad de la naturaleza humana, los peligros de la prosperidad, la insuficiencia de todo bien terrenal para satisfacer las necesidades del hombre, y la suma importancia de temer y obedecer a Dios. Además de estos, los Salmos 72 (excepto el vers. 20,) y 127, como consta en el epígrafe que llevan, se atribuyen a Salomón, y en el contenido de ellos se refleja su reinado, a la vez que el primero termina en Cristo, el más grande hijo de David, y en las bendiciones de su dominio universal. El Salmo 45 se atribuye también al tiempo de Salomón; empleando, según parece, imágenes derivadas de los incidentes de su reinado, describe los triunfos del Mesías, su gobierno firme y eterno, y como el Cantar de los Cantares, la relación conyugal entre él y su pueblo.

Los cronistas bíblicos del reinado de Salomón, tomaron datos de varias historias contemporáneas, tales como “el Libro de los Hechos de Salomón;” 1 Rey. 11:41; “el Libro del profeta Natán,” “la profecía de Ahías Silonita, y las visiones del vidente Iddo,” etc., 2 Crón. 9:29.

La degeneración de Salomón en sus últimos años no disminuye el valor de sus inspiradas enseñanzas, sino que sirve en sí misma de ejemplificación y de elocuente amonestación en cuanto a la posibilidad de caer en los más graves pecados desde la altura más elevada de los privilegios espirituales.

Salomón fue bajo muchos respectos tipo de Cristo, que fue el divino “hijo de David,” Mat. 1:1, “más grande que Salomón,” Mat. 12:42; el “Príncipe de Paz,” Isa. 9:6, 7; el “Amado del Padre,” Mat. 3:17; el “Hijo escogido,” comp. 1 Crón. 28:5; Sal. 45:7; Heb. 1:5, 8, 9; el poseedor de “todos los tesoros de sabiduría y de conocimiento.” Luc. 2:40, 52; Col. 2:3; el “Maestro admirable;” comp. 1 Rey. 4:29-31, 34; Luc. 5:1, 15; 19:48; el “Intercesor de su pueblo;” comp. 1 Rey. 8:22-53; Juan 17; el “Rey de reyes” Apoc. 17:14; 19:16; Filip. 2:10; el “Esposo de su iglesia;” comp. Cantares; Efes. 5:23-32; Apoc. 19:7; 21:2.

SALOMÓN, CANTARES DE, o el “Cantar de los Cantares,” vers. 1, esto es, el más excelente de los cantares, llamado algunas veces “cánticos;” en la vulgata latina *Canticus Canticorum*. Este libro siempre ha formado parte de las Escrituras canónicas, hallándose en las antiguas versiones, desde la Septuaginta en adelante, y en los catálogos contando desde el de Melito, por el año 160 A. D., y ha sido altamente estimado por los judíos y los Cristianos. No hay razón suficiente para poner en duda que dicho libro fuera escrito por el rey Salomón durante la primera parte de su reinado. En cuanto a su asunto y plan, se han emitido muy diversas opiniones, comprendidas en una u otra de las tres clases siguientes:

1. La opinión de que es alegórico. Casi todos los escritores judíos de la era cristiana interpretan este hermoso poema como una alegoría, conviniendo generalmente con el Targum, la paráfrasis caldea, que lo explica como una representación alegórica y profética de la historia de Israel desde el Éxodo hasta la venida del Mesías y la edificación del tercer templo. El modo alegórico de interpretación fue adoptado

por los más antiguos escritores cristianos, que consideraban los Cantares como presagio de (1) la comunicación amorosa entre Cristo y el alma del individuo creyente; o (2) la relación entre Cristo y la iglesia; o (3) ambas cosas; o (4) la relación entre Jehová y el pueblo de Israel, o sea la teocracia del Antiguo Testamento; o (5) la historia de la iglesia, tanto en el periodo del Antiguo Testamento como en el del Nuevo. Esta opinión ha venido siendo en una u otra forma la de la mayoría de los teólogos cristianos y creyentes hasta el presente día.

2. La opinión de que es literal. Desde una época que se remonta al siglo V, Teodoro de Mopsuestia en Cilicia sostuvo que el sentido de los Cantares era literal, en celebración del amor terrenal y casamiento de Salomón y su prometida—Shelomoh y Shulamith (“la Sulamita”), que se supone era la hija de Faraón. Esta opinión tuvo por largo tiempo poca aceptación; pero en el siglo pasado y en el presente, ha hallado adeptos, especialmente entre los racionalistas alemanes, considerándose la esposa algunas veces como una princesa egipcia, y otras como una pastora israelita de Sunem. Pero es evidente que una vez aceptado el sentido literal y llano, no puede explicarse por qué se le ha dado cabida al libro de los Cantares en las Escrituras inspiradas y en el corazón del pueblo de Dios; y los que así opinan desconocen sin duda tanto el carácter típico de Salomón, como el de muchos pasajes bíblicos en que se ejemplifica con el estado conyugal la relación que existe entre Cristo y su Iglesia.

2. La opinión de que es típico. Como término medio entre la opinión que atribuye a los Cantares un sentido alegórico, y la que les atribuye uno literal, existe la de los que creen que en su significado primario pintan la amorosa relación que ligaba al rey Salomón y a su esposa; y que en virtud del carácter representativo del rey como vicergerente de Jehová y tipo del Mesías, bosquejan la tierna relación que debía existir entre Jehová y su pueblo escogido, y la comunión más cariñosa aún, que ha de haber entre Cristo y su Iglesia. Entendidos así los Cantares, su sentido está en consonancia con el sistema divino de tipos actuales, históricos y personales de Cristo en sus varios aspectos. El libro de los Cantares ocupa un lugar importante en el desarrollo de la idea del vínculo matrimonial, como figura del que existe entre Dios, y particularmente Cristo, y su pueblo; y por lo tanto ha sido muy a propósito para robustecer la fe, el amor y la fidelidad, tanto de los creyentes del Antiguo Testamento como de los cristianos en tiempos posteriores. Envuelven esta idea algunas expresiones que figuran en los escritos de Moisés, Exod. 34:15; 16; Núm. 15:39; y de Asaf, Sal. 73:27; sobre ella estriba el salmo 45, compuesto por un escritor contemporáneo de Salomón; se amplifica el mismo tema por los profetas en palabras de consuelo y de reconvencción, Isa. 54:5; 62:5; Jer. 3; Ezeq. 16; 23; Ose. 1-3; y fue adoptado por Juan el Bautista, Juan 3:29, y por nuestro Señor y sus apóstoles, Mat. 9:15; 2 Cor. 11:2; Efes. 5:23-32; Apoc. 19:7-9; 21:2-9; comp. también Cant. 8:12, e Isa. 5:1; Cant. 2:14, y Sal. 74:19; Cant. 5:2 y Apoc. 3:20.

En cuanto a su forma, los Cantares son un drama o diálogo lírico, en que figuran como interlocutores Salomón, la esposa, y sus amigas las doncellas de Jerusalén. Véanse Salomón, Sulamita.

En la exposición de este hermoso poema, debemos recordar que las reglas modernas y las modernas nociones en cuanto al gusto no son la norma a que deben sujetarse su plan, sus imágenes o su fraseología.

El Dr. Juan Brown de Haddington, en la introducción a su admirable paráfrasis de este libro, dice, “Si se entiende como que trata del matrimonio y la comunión entre Cristo y su pueblo, parecerá de lo más elevado, instructivo y conmovedor. Su estilo majestuoso, la influencia que ejerce en la conciencia de los hombres para promover la santidad y la pureza, la armonía de su lenguaje con el de las parábolas de Cristo y el libro de Apocalipsis, la ingenuidad de la esposa en reconocer sus faltas, y el recibimiento general que ha tenido por parte de las iglesias judía y cristiana, prueban suficientemente que es

inspirado por Dios. Para los que lo leen con ánimo carnal y liviano, tiene “olor de muerte para muerte,” por cuanto contamina el ánimo y la conciencia de los que así proceden; pero para los que han tenido íntima comunión con Cristo, y lo leen con ánimo devoto y espiritual, tendrá “olor de vida para vida.” Los actores en él son Cristo, los creyentes, y las hijas de Jerusalén,” o los compañeros y amigos de los creyentes.

SALOMÓN, ESTANQUES DE, Ecles. 2:6. Entre estos pueden incluirse las antiguas construcciones llamadas por los Árabes el-Burak, los estanques, como tres millas al sudoeste de Belén, en el camino de Hebrón. Son estos tres grandes depósitos de agua, hechos casi juntas, en el estrecho valle que se llama cañada Urtas, (véase Etam) de donde, según el Talmud, se surtía el templo de agua. Estos se hallan en parte cortados en la roca, y en parte hechos de mampostería, cubiertos todos con una capa de argamasa, y formados a distintos niveles; así es que se levantan gradualmente de este a oeste, aunque no en línea recta, y tienen canales que conducen el agua del estanque superior al que le sigue en grado inferior, y escalones para cada uno. Están abastecidos principalmente por medio de un acueducto interior practicado desde una fuente subterránea que se halla a alguna distancia al noroeste, y que tal vez es a la que se alude en Cant. 4:12; en la estación de lluvias reciben también gran cantidad de agua de los cerros vecinos. Un acueducto que sale del estanque de abajo, surte a Belén y los jardines Urtas, y conduce el agua a Jerusalén. El estanque superior y más occidental, tiene 380 pies de largo, 236 de ancho al este, 229 al oeste; 29 de profundidad al este, y está a 160 de altura sobre el estanque de en medio. Este tiene 423 de largo, 250 de ancho al este, 160 al oeste; 39 de profundidad, y 248 sobre el de más abajo. Las dimensiones de este último son 582 pies de largo, 207 de ancho al este, 148 al oeste, y 50 de profundidad. Cuando el Dr. Thomson los vio por primera vez, contenían sólo unos cuantos pies de agua; pero en otra ocasión halló los dos de más arriba llenos y derramándose sobre el inferior. Al norte del estanque occidental, se ve una antigua fortificación cuadrada llamada Kalat el-Burak, fuerte de los estanques. El acueducto que sale de los estanques atraviesa el valle de Hinom, abajo del ángulo sudoeste del muro de Jerusalén; ondula al sur al rededor del Monte Sion, y vuelve de nuevo al norte en el valle Tiropaeon, entre la ciudad y el valle del Haram. Se cree que un acueducto formado de un nivel más alto, y que sale de un manantial contiguo a Belén, a 200 pies sobre la plataforma del templo, conducía el agua al estanque superior de Gihón, y al de Ezequías, en Jerusalén, cerca de la puerta de Jope.

SALOMON, PORTICO DE, I., De entre las construcciones hechas por Salomón para su propio uso, dos podrían ser designadas de este modo, a saber, el “pórtico de las columnas,” y “el pórtico del trono,” o “pórtico del juicio,” 1 Rey. 7:6, 7. Véase Susa.

II. El pórtico exterior oriental, o peristilo del templo, tal como fue reedificado por Herodes, Juan 10:23; Hech. 3:11; 5:12, se unía exteriormente al atrio de los Gentiles por el lado del este. Su techo interior, construido de cedro, tenía 40 pies de altura sobre el piso, y se apoyaba en una doble hilera de columnas corintias de mármol blanco. Véase Templo.

SALOMÓN, LOS SIERVOS DE, cuyos descendientes volvieron con Zorobabel de la cautividad, Esd. 2:55-58; Neh. 7:57-60, eran probablemente los Cananeos reducidos a la servidumbre por Salomón, 1 Rey. 9:20, 21; 2 Crón. 2:17, 18; 8:7, 8; comp. 1 Crón. 22:2.

SALTERIO. Un instrumento de cuerda, de forma triangular. Véanse Música y SALMOS.

SALUD, curación o sanidad. “La salud salvadora de Dios,” Sal. 67:2, es la misericordiosa curación y salvación del alma que él efectúa.

SALUM, I., retribución, asesino de Zacarías, rey de Israel, y usurpador de su trono, 772 A. C. Reinó solamente un mes, y fue muerto en Samaria por Manahem, 2 Rey. 15:10-15. Véase Zacarías.

II. Véase Joacaz, II.

III. Marido de Hulda la profetiza, en la época de Josías, 623 A. C., 2 Rey. 22:14. A otros de este nombre se alude en 1 Crón. 2:40; 7:13; 9:17, 19, 31; Esd. 2:42; 7:2; 10:24, 42; Neh. 3:12; 7:45; pero poco se sabe de ellos.

SALUTACIÓN. La fórmula usual de salutación entre los Hebreos era *Shalom lekhá*. “Sea la paz contigo” La misma expresión se usa entre los Árabes hasta el día de hoy. Ellos dicen Salam lekha, a lo cual la persona saludada contesta, “Contigo sea la paz,” Gén. 29:6; Jue. 18:15. De aquí vierte el que se hable de los “salams” árabes y turcos, esto es, salutations. Otras frases de salutación se hallan en la Escritura, casi todas las cuales envuelven una bendición, como: “El Señor sea contigo” “Salve” o “Alégrate” Bendito seas del Señor.” Estas y semejantes frases usan los orientales todavía en todas ocasiones, con la más profusa y escrupulosa cortesía. La carta del Árabe está casi llena de salutations; y aun cuando entrará él a avisaros que vuestra casa estaba ardiendo, primero haría y recibiría los cumplimientos de estilo, y en seguida diría tal vez, “Con el favor de Dios todo va bien; pero vuestra casa es presa de las llamas.” Los Árabes acompañan sus salutations más cumplidas con varias ceremonias o gesticulaciones; algunas veces se besan y abrazan al saludarse; algunas un inferior besa la mano o la barba de un superior, o hace una profunda inclinación con la mano sobre el pecho, y después la levanta hasta sus labios o frente; o, si el superior es un príncipe, se postra hasta tocar con la frente el suelo, para manifestar su obediencia, Gén. 37:7. Véase la salutación de Jacob a Esaú, Gén. 33; y compárese Gén. 19:1; 23:7; 42:6; 1 Sam. 25:23; 2 Sam. 1:2; Juan 20:26. La debida y atenta práctica de algunas de estas ceremoniosas cortesías, mayormente cuando se repiten con frecuencia, requiere mucho tiempo; por esto fue que cuando el profeta Elíseo envió a su criado que fuera apresuradamente a poner su bordón sobre el rostro del niño muerto, le prohibió que saludara a nadie, o contestara a saludo alguno en el camino, 2 Rey. 4:29.

Por la misma razón nuestro Salvador prohibió a los setenta discípulos que saludaran a nadie en el camino, Luc. 10:4, esto es, de ese modo tan fastidioso: pues así tendrían que desperdiciar un tiempo precioso. Mucha de la cortesía oriental era superficial y carecía de sinceridad; pero la bendición de Cristo nacía del corazón y traía consigo lo que era “mejor que la vida.” “La paz os dejo; mi paz os doy: no como el mundo la da, yo os la doy,” Juan 14:27. Los judíos limitaban sus salutations a aquellos a quienes consideraban como “hermanos,” esto es, a los miembros de una misma comunidad religiosa, Mat. 5:47; de la misma manera los mahometanos no dirigen su salutación de paz a persona alguna que no sea mahometana. Véase Culto.

SALVACIÓN o SALUD, significa en su sentido riguroso, libramiento o emancipación, y se emplea para hablar de una emancipación temporal, de una victoria, en Exod. 14:13; 1 Sam. 14:45. Y por cuanto la emancipación espiritual del dominio del pecado y de la muerte, por el Redentor, Mat. 1:21, es una salvación mucho mayor, esta palabra ha venido a usarse casi únicamente en esta acepción moral y espiritual, e implica, no tan sólo dicha emancipación, sino también sus consecuencias, es a saber, la vida eterna y la felicidad en el reino de nuestro Señor, 2 Cor. 7:10; Efes. 1:13. Se la describe con mucha exactitud como “una gran salvación,” Heb. 2:3.

Los Hebreos raras veces usan términos concretos, propiamente dichos. Por lo general emplean términos abstractos. Así es que en lugar de decir, “Dios los salva y los protege,” dicen, “Dios es su salvación.” De

modo que “voz de salvación,” “gozo de salvación,” “roca de salvación,” “escudo de salvación,” “cuerno de salvación,” “palabra de salvación,” etc., son expresiones equivalentes a “voz que anuncia la salvación,” al “gozo que uno siente cuando escapa de un gran peligro,” a “roca en donde alguno busca refugio y se halla en seguridad,” “escudo que resguarda del ataque de un enemigo,” “poder que efectúa la salvación.” Así “obrar una gran salvación en Israel” significa librar a la nación de un inminente peligro o darle una gran victoria.

“Los vestidos de salud, o salvación,” Isa. 61:10, es una expresión que se refiere a las espléndidas vestiduras llevadas en los días festivos. Dicha frase se usa figuradamente, para denotar la recepción de un señalado favor de Dios, tal como el librarse de un gran peligro.

SALVADOR, término aplicado en el Antiguo Testamento a los hombres especialmente designados por Dios, para dar libertad y prosperidad temporales a su pueblo: como a Josué, cuyo nombre es el hebreo original de Jesús, a los Jueces, Neh. 9:27; a Jeroboam II, 2 Rey. 13:5, y a menudo aplicado al mismo Jehová, Isa. 43:3, 11; 45:21; 60:16, 17, de quien se buscaba una salvación espiritual del pecado, Sal. 39:8; 79:9. Este término se aplica de preferencia a Nuestro Señor Jesucristo, porque como el ángel lo expresó, “vino a salvar a su pueblo de sus pecados,” Mat. 1:21. Él fue por lo tanto llamado Jesús, que significa Salvador, Juan 4:42; Hech. 4:12; 5:31.

SAMARAIM, *vellón doble de lana*, l., antiguo pueblo de Canaán que le tocó a la tribu de Benjamín, Jos. 18:22. Estaba situado en el valle del Jordán en los terrenos inmediatos y más elevados hacia Betel; probablemente es Kh. es-Sumrah, cuatro millas al norte de er-Riha.

II. Eminencia en el Monte Efraín, 2 Crón. 13:4; probablemente Ras-es-Zeimerah, 3 ½ millas al noreste de Betel.

SAMAREOS, nombre de los miembros de una tribu descendiente de Cam, semejantes a los Heteos y Amorreos; se les llamó hijos de Canaán, Gén. 10:18; 1 Crón. 1:16. El nombre tal vez se ha preservado en las ruinas llamadas Samra, cerca de la boca del río Eleuterus.

SAMARIA, l., ciudad como seis millas al noroeste de Siquem, y treinta al norte de Jerusalén, construida sobre un cerro oblonga que se levanta 1,542 pies sobre el nivel del mar, cerca del centro de un valle ancho y profundo, rodeado de cerros. Fue edificada por Omri rey de Israel, como 920 años A. C., y se le dio el nombre de Semer, quien antes era dueño de ese cerro, 1 Rey. 16:23, 24. Sucedió a Siquem y a Tirsa como capital del reino de Israel, vers. 28, 29, y conservó ese carácter por 200 años. Fue asiento de idolatría, y a menudo denunciada como tal por los profetas, Oseas 10:5-7; Amós 6:1; Miq. 1:1-7; Isa. 9:9; Jer. 23:13; Ezeq. 16:46-55. Acab edificó allí un templo de Baal, 1 Rey. 16:32, 33, y una parte de la ciudad fue llamada “la ciudad de la casa de Baal.” Este templo fue destruido por Jehú, 2 Rey. 10:18-28. Samaria era un lugar bien protegido como punto militar. Fue dos veces sitiada por los Sirios y rescatada de ellos, en el reinado de Acab, 901 A. C., 1 Rey. 20:1-21, y en el de Joram, 892 A. C., 2 Rey. 6:24 a 7:20. Durante el último sitio el pueblo sufrió terriblemente por el hambre, y su notable rescate fue predicho por Elíseo. Un acto de generosidad fraternal hacia los cautivos de Judá fue practicado, en obediencia a una orden profética, por los principales ciudadanos de Samaria, durante el reinado de Peca, 2 Crón. 28:6-15. Samaria fue sitiada durante tres años por el rey de Asiria, y fue finalmente tomada por Sargón, 720 A. C., 2 Rey. 17:5, 6; 18:9, 10, y sus habitantes fueron llevados cautivos a Asiria. La ciudad parece haber sido restaurada parcialmente por los colonos cutitas. Fue tomada por Alejandro el Grande, 333 A. C., y colonizada con Siro-Macedonios. Juan Hircano la tomó 129 A. C., y la demolió casi de un todo. Pompeyo colocó de nuevo allí a los Samaritanos que habían sido suplantados por los Siro-Macedonios y los judíos.

El procónsul Gabinio la reedificó, y la llamó Gabinia. Augusto la dio después a Herodes el Grande, quien la ensanchó y adornó, llamándola Sebaste, equivalente griego de Augusta, en honor del emperador. El mismo Herodes estableció en ella una colonia de 6,000 hombres, principalmente veteranos; la rodeaba de un fuerte muro y columnario; y edificó un magnífico templo dedicado a Augusto.

El evangelio fue predicado allí con buen éxito por Felipe y por otros, Hech. 8:5-25, y la iglesia que se formó estuvo representada en el Concilio de Nicea, 325 A. D. La ciudad cayó en poder de los musulmanes en 614 A. D. Los cruzados establecieron en ella un obispado latino, y se hace mención de ese lugar por los viajeros subsecuentes. Ahora es una población sin importancia llamada Sebustiyeh, con unas cuantas casas edificadas de piedras tomadas de las antiguas ruinas.

Los viajeros modernos describen su situación como de extraordinaria belleza, fortaleza y fertilidad. El cerro en cuya ladera se levanta la población, y las colinas algo elevadas que limitan el valle que la rodea, están artificialmente dispuestas en forma de gradería hasta la cima, sembradas de granos y de higueras, olivos y parras. La subida del cerro de Samaria es escarpada, y la estrecha vereda caracolea por entre las ruinas de antiguos edificios. Desde la cumbre se disfruta una vista deliciosa que se extiende hacia el oeste hasta el Mediterráneo, cuyas aguas, a una distancia de 20 millas, se pueden ver claramente. En la cumbre se ve en ruinas la iglesia de Juan el Bautista, edificada por los Cruzados del siglo duodécimo, en el sitio tradicional pero improbable de su sepulcro, y la cual se usa ahora como mezquita. Cerca de la cima, y en ambos lados de la colina, se hallan restos de columnatas, probablemente construidas por Herodes. La escena toda ejemplifica de un modo vivo la profecía consignada en Miq. 1:6.

II. SAMARIA en el Antiguo Testamento, es algunas veces sinónimo del reino de Israel, 1 Rey. 13:32; 2 Rey. 17:24, 26, 28; Ezeq. 16:53; Ose. 8:5, 6; Am. 3:9. Su tamaño varió mucho en diferentes periodos. Al principio abarcaba todo el territorio de las diez tribus, tanto al este como al oeste del Jordán; pero después se redujo mucho por las conquistas de los reyes asirios Pul y Teglat-Falasar, 771 a 740 A. C. Estos llevaron cautivos a sus habitantes de la porción septentrional, y a los del este del Jordán, 1 Crón. 5:20; 2 Rey. 15:29. Algunos años después el resto de esa región fue privada de la mayor parte de sus habitantes Israelitas, y colonizada por paganos importados de varias partes del imperio asirio, 2 Rey. 17:23-29; Esd. 4:2, 9, 10. Sus límites entonces probablemente correspondían casi con los que se le dan en el número III.

III. SAMARIA en el Nuevo Testamento, es la región que estaba entre Judea al sur, y Galilea al norte, al oeste del Jordán. Sus límites, tales como los describe Josefo, han sido hallados por la Inspección británica de Artillería. En la extremidad norte, estaba En-Gannim, ahora Jenin; en la del sudoeste, Antipatris, ahora Ras el-Ain; cerca del límite meridional, pero en Judea, estaba Silo, ahora Seilun. Josefo dice que Samaria no tenía costa de mar, pues toda la llanura de Sarón pertenecía a Judea. Un camino romano de Galilea a Jerusalén corría a través del país, al este del Jordán (Perea), con un vado cerca de Jericó; este camino hacía que los peregrinos galileos pudieran evitar el paso por Samaria, si bien la vía directa, que era un camino romano que atravesaba a Samaria, era la que con frecuencia se seguía, Lucas 17:11; Juan 4:4, 5.

SAMARITANO, EL PENTATEUCO. El primer ejemplar de este fue adquirido en 1616, de los Samaritanos de Damasco, por algunos Cristianos adictos al estudio. Sus variantes respecto del texto hebreo son en su mayor parte de poca importancia. Casi todas ellas son debidas al conocimiento imperfecto que los traductores tenían del hebreo; unas cuantas, al propósito de conformar el texto a las ideas samaritanas, especialmente por lo que tocaba a la santidad del Monte Gerizim, como en Deut. 27:4, en donde se lee "Gerizim," en vez de "Ebal;" y otras, por último, al deseo de aclarar los pasajes oscuros. El lenguaje es

hebreo; los caracteres son los llamados samaritanos, de forma redonda, y los mismos que usaron los judíos hasta algún tiempo después de la cautividad, cuando adoptaron la forma cuadrada que ahora emplean. Muchos manuscritos del Pentateuco samaritano, más o menos completos, se hallan ahora en las bibliotecas europeas; están escritos en vitela o papel de algodón, y tienen todos la forma de libro, y no de rollos. No se puede encontrar ninguno anterior al siglo décimo. En la sinagoga samaritana de Nablus, hay un rollo de pergamino muy antiguo, ilegible y remendado en muchos lugares, el cual los Samaritanos afirman que fue escrito por Abisua el bisnieto de Aarón. Se exhibía a la congregación una vez al año, en el día de expiación, en que lo besan devotamente. Ordinariamente se hace uso de otro rollo. El Pentateuco fue, desde tiempos muy antiguos, traducido a la lengua samaritana, la cual se compone de hebreo, caldeo, siríaco, etc., y fue reemplazada por el árabe después de la conquista hecha por los Musulmanes. En el siglo 11 esa parte de la Biblia fue traducida en árabe.

SAMARITANOS, habitantes de la ciudad o de la región de Samaria. En 2 Rey. 17:29, los Israelitas idólatras; comp. vers. 9-12. En el Nuevo Testamento esta palabra denota la raza mixta que se originó de la mezcla del resto de Israel, y de los numerosos gentiles llevados allí de varias partes de Asiria en tiempo de la cautividad, vers. 23, 24. Esta colonización puede haber sido efectuada a intervalos, y los descendientes de los colonos la atribuyen a Esar-haddón, y dicen que se verificó como por el año 687 A. C., Esd. 4:2, 9, 10. Los colonos vivieron al principio en un gentilismo sin mezcla; pero aterrorizados por los estragos causados por los leones, trataron después de propiciar al Dios de esa tierra, haciendo que volviera un sacerdote israelita a Betel, y mezclando con las idolatrías que les eran propias, un culto adulterado de Jehová, 2 Rey. 17:25-33, 41. Esa raza mestiza y esa religión tuvieron por supuesto que ser odiosos a los judíos, cuando estos se purificaron de sus propias idolatrías; y en consecuencia, a su vuelta de la cautividad, 536 A. C., no accedieron a la súplica que los Samaritanos les hicieron de que les permitieran ayudarles a reconstruir el templo, Esd. 4. Como resultado de esto, los Samaritanos molestaron y calumniaron a los judíos, estorbando la construcción del templo, hasta 520 A. C., y después la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, 445 A. C., Neh. 4:6. Esa enemistad mutua subió de punto a causa de que los Samaritanos erigieron un templo rival en el monte Gerizim, en donde ofrecían sacrificios según la ley mosaica, pretendiendo que en Deut. 27:11-13. Se designaba este, "el monte de bendición," como el sitio propio para el templo, aunque según el texto hebreo el altar original fue levantado en el monte Ebal, vers. 4; Jos. 8:30-35. No se sabe con certeza si el templo samaritano fue edificado en tiempo de Nehemías, cuando el hijo del sumo sacerdote fue expulsado por haberse casado con una hija de Sanbalat, Neh. 13:28, o si, como afirma Josefo, lo fue por el año 330 A. C., por permiso de Alejandro el Grande. Los Samaritanos rechazaban todas las Escrituras hebreas, con excepción del Pentateuco. Josefo dice que ellos pretendían tener parentesco con los judíos, pero ellos negaban ese hecho, según convenía a sus circunstancias. Siquem llegó a ser su ciudad principal. Su templo fue destruido por Juan Hircano por el año 129 A. C., pero continuaron venerando la montaña sagrada, y celebraban su culto dirigiéndose a ella. De tiempo en tiempo los judíos descontentos se les unían, pero el odio nacional y religioso entre los dos pueblos seguía aumentando, Ecl. 50:25, 26. En la época de nuestro Salvador, el nombre "Samaritano" era un término de amargo desprecio, Juan 8:48; y los judíos procuraban evitar todo trato con ellos, Juan 4:9. Los Samaritanos por su parte molestaban a los judíos, rehusaban dar hospitalidad a los peregrinos que pasaban por su país, Luc. 9:52, 53, y algunas veces los atacaban. Con todo, pretendían descender por linaje de José, de un progenitor común, Jacob, Juan 4:12, mientras que los judíos les echaban en cara su origen pagano. Jesús, a la vez que negó la ortodoxia que los Samaritanos se atribuían, vers. 20-22, y que difirió el ministerio de sus discípulos entre ellos, como entre los Gentiles, hasta después de su resurrección, Mat. 10:5; Hech. 1:8, se sobrepuso a las preocupaciones de raza y de secta de ciertos judíos en la entrevista que tuvo con la mujer samaritana, y en el desempeño de su ministerio entre los habitantes de sus poblaciones, Juan 4; en el encomio que hizo del leproso agradecido a quien curó, Luc. 17:15-19, y en su parábola del Buen Samaritano, Luc.

10:33-37. Su superstición y la falta de espiritualidad de su culto de exterioridades, se dan a conocer en Juan 4:22-24, y en Hechos 8:9-11. La queja que los Samaritanos hicieron contra la severidad usada por Pilato al apaciguar un tumulto entre ellos, motivó la remoción de este funcionario; 11,600 Samaritanos fueron muertos en el Monte Gerizim por haber resistido a Vespasiano cuando subyugaba a Palestina. La predicación del evangelio obtuvo un éxito considerable entre ellos, Hech. 8:4-17; 9:31; pero la mayor parte persistieron en su fanática adhesión a las enseñanzas de Moisés. Se unieron a los judíos en una rebelión contra Septimio Severo, 193-211 A. D., quien a consecuencia de ella privó a Neápolis (Siquem) de sus prerrogativas. En los siglos 4, 5 y 6 se opusieron encarnizadamente a los cristianos y dieron muerte a muchos de ellos. Benjamín de Tudela, un Rabí español, escribió acerca de ellos en el siglo 12, y dice que residían en Nablus, Ascalón, Cesárea y Damasco. Una colonia de ellos compuesta como de 150, existe todavía en Nablus, y ha sido visitada a menudo por los viajeros modernos. Son observadores escrupulosos de la ley mosaica, hasta donde es posible; pero no ofrecen sacrificios, pues juzgan que desde la destrucción del templo es ilícito el hacerlo. Observan rígidamente el día de descanso desde la noche del viernes hasta la del sábado, reuniéndose tres veces en su sinagoga, y mirando, al celebrar su culto, hacia Gerizim. Sus funcionarios de carácter religioso son dos, un sacerdote, y un ministrante. Su liturgia, escrita en hebreo, es en gran parte ininteligible para la generalidad de la congregación, porque su lengua común ha sido, desde hace mucho tiempo, el árabe. Observan el novilunio, la pascua y la fiesta del pan sin levadura, el Pentecostés, y la fiesta del tabernáculo, y observan un ayuno entero de 25 horas el día de la expiación. Durante sus grandes festividades concurren a un lugar sagrado en la cumbre del monte Gerizim. En la pascua sacrifican allí solemnemente cinco o seis corderos, los asan y se los comen apresuradamente con yerbas amargas; rocían los rostros de los niños con su sangre, y queman su pata derecha delantera, de suerte que tal ceremonia tiene algo del carácter de un sacrificio. Creen en Jehová como único Dios; en Moisés como único legislador; en el Tora o ley, como el único libro divino, y en el monte Gerizim como la única casa de Dios. Creen también en un Mesías futuro, "el Restaurador," que ha de ser un gran maestro, y ha de convertir al mundo a la fe de ellos; en una resurrección general, y en un premio y un castigo futuros y eternos.

En el siglo 5 se edificó una iglesia cristiana en la cumbre del monte Gerizim, y en el sexto fue rodeada de un fuerte muro por Justiniano, a fin de dar protección a los fieles cristianos contra los Samaritanos. Las macizas ruinas, tanto de la iglesia como de la fortaleza, se pueden ver allí todavía.

SAMGAR, *copero*, hijo de Anat, y el tercer juez de Israel, después de Aod y poco antes de Barac, en una época de grande incertidumbre y aflicción, Jueces 3:31; 5:6. Él defendió a Israel, y mató a 600 Filisteos con un aguijón de buey. Véase Arado.

SAMGAR-NEBO, Jer. 39:3, uno de los generales babilonios que tomaron a Jerusalén.

SAMHUT, *desolación*, 1 Crón. 27:8; tal vez lo mismo que Samot, 1 Crón. 11:27.

SAMIR, *punta aguda*, l., ciudad de las montañas de Judá, probablemente Kh. el-Emireh, doce millas al sur de Hebrón.

II. Ciudad en el Monte Efraín, residencia y lugar de entierro de Tola, juez de Israel, Jue. 10:1, 2; probablemente en Bir-ed Dowá, en la cañada de Samur, 10 millas al sudeste de Siquem.

SAMA, *desolación*, l., uno de los tres principales de entre los treinta valientes de David, que compartió con este y con Eleazar el honor de la hazaña consignada en 2 Sam. 23:11, 12; 1 Crón. 11: 12-14. Otra proeza en la cual tomó parte, se describe en 2 Sam. 23:13-17.

II. Hermano de David, 1 Sam. 16:9; 17:13; llamado en otros pasajes Simea y Sima, 2 Sam. 13:3, 32; 1 Crón. 2:13; 20:7.

Otros de este nombre se mencionan en Gén. 36:13, 17; 2 Sam. 23:25, 33; 1 Crón. 11:27; 27:8.

SAMOS, *altura*, isla elevada en el Mar Egeo, distante algunas millas de la costa occidental del Asia Menor. Fue célebre como el lugar de nacimiento de Pitágoras, y estaba consagrada al culto de Juno. Los fragmentos de su magnífico templo, dos millas al oeste de la ciudad de Samos, existen todavía. Su principal manufactura era una especie de alfarería fina, llamada “loza Sandalia,” término que fue después de aplicación general, como el de nuestra “loza china.” En la época de Simón Macabro, había judíos establecidos allí, y se intercedió con el gobernador Samiano en su favor, por los Romanos, 1 Macab. 15:23.

Pablo tocó allí al volver de su tercer viaje misionario, 58 A. D., Hechos 20:15. En frente del puerto, llamado ahora Port Tiganí, estaban el cabo y la ciudad Trogyllium. Samos, la capital en tiempo de Pablo, era una “ciudad libre.” La isla se llama todavía Samos. Tiene 27 millas de largo y 10 de ancho, una área de 165 millas cuadradas, y una población como de 60,000 habitantes. La residencia del gobernador turco está en Colonna, llamada así por una columna solitaria que queda del templo de Juno. La isla, aunque mal cultivada, es fértil y produce con abundancia naranjas, uvas, y aceitunas, y exporta granos, vino, pasas, aceite y seda.

SAMOTRACIA, isla montañosa de ocho millas de largo y seis de ancho, en la parte noreste del Mar Egeo, como veinte millas al sur de la costa de Tracia. A su antiguo nombre de Samos, altura, se le añadió el epíteto de Tracia, para distinguirla de la otra Samos. Servía de señal clara a los marinos, porque podía ser vista desde Troas. Su pico tiene una altura de 5,248 pies. La isla era notable por su celebración de los misterios de Ceres y Proserpina, y de las deidades llamadas Los Cabiri; y por eso era tenida como sagrada, acudían a ella los peregrinos, y servía de asilo a los fugitivos. Según lo que refiere Plinio, gozó bajo los Romanos los privilegios de un pequeño estado libre, aunque dependía de la provincia de Macedonia. La ciudad de Samotracia estaba en el lado norte de la isla, y proporcionaba abrigo en la noche contra el viento sudeste; debido al cual Pablo navegó con rapidez de Troas a Neápolis en el primer viaje misionero que emprendió a Europa, Hech. 16:11. La isla llamada ahora Samothraki o Samandrichi, pertenece a Turquía, y tiene de 1,000 a 2,000 habitantes, principalmente pescadores. Está en su mayor parte cubierto de bosques, y no tiene más que una aldea.

SAMÚA, hijo de David y de Bet-sua, o Bath-sheba, 2 Sam. 5:14; 1 Crón. 14:4 llamado también Simea en 1 Crón. 3:5.

SAMUEL, *oído de Dios*, 1 Sam. 1:20, hijo concedido en respuesta a la oración, y célebre profeta y juez hebreo, Hech. 3:24; 13:20. Fue Levita de nacimiento, 1 Crón. 6:22-28, 33-38, e hijo de Elcana y Anua, nacido en Ramata, en el monte Efraín, al noroeste de Jerusalén. En una edad muy tierna fue llevado a Silo, y criado junto al tabernáculo bajo el cuidado de Elí, el Sumo-sacerdote. Habiendo sido consagrado a Dios desde su nacimiento, y dedicado al nazareato, comenzó desde su niñez a recibir comunicaciones de Dios, 1 Sam. 3; y después de la muerte de Elí, fue hecho juez de Israel. Fue el último y el mejor de los jueces hebreos. No podemos menos de examinar su carácter y administración con especial placer y reverencia. Las doce tribus, cuando él se encargó de ellas, se hallaban en un estado de atraso, tanto moral como políticamente. Él indujo al pueblo a abandonar la idolatría, la libró del yugo filisteo, administró justicia con energía e imparcialidad, promovió la educación y la verdadera religión, 2 Crón.

35:18, unió las tribus y las elevó en la escala de la civilización. Al pedir los Israelitas un rey, en vista de la avanzada edad de Samuel y del vil carácter de sus hijos, manifestaron gran falta de fe en Dios y de sumisión a su voluntad. Con todo. Él les dio “un rey en su furor,” Ose. 13:11. Samuel ungió a Saúl como primer rey de Israel, y después a David. Este había de ocupar en debido tiempo el lugar de Saúl, a quien Dios había ya desechado cuando David fue ungió. Durante toda su vida Samuel ejerció sobre Israel, y aun sobre Saúl mismo, un influjo muy elevado y benéfico. Samuel instituyó las escuelas de los profetas, las cuales subsistieron por mucho tiempo, y fueron de grande utilidad.

Murió a una edad avanzada por el año 1,058 A. C., honrado y lamentado por todos. Aun después de su muerte, el infortunado Saúl, dejado de la mano del Dios a quien él había abandonado, solicitó el consejo del profeta, valiéndose para ello de una pretendida pitonisa. Dios tuvo a bien el hacer que Samuel se apareciese con un mensaje profético para el rey. En Sal. 99:6, Samuel está colocado en la misma categoría que Moisés y que Aarón. Véase también Jer. 15:1; Heb. 11:32. Su nieto Hernán fue un cantor distinguido en tiempo de David, 1 Crón. 6:33; 15:17, 19. La tradición judaica registrada en el Talmud por el año 500 A. D., atribuye a Samuel los libros de los Jueces y de Rut, así como también los libros que llevan su nombre (véase abajo). Una tradición que se remonta hasta el séptimo siglo de la era cristiana, coloca su tumba en una altura considerable que domina la ciudad de Gabaón, ahora el-Jib, y llamada Neby Samwíl, profeta Samuel. Véanse Rama II y Ramataim-Zofim.

Los dos libros de Samuel no pudieron haber sido escritos en un todo por él, porque su muerte se menciona en 1 Sam. 25 como por el año 1060 A. C. Hasta el acaecimiento de esta, no es improbable que él fuera el autor. En cuanto a los capítulos restantes, se atribuyen a Gad y a Natán, profetas que florecieron en los reinados de David y Salomón. Véase 1 Crón. 29:29. Es posible, sin embargo, que esa historia sea una compilación inspirada de alguna época posterior, tomada de registros más antiguos. En los manuscritos hebreos, la obra es una, y lleva el nombre de Samuel. La división en dos libros se hizo primeramente en la Septuaginta, y fue imitada luego en la Vulgata. Se llamaron esos dos libros Primero y Segundo de los Reyes. De ahí proviene el que se les llame así en algunas Biblias españolas. Véase Reyes. Los dos libros comprenden la historia de Samuel, Saúl y David, abarcan un período de cosa de 150 años y forman un eslabón entre la era teocrática y la monárquica. Los acontecimientos allí consignados tuvieron lugar al mismo tiempo que el sitio de Troya, la fundación de Tiro, y la elevación de Nínive como capital de Asiria. El hebreo en que están escritos es muy puro, e indica por lo mismo un autor de fecha muy antigua. En el Nuevo Testamento se citan varios pasajes de Samuel. (Compare Hech. 13:22; Heb. 1:5; 1 Sam. 13:14; 2 Sam. 7:14.) También hay alusiones al libro en el Antiguo, especialmente en los Salmos.

SANBALAT, probablemente natural de Horonaim, Moabita, pero residente en Samaria (II.), en donde parece haber desempeñado algún cargo bajo el rey persa Artaxerxes. Aliándose a Tobías el Amonita, a Gesern el Árabe, y a otros, se opuso acerba y astutamente a Nehemías y a los judíos, esforzándose de varios modos en impedir la reconstrucción de los muros de Jerusalén, 445 A. C., Neh. 2:10, 19; 4:6. Probablemente durante la ausencia de Nehemías en la corte persa, después de haber gobernado doce años en Jerusalén, Sanbalat, poniéndose en connivencia con la facción samaritana en Judá, Neh. 6:17-19; 13:4-7; casó a su hija con un nieto del Sumo-sacerdote Elíasib (véase también Tobías). Por esta alianza ilegal Nehemías privó al hijo de Joiada del sacerdocio, vers. 28.

SANDALIA, Mar. 8:9, calzado compuesto de una suela que se ata al pie por medio de correas, que pasan por entre los dedos alrededor del talón, y sobre el empeine del pie. Este es probablemente el calzado que comúnmente se denota en la Biblia con la palabra zapatos. Zapatos cerrados, parecidos a los de los tiempos modernos, eran usados algunas veces por los Griegos y los Romanos, pero según parece los

Egipcios usaban sólo sandalias, y se cree generalmente que esta era la costumbre ordinaria de los Hebreos. Las sandalias egipcias eran hechas de hojas de palma trenzadas, de tallos de papiro, o de cuero, y eran algunas veces puntiagudas y encorvadas hacia la punta de los dedos. Los Asirios usaban a menudo una especie de medias chinelas que les cubrían el talón y los lados del pie, pero dejaban los dedos desnudos: se hacían de madera o de cuero.

Los Talmudistas, al describir la sandalia hebrea, dicen que tenía una suela de cuero, de paño, de fieltro o de madera, y que algunas veces estaba protegida con hierro. “La correa o ligadura del zapato,” y la sandalia misma, eran proverbialmente cosas de poco valor, Gén. 14:23; Amós 2:6; 8:6.

Las sandalias de las señoras se hacían de la piel de algún animal, Ezeq. 16:10, y estaban en muchos casos muy adornadas, Cant. 7:1, probablemente con correas bordadas; aunque puede haberse usado algo parecido a las modernas chinelas orientales, muchas de las cuales son de tafilete, o están bordadas de seda, plata u oro. Véase Tejón.

Los judíos por lo general no se ponían sandalias en la casa, Lucas 7:38; véase Pie. Solo las usaban para salir a la calle y para viajar, Exod. 12:11; Hech. 12:8; o para expediciones militares, Isaías 5:27; Efes. 6:15; y se llevaban a menudo un par de reserva, Luc. 10:4; comp. Mat. 10:10; Mar. 6:9; Jos. 9:5, 13. Atar las sandalias, soltarlas, o llevarlas cuando no estaban en uso, era deber de los criados o siervos, Mat. 3:11; Mar. 1:7. Los pobres con frecuencia andaban descalzos; pero entre las personas de la clase media y superior, eso era señal de duelo, 2 Sam. 15:30; Isa. 20:2-4; Ezeq. 24:17, 23. La gente se quitaba las sandalias en prueba de reverencia y de impureza moral, Exod. 3:5; Jos. 5:15. Por esto los sacerdotes oficiaban descalzos en el templo. El día de hoy los Musulmanes se quitan los zapatos al entrar a una mezquita, y los Samaritanos al acercarse al sitio de su templo. En Israel en los tiempos antiguos, los trasposos de propiedades o privilegios se efectuaban por medio de la entrega que el vendedor o donante hacía de su sandalia al comprador o donatario, Rut 4:7-11; así como en la Europa en la edad media, se efectuaba con la entrega de un guante. Así el carácter de dueño se simbolizaba con el acto de arrojar la sandalia al suelo, Sal. 60:8; 108:9; o quizás estos pasajes se refieran al hecho de que el siervo tenía cuidado de las sandalias de su amo. El acto público y legal de desatar la sandalia al hombre que rehusase su obediencia a las leyes mosaicas relativas al matrimonio, Deut. 25:7-10, se refería tal vez al hecho de que los siervos generalmente tenían descalzos los pies. Así. pues, en la parábola del hijo prodigo, “ponedle zapatos en los pies” denota que el padre recibió al penitente como hombre libre e hijo, Luc. 15:22.

Los Turcos, Sirios y Egipcios modernos usan un calzado delgado parecido a nuestras chinelas, y algunas veces zapatos de madera con tacón alto. Los Beduinos usan solamente sandalias.

SANGRE. Se creía que la vida de los animales estaba especialmente en la sangre, Gén. 9:4; Deut. 12:23. la cual era por esto parte sagrada y esencial de los sacrificios ofrecidos a Dios, Heb. 9:22. La rociaban solemnemente sobre el altar y el propiciatorio, “porque la sangre es la que hace expiación por el alma,” Lev. 17; y se daba la vida de la víctima por la vida del pecador. Estaba de consiguiente vinculada del modo más sagrado con la sangre del Cordero de Dios que “nos limpia de todo pecado,” Juan 19:34; Efes. 1:7; 1 Juan 1:7. Esta es la sangre derramada en el Calvario a fin de ratificar y sellar el pacto de Cristo, para la redención de los pecadores, Mat. 26:28; Heb. 13:20. Véase Pacto. He aquí porqué se prohibió estrictamente a los Israelitas el que comiesen sangre, o carne alguna que contuviera sangre; prohibición que fue renovada en Hech. 15:29. En directa oposición a esto se hallan las costumbres paganas de beber la sangre de los animales y aun de los hombres, de comer carne cruda con la sangre, y aun recién cortada de los animales vivos, 1 Sam. 14:32; Sal. 16:4; Ezeq. 33:25.

Además del significado ordinario de la palabra sangre, algunas veces se da a entender con ella el delito de asesinato, 2 Sam. 3:28; Mat. 27:25; y también parentesco o consanguinidad. “No de sangre,” en Juan 1:13, significa no en virtud de descendencia de Abraham o de algún piadoso antecesor. “Carne y sangre” se ponen en contraste con una naturaleza espiritual, Mat. 16:17; con el cuerpo glorificado, 1 Cor. 15:50, y con los espíritus malignos, Efes. 6:12. La causa entre “sangre y sangre,” Deut. 17:8, era aquella en que la vida dependía del juicio hecho.

SANGRE DEL ESPARCIMIENTO, Heb. 12:24. Una vez cada año, en el gran día de la expiación, el Sumo Sacerdote iba al Lugar Santísimo, llevando sangre que esparcía en el propiciatorio, para hacer expiación por todos los pecados de los hijos de Israel, Lev. 16:15, 16. Así Cristo, después de hacer el sacrificio de sí mismo, entró ante la presencia de Dios en el cielo, Heb. 9:12, 24, presentando, con el carácter de gran Sumo Sacerdote, su propia sangre, como expiación por el pecado. En virtud de esta sangre del esparcimiento, el pecador que se ha arrepentido y que cree en Cristo, puede acercarse a Dios, y recibir mediante la gracia de su Salvador una cordial bienvenida, pues la sangre de Cristo no pide venganza como la de Abel. Gén. 4:10, 11, sino que habla de perdón, de paz con Dios, y de vida eterna; comp. Heb. 9:13-22; 10:19-22, 29; Exod. 24:6-8; Lev. 8:30; 14:6, 7; Núm. 19:17-19; Isa. 52:15; Apoc. 1:5, 6.

SANGUIJUELA, *la que se adhiere*, es un gusano acuático muy común en Palestina. Generalmente se les mete a los animales en las narices y en la boca cuando están bebiendo, y se les pegan hasta que se repletan de sangre. Es un emblema adecuado de la avaricia y la rapacidad. Prov. 30:15. Sus “dos hijas” son las palabras “Da! Da!”

SANSANA, *ramo de palma*, Jos. 15:31, ciudad al sur de Judá, al parecer la misma que Hasar-Susa, asignada después a Simeón, Jos. 19:5; 1 Crón. 4:31; tal vez el valle es-Suny, diez millas al sur de Gaza.

SANSÓN, *como el sol*, hijo de Manoa, de la tribu de Dan, y libertador y juez por veinte años de las tribus de los Hebreos establecidas en el sudoeste durante la última parte del período de “los 40 años” y contemporáneo en parte de Elí y de Samuel, Jue. 13:16. Su nacimiento fue milagrosamente predicho; fue nazareo desde su infancia, y el más fuerte de los hombres, y fue igualmente célebre por su intrepidez y admirables hazañas, por sus debilidades morales, y por su fin trágico. No fue de una estatura gigantesca, como podría creerse en vista de su intrepidez, y sus proezas fueron llevadas a cabo por especial auxilio de la Divinidad: “El espíritu de Dios comenzó a manifestarse en él,” Jue. 13:25; 14:6, 19; 15:14; 16:20, 28. La providencia de Dios se desplegó señaladamente en dirigir, para sacar de ellas el bien, las impetuosas pasiones de Sansón, la cobardía de sus amigos, y la malicia de sus enemigos. Los pecados de Sansón lo condujeron a la desgracia y a la miseria mayor; pero la gracia y la fe triunfaron al fin, Hech. 11:32. Su historia ejemplifica muy expresivamente cuan traicioneros y despiadados son el pecado y los pecadores, y cuán grande es el cuidado que Cristo ejerce sobre su pueblo en todo tiempo. Compare Jue. 13:22 y Mat. 23:37.

SANTIFICAR, hacer sagrado, apartar, consagrar. El poder y la dignidad de Dios son santificados, esto es, reverenciados como santos, Gén. 2:3; Exod. 19:23. En el Antiguo Testamento la palabra santificación denota frecuentemente la consagración ceremonial o ritual de alguna persona o cosa a Dios: así los Hebreos como pueblo eran santos para el Señor, por el pacto con sus ordenanzas y sacrificios, Ex. 31:13; Núm. 3:12, 13; Deut. 7:6, 9-12; comp. Gén. 17:7-14; y el tabernáculo, el altar, los sacerdotes, etc., estaban solemnemente apartados para el servicio divino, Lev. 8:10-12. En un sentido semejante, se santificaban aquellos hombres que se preparaban de una manera especial para la presencia y el culto de Dios, Exod. 19:10, 11, 22; Núm. 11:18; un día era santificado cuando se le designaba y separaba para el

ayuno y la oración, Joel 1:14; y el sábado era santificado cuando se le consideraba y guardaba como santo para el Señor, Deut. 5:12. Todas estas santificaciones daban testimonio de la santidad de Dios, y denotaban la necesidad de la santificación moral de parte de los hombres—la dedicación de almas purificadas y obedientes a su amor y servicio. Lev. 11:44; 20:7, 8; 2 Cor. 6:16-18. En cuanto a la manifestación de Cristo con respecto a que él se santificaba a sí mismo, Juan 17:19. se refiere a su dedicación sacerdotal como sacrificio ofrecido a Dios; comp. Heb. 7:27; 9:14. Al pueblo se le exhorta a que se santifique a Dios, Lev. 10:3; Núm. 20:12; Isa. 8:13, es decir, de una manera real y evidente separándole de entre todos los otros seres y de toda clase de consideraciones, y elevándole sobre unos y otras como al objeto mayor de su reverencia y obediencia, y contribuyendo así a la manifestación de su gloria.

En un sentido doctrinal, la santificación es la obra en virtud de la cual se hace verdadera y perfectamente santo lo que antes era inmundo y pecaminoso. Es una obra progresiva que la gracia divina efectúa en el alma justificada por el amor de Cristo. El creyente es purificado gradualmente de la corrupción de su naturaleza, y al fin se presenta “irreprensible ante la presencia de Dios, con alegría excesiva,” Jud. 24. El Espíritu Santo ejecuta esta obra en conexión con la providencia y la Palabra de Dios, Juan 14:26; 17:17; 2 Tes. 2:13; 1 Ped. 1:2; y los móviles más altos constriñen a todo cristiano a no resistir al Espíritu de Dios, sino a cooperar con él, procurando ser santo como Dios es santo. La santificación final de todo aquel que cree en Cristo es una misericordia alcanzada en la cruz y pactada allí. El que nos salva de la pena del pecado, también nos salva del poder de éste; y al hacer la promesa de llevar al creyente al cielo, se obliga también a prepararle para el cielo.

SANTO, SANTIDAD, I. El significado primitivo de estas palabras es separación o apartamiento para vivir para Dios y para servirle a él. La verdadera santidad caracteriza los actos externos; pero más todavía, el móvil o la intención del corazón. Es un principio interior; no meramente rectitud o benevolencia, o alguna otra excelencia moral, sino la armoniosa y perfecta combinación de todo, así como todos los colores del prisma debidamente mezclados forman la luz pura. Dios es santo de una manera infinitamente perfecta y trascendental, Isa. 1:4; 6:3. Al Mesías se le llama “el Santo,” Sal. 16:10; Luc. 4:34; Hech. 3:14; y “Santo” es el epíteto dado comúnmente a la tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. Dios es la fuente de la santidad, la inocencia y la santificación. A los ángeles que conservaron su pureza se les llama santos, Mat. 25:31. La humanidad perdió toda santidad en la caída; pero Dios hace a su pueblo gradualmente “participante de su santidad” aquí, y en el cielo se hallará perfecta y eternamente santificado; y como para dar seguridad de esto, él lo considera ya santo y amado con motivo de su unión con Cristo. La Biblia aplica el epíteto de “santo” a todo lo que pertenece especialmente a Dios, es decir, al cielo, a su templo, a las partes de que este consta, a sus utensilios y culto; al día que le está consagrado, a sus ministros, sacerdotes, profetas y apóstoles. Los hijos de Israel eran llamados nación santa, porque estaban separados para Dios, para ser un pueblo religioso y consagrado, Ex. 19:6; Deut. 7:6; y a los Cristianos colectivamente se les llama también santos, porque están de igual modo separados para Cristo, 1 Ped. 2:9. Pero santo en el sentido ordinario cristiano es aquél que manifiesta en su conducta la pureza interior, la benevolencia y la consagración a su Salvador, con las cuales su corazón reboza. La idea de Dios como santo, como perfectamente libre de pecado y opuesto a él, distingue a la religión de la Biblia de todos los sistemas paganos antiguos y modernos, que atribuyen pasiones y pecados humanos a sus deidades imaginarias.

II. SANTO, un individuo separado del mundo para el servicio de Dios, Ex. 19:6; 22:31; Deut. 33:2, 3, 8; Sal. 50:5; 106:16; Dan. 7:21-27; Mat. 6:20; 8:38; Juan 17:11; Hech. 9:13, 32, 41. Deut. 33:8; Mar. 6:20; 8:38; Juan 17:11; y se aplica a los objetos inanimados consagrados a Dios, Ex. 16:23; 29:31; Mat. 4:5. Aplicada a los hombres esta palabra no implica perfecta santidad en esta vida, sino la determinación de

luchar por conseguirla; comp. Rom. 1:7; Efes. 1:4; Col. 1:22; 1 Ped. 1:15, 16. Nada es más común en los escritos de Pablo que el nombre de “santos” dado a todos los cristianos, Rom. 8:27; 1 Cor. 14:33; Efes. 1:1; Filip. 1:1; Apoc. 8:3, 4. La costumbre de limitar la aplicación de esta palabra a los apóstoles, evangelistas y otros cristianos eminentes, y de tributarles a ellos señalados honores en su carácter de santos, fue introducida en la iglesia con otras corrupciones como por el siglo cuarto. La Iglesia de Roma se arroga el poder de hacer santos, esto es, de anunciar a ciertos espíritus de individuos que han muerto, como objetos de adoración, y como seres de quienes los fieles pueden solicitar favores. Esta idea es contraria a las Escrituras, y ultraja a Cristo, 1 Tim. 2:5; Heb. 7:25.

SANTUARIO, lugar santo, dedicado a Dios. Algunas veces denota todo el tabernáculo, o el templo, Jos. 24:26; Sal. 73:17; Heb. 9:1; algunas otras, el “lugar santo” en donde estaban el altar del incienso, el candelero de oro y el pan de la proposición, Núm. 4:12; 2 Crón. 26:18; y otras en fin, el “lugar santísimo,” la parte más secreta y retirada, en que estaba el arca de la alianza, y en donde nadie podía entrar sino el sumo sacerdote, y eso solamente una vez al año, el día de la expiación solemne, Lev. 4:6. Denota también el mobiliario del tabernáculo, Núm. 10:21; comp. Núm. 4:4-15. Véanse Tabernáculo y Templo. El templo o santuario terrenal es un emblema del cielo, Sal. 102:19; Heb. 9:1, 24; y a Dios mismo se le llama santuario, Isa. 8:14; Ezeq. 11:16, con referencia al uso del templo como lugar de refugio para los fugitivos, porque él es el único asilo seguro y sagrado para los pecadores perseguidos por la espada de la justicia divina.

SARA, I., esposa de Abraham, e hija del padre de este, pero de otra madre, Gén. 20:12. Sin embargo, la mayor parte de los escritores judíos, y muchos expositores, la identifican con Isca, hermana de Lot y sobrina de Abraham, Gén. 11:29; por significar la palabra “hija,” conforme al uso hebreo, alguna descendiente, y “hermana,” alguna pariente consanguínea. Cuando Dios hizo un pacto con Abraham, cambió el nombre de Saraí, mi princesa, por el de Sarah, princesa, y le prometió a Abraham que tendría un hijo de ella, lo que tuvo lugar en debido tiempo. Los puntos más notables de su historia, según se registra en la Biblia, son: su consentimiento en el fingimiento de que, a causa de su falta de fe, se hizo culpable Abraham cuando estuvo cerca de Faraón y Abimelec; su larga esterilidad; el hecho de darle a Abraham su doncella Hagar como concubina; sus mutuos celos, y el haber tenido en su vejez a Isaac “el hijo de la promesa,” habiendo así prevalecido su fe sobre su anterior incredulidad, Gén. 12:23. Parece haber sido mujer de una belleza poco común, esposa ejemplar y fiel, y madre amorosa, Gén. 24:67. Su docilidad es elogiada en 1 Ped. 3:6; y su fe en Heb. 11:11. Véase también Isa. 51:2; Gál. 4:22-31. Sara murió en Hebrón a la edad de 127 años, cerca de 37 años después del nacimiento de Isaac, y 28 años antes de la muerte de Abraham. Fue sepultada cerca de Hebrón, en una cueva en el campo de Macpela, que compró Abraham a Efrón el Heteo, Gén. 23. Véase Macpela.

SARAF, *ardiente*, 1 Crón. 4:22, descendiente de Sela, hijo de Judá, probablemente por el tiempo de la conquista de Canaán.

SARAR, padre de uno de los valientes de David, 2 Sam. 23:33; llamado Sacar en 1 Crón. 11:35.

SARDIS, ciudad como 50 millas al noreste de Esmirna, y 30 al noroeste de Filadelfia; fue el asiento de una de las siete iglesias del Asia Menor a que se dirige Juan, Apoc. 3:1-6. Está situada en la falda meridional del Monte Tmolus, sobre un ramal del cual fue construida su ciudadela; el llano espacioso y fértil que tenía delante era regado por varias corrientes, y el río lo pactó con sus “arenas de oro,” pasaba por la ciudad. Era un lugar muy antiguo, y la capital del reino de Lidia, cuyo último monarca, Cresos, (famoso por sus inmensas riquezas) fue vencido por Ciro, rey de Persia, cerca de 550 A. C. Con motivo de lo fuerte de su ciudadela, fue guarnecida por los Persas. Sirvió de cuartel de invierno al ejército de Jerjes,

en su camino para Grecia, 480 A. C., y se rindió a Alejandro el Grande después de su victoria sobre las tropas persas en el Granicus, 334 A. C. Fue tomada y saqueada por Antío el Grande, 214 A. C., y poco después cayó bajo el poder romano. Desde remotos tiempos fue famosa por sus manufacturas de lana teñidas, y tuvo un gran comercio; la región que la rodeaba era fértil, y las arenas del Pactolo proporcionaban mucho oro. Se dice que en Sardis fue donde primero se acuñó dinero. Después de la conquista persa, los Lidios se hicieron notables por su lujo y disolución. Sus manufacturas y comercio decayeron después de la época de Alejandro. La iglesia de la corrompida Sardis fue censurada por su decadencia en lo tocante a la religión vital y no fingida, Apoc. 3:1-5.

Las ruinas de Sardis se llaman ahora Sert Kalessi. La elevación en que estribaba la ciudadela está hecha pedazos como si hubiera sido destruida por un terremoto, y solamente quedan algunos fragmentos de su muro. Al norte de la ciudadela hay restos de un teatro y un estadio, y al occidente las ruinas del senado. Más antiguas que éstas, hay dos notables columnas jónicas, de más de seis pies de diámetro, que se cree son los restos de un templo de Cibele, construido 300 años después del Templo de Salomón. Pueden verse los restos de dos iglesias que, según parece, fueron construidas con los restos de este templo. Hay innumerables moles sepulcrales en las cercanías, y el sitio es insalubre y desolado.

SARDÓNICA, parece ser una combinación de sardio y ónice, Apoc. 21:20, especie de ónice que tiene una capa roja y transparente como el sardio que se extiende sobre otra capa blanca y opaca. También hay sardónicas en que las capas están dispuestas en orden inverso.

SAREPTA, *lugar de fundición*, Abdías 1:20, puerto fenicio, sobre el Mediterráneo, entre Tiro y Sidón, por lo general bajo el dominio de Tiro. Durante un período de sequía que hubo en Israel, el profeta Elías residió allí con una viuda cuya botija de aceite y tinaja de harina fueron provistas, y su hijo resucitado, milagrosamente. La gran fe de esta mujer en Dios merece ser recordada para siempre, y la generosidad que la hizo olvidarse de sí misma debería ser imitada, 1 Rey. 17:9-24. El lugar era llamado por los griegos Sarepta, Luc. 4:26, y sus ruinas se encuentran a la orilla del mar, a distancia de una milla de Súrafend, villa grande situada en los cerros cercanos.

SAREZER, I., *príncipe del fuego*, hijo de Senaquerib que fue cómplice en el asesinato de su padre, 2 Rey. 19:37; Isa. 37:38.

II. Zac. 7:2,3, delegado enviado a Jerusalén en 518 A. C., con Regem-melec y otros de entre los judíos que habían vuelto, a preguntar a los sacerdotes y profetas si, puesto que la construcción del nuevo templo estaba al terminarse, Esd. 4:24; 5:1, 2; 6:14, 15; Hag. 1:14, 15; sería conveniente observar el ayuno lamentando la destrucción del templo que había tenido lugar 70 años antes, 2 Rey. 25:8-10; Jer. 52:12-14. En contestación, el Señor censuró la falta de sinceridad en sus ayunos, pero en su misericordia les aseguró que gozarían de prosperidad y de alegría, Zac. 7:4 a 8:19.

SARGÓN, *rey firme*, Isa. 20:1-4, rey asirio que antiguamente se suponía era Salmanasar IV, Senaquerib, o Esar-haddon, pero que ahora se ha averiguado por los registros asirios, que reinó como 17 años, 722-705 A. C., entre Salmanasar, cuyo trono se cree que usurpó durante el largo sitio de Samaria, y Senaquerib de quien él fue padre. En sus monumentos pretende haber tomado a Samaria en el primer año de su reinado (con lo que concuerda el registro, algo indefinido por cierto, que la Escritura hace acerca de esta captura, 2 Rey. 17:6; 18:9-11) y haber llevado cautivos a 27.280 de sus habitantes. Probablemente dio remate, algunos años después, al destierro de los Israelitas, estableciéndolos en sus propios dominios, y comenzando la colonización de Samaria con extranjeros de las regiones conquistadas, 2 Rey. 17:24. Sus anales, que comprenden más de quince años, atestiguan que fue un

gran guerrero, y que cambió la residencia de los que conquistó; peleó con éxito contra Babilonia y Susiana, Media, Armenia, Siria, Palestina, Arabia, y Egipto. En su tercera campaña, en dirección al último de los países que acabamos de mencionar, en su año noveno, 711 A. C., su general o "tartán" tomó a Asdod, Isa. 20:1. Por este tiempo, según él mismo lo dice, Judá estaba bajo su poder, y en el año siguiente redujo al vasallaje a Merodac Baladan, rey de Babilonia. Una estatua de Sargón que existe ahora en Berlín, fue descubierta en Idalium, en Chipre, isla que también le pagaba tributo.

Sargón fue eminente también como constructor: cuentan sus monumentos que restauró los muros de Nínive (Koyunjik), y el palacio de Cala (Nimrúd), donde, según parece, residió de preferencia. Sin embargo, su mayor obra fue la construcción de un magnífico palacio cerca de Nínive, y una ciudad a la cual le dio su nombre, llamándola Dur-Sargiua; y el sitio donde estaba edificada, cerca de la ciudad de Khorsabad, conservó el nombre de Sargón, aun después de la conquista mahometana. Su reinado se distinguió por el adelanto en varias industrias útiles y de objetos de ornamento, y por el perfeccionamiento del arte de esmaltar ladrillos.

SARÓN o SARONA, *llano*, l., zona de tierra plana sobre el Mediterráneo, desde el Carmelo hasta Jope, a unas sesenta millas más al sur hasta Jamnia. Variaba en anchura de 8 a 15 millas. Era notable como lugar de pastos, 1 Crón. 27:29, y de flores, Cant. 2: 1 (Reina, valles) y por su fertilidad y belleza, Isa. 35:2. Se hace notar su desolación en tiempo de guerra como una calamidad, y se le promete como una bendición que sería colonizada de nuevo, Isa. 33:9; 65:10. Muchos habitantes de Sarón aceptaron a Cristo, Hech. 9:35. Según algunos, el "Sarón" de que se habla en Jos. 12:18 (traducciones antiguas), es el mismo "Sarón." El artículo hebreo siempre acompaña al nombre, excepto en 1 Crón. 5:16.

II. Sarón es todavía muy fértil, aunque su cultivo ha disminuido y se ha hecho difícil para los habitantes allí establecidos, a causa de las incursiones de los Beduinos que acampan en el llano, y usan partes de él como pasturajes para sus ganados. Además, la arena lo ha invadido mucho: una línea de collados arenosos, que tienen en algunos lugares tres millas de anchura y 300 pies de alto, recorre la playa. La llanura está regada por varias corrientes que proceden de las montañas por el este, la más grande de las cuales, la Nahr el Aujeh, lleva agua todo el año, se abre paso atrevidamente por entre los cerros arenosos, y desagua en el Mediterráneo al norte de Jafifa. Juncales espesos cubren los bordes de las corrientes, y como resultado del estancamiento de las aguas producido por la arena, se han formado grandes pantanos. Al este de los collados arenosos, la llanura y las faldas de los cerros están en parte cubiertas de bosques de pinos y de encinas, restos de la "gran floresta" de que habló Strabo, 24 A. D. El calor del verano es excesivo, y el clima algo malsano. Los viajeros describen la vista que desde la torre de Ramleh se obtiene de la llanura como de una amenidad y hermosura sobresalientes. Las ceñudas colinas de Judá situadas al este, hacen frente a las bruñidas aguas del Mediterráneo que baña esta llanura hacia el oeste. Hacia el norte y el sur, hasta la línea del horizonte, se extiende la hermosa llanura cubierta en muchas partes de campos de verde o de dorado grano. Cerca de allí se hallan los extensos olivares de Ramleh y Lidda, y en medio de ellos las pintorescas torres, minaretes y cúpulas de estas poblaciones, mientras que las faldas de los cerros hacia el noreste están densamente tachonadas de pequeñas aldeas. Las partes no cultivadas de la llanura están cubiertas, en la primavera y al principio del otoño, de flores en abundancia. Véase Rosa.

II. Lugar ocupado por Gad al este del Jordán; tal vez equivalente al "Misor," o la mesa llamada "la llanura," en Deut. 3:10. Esta región es a propósito para pasturaje, como el Sarón occidental. Esto concordaría bien con el significado de la palabra "ejidos," usada en 1 Crón. 5:16, y aplicada a un pasturaje en los afueras de una población, tal como los que rodeaban las ciudades levíticas.

III. Sarón o Lasarón, ciudad cananea, Jos. 12:18, quizá Sarura, siete millas al sudoeste de Tiberias.

SARPULLIDO, Exod. 9:8-10. Esta enfermedad y los tumores apostemados fueron causados milagrosamente por las cenizas que Moisés esparció entre los Egipcios. Fue la sexta plaga, y en Deut. 28:27, se le llama "la plaga de Egipto," tal vez la lepra negra. Si estas cenizas provenían de los hornos de ladrillo en donde los Hebreos habían trabajado tanto, las molestias que los Egipcios sufrían les harían recordar, como era natural, a aquellos a quienes habían atormentado.

SARSEQUIM, *príncipe de los eunucos*, Jer. 39:3, que Gesenius conjetura ser un título equivalente a Rabsaris. Véase este nombre.

SARETÁN, *esplendor*, Jos. 3:16; 1 Rey. 4:12; 7:46, nombre de un lugar en la parte occidental del valle del Jordán, que se extendía al sur desde Bet-sean, y perteneciente a la tribu de Manasés. Las aguas desbordadas del Jordán llegaron a este lugar cuando los Israelitas pasaron milagrosamente el río, y dieron su nombre a uno de los distritos de comisaría de Salomón. Allí estaban los moldes de barro donde se hacían objetos de bronce fundido para el rey Salomón. En un pasaje sobre el mismo asunto se le da a este lugar el nombre de Seredata, 2 Crón. 4:16, 17, que parece ser el mismo Zerera de Jue. 7:22. El nombre Zahrah pertenece hoy a una parte del valle del Jordán.

SARUHEN, *casa de gracia*, ciudad dada por suerte a Simeón, al sur de la parte que tocó a Judá; al parecer Silhim, Jos. 15:32, y Saaraim, 1 Crón. 4:31. Se descubrieron vestigios de ella en las ruinas de Tell esh-Sheriah, 12 millas al noroeste de Beerseba.

SARVIA, *grieta*, la hermana o media hermana de David, y madre de sus famosos generales Joab, Abisai, y Asael, 1 Sam. 26:6; 2 Sam. 2:18. Probablemente Abigail y ella eran hijas de Nahas y de una mujer que después se casó con Isaí, 2 Sam. 17:25; 1 Crón. 2:13-17.

SATANÁS o SATÁN significa adversario, enemigo, 1 Rey. 11:14; Sal. 109:6. Y de ahí se emplea particularmente esa palabra para indicar el gran enemigo de las almas, el diablo, príncipe de los ángeles caídos, el acusador y calumniador de los hombres ante Dios, Job 1:6-12; Zac. 3:1, 2; Apoc. 12:9, 10. Induce a los hombres a pecar, 1 Crón. 21:1; Luc. 22:31; y por consiguiente es el autor del mal, tanto físico como moral, con que es afligida la raza humana, y especialmente de aquellas propensiones viciosas y aquellas malas acciones que son la causa de tanta desdicha y aun de la misma muerte, Luc. 13:16; Heb. 2:14. Por esto se representa a Satanás ya incitando a los hombres a pecar, ya como origen o causa eficiente de los obstáculos de que está sembrado el camino de la religión cristiana, y que tienen por objeto disminuir la eficacia de esta para reformar el corazón y la vida de los hombres, e inspirarles la esperanza de la futura bienaventuranza, Mateo 4:10; Juan 13:27; Rom. 16:20; Efes. 2:2.

Sin embargo, la Biblia pone claramente de manifiesto la subordinación de Satanás a Dios, su castigo final, y su privación de todo poder para hacer el mal, Apoc. 20:10. Mientras tanto, Cristo les infunde valor a los creyentes para hacer frente a las astucias del adversario con incesante vigilancia y por medio de la oración, asegurándoles que su gracia les dará entonces la victoria, Efes. 6:10-18; 5:8, 9. Véase Diabolo. La "sinagoga de Satanás," Apoc. 2:9; 3:9, probablemente designó a los judíos incrédulos, los falsos defensores de la ley de Moisés, quienes al principio eran los más encarnizados perseguidores de los cristianos.

En la frase "las profundidades de Satanás," Apoc. 2:24, hay probablemente una alusión a los misterios de las primitivas sectas de los Gnósticos, que profesaban poseer un conocimiento profundo de los

asuntos espirituales; pero que a menudo combinaban con su pretendida ciencia una inmoralidad desenfrenada; comp. Apoc. 2:14, 15, 20.

Una ocasión Cristo se dirigió a Pedro llamándole Satanás, Mat. 16:22, 23, porque el espíritu arrogante y egoísta de sus palabras era opuesto a Cristo, y estaba en conformidad con las tentaciones que ya Satanás había presentado al Señor; compárese Mat. 4:1-10.

SAUCE, árbol muy común, que crece en lugares pantanosos y en las orillas de los ríos. Job 40:22; Isa. 44:4; Ezeq. 17:5, cuyas hojas son muy semejantes a las del olivo. Dios mandó a los Hebreos que tomaran ramas de los árboles más hermosos, especialmente de los sauces del arroyuelo, y que las llevaran en la mano delante del Señor, en señal de regocijo, durante las fiestas de las cabañas o tabernáculos, Lev. 23:40. El "sauce llorón," memorable en conexión con el sufrimiento de los Hebreos cautivos, Sal. 137:2, crece en Babilonia, y es por esto llamado *Salix Babylótiica*. Desde el cautiverio ha sido emblema de dolor y sufrimiento. Hay varias clases de sauces en Palestina.

"El torrente de los sauces," Isa. 15:7, en el confín sur de Moab, hoy día el Wady-el-Aksa, desemboca en el extremo sudeste del Mar Muerto.

SAÚL, *deseado*, I., hijo de Simón y de una mujer cananea, y padre de los Saulitas, Gén. 46:10; Exod. 6:15; Núm. 26:13; 1 Crón. 4:24.

II. Uno de los primeros reyes de los Edomitas, Gén. 36:37, 38; 1 Crón. 1:48, 49.

III. El hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, el primer rey de los Israelitas, ungido por Samuel, 1096 A. C. Después de un reinado de 40 años, en que se verificaron diversos acontecimientos, fue muerto con sus hijos en el monte Gilboa. Le sucedió David, que era su yerno, y a quien él se había empeñado en matar. Su historia se halla en 1 Sam. 9-31. Es una narración triste y que sirve de escarmiento. El principio de su reinado fue enaltecido con especiales favores divinos, tanto providenciales como espirituales, 1 Sam. 9:20; 10:1-11, 24, 25. Hermoso e imponente en su aspecto, y bien dotado de aquellas prendas con que se granjea la admiración del pueblo, era el supremo ideal que tanto deseaban los judíos. Pero pronto comenzó a desobedecer a Dios, y fue rechazado como indigno de fundar una sucesión de reyes; sus pecados y desgracias se multiplicaron, y su sol se eclipsó. En su primera guerra con los Amonitas, Dios estuvo con él; pero a ella se siguieron su presuntuoso sacrificio en ausencia de Samuel; su mal pensado voto en la batalla con los Filisteos; el perdón de Agag y el despojo de los Amalecitas; su espíritu de locura y sus presentimientos melancólicos; su envidia y su persecución de David, contra el cual estaba predispuesto por un calumniador secreto; su bárbara matanza de los sacerdotes y el pueblo en Nob, y la de los Gabaonitas; su consulta a la pitonisa de Endor; la batalla con los Filisteos, en que fue derrotado su ejército y sus hijos fueron muertos, y finalmente su desesperación y suicidio. Después de este sus insignias de soberanía fueron llevadas a David por un Amalecita.

Habíase empeñado en siete empresas militares. Los habitantes de Jabes-Galaad, agradecidos porque había librado a su ciudad muchos años antes, 1 Sam. 11, rescataron del muro de Bet-san su cuerpo decapitado y los cuerpos de sus hijos, y enterraron sus huesos en Jabes Galaad, de donde fueron después trasladados por David al sepulcro de los antecesores de Saúl en Sela, 1 Sam. 11; 31; 2 Sam. 1; 2:4-6; 21:12-14; 1 Crón. 10. La conducta culpable y el desastroso fin de este primer rey de los Hebreos, fueron una significativa censura hecha a estos por el pecado que habían cometido en desear otro rey que Jehová, y muestran también a qué extremo de culpabilidad y miseria puede llegar el que se rebela contra Dios, y se deja dominar por la envidia y la ambición.

III. Saúl o Saulo era también el nombre hebreo del apóstol Pablo, Hech. 13:9.

SAVE, *llano*, valle abierto en donde se encontraron Abraham y el rey de Sodoma, Gén. 14:17, llamado también “el valle del Rey;” se identifica comúnmente con el lugar llamado así en donde Absalón erigió un monumento, 2 Sam. 18:18. Robinson lo considera como la parte superior del valle Cedrón al norte de Jerusalén, y Stanley lo sitúa al este del Jordán.

SAVE-QUIRIATAIM, llano cerca de la población de Cariataím, en Careyat, como 11 millas al este del Mar Muerto, cinco millas al noroeste de Diban o Dibon, Gén. 14:5.

SEAR-JASUB, *las reliquias volverán*, Isa. 7:3; 10:21, nombre de uno de los hijos de Isaías, y quien, según se supone, tuvo un significado profético, como Maher-salal-hashbaz. Compare Isa. 8:18.

SEBA, hijo de Raama, Gén. 10:7; 1 Crón. 1:9. Se supone que su autoridad se estableció en el Golfo Pérsico. Véanse Cus y Raama.

II. Hijo de Joctán, de la raza de Sem, Gén. 10:28; 1 Crón. 1:22. Véase Sabeanos, II.

III. Hijo de Jocsán, y nieto de Abraham y de Cetura, Gén. 25:3; 1 Crón. 1:32. Se supone que se estableció en la Arabia Desierta.

SEBA, *siete*, o *juramento*, I. Benjamita turbulento, que después de la muerte de Abraham hizo un infructuoso esfuerzo para suscitar una rebelión en Israel contra David. Siendo perseguido y sitiado en Abel-bet-maaca, cerca de la parte meridional del Líbano, fue decapitado por la gente de la ciudad, 2 Sam. 20.

II. Jefe Gadita de Basán, 1 Crónicas 5:13.

III. Ciudad en Simeón, Jos. 19:2, identificada por algunos con Shema, asignada primero a Judá. Jos. 15:26. Se halla probablemente en Tell es-Seba, tres millas al este de Beerseba, en el camino que va para Molada.

SEBA, SEBAH o SIBEAH. Sebah es en hebreo la forma femenina de Seba, Gén. 26:33; el cuarto pozo abierto de nuevo por los siervos de Isaac, Gén. 26:18, 23-32; 21:25-31. Véase Beerseba.

SEBAM, SABAN o SIBMA, *bálsamo*, I., Núm. 32:3, ciudad más allá del Jordán, reedificada o fortificada por la tribu de Rubén, vers. 38; Jos. 13:15, 19. Los Israelitas conquistaron esta región cuando estaba en poder de los Amorreos, como éstos últimos lo habían hecho a su vez cuando pertenecía a los Moabitas, Núm. 21:25-31. Después que las tribus transjordánicas de Israel fueron llevadas cautivas por los Asirios, los Moabitas volvieron a ocupar sus antiguas posesiones, 2 Rey. 15:29; 1 Crón. 5:26. Sibma era famosa por sus uvas, Isa. 16:6-11; Jer. 48:32. Jerónimo dice que estaba apenas a 500 pasos de Hesbón, y pueden hallarse algunos vestigios de ella en la ciudad arruinada llamada es-Sameh, cuatro millas al noreste de Hes-bán.

II. Sibma, ciudad en Rubén al este del Jordán, Núm. 32:38.

SEBARIM, *roturas*. Jos. 7:5, punto quizá en una barranca escabrosa, a la que los Israelitas huyeron ante la gente de Ai.

SEBAT, Zac. 1:7, el quinto mes del año civil hebreo, y el undécimo del año eclesiástico, contado desde la luna nueva de Febrero hasta la de Marzo. Véase Mes. Comenzaban en este mes a contarse los años de los árboles que plantaban, y cuyos frutos eran mirados como impuros hasta el cuarto año.

SEBER, *fractura*, hijo de Caleb y de Maaca, 1 Crón. 2:48.

SEBNA, *vigor juvenil*, I., tesorero o prefecto del palacio del rey Ezequías, Isa. 22:15, hombre orgulloso y déspota. Al profeta se le encargó que predicase su caída, vers. 16-25, la cual consistiría en ser “echado a rodar como una bola por tierra larga de términos.” Véase Rueda. El general Gordon al cruzar el desierto Ko-rosko en el Soudan, vio muchas bolas formadas de pasto seco, algunas de tres pies de diámetro, empujadas sin cesar sobre las arenas calientes por el viento; las cuales son imagen fiel del alma agitada por su maldad.

II. Escriba o secretario de Ezequías, 2 Rey. 18:18 a 19:7; Isa. 36:3-22; 37:2-7. Algunos creen que es el mismo que queda mencionado arriba.

SEBO o GROSURA. El gordo de los animales ofrecidos en sacrificio tenía siempre que ser consumido, por ser la parte escogida y consagrada especialmente al Señor. La sangre lo era también, por contener la vida del animal. A los judíos les estaba prohibido comer lo uno o lo otro, Lev. 3:16, 17; 7:23-27. Esta prohibición se aplicaba a la grosura que podía fácilmente separarse, pero no al que estaba mezclado con la carne, Neh. 8:10. La “grosura del trigo” o “del poderoso,” etc., denota lo escogido. En Sal. 17:10, la palabra “grosura” significa un corazón torpe.

SECACA, *cercado*, una de las seis ciudades de Judá en “el desierto” hacia el Mar Muerto, Jos. 15:61. Tal vez Bir-Sukairiyeh, seis millas al sudeste de Tecoa, y diez al noreste de Hebrón.

SECTA, de una palabra latina que corresponde a la palabra griega *haeresis*, que en algunas versiones de la Biblia se ha traducido en algunos lugares “secta,” en otros “herejía.” Según el uso que de ella se hace en el Nuevo Testamento, dicha palabra no implica ni aprobación ni censura de las personas a quienes se aplica, o de sus opiniones, Hech. 5:17; 15:5. Entre los judíos, había cinco sectas, que se distinguían entre sí en cuanto a sus prácticas y opiniones, y estaban con todo unidas unas con otras, y con el cuerpo de su nación. Estas eran: los Fariseos, los Saduceos, los Esenios, los Herodianos, y los Zelotes. El cristianismo fue al principio considerado como una nueva secta del Judaísmo; he ahí porqué Tertulio, acusando a Pablo ante Félix, dijo que era jefe de la secta sediciosa de los Nazarenos, Hech. 24:5; y los judíos de Roma dijeron al apóstol cuando llegó a esa ciudad, “De esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella,” Hech. 28:22. Véase Herejía.

SEDA (la) desde una época muy antigua ha sido una de las producciones de la China. De allí era exportada a la India. Puede haber sido conocida de los Hebreos por el comercio extranjero de Salomón y sus sucesores; comp. Isa. 49:12. La palabra *shesh* significa “lino fino,” según se ha traducido en Gén. 41:42; Exod. 25:4; Prov. 31:22. Ezequiel, 16:10, 13, al describir un rico atavío usa la palabra seda, que era probablemente bien conocida en Asiria y Babilonia, mucho antes de la cautividad de Ezequiel, 598 A. C. Plinio dice que la seda en bruto fue llevada de Asiria a Grecia y trabajada por las mujeres griegas. Se

contaba la seda entre los objetos de lujo de la típica Babilonia, Apoc. 18:12. En el reinado de los emperadores romanos, una vestidura hecha toda de seda se reputaba como demasiado lujosa para un hombre; y una de las extravagancias que se le imputaban al emperador Heliogábalo, 218-222 A. D., era que usaba una vestidura de esa clase.

SEDA, *lado o sesgo*, lugar en el límite septentrional de la tierra santa, Núm. 34:8; Ezeq. 47:15. Ha sido identificado por algunos con un pueblo remoto al occidente del extremo norte del Anti-Líbano, como 50 millas al este-noreste de Baalbec.

SEDEQUÍAS, *justicia de Jehová*, I. El décimo-noveno y último rey de Judá, hijo de Josías y Hamutal, hermano carnal de Joacaz, 2 Rey. 23:31; 24:18, y tío de Jeconías o Joaquín, su predecesor, 2 Rey. 24:17, 19; 1 Crón. 3:15; Jer. 52:1. Cuando Nabucodonosor tomó a Jerusalén, se llevó a Joaquin a Babilonia con sus mujeres, sus hijos, sus empleados, y los mejores artífices de Judá, y puso en su lugar a Matanías su tío, cuyo nombre cambió en Sedequías, haciéndole prometer, bajo juramento, que le permanecería fiel. Tenía 21 años de edad cuando empezó a reinar en Jerusalén, y reinó allí 11 años. Hizo lo malo ante los ojos de Jehová, cometiendo los mismos crímenes que Joaquín, 2 Reyes 24:18-20; 2 Crón. 36:11-13. Compare Jer. 29:16-19, 34; 38:5; Ezeq. 17:12, 14, 18. En el año noveno de su reinado se rebeló en contra de Nabucodonosor, confiando en la ayuda de Faraón-hofra, rey de Egipto, que resultó ineficaz, y despreciando en su demencia las fieles amonestaciones de Jeremías, Jer. 37:2, 5, 7-10. A consecuencia de esto, Nabucodonosor hizo marchar su ejército contra Judá, y tomó todos los lugares fortificados, Jer. 34:7. Durante el undécimo año de su reinado—588 A. C.—el día noveno del mes cuarto, (Julio), Jerusalén fue tomada. Favorecidos por la oscuridad de la noche, el rey y su pueblo trataron de escapar; pero habiéndolos perseguido las tropas caldeas, fueron alcanzados en el llano de Jericó, y Sedequías fue aprehendido y llevado a Ribla, Siria, ante Nabucodonosor, quien le echó en cara su perfidia, hizo matar a sus hijos delante de él, y le sacó los ojos; después, cargándolo de cadenas de cobre, lo hizo llevar a Babilonia, donde fue puesto “en la prisión,” es decir, en la casa de las visitaciones, o castigos, probablemente para trabajar por vía de castigo como Sansón, Jué. 16:21; 2 Rey. 25; Jer. 39; 52; Ezeq. 19. Todos estos acontecimientos dieron asombroso cumplimiento a las predicciones que hicieron Jeremías y Ezequiel en los capítulos ya mencionados. Véanse también otras profecías de Jeremías durante este periodo, capítulos 21, 24, 27-29, 32-34, Y Ezeq. 26:11-21. Compare también con referencia a la ceguera de Sedequías, Jue. 32:4; 34:3; Ezeq. 12:13.

II. Hombre que como jefe de los falsos profetas, fue consultado en la corte del idólatra Acab, respecto al buen o mal éxito que este había de tener en la guerra con Ramot Galaad, 1 Reyes 22; 2 Crón. 18. Compare 1 Rey. 18, 19, 22, 40. Sus cuernos de búfalo eran el emblema de la tribu de Efraín, Deut. 33:17. En un arrebato de cólera hirió y vituperó a Miqueas el profeta, quien había predicho el resultado de la campaña, y recibió un solemne anuncio de su caída, 1 Rey. 22:25.

III. Hijo de Ananías príncipe de Judá, que estaba presente en el palacio cuando se anunció la lectura ante el pueblo de las predicciones de Jeremías, Jer. 36:12.

IV. Falso profeta en Babilonia, hijo de Maasías, denunciado por Jeremías por haber entusiasmado al pueblo con esperanzas vanas, Jer. 29:21, 22.

SEDICIÓN, Luc. 23:19, 25, “revuelta,” Mar. 15:7. En Gál. 5:20, se usa una palabra griega diferente que significa “divisiones.” Véase Rom. 16:17.

SEERA, *consanguinidad*, 1 Crón. 7:24, mujer descendiente de Efraín, fundadora de varias ciudades.

SEFAM, *fructífero*, Núm. 34:10, 11, lugar en la frontera oriental de la tierra prometida a Israel, entre Hazan-enan y Ribla.

SEFAR, “monte a la parte de Oriente,” límite de los Joctanitas, Gén. 10:30, identificado generalmente con el antiguo puerto de mar Dhafari o Zafar, en el Océano Indico, al este del punto medio de la costa meridional de Arabia. Una montaña que hay cerca de la ciudad era célebre por su incienso. El distrito de Isfor está ahora ocupado por una serie de poblaciones con ruinas adyacentes. Véase Mesa.

SEFARAD, Abd. 1:20, lugar del cual los judíos cautivos tenían que volver a Judá. Las autoridades judías lo interpretan como España, y los judíos españoles han sido llamados largo tiempo Sefardim, en distinción de la otra sección principal de esa raza, los Askenazim, o judíos alemanes. Es de dudarse, no obstante, el que judíos fueran transportados a España en la fecha de la profecía de Abdías; y algunos consideran a Sefarad como idéntica con Sippara; véase Sefarvaim; otros, con Sardis en Lidia; comp. Joel 3:6.

SEFARVAIM, lugar de donde se transportaron colonos a Samaria, como sustitutos de los Israelitas cautivos, después de 721 A. C., 2 Rey. 17:24, Se ha identificado con Sippara, situada en ambos lados del Éufrates (por esto su nombre hebreo es dual) como 20 millas al norte de Babilonia. Senaquerib menciona a Sefarvaim como una ciudad que había sido subyugada por los Asirios antes de su tiempo, 2 Reyes 19:11-13. sin duda por Sargón y Tegiat-Falasar II. Sippara era asiento principal del culto dado al Sol, y aparece en varias inscripciones como Tsipar-sha-Shamas, Sippara del sol, con la diosa Anunit la esposa del sol. Estas dos deidades eran probablemente las que se denotaban con los nombres de “Adrammelec y Anatnelec.” Los Sefarvitas las adoraban con manifestaciones de crueldad. 2 Rey. 17:31. La relación caldea del diluvio dice que Xisutros (Noé) enterró los registros antidiluvianos en Sippara, y que su posteridad los recobró de allí. La ciudad moderna Mosaib está cerca del sitio ocupado por la antigua Sippara.

SEFAT, *atalaya*, ciudad cananea, llamada Horma después de su destrucción en la conquista, Núm. 21:3; Jue. 1:17, pero reedificada más tarde, 1 Sam. 30:30; una de las “ciudades de Judá más remotas hacia el sur,” asignada después a Simeón, Jos. 12:14; 15:30; 19:4. Robinson dio este nombre al paso largo y quebrado es-Sufá, que va del borde del Arabah hacia el país montañoso de Judá. Últimamente, Rowlands, Palmer, Trumbull y otros, han creído haber encontrado el sitio de Sefat en las ruinas extensas llamadas Sebata, casi a medio camino entre Bir-es-Saba y Ain Kadeis. En Sefat fue donde los Israelitas fueron rechazados al tratar de subir desde Cades, Núm. 14:40-45; Deut. 1:44.

SEFATA, *atalaya*, valle cerca de Maresha donde Asa derrotó a Zera el Cusita, 2 Crón. 14:10. Cuatro millas al norte de Maresha existe hoy día un lugar llamado Zeita, en una hondonada, la cual se convierte en un ancho llano que se prolonga hacia el noroeste hasta Asdod. Zeita está a 25 millas al sudoeste de Jerusalén.

SEFATÍAS, *gacelas*, l., nombre de ocho hombres a quienes se alude en los siguientes pasajes: 2 Sam. 3:4; 1 Crón. 12:5; 27:16; 2 Crón. 21:2; Esd. 2:4; Neh. 11:4; Jer. 38:1.

II. Hogar desconocido de algunos de los esclavos de Salomón, Esd. 2:57; Neh. 7:59.

SEFER, MONTE DE, *brillo*, estación núm. 22 de los Israelitas en el desierto, Núm. 33:23; probablemente Jebel Sheraif, 30 millas al oeste sudoeste de Ain Kadeis (Cades), y a 60 millas de la boca del valle de Arish en el Mediterráneo. Es un monte cónico muy visible, 75 millas al noroeste de Elat.

SÉFORA, el femenino de Zippor, gorrión, nombre de la hija de Jetró, Ex. 2:15-22, esposa de Moisés y madre de Gerson y de Eleazar. Su oposición colérica a la circuncisión de Gerson, motivó su regreso a la casa paterna y su permanencia temporal en ella. Su padre la devolvió después a Moisés, Exod. 4:18, 20, 24-26; 18:1-12.

No se sabe si la mujer etiopisa (o cusita) de que se quejaron Aarón y María, Núm. 12:1, 2 era esta misma Séfora, o una segunda mujer. En Hab. 3:7 Cusán y Madian se mencionan juntamente.

SEFUFÁN, *serpiente*, 1 Crón. 8:5, nieto de Benjamín, llamado Sufam en Núm. 26:39; Supim en 1 Crón. 7:12, 15; y Mupim en Gén. 46:21.

II. Véase Sifra.

SEGUB, *elevado*, I., Judaita, hijo de Hesrón, 1 Crón. 2:21, 22.

II. Hijo menor de Hiel, reedificador de Jericó en tiempo de Acab, 918-896 A. C., 1 Rey. 16:34.

SEGUNDO, *afortunado*, discípulo de Tesalónica, que acompañó a Pablo en su último viaje a Jerusalén, Hech. 20:4.

SEGURO, *libre de inquietud*, más bien que salvo, Jue. 18:7, 10, 27.

SEHÓN, *destructor, atrevido*. Este rey de los Amorreos reinaba en Hesbón a la llegada de los Israelitas a sus fronteras; habiendo él ya arrojado a los Moabitas al sur del Arnón. Al rehusar el paso a los Israelitas y atacarlos, fue muerto, y su ejército derrotado, dividiéndose sus dominios entre Rubén y Gad, Núm. 21:21-31, 34; 32:1-5, 33-38; Deut. 2:24-36; Jos. 13:15-28. En varios libros posteriores se hace referencia a su notable ruina, Jué. 11:12-28; Sal. 135:10, 11. Su nombre parece haberse conservado en Shihan y Jebel Shihan, tres o cuatro millas al sur del Arnón, y las ruinas llamadas Shihan, cuatro millas al sur del Jaboc.

SEIR, *velludo, afelpado*, I. Jefe de los Horeos, quienes ocuparon primitivamente la región montañosa poseída después por los Idumeos, Gén. 36:20; comp. Gén. 14:6; Deut. 2:12.

II. Monte Seir, Gén. 14:6, o tierra de Seir, Gén. 32:3; 36:30; la región montañosa que está entre el Mar Muerto por el norte, y el golfo oriental del Mar Rojo por el sur, y entre el valle de Arabah al oeste y el elevado desierto árabe al este, Deut. 2:1-8. La apariencia escabrosa de esa región, mirada desde la montaña reconocida generalmente por el Monte Hor, justifica su nombre. Véase Idumea. La parte norte del Monte Seir se llama ahora el-Jebal, arábigo por el heb. Gebal, montaña, por haber sido Gebala uno de los nombres antiguos de esa región. Al sur de Petra la cordillera toma el nombre de esh-Sherah, que parece ser una corrupción de Seir.

III. Monte Seir en Jos. 15:10, servía de señal divisoria en el límite septentrional de Judá, entre Kirjat-jearim y Bet-semes. Probablemente la cima en la cual hay una población llamada Saris, dos millas al sudoeste de Khubbet el-Enab.

IV. 2 Rey. 8:21, lugar donde el ejército de Joram, que atacaba a los Edomitas, fue rodeado, y peleó rompiendo las filas contrarias. Su sitio es desconocido, si bien algunos pretenden identificarlo con Zoar.

SEIRAT, Jue. 3:26, lugar donde se refugió Aod, después de haber matado a Eglón; probablemente en la falda meridional del “Monte Efraín,” vers. 27, y es posible que sea el mismo Monte Seir II.

SELA, *petición*, I., hijo menor de Judá, Gén. 38:5, 11, 14, 26; 46:13; Núm. 26:20; 1 Crón. 2:3.

II. Hijo de Arfaxad, 1 Crón. 1:18, 24, llamado Sala en Gén. 10:24.

III. Ciudad de los Idumeos tomada por Amasías rey de Judá, como por 826 A. C., y llamada por él Jokteel, subyugada por Dios, 2 Rey. 14:7. Cosa de un siglo después, se menciona por su antiguo nombre, y como si perteneciese a los Moabitas, Isa. 16:1; comp. Isa. 15. Puede notarse en otros pasajes por la palabra sela, traducida “piedra,” en la Biblia, como en Isa. 42:11; Jue. 1:36, y “peñasco” en 2 Crón. 25:17, y “peña,” Abd. 1:3; pero estas referencias son más o menos inciertas. Bajo el nombre griego Petra, que también significa roca, la ciudad es mencionada por los escritores paganos griegos y romanos, y por Josefo, Eusebio y Gerónimo. A fines del siglo cuarto A. C., era la capital de los Nabateos, quienes sucedieron a los Idumeos en Edom propiamente dicho, o monte Seir, y quienes en Petra resistieron con éxito los ataques de Antígono, uno de los sucesores de Alejandro, 310 A. C. La ciudad fue con el tiempo un sitio importante de comercio entre el Oriente y Roma, y muchos Romanos se establecieron allí. Por el año de 70 A. C., se menciona como la capital de Arabia Petrea, y como residencia de la serie de reyes llamados Aretas. La primera mujer de Herodes Antipas era hija de uno de estos reyes; y se divorció de ella para darle su lugar a Herodías, Luc. 3:19. Petra fue sujeta a Roma por Trajano, como por 105 A. D. El cristianismo se arraigó allí pronto, y Petra suministró miembros para varios concilios eclesiásticos. En unos cuantos siglos, sin embargo, el comercio y el poder de la ciudad decayeron, y no se menciona en la historia después de 536 A. D. Burckhardt, en 1812, fue el primer viajero moderno que la visitó y la describió. Algunos viajeros posteriores, especialmente Laborde en una obra publicada en 1830, han dado descripciones detalladas y gráficas de esta ciudad maravillosa, con dibujos de las ruinas principales que atestiguan su antiguo esplendor.

Petra está situada a la mitad del camino que conduce del Mar Muerto al Golfo de Acaba, y como a 110 millas de Jerusalén. Se halla en un valle elevado de Jebelsh-Sherah (véase Seir, monte) llamado por los Árabes cañada Mousa, de acuerdo con la tradición que dice que allí está la peña de que Moisés hizo brotar agua. El monte Hor, el lugar que se supone fue el teatro de la muerte de Aarón, se eleva sobre Petra al oeste. El valle está a 2,200 pies sobre el Araba, y tiene cerca de 3/4 de milla de norte a sur, y de 250 a 500 varas de ancho, con numerosas barrancas pequeñas en sus lados. Está rodeado de precipicios rocallosos de piedra arenisca. Los del oeste son los más escabrosos y elevados. Es accesible por entre las barrancas por el norte y el sur; pero el paso principal está por el este, al través de es-Sík, la hendedura, y comienza entre peñascos de cuarenta pies de altura, y a cincuenta yardas unos de otros, que pronto se hacen más altos, más cercanos, y llenos de tumbas excavadas. Todavía hay de trecho en trecho restos del piso del antiguo camino de este desfiladero. Es-Sik tiene cerca de milla y media de longitud. Un pequeño arroyo orillado de adelfas corre por él, cruza la ciudad, y pasa al oeste por una prolongación de es-Sik. Cerca de la entrada de Petra, sus límites no distan entre sí más que 12 pies, y tienen una altura de 250. Tallada en el peñasco que da frente a esta estrecha y elevada entrada, se halla la más hermosa construcción de Petra, que es un templo o mausoleo llamado por los Árabes el-Khaznet Firaun, la Tesorería de Faraón; la fachada, de 85 pies de alto, está adornada de pilares y primorosas esculturas, la mayor parte en un excelente estado de conservación. La cámara principal tiene 12 yardas cuadradas, y 25 pies de altura; sus paredes y las de las tres cámaras laterales son sencillas. Desde allí también el Sik se ensancha hacia el noroeste. En un recodo a la izquierda, como a 200 yardas del Khaznet, hay un magnífico teatro también tallado en la roca; tiene 33 hileras de asientos, un diámetro de 39 yardas, y

podía dar cabida a 3,000 o 4,000 espectadores. Como 100 yardas más al norte, se abre el gran valle de la ciudad principal. Está regado de ruinas de templos y otros edificios públicos, incluyendo una iglesia y algunos puentes.

Las grandes ruinas en la parte occidental llamadas Kasr Firaun, Castillo de Faraón, son la única construcción con paredes que subsiste todavía, salvo las que han sido excavadas de la montaña. Al este de ella se eleva un arco triunfal. A otro monumento notable llamado ed-Deir, el convento, se llega por una barranca escabrosa, estrecha y tortuosa, que corre por el ángulo noroeste del valle. Está tallado en la roca sólida; su frente tiene 152 pies de longitud y de altura, y en su interior hay simples paredes de roca desnudas con un solo nicho. Las tumbas excavadas en los peñascos, que rodean el valle y sus gargantas laterales, son innumerables, elevándose hilera sobre hilera, y están en muchos casos primorosamente adornadas. Se llega a muchas por escalones tallados en las rocas, mientras que otras son inaccesibles, estando a una altura de unos 400 pies. El orden arquitectónico de los diversos monumentos muestra una mezcla de gusto griego y romano con el oriental, y a veces con el egipcio. La belleza de las piedras de que han sido trabajados, da a toda la escena un encanto singular, aumentado por los austeros alrededores de la ciudad. La roca es una fina y blanda piedra arenosa, jaspeada de rojo, púrpura, negro, blanco, azul, y amarillo, el carmesí más oscuro y el más suave color de rosa, mientras que arriba los peñascos se elevan en su natural rudeza y majestad. Aunque las ruinas existentes pertenecen al período nabateo y romano, no obstante, la actual desolación de Sela está demostrando el cumplimiento de las amenazas proféticas contra sus antiguos habitantes idumeos, Isa. 34:5-15; Jer. 49:7-22; Ezeq. 35; Joel 3:19; Amós 1:11, 12; Abd. 1:3-16. Véanse Hor e Idumea. A Sela, traducido “peña” en Núm. 20:8-11; y “piedra” en Jue. 1:36, Rowlands, Trumbull y otros, la identifican con una atrevida roca en Ain Kadeis, Kades-barnea, de cuya base mana todavía una corriente copiosa de agua pura y dulce, como cuando fue herida por la mano de Moisés, abasteciendo varios pozos y lagos, y formando un oasis en el desierto.

IV. Término musical que se repite 71 veces en los Salmos, y se halla también en Hab. 3:3, 9, 13. Generalmente está puesta al fin de un período o estrofa; pero algunas veces solamente al fin de una cláusula. Esta palabra es difícil de entenderse, pero ahora se cree por lo común que era la señal que se daba para una pausa en el canto de los salmos, durante la cual tal vez había un intermedio instrumental.

V. Nombre de un pueblo en el sur de la tribu de Benjamín, Jos. 18:28; donde estaba la tumba de la familia de Sis, 2 Sam. 21:14, y donde fueron depositados los restos de Saúl, Jonatán y otros, vers. 13. Probablemente el mismo Zelzah.

SELAH, ESTANQUE DE, Neh. 3:15 (versiones antiguas), propiamente el estanque de Shelac, esto es, el dardo, corrupción probablemente de la forma más antigua Shiloac, derivada de Shelac, enviar, cambiada en Siloé en Isa. 8:6. Se cree que el estanque estaba incluido dentro del antiguo muro de Jerusalén, en el ángulo sudeste Las aguas de Siloé, fertilizando suavemente los jardines adyacentes, y simbolizando las bendiciones de Jehová, único en quien Judá debería haber confiado, Isa. 8:6-8, forman contraste con la inundación desoladora del crecido Éufrates, que simboliza el reino de Asiria, cuya alianza obtuvo el rey Acáz para su ruina, 2 Rey. 16:5-7; 2 Crón. 28:16-21; y cuyas fuerzas desde entonces se emplearon en asolar el reino de Israel, 2 Rey. 15:29; 17:3-6, y en hacer incursiones vandálicas en el de Judá, 2 Rey. 18:13-17; 19:32-36. Véase Siloé.

SELAITAS, descendientes de Sela el hijo de Judá, Gén. 46:12; Núm. 26:20.

SELEC, *grieta*, nombre de un individuo de la guardia de David, Amonita, 2 Sam. 23:37; 1 Crón. 11:39.

SELEF, *sacado*, el segundo hijo de Joctán, Gen. 10:26; 1 Crón. 1:20. Los escritores arábigos hacen mención de una tribu y de una comarca del sur de Arabia, cuyo nombre Sulaf se deriva de Selef.

SELEUCIA, ciudad fortificada de Siria, en el Mediterráneo, 5 millas al norte de la boca del Orontes, y 16 al este de Antioquía, de la cual era puerto de mar. Pablo y Bernabé se embarcaron allí en su primer viaje misionero, Hech. 13:4, y probablemente saltaron a tierra allí mismo a su regreso, Hech. 14:26. La parte principal de la ciudad estaba en la falda del Monte Coriphoeus, que era la extremidad meridional del Monte Pierius (el cual era rama del monte Amatus), y era llamada Seleucia Pieria, y a veces Seleucia junto al mar, para distinguirla de varias otras ciudades llamadas así en honor de su fundador, Seleuco Nicator, uno de los sucesores de Alejandro el Grande. Seleuco murió en el año 280 A. C., y fue enterrado allí. La ciudad fue tomada por Ptolemeo Euérgetes, 246 A. C., pero fue recobrada 70 años más tarde por Antíoco Epífanés. Conservó su importancia bajo los Romanos, y en tiempo de Pablo era una ciudad libre. Seleucia tenía un buen puerto, con una bahía exterior, y un fondeadero interior que cubría cerca de 47 acres. El puerto está ahora lleno de arena y barro; pero sus obras de mampostería, que están bien conservadas, incluyen dos muelles antiguos llamados Pablo y Bernabé. Una parte del muro de la ciudad existe aún, con una entrada en el ángulo sudeste, por la cual debió de pasar Pablo. Las ruinas, llamadas ahora Selukeyeh, están completamente despobladas; pero una pequeña villa llamada Kalusi, se halla cerca de la ciudad antigua.

SELEUCO, nombre de seis de los reyes griegos de Siria, desde la muerte de Alejandro el Grande, hasta que Siria fue convertida en provincia romana, 65 A. C. Seleuco I llamado Nicator, esto es, conquistador, reinó de 312 a 280 A. C., fundó a Antioquía y otras ciudades, y fue el más poderoso de los Seléucidas. Le sucedió su hijo Antíoco Soter, 280-261 A. C. La dinastía está incluida entre los “cuatro cuernos” “del macho cabrío,” Dan. 8:8, 22, y se designa a varios de sus reyes con el nombre de “el Rey del Norte,” como término opuesto al de “Rey del Sur,” es decir, de Egipto, en el cap. 11. El vers. 6 se refiere al tercer rey Seléucida, Antíoco (II) Theos, 261-246 A. C., vers. 7-9, a su hijo y sucesor Seleuco (II) Callinico 246-226 A. D., ver. 10, a sus dos hijos, Seleuco (III) Cerauno, 226-223 A. C., y a Antíoco (III) el Grande, 223-187 A. C., cuya carrera se predijo en vers. 11-19. Desde su reinado data la sujeción de los judíos a los Seléucidas. El vers. 20 se refiere a Seleuco (IV) Filopator, 187-175 A. C., titulado “rey de Asia” en 2 Mac. 3:3, y en Dan. 11:20—“suprimidor de exacciones.” Le sucedió su hermano menor Antíoco (IV) Epífanés, 175-164 A. C., quien oprimió terriblemente a los judíos, según lo había predicho Daniel, 11:21-30. Los Seléucidas restantes tuvieron reinados cortos y turbulentos. En tiempo de Simón Macabeo, 143 A. C., los judíos adquirieron, por algún tiempo, cierto grado de independencia, y esta llegó a ser más completa bajo el mando de su hijo Juan Hircano.

La era Seléucida data desde la victoria obtenida por Seleuco I sobre Antígono, en Babilonia, 312 A. C. Esta era prevaleció largo tiempo en el Asia central y occidental. Los judíos se vieron forzados a adoptarla para las fechas de sus contratos civiles, etc., después que pasaron del dominio de los reyes griegos de Egipto al de Antíoco el Grande y sus sucesores, 200 A. C., y continuaron usándola hasta la clausura final de sus escuelas en el Éufrates, 1040 A. D., tiempo desde el cual han computado su era desde la creación.

SELMÓN, *que da sombra*, I., Ahohíta, héroe de David, 2 Sam. 23:28, llamado Ilai ahohíta en 1 Crón. 11:29.

II. Colina arbolada en Samaria, 304 millas al sudoeste de Siquem. De allí sacó leña Abimelec para quemar la fortaleza donde estaban los Siquemitas, haciéndolos salir de ella, Jue. 9:48. En Sal. 68:14, su aspecto,

cuando los copos de nieve flotan sobre su colina en todas direcciones, parece simbolizar la facilidad con que Dios obliga a sus enemigos a dispersarse.

SELOMIT, *pacífico*, Lev. 24:11, mujer de la tribu de Dan, cuyo marido era un egipcio, y cuyo hijo fue lapidado por blasfemo.

SELSA, *sombra*, 1 Sam. 10:2, lugar en la frontera meridional de la tribu de Benjamín, y que se conjetura ser el que ahora se llama Beit-Jala, media milla al occidente de la tumba de Raquel, al norte de Belén.

SELUMIEL o SALAMIEL, amigo de Dios, Núm. 1:6; 2:12, príncipe Simeonita en la época del Éxodo.

SELLO. El uso de los sellos, no solo como adornos sino como artículos de utilidad, ha sido general en el Oriente, puesto que pueden emplearse convenientemente en lugar de la firma. Algunos eran de oro, de plata, o de bronce, otros de piedras preciosas o comunes, engastadas en metal, y otros de barro cocido o loza. Los pequeños se ponían en los anillos; los grandes eran de varias formas. Muchos de estos eran cilindros de dos o tres pulgadas de largo, que se usaban a manera de rodillos y se suspendían del pecho, Cant. 8:6, o se llevaban atados a la muñeca como los llevan hoy día muchos Árabes, Gén. 38:18, 25. El hebreo "hotham," sello o anillo, era también un nombre propio, 1 Crón. 7:32; 11:44. El arte de grabar sellos es muy antiguo, Exod. 28:11, etc. El sello llevaba el nombre del dueño y el título o alguna divisa escogida adrede, y generalmente tenía grabados en varios lados; y si estaba engastado, podía girar en un eje, como los cilindros. Entre los Babilonios, según se ve por las pinturas y otras representaciones que de ellos han quedado, casi todos los hombres llevaban sellos y éstos eran por lo común de un carácter religioso, y muchos anillos de Egipto llevan en sus sellos los nombres e imágenes de los dioses de aquella nación. Todavía existen los anillos de Totmes III y de Aménofis III, reyes de la 18ª dinastía (1400 A. C.); el cilindro de sello de Ilgi, rey caldeo de Ur, como 2,000 A. C.; uno de feldspato verde, encontrado en las ruinas del palacio de Senaquerib, en Koyunjik, y que se cree era sello real, y otro del rey persa Darío Hystaspis. Los documentos públicos y privados eran legalizados con la impresión del sello. Algunas veces se untaba éste con una tinta espesa, y se estampaba en el documento; y otras, como entre los Caldeos y Asirios, se estampaba en barro fresco, que luego era cocido, y en muchos casos se ataba al documento con cuerdos. En los climas calientes los sellos de barro eran preferibles a los de cera. La impresión del sello real le daba a cualquier documento la fuerza de ley o decreto, 1 Rey. 21:8; y el acto de investir a una persona, ya fuese temporal o permanentemente, con el carácter de agente del rey, era confirmado con el traspaso del sello real, Gén. 41:42; Ester 3:10, 12; 8:2, 8, 10; comp. Tobías 1:22. Un pedazo de barro sellado aseguraba las cuerdas que se ponían alrededor de las cajas, sacos, y rollos de los libros, Isa. 8:16; Apoc. 5:1; se empleaba también un medio semejante para sellar las puertas y otras cosas que podían abrirse, Cant. 4:12; Dan. 6:17; Mat. 27:66; Apoc. 20:3. En los tiempos modernos, los que han viajado por el Oriente han notado la misma costumbre. Se hace referencia al uso del barro para sellar, en Job 38:14. Siendo el sello por lo general un artículo hermoso y de mucho valor, era altamente apreciado y cuidadosamente guardado por su dueño, Cant. 8:6; Jer. 22:24; Hag. 2:23. Se ponían sellos a las escrituras que se hacían para hacer constar el traslado de alguna propiedad. La costumbre hebrea exigía que se pusiese el sello del comprador como prueba de un derecho, y que se hiciesen dos documentos, uno perfectamente sellado, y el otro abierto, Jer. 32:8-15, 44. Se ha averiguado que las planchas o tablas de loza, de una a cinco pulgadas de largo—encontradas entre los restos exhumados que se asignan a la primera monarquía caldea, antes de 1300 A. C.—son escrituras y contratos. Dichos documentos están escritos por ambos lados, en renglones muy juntos y con caracteres cuneiformes, excepto en la parte aplanada y sellada con el cilindro. Después de escrita y sellada la plancha, se cocinaba, y en seguida se la envolvía en una capa delgada de barro blando, sobre la cual se inscribía el título del documento, y todo junto se ponía de nuevo en el fuego. Recientemente se han descubierto en

Babilonia los archivos de una rica compañía bancaria, los cuales incluyen documentos de negocios que se hicieron en el tiempo transcurrido desde el reinado de Nabucodonosor hasta el de Darío Hystaspis. Entre esos documentos había algunos guardados en grandes jarros. Los contratos y convenios eran sellados por ambas partes contratantes, Neh. 9:38; 10:1. Los Griegos y los Romanos tenían sus sellos puestos por lo general en anillos, 1 Mac. 6:15, y los imprimían en barro o en cera.

En el estilo figurado, sellar significa autenticar una cosa o dar fe de ella, Dan. 9:24; Juan 3:33; 6:27; Rom. 4:11; 1 Crón. 9:2; 2 Tim. 2:19; dar o comunicar seguridad, Deut. 32:34; Job 14:17; Cant. 4:12; Ezeq. 28:12; Rom. 15:28; mantener sigilo, Isa. 29:11; Dan. 12:4, 9. Un hombre sella lo que tiene por suyo para que sea guardado con seguridad; así se dice que, Dios sella a sus servidores, Apoc. 7:2, 3; 14:1; comp. Ezeq. 9:4, 6. Él sella a los creyentes comunicándoles su Espíritu, y los hace así hijos suyos, y da fe de que son tales, 2 Cor. 1:22; Efes. 1:13, 14; 4:30.

SEM, *nombre*, uno de los hijos de Noé, Gén. 5:32; 6:10, nombrado siempre antes de Cam y de Jatet, como hijo mayor, o como el progenitor de los Hebreos. En Gén. 10:21, la expresión “hermano mayor” puede aplicarse a Sem en vez de a Jafet. Sem tenía 98 años de edad en la época del diluvio, Gén. 7:13; comp. 11:10; y su hijo Arfaxad nació dos años después de ese acontecimiento. Los Hebreos descendieron de Heber, nieto de Arfaxad, por la prole de su hijo Peleg, Gén. 11:12-16. 18-26; y muchas tribus árabes descendieron también de Heber, por la de su hijo Joctán, Gén. 10:25-30; y Elatn, Asur, Lud y Aram, hijos también de Sem, vers. 22 fueron progenitores de otras naciones. Sem murió a la edad de 600 años, Gén. 11:10, 11. Según lo que se ve en la cronología registrada en el texto hebreo, Sem en el primer siglo de su edad, fue contemporáneo de Matusalén, quien en los primeros 243 años de la suya lo fue de Adán; y cuando Sem murió, Abraham tenía ya 148 años de edad. Sem recibió de su padre una bendición, Gén. 9:26, en forma de doxología dirigida a “Jehová,” que más tarde habría de revelarse especialmente como “el Dios de Sem.” Del linaje de este eran los patriarcas escogidos, e Israel, y finalmente el Mesías, Luc. 3:23-36. Muchos sabios Judíos y Cristianos consideran que parte del versículo 27 del cap. 9 del Génesis debe incluirse en la bendición de Sem, y a la verdad Reina vertió dicho versículo de acuerdo con esa opinión: “Ensanche Dios a Jafet, y habite” (Dios, no Jafet) “en las tiendas de Sem.” Compare Ex. 25: 8; Núm. 5:3. Otros, sin embargo, creen que Jafet es el sujeto del verbo habite, y hallan esta profecía cumplida espiritualmente en el hecho de haber sido los gentiles admitidos a la gloria de Dios, Efes. 2:13, 14; 3:6. La servidumbre a que Sem tendría que sujetar a Canaán. Gén. 9:26, fue cumplida en parte por la subyugación de los Cananeos a manos de Israel, Jos. 23:4; 2 Crón. 8:4, 7, 8; comp. Gén. 10:15-18; 15:18-21. Las regiones pobladas por los descendientes de Sem, entrecortan porciones de Jafet y de Cam. Hay una familia de lenguas que se denomina Semítica porque pertenece a naciones descendientes de Sem; en esta están comprendidas el hebreo, el caldeo, el siriaco, el arábigo, el etíope, etc.; pero en esta clase general están incluidas varias lenguas que se hablan por los descendientes de Cam.

SEMA, *fama*, Jos. 15:26, ciudad en el territorio asignado primero a Judá. Véase Seba III. Probablemente se halla en Tel Jemne, 9 millas al sudoeste de Gaza.

SEMANAS, o periodos sucesivos de siete días cada uno, los cuales coinciden parcialmente con los cuatro cambios de la luna, eran conocidas desde los primeros tiempos entre naciones que estaban remotas entre sí en Europa, Asia y África, Gén. 8:10; 29:27; 50:10. Véase Sábado. Los Hebreos tenían solamente nombres numerales para los días de la semana. Con excepción del Sábado, los nombres usados entre nosotros fueron tomados de la mitología latina, menos el Domingo. Los judíos llamaban el domingo, “uno (o primero) del Sábado,” es decir, el primer día de la semana. Lunes era “dúo (o segundo) del sábado.” Una semana profética, y una semana de años, eran iguales, pues cada una tenía siete años; y

una semana de años sabáticos, o cuarenta y nueve años, completaba el término para el año del jubileo. En Juan 20:26, se dice que los discípulos se reunieron después de “ocho días,” evidentemente después de una semana, o el octavo día después de la resurrección de nuestro Señor. Véase Tres.

SEMEBER, *remontándose a lo alto*, rey de Zeboim en tiempo de Abraham, Gén. 14:2-10.

SEMEI, Luc. 3:26, individuo que se menciona en la genealogía de Cristo, y era tal vez Semaías, 1 Crón. 3:22.

SEMEÍAS, *Jehová oye*, nombre de muchos Hebreos, de entre quienes pueden especificarse I., uno de los Levitas principales que ayudó a David a transportar el arca de la casa de Obed-edom a Jerusalén, 1 Crón. 15:8, 11, 12; como por el año 1042 A. C.

II. Levita que hizo para David un registro de las 24 clases sacerdotales, 1 Crón. 24:6, como por el año 1015 A. C.

III. Profeta por cuyo conducto prohibió Dios a Roboam llevar a cabo su intento de recobrar por medio de las armas las diez tribus rebeldes, 1 Rey. 12:21-24; y que algunos años después, con motivo de la invasión de Sisac, exhortó a Roboam y a su corte al arrepentimiento, 2 Crón. 12:5-8. Era un cronista del reinado de Roboam, vers. 15.

IV. Falso profeta entre los judíos desterrados en Babilonia, que resistió al profeta Jeremías, e hizo que el castigo divino recayera sobre sí mismo y sobre su familia, Jer. 29:24-32.

V. Falso profeta sobornado por Sanballat y Tobías, que trató de atemorizar a Nehemías para hacerlo retirar cobardemente dentro del templo, Neh. 6:10-14.

SEMER, *heces de vino*, el primer propietario del cerro en que Omri edificó a Samaria, 1 Rey. 16:24.

SEMPITERNO, *eterno*; el término hebreo *olam*, mundo, y el griego *ayon*, edad o época, en sus varias formas, denotan una duración continua, generalmente sin fin determinado, Dan. 4: 3, 34; Heb. 9: 14. Cuando se habla de ciertas cosas cuya duración es limitada, pero extraordinaria, suele en la Biblia española hacerse uso de la palabra eterno, como en Gén. 49:26; o perpetuo, como en Gén. 17:13. Al tratarse de Dios y de sus atributos, las palabras originales se traducen por “desde el siglo hasta el siglo,” Sal. 90:2; “de todos los siglos,” Sal. 145:13; “del siglo,” Isa. 40:28; “siglos de los siglos,” Heb. 1:8, y expresan de un modo absoluto la duración sin fin. Las expresiones “por los siglos de los siglos” y por “siempre jamás”—que en el original son una misma—se usan 20 veces en el Nuevo Testamento: en 16 casos hablando de Dios mismo; en una, de la futura bienaventuranza de los redimidos; y en dos del castigo que se espera a los impíos. Las decisiones del día del juicio son finales tanto con respecto a aquellos como con respecto a estos, Mat. 25:46; 1 Juan 3:15; 5:11.

SEN, *diente*, 1 Sam. 7:12, probablemente un peñasco agudo, notable, semejante al “Seneh,” 1 Sam. 14:4.

SENA, *espinoso*, lugar cuyos habitantes volvieron con Zorobabel, 536 A. C., Esd. 2:35; Neh. 7:38; y según Neh. 3:3, donde se antepone el artículo hebreo (has-Sena,) construyeron la puerta de los pescados 445 A. C. Se hallan señales de dicho lugar en Magdala-Senna, mencionada por Eusebio y Jerónimo, ahora Kh. el-Aujah, siete millas al norte de Jericó.

SENCILLO y SENCILLEZ, o SIMPLE y SIMPLICIDAD, son palabras que a veces se usan en la Biblia en un buen sentido, denotando sinceridad, candor, ignorancia ingenua del mal, 2 Sam. 15:11; Rom. 16:19; 2 Cor. 1:12; 11:3; otras en sentido malo, denotando una sencillez atolondrada tanto mental como moral, Prov. 1:22; 9:4; 14:15; 22:3; y otras por último, en el sentido de mera ignorancia o falta de experiencia, Prov. 1:4; 21:11.

SENE, *mata de espino*, el más meridional de los dos “peñascos agudos” que hay entre Gabaa al sur y Micmás al norte, 1 Sam. 14:4, 5. Entre Jeba y Mukmas que distan entre sí cosa de una milla, está el profundo valle Suweinit, cruzado por “el paso de Micmás,” 1 Sam. 13:23; Isa. 10:28, 29. Las “rocas” pueden denotar sus costados escabrosos, o tal vez los collados que obstruyen su lecho.

SENIR, *pico nevado*, nombre amorreo dado al monte Hermón, Deut. 3:9; Ezeq. 27:5; o quizá a sólo una parte de este, 1 Crón. 5:23; Cant. 4:8. El historiador y geógrafo árabe Abulfeda, 1,300 A. D., dice que la parte del Anti-Líbano situada al norte de Damasco, y que se llama ahora Jebel esh-Shurky, esto es, montaña oriental, es el Senir. Véanse Hermón y Sirión.

SENAQUERIB, en los monumentos Sin-Akhi-erba. *Sin* (el dios luna) *aumenta los hermanos*, rey de Asiria, hijo y sucesor de Sargón, 705-681 A. C. Las inscripciones contemporáneas a él hechas en cilindros, los toros esculpidos, y las losas de piedra—cosas que después de haber estado enterradas por mucho tiempo, se han exhumado recientemente—confirman y completan de un modo notable las alusiones que la Biblia hace a Senaquerib. En el segundo año de su reinado, sufocó una rebelión en Babilonia, donde Merodac-baladan, destronado algunos años antes por Sargón, se había restablecido como rey. Nombrando un virrey asirio en Babilonia, Senaquerib hizo la guerra, con buen éxito, contra las tribus errantes en el Tigris y el Éufrates, contra los habitantes de las montañas de Zagros al este de Asiria, y contra una comarca, que hasta entonces había estado independiente, de la Media. En 701 A. C. dirigió una campaña contra las ciudades fenicias, filisteas y judaicas, todas las cuales habían sido tributarias de Asiria, y se habían sublevado, comp. 2 Rey. 16:7-9; 18:7. Subyugó a la Fenicia y a la Filistia, derrotando un ejército egipcio enviado para auxiliar a Ekrón, y volvió sus armas contra Ezequías, quien había instigado la rebelión de los ekronitas. Senaquerib atacó las ciudades fortificadas de Judá, 2 Reyes 18:13; 2 Crón. 32:1, de las cuales pretendió haber capturado 46, con las fortalezas y aldeas que había en sus cercanías, y con sus despojos; también dijo que había aprehendido a más de 200,000 Judaitas, y que se había preparado para sitiar a Jerusalén, construyendo torres a su alrededor, y trincheras en frente de sus puertas. Si estas crónicas son exactas, Isaías tal vez se refirió a esa desolación y cautividad de Judá en el capítulo 24:1-12; y en el cap. 22:1-13, a ese sitio de Jerusalén, para cuya defensa Ezequías se preparó reforzando las murallas y desviando las aguas que corrían a extramuros de la ciudad, 2 Cron. 32:2-8. Ezequías envió embajadores a Senaquerib a Laquis, con un mensaje de sumisión, y pagó un tributo de 30 talentos de oro, y 300 talentos de plata, 2 Reyes 18:14. La suma de oro es la misma en la inscripción asiria; pero la de plata allí apuntada es de 800 talentos. Tal vez, Senaquerib exigió los 500 talentos más al descubrir que los recursos de Ezequías le permitían pagarlos, vers. 15. La crónica asiria agrega que muchas de las ciudades de Ezequías, fueron dadas a los reyes de Asdod, Askelón, Ekrón y Gaza. En 700 A. C. Senaquerib sufocó otra revuelta en Babilonia, e hizo virrey a su hijo mayor. Se cree que después de esto, 2 Crón. 32:9, Ezequías, contando con el auxilio de Egipto, se sublevó otra vez contra Asiria, y efectivamente así se trasluce de la narración de la Biblia, Isa. 30:1-7; 31:1; 36:6; que Senaquerib invadió de nuevo a Judá, y allí sufrió aquel tremendo revés del que naturalmente sus propios monumentos nada dicen, pero al cual, según parece, se hace referencia en una historia egipcia. Puede haber habido un año o dos de intervalo entre esas dos invasiones. Desde Laquis, Senaquerib envió embajadores y tropas a Jerusalén para exigir con insultos que Ezequías se rindiese a discreción, 2 Reyes 18:17-37; también los envió de Libna, desafiando a Jehová, 2 Rey. 19:8-13. Ezequías puso ante el Señor

las amenazas y blasfemias de Senaquerib, por conducto de Isaías y recibió la promesa de que tendría la protección divina. Esa promesa se cumplió muy en breve: 185,000 Asirios fueron vencidos milagrosamente “aquella noche,” vers. 1-7, 14-35; Isa. 31:4-9; 37:29, 33-36. Esto debió de ocurrir en Libna o en algún punto más cerca de Egipto, hacia el cual debió de marchar Senaquerib para salir al encuentro del ejército etíope, 2 Rey. 19:9. Una historia egipcia referida por Herodoto, dice que a Senaquerib se le hizo resistencia en Pelusium por una fuerza inferior al mando de un rey egipcio llamado Setos, quien invocó el auxilio de sus dioses; y que en la noche los ratones campestres royeron las cuerdas de los arcos de los Asirios, quienes huyeron en la mañana siguiente. Senaquerib volvió a Nínive, vers. 36, y, según se cree, no volvió a molestar desde entonces ni a Palestina ni a Egipto. Siguió haciendo guerra con buen éxito en Armenia y Media contra los Babilonios, que se habían rebelado nuevamente, y contra sus aliados los Susianos, a quienes asaltó por el Golfo Pérsico con una fuerza naval fenicia. En los últimos ocho años de su reinado, Babilonia debió de estar independiente; pero se sometió a su sucesor Essar-haddon. Por los años 681 A. C., Senaquerib fue asesinado por dos hijos suyos, en tanto que oraba en un templo, 2 Rey. 19:37; comp. vers. 7. Le sucedió su hijo menor y favorito.

La pintura que hace Isaías del orgullo de Senaquerib (este rey, sin embargo, era un instrumento de Dios), Isa. 10:12-27, se confirma por el tono jactancioso de sus inscripciones: se llama a sí mismo “el subyugador de reyes desde el mar superior de la puesta del sol hasta el mar inferior de la salida del sol,” esto es, desde el Mediterráneo hasta el Golfo Pérsico. Fue también un grande edificador. En Nínive, ciudad que él hizo su capital, construyó un magnífico palacio de una área de cerca de ocho acres, y que contenía más de 60 aposentos en el piso bajo, incluyendo una sala de 180 pies de largo y 40 de ancho. Para los cielos rasos se emplearon tablones de madera extranjera. Este palacio, gran parte del cual ha sido explorado desde su primera exhumación por Layard, en 1847, ocupa el ángulo sudoeste del terraplén de Koyunjik, enfrente de Mosul. Las grandes planchas de alabastro que guarnecen los cuartos hasta la altura de diez o doce pies, estaban cubiertos de bajo-relieves e inscripciones cuneiformes; y aunque grandes trozos de ellas han sido destruidos por la mano del hombre y por los estragos del tiempo, las losas y los fragmentos que han quedado son en extremo interesantes. Hay representadas escenas de cacería y de construcción, y en muchas de ellas está el rey como espectador. También están dibujadas las expediciones militares de este, incluyendo su guerra contra Fenicia y Judá. Una serie de bajo-relieves bien conservados representa el sitio y captura de una ciudad grande y fuerte; parte de esta ha sido ya tomada, mientras que por otro lado la batalla sigue con encarnecimiento. Vense los cautivos desollados, empalados y pasados a cuchillo. Desde una de las puertas de la ciudad se lleva una larga procesión de prisioneros ante el rey, que está sentado en su trono afuera de la ciudad. Dos eunucos están de pie detrás de él, teniendo en las manos abanicos y toallas. El visir, acompañado de oficiales del ejército, presenta a los prisioneros. La inscripción se ha traducido así: “Yo, Senaquerib, el rey poderoso, rey del país de Asiria, sentado en el trono de la justicia en la puerta de la ciudad de Laquis; doy permiso para su matanza.” Los cautivos están desnudos y por su aspecto se conoce que son Hebreos. Senaquerib restauró también un antiguo palacio en Nínive, el cual ha sido parcialmente exhumado del terraplén de Neby Yunus; mejoró las fortificaciones de la ciudad, canalizó el Tigris, construyó acueductos, y edificó un templo a Nergal.

Poco debió de prever Senaquerib la destrucción de su soberbia metrópoli, y menos aún que las ruinas de su palacio conservarían hasta este remoto tiempo las planchas que contenían su propia historia, y la imagen de su dios Nisroc, que tan incapaz fue de defenderlo, para dar testimonio en pro del Dios de quien blasfemó y a quien desafió. Véanse Nínive, Nisroc, y Sargón.

SENO. Los Orientales usaban vestidos largos, anchos y sueltos, y cuando tenían que llevar algo que no les cabía en las manos, solían servirse del pliegue que tenían en el seno del vestido, arriba del cinturón,

Luc. 6:38. Véanse Cinturón y Vestiduras, La expresión “llevar en el seno,” llegó a generalizarse, aun cuando el objeto fuese demasiado grande para poder ser llevado así. Por eso vemos que en Isa. 65:6, 7, se dice: “Yo les mediré su obra en su seno.” Se dice que nuestro Salvador lleva sus corderos en su seno, lo que de un modo muy hermoso representa el tierno cuidado y vigilancia que por ellos tiene, Isa. 40:11. Véanse Abraham (seno de) y Comida.

En Prov. 19:24; 26:15, se halla también mal traducida por “seno” la palabra hebrea que en 2 Reyes 21:13 se traduce por “escudilla,” y en 2 Crón. 35:13, se traduce por “olla.”

SEÑAL, *manifestación, prenda o prueba*, Gén. 9:12, 13; 17:11; Ex. 3:12; Isa. 8:18. También un portento sobrenatural, Lucas 21:11, 25, y un milagro considerado como manifestación del poder divino, Ex. 4:7-9; Mar. 8:11. Las “señales” del Antiguo Testamento no fueron distribuidas con igualdad, pues se sabe que fueron más numerosas que de costumbre en tres épocas críticas: en la emancipación de Israel de Egipto y su establecimiento en Palestina; en el periodo de su apostasía en tiempo de Elías y de Elíseo, y durante su cautividad en tiempo de Daniel. Los milagros de Cristo fueron predichos, Isa. 42:7; Mat. 8:17. Compárese la pregunta hecha por los discípulos de Juan, y los milagros que Cristo obró en respuesta, Luc. 7:19-23; también Mateo 12:23; Juan 7:31. Los consignados por los evangelistas fueron sólo muestras de otros muchos, Mat. 4:23; 8:16; Luc. 6:17-19; Juan 2:23. Las “señales del cielo,” eran los movimientos y aspectos de cuerpos celestes, de los cuales pretendían los astrónomos paganos obtener revelaciones, Isa. 44:25; Jer. 10:2. Véase Navío.

SEÑOR. Este nombre pertenece a Dios por preeminencia, y en este sentido nunca debe darse a ninguna criatura. A Jesucristo como el Mesías, el Hijo de Dios, e igual con el Padre, se le llama a menudo Señor en las Escrituras, especialmente en los escritos de Pablo. Véase Jehová.

SEPULCRO. Lugar donde se enterraba; una sepultura o tumba. El primero que se menciona en la Biblia, que es el de Abraham, era una cueva en el campo de Macpela, cerca de Hebrón, Gén. 23. Véase Hebrón. Entre los Hebreos las sepulturas de familia eran comunes y muy estimadas, Gén. 49:29-32; 50:13; Jue. 8:32; 16:31; 2 Sam. 2:32; 21:14; comp. 2 Sam. 19; 37, y 1 Rey. 13:22. Ellos tenían también cementerios públicos, 2 Rey. 23:6; Jer. 26:23; Mat. 27:7. Sus sepulcros eran algunas veces subterráneos, Gén. 35:8; 1 Sam. 31:13; Ezeq. 39:15; Luc. 11:44; pero muchos de ellos estaban en la falda de algún cerro, 2 Rey. 23:16. En los cerros de Palestina abundan las cavernas naturales, y estas se usaban a menudo como sepulturas. Para ese objeto se ensanchaban o se les hacían otras alteraciones necesarias, Gén. 50:5, 13. Tallábanse también las sepulturas en la roca sólida, a gran costa, Isa. 22:16; Mat. 27:57-60. Compare Isa. 53:9. Sepulturas de esta clase, primorosamente adornadas, son numerosas en Petra. Véanse los grabados y la palabra Sela. Cuevas que sirven de cementerio a lo largo de las bases de los cerros, son comunes en todas partes de Siria; como, por ejemplo, en el costado sur de Hermón, en el occidental de Nain, en la garganta del Bárada, y en los peñascos marítimos al norte de Acre. Los cementerios se hallaban comúnmente a extramuros de las ciudades, como sucede en la actualidad en Siria, Mar. 5:1-5; Luc. 7:11-14; y parece que se hace notar como caso excepcional, que los reyes de Judá eran sepultados en Jerusalén, en el monte Sion, 1 Rey. 2:10; 11:43; 15:24; 2 Rey. 9:28; 2 Crón. 16:14; 32:33; 35:24; Neh. 3:16; comp. Hech. 2:29. El buen sumo-sacerdote Joiada participó de este honor regio, 2 Crón. 24:16; del cual fueron privados algunos reyes, 2 Crón. 21:6-20; 26:23; 28:27. El profeta Samuel fue enterrado “en su casa en Rama,” 1 Sam. 25:1, tal vez en el jardín, comp. 2 Rey. 21:18, con 2 Crón. 33:20, o en una casa sepulcral, Job 30:23; Ecles. 12:5. Véase también Josué 24:30; 1 Reyes 2:34. Los reyes de Israel eran sepultados en Samaria, después de establecida su capital allí, 1 Rey. 16:28; 22:37. Parece que las inscripciones sepulcrales eran raras entre los Hebreos; pero algunas veces se les ponían columnas a las sepulturas en señal de honor, Gén. 35:20; otras, se les ponían montones de piedras en señal de

deshonra; Jos. 7:26; 8:29; 2 Sam. 18:17. La palabra hebrea traducida “título” en 2 Rey. 23:17, se traduce “mojón” o “señal” en Ezeq. 39:15. Según la ley mosaica, el contacto con los sepulcros producía contaminación, Núm. 19:16; comp. Isa. 65:4. En el tiempo de Cristo, era costumbre de los judíos todas las primaveras blanquear la parte exterior de las sepulturas, para preservarse de la contaminación, y Cristo compara a los Fariseos hipócritas con semejantes sepulcros, Mat. 23:27, 28; también a los sepulcros que no lo parecen, por no sugerir a los que los observan con admiración ninguna idea de su corrupción interior, Luc. 11:44. Los Fariseos consideraban como un acto de piedad el preservar y adornar los sepulcros de los profetas; con todo, estaban tan lejos como lo habían estado sus padres—quienes habían dado muerte a los profetas—de honrar los principios de los siervos de Dios. Dieron a conocer esto oponiéndose y dando muerte al Profeta divino y a sus discípulos, Mat. 23:29-36; Luc. 11:47-51. En el Oriente así como en otras partes, la veneración supersticiosa hacia los sepulcros y los huesos de hombres reputados como santos, va todavía acompañada de la violación habitual de muchas de las leyes de Dios.

El Mishna, por el año 200 A. D., describe una tumba judaica de roca, diciendo que consiste de un atrio en la entrada bastante grande para que en él quepan un ataúd y los que lo llevan, etc.; y que por una abertura tapada con una grande piedra, que puede quitarse haciéndose rodar, Mat. 27:59-66; Mar. 15:46; 16:1-8; Luc. 24:1-12; Juan 11:38-44; 19:38-42, se penetra en una cámara de tres yardas cuadradas o más, cuyos otros tres costados contienen nichos, cada uno para un cadáver. En algunos casos esa entrada daba paso por diferentes lados a varias cámaras análogas. Los nichos habían sido tallados en la roca, y tenían una extensión horizontal de seis pies o más, y como dos pies de ancho y tres de altura; el cadáver era colocado en uno de ellos, sin cajón, con los pies hacia afuera, y entonces se tapaba la entrada o abertura con una piedra. Algunas veces había 203 hileras de nichos con un borde en frente, en el cual descansaban las piedras que servían para cerrarlos. Los sepulcros hebreos de los tiempos primitivos debieron de ser más sencillos, como lo han sido los de la gente pobre en todo tiempo, y no siempre impedían que los muertos se tocaran mutuamente, 2 Rey. 13:21. Después de la introducción de las costumbres griegas y romanas, se usaron también nichos poco profundos paralelos al costado de la cámara, no en ángulos rectos con ella; y varios de esta clase se hallan en algunos de los panteones cercanos a Jerusalén, y tal debió de ser el sepulcro de Cristo, pues se nos dice que un ángel estaba sentado a la cabecera y otro a los pies del nicho, Juan 20:12.

Los sepulcros más notables de Palestina son la cueva de Macpela, bajo la mezquita de Hebrón; el sepulcro de José cerca de Siquem, Jos. 24:32; el sepulcro tradicional de David y de su dinastía, en el monte Sion, en el lado exterior del muro de la ciudad, y bajo un edificio que en un tiempo fue iglesia cristiana, y ahora es una mezquita; el sepulcro tradicional de Cristo, bajo la “Iglesia del Santo Sepulcro,” dentro de Jerusalén; los denominados “Sepulcros de los Reyes,” como media milla al norte de Jerusalén; “de los Jueces,” como una milla al norte de la ciudad; y “de los Profetas,” en la falda occidental del monte de los Olivos. Este último puede considerarse como muestra de un sepulcro puramente Judaico, que era en su origen una cueva natural, que tenía solamente nichos profundos, y carecía de molduras arquitectónicas tales como las que indican el origen posterior de muchos de los sepulcros que rodean a Jerusalén. “Los Sepulcros de los Jueces” se hallan en un lugar que contiene tres cámaras, con cosa de 60 nichos profundos arreglados en tres hileras. Muchos suponen que el extenso y costoso panteón llamado “Sepulcros de los Reyes,” fue obra de Elena, reina de Adiabene, pequeño reino al este del Tigris. Esta soberana fue prosélita del judaísmo, y una bienhechora de los pobres de Jerusalén, en el hambre predicha por Ágabo, Hech. 11:28. Se llega a ese panteón pasando por una puerta baja en forma de arco (cerrada por una pesada piedra rodadiza), que da paso a un atrio abierto, excavado en la roca, y de una extensión de 92 pies de largo por 87 de ancho. Al oeste de dicho panteón hay un vestíbulo de 39 pies de ancho, con un friso ricamente esculpado. En el costado sur del vestíbulo se halla la bajada al sepulcro,

que consiste en una especie de antesala como de 20 pies cuadrados, con tres cámaras cuadradas que se comunican con ella, dos de las cuales están en un nivel más bajo, y se comunican con la superior por medio de unos escalones. Una de estas cámaras más bajas da entrada por su lado norte a una cuarta cámara. En los costados de todas éstas, hay muchos nichos embutidos para recibir los cadáveres. La cámara más interior contenía antiguamente dos sarcófagos de piedra ricamente ornamentados. Los sepulcros que se hallan en el declive meridional del valle de Hinom, llamado valle er-Rababi, sirvieron de hermitas en los primeros siglos de la iglesia cristiana, y fueron posteriormente usados como habitaciones por la gente pobre, y como abrigo para los rebaños. Algunos tienen inscripciones griegas de origen cristiano.

Un sitio más probable para el sepulcro de Cristo, que el que le asigna la iglesia de Jerusalén, ha sido sugerido por el capitán Conder. Este es un sepulcro últimamente descubierto, fuera de los muros de Jerusalén, cerca de un paraje que, según una tradición aceptada entre los judíos españoles de Jerusalén, era el antiguo lugar de ejecución, lo cual concuerda con la descripción hecha de “la casa de apedreamiento,” por los escritores judíos del segundo siglo. El sepulcro tiene la forma de los nichos poco profundos de que antes hablamos, Juan 19:17-20, 41; 20:12.

Los Egipcios excavaron grandes panteones en las montañas que limitan el valle del Nilo, Exod. 14:11. Sus pirámides fueron erigidas como tumbas de sus reyes. Véase Embalsamamiento.

En la parte bajo de la Caldea los panteones, Gén. 11:28, según aparece de las excavaciones practicadas en las vastas y numerosas moles sepulcrales de las ciudades antiguas, como por ejemplo en Mugheir y Warka (probablemente Ur y Erech), eran algunas veces bóvedas de ladrillos, bastante grandes para contener varios cuerpos que en ellas se depositaban sin cajón; o si no, el cadáver se tendía en un pavimento de ladrillo, y era rodeado por una cerca de barro cocido de 7 pies de largo, y 2 o 3 de alto y de ancho; o era colocado en dos grandes jarrones de barro, cuyas bocas eran entonces pegadas la una a la otra con betún. Se enterraban varios objetos de propiedad personal, de uso y de adorno, con los muertos en Egipto y en Caldea.

Los Griegos comúnmente quemaban sus muertos, y depositaban los huesos y las cenizas en urnas para sepultarlos en los cementerios públicos fuera de las ciudades. Entre los Romanos, que al principio enterraban los muertos, la práctica de quemarlos, adoptada de los Griegos, se hizo general hacia el fin de la República. La ceremonia se celebraba fuera de las ciudades.

En Isa. 65:4, los “sepulcros” son tal vez cuevas a donde los sacerdotes se retiraban para tener sueños nigrománticos.

SEPULTURA. Los Hebreos fueron en todos tiempos muy cuidadosos de la sepultura de sus muertos, Gén. 25:9; 35:29. Ser privado de entierro o sepultura, se creía que era una de las mayores señales de deshonra o uno de los más poderosos motivos de infortunio, Ecles. 6:3; Jer. 22:18, 19. La sepultura no le era negada a nadie, ni a los enemigos, Deut. 21:23; 1 Rey. 11:13. Los hombres piadosos consideraban como un deber sagrado el enterrar a los muertos. Cuán horrorosa a la verdad debió haber sido la vista de los cadáveres insepultos a los ojos de los judíos, cuando creían que su tierra se manchaba si los muertos quedaban de algún modo expuestas a las miradas de persona alguna, 2 Sam. 21:14; y cuando el simple contacto con un muerto, o con algo que hubiera tocado el cadáver, se tenía como contaminación, y hacía necesario el que se practicara una ablución ceremonial, Núm. 19:11-22.

Solamente tres casos de cremación o incineración de cadáveres ocurren en la Escritura: el de los miembros de la familia de Acán, después de que fueron muertos a pedradas, Jos. 7:24, 25; el de los mutilados restos de Saúl y de sus hijos, 1 Sam. 31:12, y tal vez el de las víctimas de alguna epidemia, Amós 6:10. Se acostumbraba que los parientes más cercanos les cerrasen los ojos a los moribundos, y les diesen el beso de despedida, hecho lo cual se daba principio a los lamentos por el muerto, Gén. 46:4; 50:1. En estos lamentos, que continuaban a intervalos hasta después del entierro, eran acompañados por los parientes y amigos, Juan 11:19. A una de estas escenas es a la que se hace referencia en Mar. 5:38. Se acostumbraba también, y esta costumbre ha durado en el Oriente hasta nuestros días, el alquilar mujeres plañideras, Jer. 9:17; Amós 5:16, que elogiaban al difunto, Hech. 9:39, y por medio de dolientes gemidos y de frenéticos gestos, ayudadas a veces por melancólicos sonidos de música, Mat. 9:23, se esforzaban en expresar el más profundo dolor, Ezequías 24:17, 18.

Inmediatamente después de la muerte, el cuerpo era lavado y tendido en un cuarto conveniente, Hech. 9:37-39, y algunas veces ungido, Mat 26:12. Luego se le envolvía en un lienzo de muchos dobleces, con especias, y se le ataba la cabeza con una toalla, Mat. 27:59; y cada miembro y dedo se envolvía separadamente, Juan 11:44, como lo fueron las momias de Egipto, según se ha descubierto. A menos que el cuerpo tuviera que ser embalsamado, el entierro se verificaba muy en breve, tanto con motivo del calor del clima, como de la impureza ceremonial en que se incurría. Por rareza transcurrían 24 horas entre la muerte y el entierro, Hech. 5:6, 10; y actualmente en Jerusalén el entierro, por regla general, no puede dilatarse más de 3 o 4 horas. El cuerpo, después de haber sido amortajado, era colocado en una tabla o cama portátil, para ser conducido por hombres al sepulcro, 2 Sam. 3:31; Luc. 7:14. Algunas veces se usaba un ataúd o litera de más costo, 2 Crón. 16:14; y los cuerpos de los reyes y de algunos otros hombres poderosos solían colocarse en ataúdes de madera o en sarcófagos de piedra, Gén. 50:26; 2 Rey. 13:21. Los parientes acompañaban el ataúd hasta el sepulcro. Este generalmente estaba fuera de la ciudad. A menudo se quemaban en el entierro especias y maderas aromáticas. 2 Crón. 16:14, 15. A veces se celebraba un banquete después de los funerales, Jer. 16:7, 8; y durante los días siguientes los dolientes acostumbraban ir al sepulcro de tiempo en tiempo a llorar, y a adornar el lugar con flores frescas, Juan 11:31. Esto se hace aun en la actualidad. Véanse Embalsamamiento, Duelo, Sepulcro.

SEQUÍA, era un mal a que Palestina estaba sujeta naturalmente, puesto que no caía lluvia desde Mayo hasta Septiembre. Durante estos meses de verano, el terreno se tostaba y llenaba de grietas, las corrientes y los manantiales se agotaban, y la vegetación era preservada de su extinción total por el rocío de la noche y el riego artificial. Si la lluvia no caía abundantemente en la estación que era propia, la miseria era general y espantosa. Una sequía, por lo tanto, sirve de amenaza como uno de los juicios más terribles de Dios, Job 24:19; Jer. 50:38; Joel 1:10-20; Hag. 1:11; y en la Escritura hay muchas alusiones a los horrores que resultaban de la falta de lluvia, Deut. 28:23; Salmo 32:4; 102:4.

SERA, *abundancia*, hija de Aser, nombrada tres veces entre los que emigraron a Egipto, Gén. 46:17; Núm. 26:46; 1 Crón. 7:30. El por qué fue distinguida de ese modo, es cosa que se ignora, pero los rabíes tienen muchas leyendas a ese respecto.

SERAFINES, *ardientes*, seres vistos por Isaías cuando contempló a Dios en visión entronizado en el templo, Isa. 6:1-7. Los representa con figura humana, pero con la añadidura de seis alas. Dos pares de estas les cubren la cara y los pies, e indican la más profunda humildad y reverencia. Usan el otro par para volar, esto es, para ejecutar prontamente la voluntad del Eterno. Los serafines rodean el trono de Dios y le alaban con cánticos alternativos. Sintiendo el profeta oprimido por la conciencia de su propia culpa y la de la nación, un serafín toma del altar y le ministra aquello que se había señalado para la expiación, Heb. 1:14. Los serafines, según parece, son diferentes de los querubines, seres celestiales a

que se alude en la visión de Ezequiel, Ezeq. 1:5-25; 10; si bien los últimos, según lo que se dice en Ezeq. 1:13, 14, brillan como el fuego, que es lo que se cree denota la palabra serafín; comp. Heb. 1:7. Gesenio deriva esta palabra, no de la hebrea *sarafih*, “arder,” sino de la raíz de una palabra árabe que significa “alto, exaltado.”

SERAÍAS o SERAÍA, guerrero de Jehová, I., Judaita, 1 Crón. 4:13, 14; comp. Jos. 15:17.

II. Escriba de David, 2 Sam. 8:17, llamado también Seva, 2 Sam. 20:25; Sisa, 1 Rey. 4:3; y Savsa, 1 Crón. 18:16.

III. Simeonita, 1 Crón. 4:35; comp. vers. 38-41.

IV. Uno de los hombres a quienes Joacim encargó que prendiesen a Jeremías y a Baruc, por 606 A. C., Jer. 36:26.

V. Hermano de Baruc el secretario de Jeremías, Jer. 51:59-64; comp. Jer. 32:12. El rey Sedequías lo envió a Babilonia con una embajada, 595 A. C., Jer. 51:59, y Jeremías lo comisionó para que practicase allí un acto simbólico de la destrucción de la ciudad. Se le llama en este pasaje, el principal camarero, y puede haber dirigido la caravana y las paradas que ella hizo en su camino a Babilonia.

VI. El sumo sacerdote que había cuando Jerusalén fue tomada por los Caldeos, 588 A. C., y que fue condenado a muerte por Nabucodonosor en Ribla, 2 Rey. 25:18-21; 1 Crón. 6:14; Jer. 52:24-27; antepasado de Esdras, Esd. 7:1.

VII. Uno de los jefes militares judíos que aceptaron a Gedalías como gobernador, 2 Rey. 25:23; Jer. 40:8.

VIII. Sacerdote que volvió con Zorobabel, 536 A. C., Esd. 2:2; Neh. 12:1, 12; llamado Azarías en Neh. 7:7.

IX. Sacerdote que selló la alianza en tiempo de Esdras y Nehemías, 445 A. C., tal vez el mismo que se menciona como “príncipe de la casa de Dios,” Neh. 11:11.

SEREBÍAS, calor de Jehová, Levita fiel y de confianza en el regreso de la cautividad, Neh. 8:7; 9:4, 5; 10:12; 12:8, 24.

SEREDA, *la fortaleza*, pueblo en el monte Efraín, donde nació Jeroboam, 1 Rey. 11:26; probablemente situado 2 ½ millas al noroeste de Beitin o Betel.

SEREDATA, lugar de la fundición de cobre de Salomón, 2 Crón. 4:17, o Saretán, 1 Rey. 7:46.

SERGIO PAULO, el gobernante romano de Chipre, convertido bajo el ministerio de Pablo, Hech. 13:6-12, 45 A. D. Se le llama procónsul en la Biblia española. Era un hombre inteligente y franco. Chipre, que después de la cesión hecha por Augusto, 27 A. C., fue por un tiempo provincia imperial, y gobernada por un pretor; fue puesta por el emperador a cargo del senado, y desde entonces fue gobernada por un “procónsul.” El empleo que hace Lucas del mismísimo título griego, es un ejemplo de su exactitud aun en los más pequeños detalles. En las monedas de Chipre acuñadas en tiempo del emperador Claudio, 41-54 A. D., se da el mismo título al gobernador de esa isla.

SERMÓN DEL MONTE, nombre que generalmente se da al más largo de los discursos que se consignan de Jesús, Mat. 5-7. El discurso contenido en Luc. 6:20-49 es probablemente una transmisión más breve del mismo sermón. En cuanto a las variantes, son tan solo tales cuales es natural que haya entre las relaciones de dos escritores distintos. Nuestro Señor pronunció su sermón en el monte cerca de Capernaum, a principios del segundo año de su ministerio en 28 A. D., y como Mateo dice, en un montero según Lucas, en un lugar llano, habiendo, sin duda, descendido Jesús de la región más alta y apartada—a donde se había retirado con el fin de orar, y de escoger a los doce apóstoles—a la falda del monte, en donde había un lugar plano capaz de contener a un auditorio numeroso compuesto de sus discípulos y de la multitud. En él nuestro Señor ejemplifica de muchas maneras la naturaleza divina y espiritual de la verdadera religión, que hace su trono en el corazón y gobierna eficazmente la vida, en contraste con una religión moral, puramente heredada, ceremonial y externa.

SERPIENTE DE METAL, imagen de metal, preparada por Moisés, que se asemejaba a las serpientes ardientes que tan destructoras fueron para Israel en el desierto. Moisés la levantó en medio del campo y a la vista de todos, para que cualquiera que con espíritu de penitencia, fe y obediencia la mirase, viviera. Núm. 21:6-9.

Nuestro Salvador nos ha mostrado que esto le era típico a él y a la salvación por medio de él—salvación gratuita, libre para todos, bajo las fáciles condiciones de la fe y la obediencia, Juan 3:14, 15. La escena de esta gran salvación tuvo lugar un poco al sur del Monte Hor, hacia el lado oeste, Núm. 21:4; 33:38-41. Muy laborioso ha sido el esfuerzo hecho para descubrir por qué razón la serpiente—símbolo de la sabiduría, y también del mal—se presentó como tipo de Cristo; pero la serpiente de metal aparece elegida simplemente como semejanza de las serpientes ardientes; y se “levantó” a la vista de todos, del mismo modo como Cristo se ofreció en la cruz libremente a toda la humanidad. La serpiente de metal se conservó por largo tiempo en conmemoración del benévolo milagro que se efectuó relacionado con ella; pero como se le mirase como un objeto de veneración, fue, como *nehushtan*, pedazo de metal, hecho pedazos por el rey Ezequías, 2 Rey. 18:4.

SERPIENTES. Estos reptiles, que la ley mosaica declaró inmundos, Lev. 11:10, 41, 42, son muy abundantes y ponzoñosos en los climas tropicales. Se dividen en dos grandes clases: la primera incluye las que tienen en cada lado de la mandíbula superior un colmillo ponzoñoso movable y en forma de tubo, el cual se comunica con una bolsa de veneno situada en la raíz. Esta clase constituye casi una quinta parte de las especies conocidas por los naturalistas. Las especies restantes, aunque destituidas de estos colmillos movibles, contienen varias clases que son también ponzoñosas. Las serpientes ponzoñosas abundaban, y abundan todavía en el norte del África, en Arabia y Siria, y a menudo se hace referencia a ellas en la Biblia; pero los varios términos que las Escrituras emplean no son siempre tan definidos que podamos aplicarlos con certeza a las especies que ahora existen. Véanse Cerasta, Aspid, Basilisco, Víbora. El término hebreo más común para designar las serpientes, es *nachash*, derivado probablemente de su silbido. Se hace alusión a la sutileza de la serpiente en Gén. 3:1; a su ataque solapado, en Gén. 49:17; a su ferocidad y ponzoña en Sal. 58:4; Prov. 25:32; a sus guaridas en los setos y paredes, en Ecles. 10:8; Am. 5:19; a su lengua aguzada, en Sal. 140:3; a su manera de andar, en Prov. 30:19, ayudándose para ello de sus escamas y sus numerosas costillas sujetas solamente a las vértebras espinales; y por último a la naturaleza ovípara de la mayor parte de sus especies, en Isa. 59:5. La forma de una serpiente fue empleada por Satanás para tentar a Eva, Gén. 3:1-13; por esta razón y por la astuta malignidad que le caracteriza, se le da a ese espíritu el nombre de la “serpiente” y “la antigua serpiente,” 2 Cor. 11:3; Apoc. 12:9, 14, 15, sobre la cual Cristo tiene que ser completamente victorioso, Gén. 3:15; Apoc. 20:1-3, 7-10; comp. Rom. 16:20. No es probable que la forma y modo de moverse de la serpiente hayan sido alguna vez distintos de lo que ahora son; pero después de la parte que ese reptil

tuvo en la caída del hombre, se le ha considerado como emblema de la vileza y la corrupción del pecado y de la condenación divina que sobre él pesa, Gén. 3:14. Véase Arco-iris. La serpiente simboliza la maldad, Mat. 23:33. Entre la mayor parte de las naciones paganas, ha sido un emblema del mal, probablemente por haber recibido alguna tradición de la caída. Las planchas asirias que tratan de la creación dan a entender que una serpiente tuvo algo que ver con el primer pecado del hombre. El Zoroastrismo enseñaba que el espíritu maligno Ahrimati echó a perder la hermosa región preparada al principio por el buen espíritu Ormuzd, enviando a ella una serpiente ponzoñosa; y también que Ahriman, bajo el disfraz de una serpiente, fue quien primero enseñó al hombre a pecar. Con todo, la serpiente era adorada en Egipto, y era mirada entre los Fenicios, Griegos y Romanos, como emblema de un poder benéfico. En los monumentos egipcios, la llamada cobra se representa como el emblema de la inmortalidad y del dios benéfico Kneph; y así el primer milagro obrado ante Faraón por Moisés y Aarón, tenía una relación directa con la idolatría de Egipto, Exod. 7:8-12; comp. 4:1-5, 17, 20, 28-30. El encantamiento de la serpiente se ha practicado desde tiempo inmemorial en el Oriente, y a él se hace alusión en la Biblia. La serpiente empleada comúnmente por los encantadores egipcios es la cobra egipcia, o *haje*, que es una culebra que mide de 3 a 6 pies de largo, semejante a la naja saltadora, naja danzante, o cobra di capello de la India, con que los juglares indios celebran sus fiestas. Estas dos serpientes cuando se excitan, ensanchan algunas de sus costillas anteriores, e inflan la parte delantera del cuerpo de manera que se asemeja algún tanto a una caperuza o toca de mujer. Se dice que los modernos encantadores egipcios pueden poner la *haje* perfectamente rígida, apretándole de un modo peculiar el cuello, de manera que puede lograrse que tenga una posición horizontal y parezca una vara; y esto ha sido sugerido como hecho con que pueden explicarse las operaciones de los magos de Faraón. Es más probable, sin embargo, que el poder de Dios haya obrado en ellos hasta cierto grado, para llevar adelante sus propios designios, y manifestar su gloria; comp. Exod. 7:22; 8:7, 18; 1 Sam. 28:11-14. A la cerasta o víbora cornuda, también la encantan en Egipto. Las serpientes no tienen orificio exterior en las orejas, y parece que hallan placer en los sonidos agudos o chillantes; por esto es que los encantadores silban o tocan en una flauta, y entonando una especie de canto mágico, atraen a las serpientes silvestres de sus escondrijos, y las cazan. Las serpientes que se exhiben en público se mueven hacia adelante y hacia atrás al influjo de la música, y dejan que el encantador les pase la mano por encima con toda confianza, aun cuando todavía se hallen en plena posesión de los colmillos y bolsas venenosas—colmillos de que hacen uso inmediatamente después para herir a otros animales. Eusebio, 270-340 A. D., habla de los encantadores de serpientes, y dice que abundaban en Palestina, y que empleaban un encanto vocal, Sal. 58:4, 5; Ecl. 10:11; Jer. 8:17; Sant. 3:7. Véase Encantador.

Las “serpientes ardientes” por las cuales muchos de los Israelitas rebeldes fueron mordidos y muertos en el desierto al norte del Sinaí, Núm. 21:4-6; Deut. 8:15, pueden haber sido llamadas así, por el insoportable calor que causaban con su mordedura. En nuestro tiempo se han visto casos en que las personas mordidas de serpientes ponzoñosas han muerto en dos o tres minutos. La “serpiente de metal,” Núm. 21:7-9, no tenía virtud curativa en sí misma, sino que era un medio de poner a prueba la contrición, la fe y la obediencia del pueblo. El verdadero sanador era Dios, Isa. 45:22. Cristo mismo enseña que la serpiente de metal era un tipo de él, cuyo deseo vehemente era la salvación del alma inficionada por el veneno fatal del pecado, Juan 3:14, 15; comp. Rom. 8:3; 2 Cor. 5:21; Gál. 3:13. Habiendo el pueblo convertido la serpiente de metal en un objeto de culto idólatra, Ezequías la destruyó, 2 Rey. 18:4. Véase Nehustan.

Isaías 30:6 menciona la serpiente de fuego voladora como natural de Egipto, o del desierto entre Judá y Egipto; y en el capítulo 14:29, aplica el mismo término figuradamente a un opresor de los Filisteos, tal vez Ezequías, 2 Rey. 18:8; comp. 2 Crón. 26:1, 6, 7, o Senaquerib. (Véase.) Esta designación puede referirse al efecto abrasador de la mordedura de la serpiente, y a la rapidez de su ataque. En Egipto, la

serpiente era un símbolo usual de un rey poderoso. En Isaías 27:1 se simboliza con ella algún poder que oprimía al pueblo de Dios.

La serpiente “tortuosa” o “rolliza” mencionada en Job 26:13, se cree que es la constelación llamada el Dragón, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, la cual pasa entre la Osa Mayor y la Osa Menor.

Cristo, al amonestar a sus discípulos que no se atraigan sobre sí una persecución innecesaria, alude a la sagacidad manifestada por la serpiente para evitar el peligro, Mat. 10:16; comp. vers. 23. Hechos 8:1. Cristo prometió a sus primeros discípulos la invulnerabilidad respecto de las serpientes, Mar. 16:18; Luc. 10:19, y esa promesa se cumplió en Pablo, Hech. 28:3-6; comp. Sal. 91:13. En la primitiva iglesia cristiana, la serpiente simbolizaba la victoria de Cristo sobre el diablo, la virtud de la prudencia o la sabiduría, y también la cruz de Cristo, Juan 3:14.

SERUG, *rama*, descendiente de Sem y antepasado de Abraham, Gén. 11:20-26; Luc. 3:35. La tradición judía dice que fue el primero de su linaje que cayó en la idolatría, Jos. 24:2.

SESAC, nombre poético o simbólico dado a Babilonia, Jer. 25:26; 51:41 (traducciones antiguas). Esta palabra puede designar a Babilonia como la ciudad de puertas de bronce, o quizá se deriva del persa y significa, la casa del príncipe; o bien contiene el nombre de una de las divinidades adoradas por los Babilonios.

SESBASAR, Esdras 1:8, 11; 5:14, 16. comp. Esd. 2:1, 2; 3:8-10; Zac. 4:9; el nombre caldeo o persa de Zorobabel.

SETAR, *estrella*, uno de los siete príncipes más notables de Persia y Media en el reinado del rey Asuero o Jerjes, 483 A .C., Ester 1:14; comp. 7:14.

SETENTA SEMANAS, Dan. 9:24-27. Contando “día por año,” Ezeq. 4:6, este es un período de 490 años, el último período de prueba para la nación judía. Se juzga que comienza con el mandato, Dan. 9:25, de Artajerjes Longimano de que se reedificara a Jerusalén, el cual fue publicado en dicha ciudad en Julio, 457 A. C., por Esdras, cap. 7; y que termina con el comienzo en forma dispuesto por la Divinidad, del anuncio del evangelio a los gentiles, representados por Cornelio y sus parientes, Hech. 10:1-11, 18, cuya conversión tendría que ponerse, según este cálculo, en 32 A. D. Se juzga que la semana septuagésima de años comenzó el día que Cristo inauguró su ministerio público con su bautismo, en el otoño de 25 A. D.; él, durante una semana, esto es, siete años, primero personalmente, y después de su ascensión por medio de sus apóstoles, “confirmó la alianza con muchos;” compárense las relaciones de las numerosas conversiones entre los judíos anteriores al martirio de Esteban, y el envío de Pedro a Cornelio, Hech. 2:41, 47; 5:14-16; 6:7. En medio de la semana, es decir, después de un ministerio de 3 años y medio, Cristo derogó los sacrificios del ritual mosaico, Dan. 9:26, 27, cumpliendo su mira y eficacia típicas y suministrando la razón para darles término, con el sacrificio de sí mismo en la cruz, en la primavera de 29 A. D. La destrucción de Jerusalén por el príncipe romano Tito, 70 años A. D., se predice en los vers. 26, 27; comp. Mat. 24:15-22; Luc. 21:20.

SET, *nombrado*, I., el primer hijo que tuvo Adán después de la muerte de Abel, Gén. 4:25, 26; 5:3, 6, 8, y progenitor de la serie de piadosos patriarcas que creyeron en las promesas, y conservaron con firmeza la verdad que fue transmitida por medio de ellos desde Adán.

II. Núm. 24:17; esta palabra en el versículo citado, no es probablemente un nombre propio; en lugar de hijos de Set, la expresión significa y debiera traducirse, "hijos de tumulto," haciendo alusión a los guerreros tumultuosos, hijos de Moab. Compare Jer. 48:45.

SETAR-BOZNAI, *estrella de esplendor*, empleado persa en Palestina, subordinado a Tatnai, en el reinado de Darío Hystaspis, 520 A. C., Esd. 5:3, 6; 6:6, 13. Véase Tatnai.

SETUR, *oculto*, Núm. 13:13, príncipe de la tribu de Aser, uno de los doce espías enviados por Moisés para explorar a Canaán.

SEVENE, *abertura o llave*, ciudad en la frontera meridional de Egipto, hacia Etiopía, entre Tebas y las cataratas del Nilo, y llamada ahora Essuan o Aswán. Plinio dice que estaba en una península de la margen oriental del Nilo, que medía una milla de circunferencia, y tenía una guarnición romana. La expresión "desde Migdol," la torre," hasta Sevené, denota toda la longitud de Egipto de norte a sur, Ezeq. 29:10; 30:6. Pocos restos de la ciudad antigua subsisten actualmente. El nombre hebreo es muy apropiado a su posición, que es exactamente al pie de la primera catarata, en donde el Nilo, rompiendo por entre las montañas, va a dar al llano abierto de Egipto. Su nombre egipcio era Sun. La ciudad moderna se halla al norte de la antigua. En sus cercanías hay canteras del granito egipcio llamado syenita, que fue el material que se empleó en la construcción de muchos obeliscos y estatuas colosales.

SHUR, *muro o fuerte*, lugar al oeste de la frontera nordeste de Egipto. Agar, al huir de Sara, seguía "en el camino del sur," cuando fue hallada por el ángel, Gén. 16:7. Compare vers. 17. Abraham habitó entre Cades y Shur, Gén. 20:1. Se le menciona como uno de los límites de los Ismaelitas, Gén. 25:18, y como un antiguo límite de los Amalecitas, los Gessureos y los Gerseos, 1 Sam. 15:7; 27:8; comp. Jos. 13:2, 3. Los Israelitas después de pasar el Mar Rojo, penetraron en el desierto de Shur, Éxodo 15:22, 23, llamado también el desierto de Etam, Núm. 33:8. La región indicada se extendía a lo largo de la frontera noreste de Egipto, incluyendo la comarca llamada ahora el-Jiffar, cuyo suelo está cubierto de arena blanca suelta, con algunos sitios fértiles. E. H. Palmer deriva el nombre Shur de la larga cordillera que en forma de muralla se extiende al este de Suez, dirigiéndose hacia el norte al Mediterráneo, y la cual, en opinión del Doctor Trumbull, fue fortificada así y resguardada, para evitar que los Israelitas intentasen seguir la ruta norte y directa desde Egipto, y obligarlos a dirigirse al sur por la vía de Suez, Éxodo 13:17, 18.

SIQUEM o SHALEM, *paz*. En vez de Salem, Gén. 33:18, la mayor parte de los expositores leen aquí: "Y vino Jacob sano a la ciudad de Siquem;" comp. Gén. 28:21; 33:19; Jos. 24:32; Juan 4:5 [Sicar]. No obstante, si Salem es un nombre propio, puede identificarse esa ciudad con Salim, población 3 ½ millas al este de Nablus o Siquem. El código Samaritano, y al parecer Josefo, favorecen el primer modo de leer el pasaje; la Septuaginta y la Vulgata, el último.

SHECHINAH o SHEKINAH, *habitación*, palabra que no se halla en la Biblia. pero que se usa en el Tárgum judío, y por los escritores cristianos, para denotar la visible y majestuosa presencia de Jehová, como en la nube que ocultaba y a la vez revelaba su gloria, Núm. 16:42, y la cual guio a los Israelitas, cobijó Sinaí, Exod. 13:21, 22; 19:9, 16, 18, bajó al tabernáculo en su dedicación, descansó sobre él durante su permanencia en el desierto, Exod. 40:34-38, y penetrando dentro de él, posó sobre el propiciatorio, Lev. 16: 2; 2 Sam. 6:2. Descendió también sobre el templo de Salomón en su dedicación, 1 Reyes 8:10, 11, y habitó allí en el propiciatorio, 2 Rey. 19:15; Sal. 80:1, tal vez retirándose a intervalos, hasta la destrucción del templo, Sal. 91:1; 99:1, estando ausente, según los judíos pretenden, del templo reedificado. Los judíos basaban su esperanza de que volviera la Shechinah, en la época del Mesías, en pasajes proféticos tales como Ezeq. 43:7, 9; Hag. 1:8; Zac. 2:10; comp. Isa. 4:5. En el Nuevo Testamento

se hace alusión a esta “gloria del Señor,” Hech. 7:2; Rom. 9:4; Heb. 9:5. Manifestaciones semejantes tuvieron lugar en el nacimiento y la transfiguración de Cristo, Luc. 2:9; Mat. 17:5; 2 Ped. 1:17, 18. Como tipo, la Shechinah anunciaba la encarnación del Hijo de Dios, Juan 1:14; Heb. 1:3.

SHEFELAH, El, *tierra baja*, nombre hebreo dado a la porción meridional de aquella región de Canaán que se hallaba entre los cerros centrales y el Mediterráneo. La parte meridional se llamaba Sarón. El nombre Shefelah se encuentra a menudo en la Biblia Hebraica y siempre con esta significación particular; continuó usándose así, hasta el siglo V, y tanto Eusebio como Jerónimo la mencionan. Debió haberse conservado en la Biblia española, pero no fue así, sino que se tradujo “el llano,” “el valle,” “los valles,” “la llanura,” “las campiñas,” y otros nombres por el estilo, en pasajes tales como Deut. 1:7; Jos. 10:40; 1 Rey. 10:27; 2 Crón. 1:15; Jer. 33:13; Jos. 9:1; 11:2, 16; 12:8; 15:33; Jue. 1:9; Jer. 17:26; 32:44; Abd. 19; Zac. 7:7; 1 Crón. 27:28; 2 Crón. 9:27; 26:10; 28:18. En 1 Mac. 12:38, está escrito Sepela. Josué 15:33-47 contiene una lista de 43 ciudades incluidas en dicho lugar, lo cual demuestra que comprendía no sólo la llanura marítima que se extendía desde Ecrón hasta el río de Egipto al sudoeste de Gaza, sino también las colinas más bajas que conducían a “las montañas de Judá,” Formaba una de las tres divisiones principales de dicho reino. Eran las otras “las Montañas,” y el “Negeb,” nombre traducido por el “mediodía,” Jue. 1:9; Jer. 32:44. Esa región era a propósito para la producción y cultura de los olivos e higuerales o cabra-higos, 1 Crón. 27:28; 2 Crón. 9:27, y para la cría de ganado, 2 Crón. 26:10. Aunque este territorio perteneció a Judá, los Filisteos conservaron largo tiempo en su poder la llanura marítima que producía granos, con sus ciudades, 2 Rey. 8:1-3; Abd. 19. Véase Filistia.

El Shefelah se eleva de 100 a 500 pies sobre el nivel del mar, y es todavía sumamente fértil; el llano occidental más bajo, y los anchos valles que existen entre los cerros, producen cosechas abundantes de granos, y en los cerros abundan aún los olivares. La comarca montañosa contiene muchas aldeas, con casas de piedra y de barro, y también muchas ruinas de antiguas poblaciones. Hay así mismo pozos de otros tiempos, y algunos hermosos manantiales. Los cerros son de piedra caliza blanca y suave, con fajas de cuarzo oscuro entre las distintas capas.

En Jos. 11:16, donde está traducido “sus valles,” Shefelah se refiere evidentemente a la hondonada contigua al monte Efraín— “la montaña de Israel”—esto es, a la prolongación septentrional del Shefelah, conocido en otros pasajes con el nombre de Sarón.

SEOL o SHEOL, palabra hebrea traducida en muchos pasajes de los 65 en que se encuentra por infierno, sepulcro o abismo. No denota la morada final de los réprobos, ni el lugar en que se depositan los cadáveres, sino el reino de los espíritus que se han separado de sus cuerpos, tanto los de los justos, Gén. 37:35; Sal. 16:10, como los de los malvados, Sal. 9:17. Véanse Infierno, Alma.

SHIBBOLETH, *espiga*, Gén. 41:5; rama o vara, Zac. 4:12; una corriente o abismos de aguas, Sal. 69:2, 15. Los Efraimitas, envidiosos de la victoria que los Galaaditas alcanzaron sobre los Amonitas, suscitaron guerra contra los Galaaditas acaudillados por Jefté, y fueron derrotados. Cuando algún Efraimita de los que habían escapado trataba de pasar el Jordán negando que fuese Efraimita, los Galaaditas que guardaban los vados le hacían decir *shibboleth*; pero al tratar de pronunciar dicha palabra aquél decía *sibboleth*, con lo cual se dejaba conocer, y los Galaaditas le daban la muerte. En esa guerra perecieron 42,000 Efraimitas, Jue. 12:1-6; comp. el cap. 11. Este incidente demuestra que había diversidad de dialectos entre las tribus de la misma nación y que hablaban la misma lengua. No es de extrañarse, de consiguiente, que la misma palabra se halle escrita de diversas maneras, según la pronunciación de las diferentes tribus. Así en el tiempo de Cristo, las peculiaridades del dialecto de Pedro sirvieron para dar a conocer que él había salido de Galilea, Mat. 26:73.

SIBA, *estatua*, siervo o esclavo de Saúl, que llegó a ser su mayordomo y tuvo 15 lujos y 20 siervos, y a quien David dio el mismo empleo en casa de Mefiboset, hijo de Jonatán, 2 Sam. 9; 19:17, 24-30. Debido a una calumnia de éste, David fue inducido a transferirle los terrenos que había dado a Mefiboset; pero después los dividió entre ambos, pues al paso que estaba persuadido de que Siba había obrado por lo menos con ligereza al acusar a Mefiboset, no podía decidir con certeza quien de los dos era más digno de sus favores, 2 Sam. 16:1-4; 19:24-30.

SIBECAL, *bosque*, 2 Sam. 21:18; 1 Crón. 11:29; 20:4; 27:11, husatita, uno de los valientes de David, llamado Mebunai en 2 Sam. 23:27.

SIBRAIM, *doble cerro*, señal divisoria en el límite septentrional de Israel, entre Damasco y Hamat, en la porción asignada a Dan en la visión que tuvo Ezequiel de la restauración de las diez tribus de Israel, Ezeq. 47:16. Compare vers. 13-17; 40:1-4; 48:1.

SICAR, *falsedad*, o *beodo*, Juan 4:5, 6, o Siquem, Hech. 7:16. Véase Siquem. La población de Sicar puede haber estado más cerca del pozo de Jacob que la antigua Siquem y la moderna Nablús; y el Teniente Conder y otros apoyan la opinión de que la actual población de Asear ocupa el sitio que aquella tenía sobre la falda del monte Ebal, a más de una milla de Nablús. Esteban afirmó, según parece, que en Siquem fueron sepultados otros patriarcas además de Jacob, Hech. 7:15, 16.

SICLAG o SICELEG, *que serpentea*, nombre de una de las ciudades de la tribu de Simeón, asignada primeramente a Judá. Jos. 15:31; 19:5, cerca de los límites de Filistia, y que de vez en cuando estuvo en poder de los Filisteos. El rey Aquis de Gat la regaló a David, quién la ocupó un año y cuatro meses. Allí se refugiaron muchos otros de Judá, y así pudo David ayudar a Aquis, y castigar a los Amalecitas que habían saqueado a Siclag durante su ausencia, 1 Sam. 27:1-7; 30. Después de la muerte de Saúl, 2 Sam. 1:1; 4:10, David se mudó a Hebrón, 2 Sam. 2:1. Siclag fue poblada de nuevo después de la cautividad, Neh. 11:28. Los ingenieros ingleses la sitúan en las ruinas llamadas Kh. Zuheilikhah, en tres pequeñas colinas que se levantan en medio de un llano once millas al sudeste de Gaza.

SICLO, *peso*. El siclo no era primitivamente más que cierto peso, y como tal, una unidad común para medir y valorar muchos artículos, como las especias, Exod. 30:23, 24; el pelo, 2 Sam. 14:26; el metal o bronce y el hierro, Gén. 24:22; Exod. 38:24, 25, 29; Jos. 7:21; 1 Sam. 17:5, 7. Era equivalente a cosa de 2 ½ decigramos. La plata sin acuñar en la forma de lingotes, anillos, etc., era pesada por siclos en pago como dinero, según lo hizo Abraham para pagarle a Efrón, Gén. 23:15, 16, y Jeremías para pagarle a Hanameel, Jer. 32:9, 10. A distinción del siclo común, el siclo del Santuario, igual a 20 óbolos, denota probablemente un siclo entero y completo, según la unidad de peso conservada en la casa de Dios, Exod. 30:13; Ezeq. 45:12. Compare Lev. 19:36; Esd. 8:29, 33. Con éste tenían que pesarse todos los impuestos, multas y contribuciones para objetos sagrados, Exó. 38:24-26; Lev. 5:15; 27:2-7, 25; Núm. 3:45-50; 18:14-16. Si un siclo de "peso real" difería de éste, no se sabe; pero en 2 Sam. 14:26, se sospecha que hubo un error del copista al poner 200 siclos en lugar de 20. En plata pesada por siclos se pagaban los impuestos civiles, 2 Rey. 15:20; Neh. 5:15, y las deudas en general, 2 Sam. 24:24. En un tiempo de hambre en Samaría, media pinta o cuartillo de alimento ordinariamente despreciado, valía cinco siclos o piezas de plata, 2 Rey. 6:25; pero poco después una medida hebrea llamada *Seah*, de flor de harina, se vendía por un siclo, 2 Rey. 7:1, 16, 18. Era época de escasez cuando se vendía un *cheniz* o 1 ½ pintas de trigo por un denario o cerca de ¼ de siclo, Apoc. 6:6. Los comerciantes de mala fe engañaban a sus parroquianos empleando una medida pequeña, y pesando la plata que recibían de ellos con siclos pesados, Amós 8:5; comp. Miq. 6:10, 11. Véase Efa. Cuando se hace mención de monedas o

piezas, se omite a menudo en el hebreo una palabra, como en Gén. 20:16; 38:27; Cant. 8:11; en estos pasajes, en lugar de pesos o piezas la palabra que se debe intercalar ha de ser siempre “siclos,” como sucede en algunos casos, Jue. 17:2, 8; 1 Rey. 10:29. La mitad, la tercera parte y la cuarta de un siclo de plata, se mencionan en Exod. 30:13, 15; 1 Sam. 9:8; Neh. 10:32. Los judíos vieron moneda acuñada en las tierras de su cautividad, y después de su vuelta Esdras y Nehemías mencionan la moneda persa de oro llamada “daric” o *dracma*, Esd. 2:69; Neh. 7:70-72; pero la práctica de pesar la plata continuó todavía, Zac. 11:12, 13. Por el año 139 A. C., Simón Macabeo, entonces sumo sacerdote y gobernador de los Judíos, recibió permiso del rey Sirio Antíoco VII, para acuñar moneda con su propio sello, 1 Mac. 15:6; y hay todavía siclos y medios siclos de plata que se le atribuyen a él. El anverso de estos siclos, primera acuñación judía, tiene grabado un vaso que representa, quizás, la vasija del maná, y una inscripción que significa “El siclo

de Israel;” el reverso tiene una vara con tres botones, que indica tal vez la vara de almendro de Aarón, y una inscripción que significa “Jerusalén la Santa.” Las letras son casi idénticas a las que ahora se conocen como samaritanas. Véanse Pentateuco y Samaritano. Bóch estima el peso original de este siclo en cosa de 274 granos parisienses. Equivalía a unos 60 centavos en moneda de los Estados Unidos. El tributo, dos dracmas griegos, pedido a Cristo en Capernaum, Mat. 17:24-27, era el impuesto de medio siclo que según el decir de Josefo los judíos pagaban anualmente en su tiempo para el tesoro del templo. Compare Exod. 30:13; 2 Rey. 12:4, 5; 2 Crón. 24:6-9. La moneda hallada en la boca del pez, llamada en griego *stater*, igual a cuatro dracmas o un siclo, era precisamente la suma que se exigía a dos personas. Las treinta piezas de plata pagadas a Judas por su entrega de Cristo, Mat. 26:15; comp. Zac. 11:12, eran el precio en que se valuaba la vida de un esclavo, Exo. 21:32.

SICÓMORO, Luc. 17:6, el *Morus nigra* o morera negra, llamado todavía sicamima en Grecia, es un árbol corpulento que produce una fruta muy apreciada y una sombra agradable. Tanto la morera negra como la blanca, son ahora comunes en Palestina.

SICÓMORO, propiamente dicho, la morera-higuera, la que se parece a la higuera en el fruto y a la morera en la hoja. Fue a un sicómoro al que Zaqueo subió para ver pasar a nuestro Salvador por Jericó, Luc. 19:4. Tristram halló árboles muy viejos de esta clase cerca del término de la cañada Kelt y del sitio que ocupaba la antigua Jericó. El sicómoro es de la altura de una haya o de un nogal, con un tronco grande del cual se desprenden ramas vigorosas a no muchos pies del suelo. Sus hojas tienen la forma de un corazón, con pelusa por el lado de abajo, y son fragantes. Produce el fruto gran parte del año y en pequeños pimpollos que nacen derechamente del tronco y de las ramas. Se parece en la figura y en el olor a los higos propiamente dichos, pero es inferior a ellos en sabor, Am. 7:14; es amarillento por fuera, y más oscuro y con manchas amarillas por dentro. En Egipto se usa mucho como alimento. De 1 Rey. 10:27; 1 Crón. 27:28; 2 Crón. 1:15; 9:27; Sal. 78:47, se infiere claramente que este árbol era común en Palestina, y que en los tiempos antiguos era tenido en tanta estimación como ahora. Su madera, aunque porosa, es en extremo durable, y se usa en la construcción de edificios, Isa. 9:10. Las cajas hechas de ellas que se han encontrado con momias en su interior, en los sepulcros egipcios, se han conservado intactas después de tres mil años.

SICRÓN, *borrachera*, una señal divisoria en el límite septentrional de Judá, Jos. 15:11. Se cree que estaba en Kh. Sukerei, 5 millas al noreste de Asdod.

SIDIM, EL VALLE DE, teatro de la batalla entre Codorlaomer y sus aliados, y los reyes de Sodoma, Gomorra, etc., Gén. 14:3, 8-10; abundaba en pozos de betún, vers. 10. La palabra hebrea traducida aquí valle, es la misma usada en la expresión traducida "el valle de Jezreel," aplicada a una larga hondonada, e indica probablemente parte del Arabah, un poco más baja que el resto de esa región. Se cree generalmente que fue el sitio de las ciudades destruidas después. En Gén. 14:3, parece que se identifica con el Mar Salado. Respecto de la opinión que sitúa el valle de Sidim en parte o en su totalidad, en la parte meridional menos profunda del Mar Muerto, véase Mar III. Algunos investigadores sostienen ahora que las ciudades estaban en el sitio septentrional del Mar Muerto. El Dr. Merrill sugiere que se identifique con la llanura de Sitim, en la cual pretende haber encontrado muchos pozos de betún. Véase Sitim.

SIDIM, *los declives*, Jos. 19:35, pueblo fortificado de la tribu de Neftalí, que por conjetura se sitúa en Jires-Sidd, una milla más o menos al sudoeste de la salida del Jordán del Mar de Galilea.

SIDÓN, la forma griega del nombre que debería más bien ser Zidón (en heb. *Tsidon*, ciudad de peces), célebre ciudad fenicia en la costa oriental del Mediterráneo, 20 millas al norte de Tiro, 40 al sur de Beirut, y 123 al norte de Jerusalén, en la falda septentrional de un promontorio que se levanta en un llano estrecho entre la cordillera del Líbano y el Mar Sidón, llamada ahora Saida, fue una de las ciudades más antiguas del mundo, pues hay razones para creer que su fundador fue un biznieto de Noé, Gén. 10:15, 19; 49:13. En la división que se hizo de Canaán, la gran Sidón tocó en suerte a Aser, Jos. 11:8; 19:28; pero nunca fue sometida por los Hebreos, Jue. 1:31; 3:3; 10:12. En el tiempo de los Jueces era todavía la ciudad principal de los Fenicios, Jue. 18:7, 28, quienes eran generalmente llamados Sidonios por los Hebreos. Sus principales deidades eran Baal y Astoret, en el culto de las cuales se indujo a los Israelitas por distintas veces a tomar parte, Jue. 10:6; 1 Rey. 11:1, 5, 33; 16:31; 2 Reyes 23:13. Los Sidonios se contaron entre los opresores de Israel en la época de los Jueces, Jue. 10:12. David y los reyes subsiguientes tuvieron con ellos relaciones amistosas, 2 Sam. 24:2, 6. La gente de Sidón era célebre por sus artes y sus manufacturas, su comercio y su marina, Isa. 23:2; Ezeq. 27:8. Ellos cooperaron en la construcción del templo de Salomón, 1 Rey. 5:6; 1 Crón. 22:4, y también en su reedificación bajo el gobierno de Zorobabel, Esd. 3:7. Muchas de sus provisiones de boca las obtenían de Palestina, 1 Reyes 5:9, 11; Ezeq. 27:17; Hech. 12:20. Sarepta, teatro de uno de los milagros de Elías, estaba en su territorio, 1 Reyes 17:9; Luc. 4:26. Sidón continuó bajo el gobierno de sus propios reyes; pero después del tiempo de David estuvo generalmente sujeta a Tiro, Isa. 23; Ezeq. 28. Tomó parte con Tiro en la venta de habitantes de Judá como esclavos, y fue amenazada por los profetas, aunque con menos severidad que Tiro, Isa. 23:4; Jer. 25:22; 27:3; 47:4; Ezeq. 28:20-23; 32:30; Joel 3:4-8. Compare Am. 1:9.

Homero celebra la habilidad de los obreros sidonios, y menciona la presencia de buques sidonios en el sitio de Troya. En los siglos 9, 8 y 7 antes de Cristo, Sidón fue tributaria de Asiria. Fue destruida por Esarhadón por el año 680 A. C., pero más tarde fue reedificada. Estuvo en seguida sujeta a los Babilonios, Jer. 27:2-7. Bajo la dominación persa, Sidón recobró su preeminencia sobre Tiro. Según Heródoto, los buques y marineros sidonios eran los mejores de la flota que Jerjes condujo contra Grecia, 480 A. C., y el rey de Sidón se sentaba junto a Jerjes en el consejo. Se rebeló en el reinado de Artajerjes (III) Ocus, pero fue entregada a los Persas por su rey, y 40,000 individuos perecieron en las llamas de la ciudad incendiada por ellos mismos, 351 A. C. Después de la batalla del Issus, Sidón, que había recobrado gradualmente su prosperidad, se sometió voluntariamente a Alejandro el Grande, 333 A. C. y su flota le ayudó a someter a Tiro. Después de la muerte de Alejandro, estuvo sujeta a Egipto, y luego a los Seléucidas, pero cayó bajo el poder romano, 65 A. C., y llegó a ser una ciudad rica y floreciente. Gente de Tiro y de Sidón, o de la región adyacente, acudía a escuchar las enseñanzas de Cristo, Mar. 3:7, 8; Luc. 6:17. Compare Mat. 11:20-22; Luc. 10:13, 14. Las cercanías de esa ciudad, y es posible que ella misma,

que está como 40 millas al noroeste del mar de Galilea, fueron visitadas por Jesús, Mat. 15:21; Mar. 7:24, 31. El evangelio fue predicado a los Judíos en Sidón después del martirio de Esteban, Hech. 11:19; y Pablo visitó a los amigos cristianos de allí, en su camino para Roma, Hech. 27:3. Véase también Hech. 12:20.

Un pastor de Sidón asistió al Concilio de Nicea, 325 A. D. Sidón se rindió a los Musulmanes después que estos conquistaron a Siria, 636 A. D. Sufrió mucho durante las Cruzadas, siendo repetidas veces tomada en el periodo que medió entre su toma por Balduino I, en 1111, y su recobro final efectuado por los Musulmanes en 1291, en que fue destruida de nuevo. Gradualmente fue mejorada, y hasta 1791 fue la principal ciudad de la costa siria, rango en que ha sido sucedida por Beirut. Saida está, hermosamente situada en un promontorio, con una isla en frente de ella; el puerto que tiene al sur está abandonado, y el que tiene al norte está tan obstruido con arena y piedras, que es inaccesible a las embarcaciones, a no ser las muy pequeñas. La ciudad está rodeada de muros, y tiene muchas casas grandes y hermosas. La población se calcula en 10,000 habitantes, 7,000 de los cuales son musulmanes, y el resto católicos, griegos maronitas, griegos ortodoxos, y judíos. Saida es la residencia de una floreciente misión protestante establecida bajo la dirección de la Junta Presbiteriana de los Estados Unidos. Hay restos de muelles construidos de grandes piedras talladas, fragmentos de columnas de granito y de mármol, de pavimentos de mosaico, de alfarería, etc., y en la isla, ruinas de un castillo feudal. En los alrededores crecen con exuberancia los naranjos, limoneros, toronjos, plátanos, etc. Existen numerosas cuevas sepulcrales al pie de las montañas al este de la ciudad, y en ellas han sido encontrados sarcófagos de varias formas y materiales, de los cuales uno de synita negra, con el nombre de Ashmanezzer, rey de los Sidonios, y hallado en 1855, está ahora en París. Es probable que data desde la época de la dominación persa.

SIDONIOS, los pobladores de Sidón, incluyéndose en este nombre algunas veces todos los otros Fenicios, Deut. 3:9; Jos. 13:4, 6; Jue. 3:3; 18:7; 1 Rey. 5:6; 11:1; 2 Rey. 23:13; Esd. 3:7; Ezeq. 32:30. Véase Sidón.

SIDRAC, *regio*, nombre caldeo dado a Ananía en la corte de Nabucodonosor, 604 A. C., Dan. 1:7. Véase Abdenego. A Sidrac y a sus dos compañeros en el horno, cap. 3, se hace alusión entre los ejemplos de fe, Heb. 11:34. Durante la persecución de los judíos, bajo el mando de Antíoco Epífanés, Matatías, padre de Judas Macabeo, animó a sus hijos aludiendo a la emancipación que aquellos jóvenes alcanzaron, 1 Macab. 2:59.

SIEGA o COSECHA. Esta comenzaba en Palestina con el corte de la cebada, cuyas primicias se presentaban en el templo en la semana de pascua, esto es, a mediados del mes de Abib, Lev. 23:9-14; 2 Sam. 21:9, 10; después seguía la cosecha de trigo, sus primicias se ofrecían en el Pentecostés, Lev. 23:15-20; Rut 2:3; el trigo y la cebada se cortaban con la hoz o segadera, Joel 3:13; se recogía con la mano, se ataba en gavillas, Sal. 129:7, y luego se llevaba, algunas veces en carretas, Am. 2:13, a la era o granero. El fin del mundo se describe bajo la figura de una siega, Mat. 13:30, 39. Por la "Fiesta de la Siega," véase Pentecostés.

Aunque la siega en Palestina se hacía ordinariamente con la hoz, Deut. 16:9; 23:25; Jer. 50:16; Joel 3:13; Apoc. 14, en algunos casos sin embargo, para aumentar la provisión de forraje, se arrancaba la planta de raíz; lo cual explica lo dicho en Sal. 129:6, en donde al hablarse de la yerba que se seca antes de que se arranque (no antes de que salga, como traduce Reina), se ofrece un emblema de la rápida decadencia y de la esterilidad de los malvados.

SIERRA, Isa. 10:15. Este utensilio fue desde tiempos muy remotos conocido por los Egipcios, como lo atestiguan sus monumentos. Los dientes de las sierras antiguas, como los de las orientales modernas, eran encorvados generalmente hacia el mango, en vez de estarlo en sentido contrario como los de las nuestras. Las sierras egipcias parece que eran de un solo mango, pero en Nimrud se encontró una de hierro de doble mango. Los Hebreos tenían sierras para cortar piedras, 1 Reyes 7:9. A veces se atormentaba a los hombres y se les daba la muerte con la sierra, 2 Sam. 12:31; 1 Crón. 20:3. Esta especie de castigo se empleaba también entre los Egipcios, Persas y Romanos. Conforme a una antigua tradición judía, así se hizo morir a Isaías. Compare Heb. 11:37.

SIERVO o SIRVIENTE. Esta palabra es la traducción bíblica de varias palabras hebreas y griegas, y más frecuentemente de la hebrea *ebed*, derivada de un verbo que significa atar. Ambas voces podrían en un gran número de casos traducirse “esclavo,” denotando a uno que se halla respecto de otro en un estado de servidumbre forzado, Gén. 41:12; comp. 39:1; Exod. 12:44; 1 Cor. 7:21, 22. Tal era el estado de los Israelitas en Egipto, Ex. 1:13, 14; 20:2; Deut. 5:15. Algunas veces esta palabra denota a uno que voluntariamente se consagra al servicio de otro; así Josué era el siervo de Moisés, Exod. 33:11. La palabra empleada en este pasaje se traduce “ministro” en Ex. 24:13. Los siervos de Faraón, de Saúl, y de David, eran sus súbditos en general, y los empleados de sus respectivas cortes y consejeros en particular. Los Sirios y otras naciones eran siervos de David, esto es, le obedecían y pagaban tributo, 2 Sam. 8. Los siervos de Dios son los que están consagrados a su servicio y obedecen su santa palabra. A Israel se le llama siervo de Dios, Lev. 25:42, 55; Isa. 41:8; y este término se aplica preeminentemente al Mesías, Isa. 52:13; Hechos 4:27, 30; comp. Filip. 2:7. A uno designado por Dios para desempeñar alguna obra especial, se le llama siervo, como a Nabucodonosor, Jer. 25:9. Los apóstoles eran de un modo especial siervos de Jesucristo, Rom. 1:1, y este título se da también a todos los cristianos, 1 Cor. 7:22. Por naturaleza, el hombre obedece habitualmente los impulsos de su maligno corazón y las sugerencias del tentador, y así es el “esclavo del pecado;” de esta esclavitud Dios libra a aquellos que le reciben como su Salvador y Rey, Juan 8:31-47; Rom. 6:16-23.

Las casas de algunos de los primitivos patriarcas contenían muchos siervos, los cuales eran, según parece, tratados con bondad y justicia; a veces les eran encomendados asuntos de grandísima importancia, y podían heredar los bienes de sus amos, Gén. 14:11-16; 15:2-4; 24:1-10; Job 31:13-18. Participaban de los privilegios de la casa, Gén. 17:9-13, 27; 18:19, y probablemente no eran transferidos a otros amos.

Cuando se estableció la república hebrea, la servidumbre forzada prevalecía en todas partes; y por lo que hace a su existencia entre los Hebreos, Moisés trató de ponerla bajo las restricciones exigidas por la religión y la humanidad. La forma más suave de esclavitud era la de un Hebreo en la casa de otro Hebreo. Podía verse obligado a entrar en tal servicio por varias razones, principalmente por la pobreza, Ex. 21:2-11; Lev. 25:39-47; para saldar una deuda que no podía pagar de otra manera, 2 Rey. 4:1; para hacer restitución de algo que había hurtado, Ex. 23:3; o para pagar entre los paganos el precio de su rescate del cautiverio. Entre los Hebreos la servidumbre, o esclavitud, si así se la quiere llamar, no podía continuar más de 6 o 7 años, a menos que cuando llegara el séptimo año, el siervo prefiriese quedarse permanentemente o hasta el año de Jubileo con su amo, en prenda de lo cual tenía que sujetarse a que se le agujerease la oreja delante de testigos, Exod. 21:2, 6; Lev. 25:40. Al siervo hebreo no debía hacérsele servir con rigor, ni había de pasársele a una esclavitud más dura; tenía el derecho de apelar a los tribunales; el de participar de todos los privilegios religiosos; el de exigir que se le pusiera en libertad al dar su equivalente pecuniario, y el de recibir una donación de su amo al tiempo de su manumisión, Lev. 25: 47-55; Deut. 15:12-18. La ley también describía el modo como se había de dar libertad a un Hebreo que fuese esclavo de un extranjero residente en Israel, Lev. 25:47-54. Pero que los reglamentos

mosaicos con respecto al trato que debía darse a los esclavos hebreos eran a veces violados, consta de lo que se dice en Jer. 34:8-23; comp. 2 Crón. 28:8-15. A su regreso de la cautividad, los judíos poseían 7,337 siervos o esclavos, Esd. 2:65, los cuales, según es de suponerse, no eran Hebreos. La tentativa de restablecer la práctica de tomar Hebreos como esclavos, fue en breve prohibida por Nehemías, capítulo 5:1-13. Gran número de Hebreos fueron en diferentes épocas esclavizados como cautivos de guerra por los Filisteos y los Fenicios, Joel 3:1-6; Am. 1:6; por los reyes de Egipto y de Siria, y por los Romanos.

De los paganos que los rodeaban y vivían entre ellos, especialmente de sus enemigos cautivos, y de los restos de los Cananeos, los Hebreos obtuvieron muchos esclavos. Estos eran protegidos por la ley, Deut. 1:16, 17; 27:19, y podían hacerse prosélitos, asistir a las festividades, y disfrutar de la instrucción y de los privilegios religiosos, Ex. 12:44; Deut. 12:18; 29:10-13; 31:10-13.

El siervo que era mutilado por su amo, tenía que ser puesto en libertad, Ex. 21:26, 27; el refugiado de una opresión extranjera tenía que ser bien recibido, Deut. 23:15, 16; y el hurto o robo de hombres era prohibido bajo pena de muerte, Exod. 21:16; Deut. 24:7; 1 Tim. 1:10. Véanse Netineos y Siervos de Salomón. La costumbre de tener esclavos que no eran Hebreos duró hasta a la vuelta de la cautividad, pero se oponían a ella los Fariseos.

Los Hebreos también empleaban siervos alquilados, algunos de los cuales eran gentiles, Exod. 12:45; Lev. 25:6; Isa. 16:14; Mar. 1:20.

Los Romanos tenían en esclavitud a cautivos tomados en la guerra, y además compraban esclavos. La esclavitud entre ellos era perpetua, y el amo tenía un dominio indisputable sobre la persona y la vida de sus esclavos. Con todo, gran número de ellos eran manumitidos, y en muchos casos los libertos romanos se elevaban a las mayores dignidades. Un esclavo favorito de un centurión romano fue sanado por Cristo, Luc. 7:2-10. Muchos de los primitivos cristianos eran esclavos, 1 Cor. 7:21; tal fue Onésimo, esclavo de Filemón.

Las alusiones que hace la Biblia a la servidumbre forzada implican que esta es un mal y un estado nada deseable de la vida; con todo, al esclavo que no puede obtener su libertad, se le exhorta a la conformidad, 1 Cor. 7:20-24. La Biblia da a la vez direcciones en cuanto a los mutuos deberes de los amos y los siervos, Efes. 6:5-9; Col. 3:22 a 4:1; Tit. 2:9, 10; Filemón; 1 Ped. 2:18; y proclama las grandes verdades del origen común de todos los hombres, de la inmortalidad de toda alma humana, y del derecho que tiene a la Biblia y a todos los medios necesarios para conocer y servir al Salvador; la aplicación de las cuales en todas las relaciones que existen entre el amo y el siervo, el superior y el inferior, el que emplea y el empleado, evitaría toda especie de opresión, pues la opresión es aborrecible ante los ojos de Dios, Deut. 24:14; Sal. 103:6; Isa. 10:1-3; Am. 4:1; Mal. 3:5; Sant. 5:4. Los principios proclamados en la Biblia han cooperado a la mitigación y gradual abolición de la esclavitud en los países cristianos.

SIETE. Como desde un principio este fue el número de días de la semana, en las Escrituras tiene a menudo cierta importancia, y se usa muy generalmente como número cabal o perfecto. Los animales limpios fueron llevados al arca por septenas, Gén. 7. Los años de la abundancia y del hambre en Egipto eran siete, Gén. 41. Según la ley mosaica no solamente había un día séptimo, Sábado, sino que el séptimo mes era particularmente distinguido; cada séptimo año era un sábado, y después de cada 7 veces 7 años venía un jubileo. Las grandes festividades del pan sin levadura y de los tabernáculos se observaban por 7 días; y el número de animales en muchos de los sacrificios se limitaba a 7. El candelero de oro tenía 7 brazos. Siete sacerdotes con 7 trompetas anduvieron alrededor de las murallas de Jericó 7

días, y 7 veces en el séptimo día. En el Apocalipsis se mencionan 7 iglesias, 7 candeleros, 7 espíritus, 7 estrellas, 7 sellos, 7 trompetas, 7 truenos, 7 copas, 7 plagas y 7 ángeles que las derraman.

El 7 se pone a menudo por un número cabal o completo, así como nosotros empleamos “diez” o una “docena;” según se ve en Mat. 12:45; 1 Sam. 2:5; Job 5:19; Prov. 26:16, 25; Isa. 4:1; Jer. 15:9. De igual manera, 7 veces o el séptuplo significa con frecuencia, abundantemente, Gén. 4:15, 24; Lev. 26:24; Sal. 12:6; 79:12; Mat. 18:21. Y setenta veces 7, es un superlativo aún más grande, Mat. 18:22.

No eran solos los Hebreos quienes daban importancia al número 7; también se la daban los Persas, Ester 1:10, 14, el antiguo pueblo de la India, los Griegos y los Romanos.

Con excepción del seis, siete es la única palabra numeral que las lenguas semíticas tienen en común con las Indo-Europeas. El vocablo hebreo “sheba,” siete, es esencialmente el mismo que en griego, latín, sánscrito, persa, gótico, inglés, etc. La noción del “siete” se encarna también en la palabra hebrea que significa “jurar,” literalmente “hacer siete veces;” comp. Gén. 21:29-31. Véase Seba. La mitad de 7, 3 ½ se cree que denota algo que está incompleto; y secundariamente, alguna calamidad o desastre; véase en el término profético “un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo,” Dan. 7:25; 12:7, y otras expresiones equivalentes, Apoc. 11:3; 12:6; 3:5.

SIFMITA o SAFONITA, 1 Crón. 27:27, probablemente un natural de Sefam.

SIFMOT o SEFAMOT, *campos fértiles*, 1 Sam. 30:28, lugar a donde se retiró David cuando buscaba refugio contra Saúl. Se halla probablemente 12 millas al sudeste de Hebrón.

SIFRA (o SEFORA) y FUA, parteras de Egipto, quienes por temor a Dios rehusaron dar muerte a los hijos recién nacidos de los Hebreos, contraviniendo así a las órdenes del rey. Dios les recompensó esta bondad para con su pueblo, aunque condenando sin duda la falta de veracidad de las excusas que presentaron a Faraón. Dios les hizo casas, esto es, le dio probablemente a cada una de ellas una numerosa familia, Exod. 1:15-21.

SIGLO, vocablo empleado en la Biblia española para traducir la palabra griega *Aion*, tanto en el significado de período ilimitado del futuro, Heb. 6:5; Mar. 10:30; Luc. 18:30; 20:35, como en el de época actual, nuestra edad, era, etc., Mat. 12:32; 13:22, 39, 40, 49; 24:3; 28:20; Luc. 16:8; 20:34; Rom. 12:2; 1 Cor. 10:11, Gál. 1:4; Efes. 1:21; 1 Tim. 6:17; Tit. 2:12; Heb. 1:2; 11:3. Véase Mundo.

SIGNOS. Esta palabra en 2 Rey. 23:5, denota probablemente los signos del Zodiaco: “¿Sacarás tú a su tiempo los signos de los cielos, o guiarás el Arcturo con sus hijos?” Job 38:32.

SIHOR, propiamente SHIHOR, *negro, turbio*. En Jos. 13:3; Isa. 23:3; Jer. 2:18, esta palabra se ha traducido “Nilo;” en 1 Crón. 13:5, se ha conservado original, y se refiere probablemente al “río de Egipto” de que se habla en Núm. 34:5; 1 Rey. 8:65; que es el torrente invernal del desierto llamado ahora el torrente el-Arish, y que servía de límite entre Canaán y el Egipto, y corría hacia el noroeste hasta desembocar en el Mediterráneo, como 45 millas al sudoeste de Gaza.

SIHORLIBNAT, *blanco-negro*, un punto en la frontera de Aser, Jos. 19:26, el Nahr Namein, corriente que desagua en la bahía de Acre, un poco al sudeste de esa ciudad.

SILAS, contracción de silvano, guarda-bosque, uno de los principales hombres de la primitiva iglesia de Jerusalén, comisionado con Judas Barsabás para acompañar a Pablo y a Bernabé a Antioquía, para llevar el decreto del concilio de Jerusalén, acerca de las obligaciones que tenían los Gentiles convertidos con respecto a la ley mosaica, Hech. 15:22-30; comp. vers. 1-21. Silas mismo, “profeta” (véase esta palabra), pasó algún tiempo predicando en Antioquía, vers. 32. 33. Después de la separación de Pablo y Bernabé, Silas acompañó al primero, 51 A. D., en su segundo viaje misionario por las provincias del Asia Occidental, Hech. 15:36 a 16:10, y su primera visita a Europa; estuvo preso con Pablo en Filipos, y, según parece, fue ciudadano romano, 16:11-40. Después de haber permanecido durante algún tiempo en Tesalónica, se separó de Pablo en Berea, Hech. 17:1-15, pero volvió a reunirse en Corintio, Hech. 18:5, y tal vez llevaba los donativos a que se hace referencia en 2 Cor. 11:9; Fil. 4:15; No es improbable que volviera con Pablo a Siria, Hech. 18:18-22. Durante los 18 meses que permaneció Pablo en Corintio, vers. 11, envió dos epístolas a los Tesalonicenses, 52-53 A. D., en el comienzo de las cuales se halla inserto el nombre de Silvano, 1 Tes. 1:1; 2 Tes. 1:1, y en una epístola a los Corintios, 57 A. D., hace mención de los trabajos de Silvano entre ellos, 2 Cor. 1:19. Se supone que este coadjutor de Pablo es el mismo a quien Pedro recomienda como “un fiel hermano,” y por cuyo conducto envió una epístola a los judíos cristianos del Asia Menor, 1 Ped. 5:12.

SILBAR, una expresión de desprecio, Job 27:23, 1 Rey. 9:8; Jer. 19:8; Ezeq. 27:36; Miq. 6:16. También un modo de llamar a los criados, todavía común en el Oriente, Isa. 5:26; 7:18; Zac. 10:8.

SILHIM, *fuentes*, Jos. 15:32, ciudad en el sur de Judá.

SILA, 2 Rey. 12:20, lugar cerca del cual fue muerto el rey Joás, tal vez en el valle situado al sur de Jerusalén.

SILLA o TRONO, el asiento de que se habla en varios pasajes de las Escrituras. Se le dio el primero de estos nombres al proporcionado por la mujer rica y piadosa de Sunam para el cuarto del profeta Elíseo, 2 Rey. 4:10. La palabra hebrea *kisse*, traducida silla en este pasaje, ha sido traducida por el mismo término en Gén. 41:40, en que se habla, como puede verse, del trono de Faraón; y en otros varios pasajes en que se mencionan personas de alto rango, como el rey Eglón, Jue. 3:20; el sumo sacerdote Elí, 1 Sam. 1:9; 4:13, 18; la madre del rey Salomón, 1 Rey. 2:19, y Amón, Est. 3:1. Y se ha traducido “trono,” hablando del que el rey Salomón mandó hacer para asiento suyo en su palacio, 1 Reyes 10:18; 2 Crón. 9:17, 18; y del que ocupaba el Señor en la visión de Isaías, Isa. 6:1. En el Oriente, tanto en la antigüedad como ahora, un asiento alto y separado era un honor reservado para muy pocas personas; pues la mayor parte se sentaban en el suelo, en tapetes o en divanes; comp. Judit 12:15, en donde se habla de “blandas pieles” destinadas para ese uso. De estos hechos y de la gratitud que manifestó Elíseo por las atenciones solícitas que se le prodigaron, 2 Reyes 4:13, se saca en claro que esta palabra no siempre denota un asiento ordinario, como lo dan a entender algunas versiones; así como la palabra candelero de que se habla en el vers. 10, no da una idea exacta del porta-lámpara oriental en que se quemaba el aceite. Compare Exod. 39:37. Véase Asiento.

SILEM, Gén. 46:24; Núm. 26:49, llamada Salum en 1 Crón. 7:13, recompensa, hijo de Neftalí.

SILO, *paz, descanso*, ciudad de Efraín, 19 millas al norte de Jerusalén, 11 al sur de Siquem, y como 2 al este del camino real que hay entre ambas, llamado camino de Betel, Jue. 21:19. Allí se reunieron los Israelitas cuando fue conquistada la Tierra Prometida, y colocaron el arca y el tabernáculo, que anteriormente se hallaban en Gilgal; allí distribuyó Josué por suerte aquellas partes de las siete tribus que no tenían lugar señalado todavía, Jos. 18; 19; a Eleazer y a Josué, y a los ancianos residentes en Silo

ocurrieron los Levitas pidiéndoles las ciudades que se les habían ofrecido, Jos. 21. De Silo despachó Josué solemnemente a las diez tribus cuyas posesiones quedaban al este del Jordán, Jos. 22:1-9, y de allí también se les envió una diputación con motivo de haber corrido el rumor de su idolatría, versículos 10-34. El tabernáculo y el arca, centro del culto de Jehová, permanecieron en Silo durante todo el período de los Jueces, Jue. 18-31. Allí, en una fiesta anual del Señor, los restos que habían quedado de los Benjamitas se apoderaron de las doncellas de Silo para hacerlas sus esposas, Jue. 21:19-23. Compare Exod. 15:20; Sal. 68:25. En Silo fue hecho y cumplido el voto de Ana, 1 Sam. 1:8 a 2:11, y allí creció Samuel y recibió su vocación para ser profeta del Señor, 1 Sam. 2:18-21, 26; 3; 4:1. El arca llevada por Saúl al campo de batalla, y tomada por los Filisteos en tiempo de Elí, 1 Sam. 4:2-22, no fue devuelta a Silo, cap. 5:1 a 7:2; 2 Sam. 6:2, 11, 12; y el tabernáculo fue trasladado a Gabaón, 1 Rey. 3:4; 1 Crón. 16:39. Esta catástrofe fue una prueba muy elocuente de que ni los objetos sagrados, ni las formas poseen ninguna virtud talismánica, sino que por el contrario, tienen que ser inútiles para los que confían en esas cosas más bien que en Dios. Asaf alude al envilecimiento de Silo, Sal. 78:58-60, motivado por las iniquidades de Israel, 1 Sam. 2:12-17, 22-25; Jeremías lo cita como un tipo de la venganza de Dios sobre Jerusalén y el templo, Jer. 7:12-14; 26:6, 9. El profeta Ahías tenía su residencia en Silo, 1 Rey. 11:29; 12:15; 14:2-4. Véase también Jer. 41:5. En el tiempo de Jerónimo, 340-420 A. D., Silo estaba en ruinas. Silo ha sido identificada con Sei-lún, lugar en que se ven en una colina baja, rodeada por otras más altas, las ruinas de una ciudad relativamente moderna, con piedras talladas y cimientos de una fecha mucho más antigua. En un pequeño valle, media milla al noreste, se hallan un manantial y una cisterna que suministran abundancia de agua, paraje que fue probablemente el teatro del baile y captura de las “hijas de Silo;” y cerca de allí existen tumbas talladas en la roca, entre las cuales la tradición judía coloca las de Elí y sus hijos. Hay en las colinas vestigios de cortes hechos para la labranza, los cuales prueban un cultivo antiguo del terreno. La posición de Silo era a la vez central y retirada del bullicio del tráfico, etc., y muy a propósito para el santuario nacional de Israel.

SILOÉ, EL ESTANQUE DE, al cual envió Cristo al ciego, Juan 9:7, 11, es sin duda el mismo que el de Sela. (Véase esta palabra.) Josefo lo sitúa en la entrada del “valle Tyropeon,” y Jerónimo en el del “hijo de Hinom.” Existe todavía en el lugar donde estos valles se unen, al pie del monte Ofel, que es la prolongación meridional del monte del templo, y cerca de 1,900 pies del muro Haram. Aunque es el más pequeño de los antiguos estanques de Jerusalén, es el único que conserva su viejo nombre, bajo la forma árabe “Birket Silwán.” Es un depósito artificial como de 52 pies de largo, 18 de ancho, y 19 de profundidad, con escalones que conducen al fondo. El agua no pasa de 3 a 4 pies de profundidad, pero sale por una abertura practicada en la extremidad sudeste del depósito, en una sola corriente, subdividida después, para regar las huertas de verduras y de árboles frutales en el valle de abajo. El depósito está en parte tallado en la roca, y en parte hecho de mampostería, y se halla en ruinas; hay columnas rotas en derredor de él, que se elevan desde el fondo hasta el borde, las cuales tal vez sirvieron de sostén a un edificio que, según el decir de los viajeros en la edad media, fue edificado sobre el estanque. Suministra el agua un depósito mucho más pequeño llamado “Fuente de la Virgen,” *Ain Sitti Maryam* —o “Fuente de la madre de los escalones,” *Ain Um ed-Deraj* —como 1,200 pies al norte de Siloé, en el lado oriental del monte Ofel; los dos depósitos están unidos por medio de un canal subterráneo en forma de zig-zag, cavado por entre las rocas, y de una longitud de 1,708 pies. Este conducto, cuya altura varía desde 16 pies a su salida de Siloé, hasta 16 pulgadas en algunos lugares, fue recorrido por el Dr. Robinson, y más recientemente por Barclay, Warren y Sayce. Varios canales laterales fueron descubiertos, los cuales están obstruidos ahora con escombros, y que se supone llevaban a este conducto en otro tiempo el agua procedente de los estanques de la ciudad o de los pozos del templo. El agua fluye y refluye a intervalos, según la estación, en la “Madre de los escalones”—llamada así por las dos carreras de escalones que conducen a su fondo—pero de una manera menos perceptible en Siloé. En la fuente de arriba, el Dr. Robinson vio que el agua se levantaba a la altura de un pie, y se bajaba

luego en el transcurso de diez minutos. El agua tiene un sabor peculiar, ligeramente salobre, especialmente en la estación seca, debido en parte probablemente al uso que de ambos depósitos hacen las lavanderas y los curtidores. En 1880 fue descubierta una inscripción en el cortado oriental de este conducto, en una plancha fija en la pared a 19 pies de la extremidad de Siloé: tenía seis líneas del hebreo puro de la biblia, probablemente del tiempo del rey Ezequías, conmemorando la habilidad de los excavadores que comenzaron a trabajar en ambos extremos a la vez, y se encontraron a la mitad del trayecto. El expresado conducto penetra en una cámara tallada en la roca, de una anchura de 5 a 6 pies, en el ángulo sudoeste de Siloé, en la base del peñasco que está arriba del estanque. Antiguamente, según parece, al salir de Siloé la corriente pasaba a otro depósito antes de regar los jardines; este segundo depósito, quizá cinco veces más grande que el de Siloé, está ahora abandonado y enteramente cubierto de árboles; puede haber sido “el estanque del rey” de que se habla en Neh. 2:14; ahora se le llama “Birket el Hatura,” el estanque colorado. Según los Rabinos, era del estanque de Siloé de donde un Levita sacaba agua el último o gran día de la fiesta de los tabernáculos, para derramarla sobre la víctima del sacrificio, en memoria del agua sacada de la roca de Refidim, Exod. 17:1-6. costumbre a la cual se cree que nuestro Señor Jesucristo hizo alusión, Juan 7:37, 38; y de Siloé se tomaba el agua que se mezclaba con las cenizas de una becerra colorada para la purificación. Los jardines que se hallan abajo de Siloé, Isa. 8:6, son los sitios más verdes de los contornos de Jerusalén.

SILÓÉ, La Torre de, Luc. 13:4, 5, edificada en un punto del muro de la ciudad que se cree cercaba entonces a Siloé, Neh. 3:15, 26. Cristo nos enseña en el pasaje citado atrás que las calamidades temporales no son siempre pruebas de culpa especial, si bien los mayores padecimientos que se sufren son mucho menores de lo que merecen los pecados cometidos por los mejores hombres, Lam. 3:39.

Al este del valle del Cedrón, cerca del pie de la altura meridional del monte de los Olivos, y en frente de la áspera falda que se extiende entre la “Fuente de la Virgen” y el estanque de Siloé, se halla el “kefr” o población de Silwán, irregular y desaseada, en el sitio de una antigua cantera, y probablemente cerca del punto en donde Salomón erigió altares a Camos y otros ídolos, 1 Rey. 11:7; 2 Rey. 23:13.

SILOH, Gén. 49:10. Este término, empleado en la bendición profética otorgada a Judá, ha sido aplicado por algunos comentadores a la ciudad de Siloh, “hasta que Judá venga a Siloh;” pero esta ciudad no existía entonces, ni fue allí destronado Judá.

La idea general, apoyada por las antiguas versiones judías y cristianas (tales como la Septuaginta judía, los tǎrgums de Onkelos y de Jerusalén, la versión árabe, las versiones cristiana, siríaca y latina, y el pentateuco samaritano), es que dicha palabra se refiere al Mesías. Empero no están acordes todos los intérpretes en cuanto al significado literal de “Shiloh:” algunos traducen, “hasta que venga aquél a quien él (es decir, el cetro), pertenece,” compárese Ezeq. 21:27; otros “el Pacificador;” otros por último, “el Deseado.” El significado más probable es “el Pacífico” de quien Salomón, pacífico, fue un tipo. En Isa. 9:6 se llama al Mesías “el Príncipe de la paz;” comp. Juan 14:27. La última cláusula de dicho versículo (Gén. 49:10) debe traducirse del modo siguiente: “y para él será la obediencia de los pueblos,” incluyendo las naciones paganas. Compare Mat. 11:28-30; 23:37, y la descripción que hace Isaías de la paz del Mesías unida al poder, Isa. 42:1-3. De este modo la profecía concuerda con los anuncios que Dios había hecho antes a Abraham, Isaac y Jacob, relativamente a una simiente en quién serían benditas todas las naciones, Gén. 12:3; 22:18; 26:4; 28:14; comp. Juan 8:56; Gál. 3:16, a la vez que dicha profecía es más explícita que esos anuncios, por cuanto nombra de entre los doce hijos de Jacob a aquel de quien descendería la Simiente, “el Legislador de entre sus pies.” Compárense Núm. 24:17; Zac. 9:9, 10; Apoc. 5:5. Esa profecía se explaya más en pasajes tales como Sal. 2, 72 y 110. El rey David y su descendencia

empuñaron por largo tiempo el cetro de Judá, 1 Crón. 5:2, e Isaías predijo el nacimiento de un “renuevo” poderoso, soberano y perpetuo, originado de la raíz de Isai, Isa. 11:1-12.

El principio del cumplimiento de la profecía relativa al reinado del Mesías fue anunciado a María por Gabriel, Luc. 1:32, 33. Después de la caída del reino de Judá, propiamente dicho, el nombre sobrevive como el de un pueblo. El término *Yehudim*, o judíos, incluye a representantes de las otras tribus, Neh. 1:2; Ester 2:5; 3:6; Juan 5:1; Hech. 26:3-7. La desaparición definitiva del poder civil de manos de Judá, hecho iniciado con el empadronamiento que se mandó hacer al tiempo del nacimiento de Cristo, y completado con la destrucción de Jerusalén, fue cosa que no tuvo lugar sino hasta que Siloh hubo venido a asumir un cetro espiritual. Y ese cetro no está en peligro de ser jamás destruido.

SILONITA, calificativo dado a Ahías como natural o residente de Silo, 1 Rey. 11:29. Compare cap. 14:2, 4. SIMEA, *rumor*, I., hermano de David, 1 Sam. 16:9; 2 Sam. 13:3; 21:21; 1 Crón. 2:13; 20:7.

II. Levita descendiente de Merari, 1 Crón. 6:30.

III. Levita descendiente de Gersón, 1 Crón. 6:39.

SIMEAM o SAMAÁN, *esplendor*, Benjamita, 1 Crón. 8:32; 9:38.

SIMEAT, *fama*, Amonita, madre de Zabad o Josacar, uno de los dos asesinos del rey Joás, 2 Rey. 12:21; 2 Crón. 24:26.

SIMEI, *famoso*, nombre de 14 o más Hebreos, de entre los cuales pueden especificarse los siguientes:

I. Hijo de Gersón el hijo de Leví, Núm. 3:18; 1 Crón. 6:17, 42; 23:7, 9, 10, Ex. 6:17. Es a sus descendientes probablemente, a quienes se hace referencia en Zac. 12:13. Compare Núm. 3:21.

II. Hijo de Gera, Benjamita y pariente de Saúl, que insultó al rey David cuando este iba huyendo de Absalón, y se humilló a la vuelta de este rey. En ambas ocasiones David le perdonó; pero próximo a morir, aconsejó a Salomón que tomara sus precauciones contra un hombre que no conocía otro freno que el del temor. Simei dio su palabra de no salir nunca a Jerusalén, pero la quebrantó al salir en persecución de sus siervos fugitivos hasta Gat, y fue condenado a muerte a su regreso, 2 Sam. 16:5-14; 19:16-23; 1 Reyes 2:8, 9, 36-46.

III. Un empleado en el reinado de David, y tal vez en el de Salomón, 1 Rey. 1:8; 4:18.

SIMEÓN, *oído*, I., segundo hijo de Jacob y Lea, Gén. 29:33, uno de los doce patriarcas o padres de las tribus de Israel, Hech. 7:8. Su carácter era vengativo y violento. Él y Leví tomaron una venganza cruel de Siquem y su pueblo por el ultraje inferido a su hermana Dina, y merecieron por esto el reproche de su padre, Gén. 34. No hay noticia de que Simeón se arrepintiera, como lo hicieron Rubén y Judá, con respecto a los proyectos fratricidas que él y sus hermanos concibieron contra José, Gén. 37:18-33. Bien puede haber sucedido que José lo detuviera después en rehenes como al más culpable en ese asunto, ya voluntariamente, o ya por omisión, Gén. 42:21-24, 33, 36. Fue devuelto a sus hermanos en la segunda visita que estos hicieron a Egipto, Gén. 43:23, y después se estableció en ese país con sus seis hijos, Gén. 46:10; Exod. 1:1, 2. Jacob, al dar a sus hijos el postrer adiós, censuró el pecado que Simeón y Leví habían cometido contra los Siquemitas, y predijo que las consecuencias de ese crimen recaerían sobre sus descendientes, Gén. 49:5-7; comp. Exod. 20:5. Véase Simeón, Tribu de.

II. Un hombre de Jerusalén eminentemente piadoso, que recibió una influencia especial del Espíritu Santo, Luc. 2:21-35. Él estaba esperando el “consuelo de Israel” comp. Isa. 40:1, y el Espíritu Santo le había revelado que viviría lo bastante para ver al Mesías que hacía tanto tiempo había sido prometido. Por lo tanto fue conducido al templo exactamente a tiempo que José y María, en obediencia a la ley, presentaban allí a Jesús; comp. Ex. 13:12, 13; 22:29; Núm. 18:15, 16; Lev. 12:1-8. Él tomó al niño en sus brazos, dio gracias a Dios, y bendijo a José y a María pronunciando una notable predicción sobre los efectos de la venida del Salvador. Compare Isa. 42:6; 45:17-25; 49:6.

III. Simeón, también conocido como Niger, *el Negro*, Hechos 13:1, uno de los profetas y maestros de la iglesia cristiana en Antioquía. Algunos sin fundamento lo identifican con Simón el Cireneo.

IV. Nombre que se halla en la genealogía de José, Luc. 3:30.

SIMEÓN, TRIBU DE. En el primer censo formado en el desierto del Sinaí, esta tribu tenía 59,300 hombres, Núm. 1:1-3, 22, 23. La excedían solamente la de Judá y la de Dan. Treinta y ocho años después, en las llanuras de Moab, la tribu de Simeón era la más pequeña de todas, pues no contaba sino 22,200 hombres, Núm. 26:1-4, 14. Tal vez dicha tribu sufrió más severamente que las otras en castigo de pecados particulares, si es que la flagrante y obstinada maldad de Zimri, uno de sus príncipes, indica de algún modo su carácter, Núm. 25:6-9, 14. Simeón pertenecía al campo de Rubén, quien se situaba al sur del tabernáculo, y seguía al campo de Judá en el orden de marcha, Núm. 2:10-16; 10:18-20. Simeón hizo su paradero en Garizim, el monte de bendición, en la solemne ceremonia verificada en Siquem, Deut. 27:12; comp. Jos. 8:33. En conformidad con la predicción de Jacob, de que Simeón sería dispersado y dividido en Israel, Gén. 49:7, los límites territoriales de la tribu parecen haber estado al principio vagamente definidos, y haber variado algo en tiempos posteriores. La parte que se le dio bajo el gobierno de Josué era solamente una comarca tomada del territorio asignado previamente a Judá, Jos. 19:1-9, y que incluía 18 ciudades con sus aldeas en el sur de Judá; comp. Jos. 15:26-32. En esta región, que los Judaitas ayudaron a los Simeonitas a conquistar, Jue. 1:3, 17, estos últimos habitaban en tiempo de David, 1 Crón. 4:24-33, y sus guerreros ayudaron a establecer a este rey sobre todo Israel, 1 Crón. 12:23-25, 38; 2 Sam. 5:1-3. En la división del reino, 975 A. C., los Simeonitas se adhirieron, según parece, a las tribus separatistas del norte, pues son mencionados entre los extranjeros independientes de Judá y Benjamín, que fueron comprendidos en la reforma de Asa, 941 A. C., 2 Crón. 15:9-13; y de nuevo en la reforma de Josías, 630-624 A. C., 2 Crón. 34:6-9, que abarcó los restos de Israel que habían quedado después de la cautividad asiria. Las ciudades de Simeón se hallan también clasificadas entre las de Manasés, Efraín y Neftalí, como para dar a entender que una parte de esa tribu había sido esparcida en el reino septentrional. En la primera parte del reinado de Ezequías, 726-697 A. C., dos expediciones de Simeonitas habían conquistado territorio al sur y al este de su territorio primitivo, 1 Crón. 4:34-43. El nombre de Simeón se omite en las bendiciones de Moisés, Deut. 33, pero se menciona en la visión que tuvo Ezequiel de la restauración de Israel, en la cual se coloca a esa tribu entre Benjamín e Isacar, Ezeq. 48:24, 33; y en la visión de Juan, Apoc. 7:7.

SIMEONITAS, miembros de la tribu de Simeón, Núm. 25:14; 26:14. Judit, la heroína del libro apócrifo que lleva este nombre, se reputa como Simeonita, Judit 8:1; 9:2, así como su marido Manasés, 8:2, y Osías, gobernador de Betulia, cerca de la llanura de Jezreel, 6:14, 15.

SIMIENTE o SEMILLA, Gén. 1:11, palabra usada a menudo en un sentido metafórico o figurado, Gén. 3:15; 4:25; 22:17, 18; Jer. 31:37; Gál. 3:16; 1 Ped. 1:23; 1 Juan 3:9. La ley mosaica prohibía sembrar un campo con “mixtura de semillas,” es decir, con dos o más clases de simiente, Lev. 19:19. La “preciosa

simiente” es a menudo depositada en el terreno con muchos temores; pero la cosecha, a lo menos en las cosas espirituales, será una temporada de regocijo, Sal. 126:5, 6.

SIMIO o MONO. Animal semejante, aunque groseramente, a la raza humana. La especie a que pertenece puede dividirse en monos, micos y cinocéfalos, siendo propiamente llamados monos, o simios, los cuadrumanos que no tienen cola. Salomón los importó, 1 Reyes 10:22; 2 Crón. 9:21. Fueron en un tiempo adorados en Egipto, y todavía lo son en algunas partes de la India. Un viajero describe un magnífico templo que hay en ese país, dedicado a dicho animal. Acaso se hace alusión a grandes simios o cinocéfalos, literalmente “peludos,” en Lev. 17:7; Isa. 13:21; 34:14.

SIMÓN, contracción de Simeón, o acaso fue nombre tomado de los Griegos por los judíos, después de su cautividad.

I. Uno de los doce apóstoles, Mat. 4:18. Véase Pedro.

II. Otro de los apóstoles, distinguido como el “Cananeo,” Mat. 10:4, o el “Celador,” Luc. 6:15; Hech. 1:13. El término empleado en griego por Lucas, es equivalente al caldeo usado por Mateo, y por Marcos 3:18, el cual no hace referencia a Canaán o Caná, sino que se deriva del hebreo *kana*, celo, y designa a Simón como miembro de la facción de los celotes, ardientes defensores de la ley mosaica y de su ritual.

III. Uno de los hermanos de Jesús, Mat. 13:55; Mar. 6:3. Algunos han supuesto que este es el mismo que Simón el Celador, o que el Simón que sucedió a Santiago en el pastado de Jerusalén, 62 A. D., y sufrió martirio en el reinado de Trajano, a la edad de 120 años. Ambas identificaciones son probablemente erróneas.

IV. Fariseo de Galilea en cuya casa fue ungido Jesús por una pecadora arrepentida, Luc. 7:36-50.

V. Un leproso que probablemente fue curado por Jesús. En la casa que este tenía en Betania, Jesús fue ungido por María, hermana de Lázaro, Mat. 26: 6-13; Mar. 14:3-9. Compare Juan 12:1-8.

VI. Hombre de Cirene que fue obligado a llevar la cruz de Jesús cuando al Salvador se le agotaron las fuerzas, Mat. 27:32; Mar. 15:21; Luc. 23:26; comp. Juan 19:17, ministerio ignominioso, que sin embargo resultó ser de bendición. Marcos, que escribió para los cristianos romanos, le llama “padre de Alejandro y Rufo,” siendo este último quizá el Rufo que residía en Roma, y a quien, así como a la madre, envió Pablo un saludo cordial, Rom. 16:13.

VII Simón Iscariote, el padre de Judas Iscariote, Juan 6:71; 13:2, 26.

VIII. Curtidor en cuya casa de Jope se alojó Pedro, Hech. 9:43; 10:6, 17, 32.

IX. Mago samaritano, llamado a menudo Simón Mago. Por medio de la práctica de las artes mágicas, este impostor adquirió cierto influjo sobre el pueblo de Samaria que parecía mirarle como divino. Debido a la predicación de Felipe, muchos de los conciudadanos de Simón se hicieron cristianos, y aun este mismo hizo profesión de fe y fue bautizado; y la gente que por mucho tiempo se había “embelesado” con sus falsos milagros, lo fue después verdaderamente al ver los milagros verdaderos obrados por Felipe, Hech. 8:4-13. A la llegada de Pedro y de Juan, procuró comprarles el don divino de impartir el Espíritu Santo. Pedro le echó en cara su hipocresía, lo cual le produjo mucha alarma, pero no un arrepentimiento verdadero, Hech. 8:14-24; comp. Exod. 8:8. Pedro, que sin duda no pretendía tener

la facultad de perdonar los pecados, le mandó que pidiera perdón a Dios. Hay tradiciones de dudosa autenticidad acerca de la vida posterior de Simón. El pecado de comprar y vender cargos y privilegios espirituales o promociones eclesiásticas, llamado "simonía," con alusión a Simón el Mago, era severamente censurado y castigado en la antigüedad tanto por la ley eclesiástica como por la civil. Sin embargo, llegó a ser muy común en la iglesia corrompida de Roma. Fue mucho más odioso para Pedro que para muchos que han pretendido ser sus especiales discípulos y sucesores.

SIMRIT, *vigilante*, Moabita, madre de Jozabad, que fue uno de los asesinos del rey Joás, 2 Crón. 24:26, y a quien en 2 Rey. 12:21, se le llama hijo de Somer.

SIMRÓN o SIMRÓM, *vigilia*, l., hijo de Isacar, Gén. 46:13; Núm. 26:24; 1 Crón. 7:1.

II. Antigua ciudad de Canaán, cuyo rey, al mando de Jabín, resistió a Josué y fue derrotado, Jos. 11:1. Comp. vers, 5-12; probablemente es la misma que Simron-merón, cuyo rey fue uno de los 31 aliados derrotados por Josué, Jos. 12:20. Simrón tocó en suerte a Zabulón, Jos. 19:15. Se le da por sitio a Semúniyeh, 14 millas al sudeste de Haifa, y 11 millas al oeste del monte Tabor.

SIN, *cieno*, ciudad fortificada en la frontera noreste de Egipto, y expuesta a la invasión predicha acerca de esta nación, por Nabucodonosor, y probablemente también a las invasiones posteriores, Ezeq. 30:15, 16. Se identifica con el Pelusium, cenagoso, de los autores griegos y latinos, a dos millas del mar, en medio de terrenos pantanosos, en la extremidad oriental o desembocadura pelusiaca del Nilo, la cual está seca en la actualidad. Fue testigo de muchas y muy grandes batallas. No se ha determinado con exactitud su sitio; algunos creen que era donde se hallan las moles de el-Farma, a una milla de la bahía de Tineh, la supuesta boca pelusiana del Nilo, y 14 millas al este del canal de Suez; otros donde está el terraplén Abu-khiyar, entre el-Farma y Tel Defenneh o Tehafne-hes que está 13 millas al oeste del expresado canal. A estos terraplenes no puede llegarse ahora sino en botes, excepto durante la parte más seca del verano.

SIN, DESIERTO DE, entre Elim y Refidim, Exod. 16:1; 17:1; Núm. 33:11, 12, Allí, al mes de haber salido de Egipto, recibieron los Israelitas su primera provisión milagrosa de codornices y de maná, y allí fue instituida de nuevo la guarda del sábado, Exod. 16:2-34. Se cree que es la llanura desierta llamada ahora el Mark-ha, que se extiende por la playa oriental del golfo de Suez 25 millas, desde la cañada Taiyibeh, hasta la de Feiran. Es una región triste y tiene poca vegetación. Los viajeros refieren que han visto allí muchas codornices.

SINAGOGA, *junta o reunión*, nombre aplicado, como la palabra "iglesia," a los edificios en que se verificaban las reuniones ordinarias de los judíos para celebrar el culto de Dios. En vista del silencio que guarda el Antiguo Testamento con respecto a estos lugares de culto, muchos son de opinión que no estuvieron en uso sino hasta después de la cautividad de Babilonia, y que antes de esa época los judíos tenían sus reuniones para el culto religioso, Isa. 1:13, ya al aire libre, ya en las casas de los profetas; véase 2 Rey. 4:23; Sal. 107:32; Ezeq. 33:31. En Sal. 74:8, es muy dudoso que la palabra hebrea traducida sinagoga, se refiera a los edificios que llevaban ese nombre, tales como éstos existieron después de la cautividad. En los libros posteriores hebreos se alude con más frecuencia a las juntas establecidas para el culto, Esd. 8:15, 21; 10:1-9; Neh. 8:1-3; 9:1-3; 13:1-3; Zac. 7:5; y en tiempo de nuestro Señor eran numerosas, Hechos 15:21. Benjamín de Tudela, viajero de la edad media, pretende haber visto las sinagogas edificadas por Moisés, David, Abdías, Nahúm y Esdras. Las sinagogas sólo podían ser erigidas en aquellos lugares donde había para concurrir a ellas por lo menos diez hombres de edad, instruidos y piadosos, y de ciertos recursos pecuniarios. Las ciudades grandes tenían varias sinagogas, y éstas se

convirtieron en iglesias parroquiales de la nación judía. Su número parece haber sido muy considerable; y cuando la construcción de una sinagoga se consideraba como prueba de religiosidad, Luc. 7:5, o como una especie de pasaporte para el cielo, no debe sorprendernos saber que su número había crecido mucho más de lo necesario, de tal suerte que se dice que en solo Jerusalén no bajaban de 460 a 480. Se construían en lo general en los puntos más elevados del terreno, y constaban de dos partes. La occidental contenía el arca o cofre en que se depositaban el libro de la ley y los de los profetas, con las vestiduras sacerdotales de los funcionarios eclesiásticos, y se le daba el nombre de templo, por vía de distinción. La otra, en que la congregación se reunía, era conocida como el cuerpo de la sinagoga. La gente en general se sentaba con la cara vuelta hacia el templo; compárese 1 Rey. 8:29; Sal. 28:2, y los ancianos en un tablado o plano más alto, cuyo frente daba al lugar ocupado por la congregación, con el púlpito o tribuna en su parte delantera. Se menciona a menudo sus asientos con el nombre de “las primeras sillas en las sinagogas,” Mat. 23:6; Mar. 12:39; Luc. 11:43; Sant. 2:2, 3. Las mujeres se sentaban aparte, al principio cubiertas por un tabique de 5 a 6 pies de altura, y después en una especie de galería separada de lo demás por un enrejado. Aquella estaba alumbrada por una lámpara que ardía constantemente. Los funcionarios de cada sinagoga formaban seis clases distintas: la primera se componía de los *archisinagogos* o *prepósitos*, que arreglaban todo lo que a ella concernía, y concedían permiso para dirigir la palabra a la congregación, Hech. 18:8. De éstos había tres en cada una. El Dr. Lightfoot cree que poseían cierto poder civil, que constituían el tribunal de grado secundario, conocido comúnmente como “el consejo de los tres,” y que con tal carácter era de su incumbencia juzgar las faltas poco graves cometidas contra la religión, así como decidir las disputas que se suscitaban entre cualquiera de los miembros de la sinagoga, en cuanto a asuntos de dinero, hurtos, pérdidas, etc. Es quizá a estos funcionarios a quienes se hace alusión en 1 Cor. 6:5. Véase también Juicio. A la segunda clase de funcionarios pertenecía “el ángel de la sinagoga” o ministro de la congregación, Luc. 4:20, el cual hacía las oraciones y predicaba. En alusión a éstos, a los pastores de las iglesias asiáticas se les llama “ángeles,” Apoc. 2:3. Los otros funcionarios eran: los encargados de distribuir las limosnas, a los cuales se les llamaba limosneros; un delegado o jefe; un intérprete, encargado de traducir las Escrituras hebreas en lengua vulgar; y los diez hombres de reserva, entre los cuales se incluían quizá los que se acaban de mencionar, investidos con el cargo de garantizar el establecimiento de una sinagoga, y de formar una congregación en forma.

El culto de la sinagoga era celebrado como sigue: estando los congregantes sentados, el ministro de la sinagoga subía al púlpito y ofrecía las oraciones públicas, durante las cuales se levantaban aquellos de sus asientos, y permanecían en pie, en una actitud de profunda devoción, Mat. 6:5; Mar. 11:25; Luc. 18:11, 13.

Las oraciones eran en número de 19, y terminaban con la lectura de la execración. En seguida se repetía lo inscrito en sus filacterias o fajas que contenían algunos textos bíblicos, y después de ese acto se procedía a la lectura de la ley y los profetas. La primera estaba dividida en 54 secciones, a las cuales estaban unidas partes correspondientes de los profetas; véase Hech. 13:15, 27; 15:21, y éstas tenían que leerse de la primera a la última en el curso del año. Después del regreso de los judíos de la cautividad, fue empleado un intérprete en la lectura de la ley y los profetas, Neh. 8:2-8, y éste hacía la traducción al dialecto siro-caldeo, que era el que entonces hablaba el pueblo. La última parte del culto consistía en la exposición de las Escrituras y en la predicación sobre algunos textos de ellas. Esto se hacía ya por alguno de los funcionarios eclesiásticos, o por alguna persona distinguida que por acaso se hallase presente. El Salvador a menudo se aprovechaba de la oportunidad que así se le presentaba, para dirigir la palabra a sus paisanos, Luc. 4:16-20, y se registran varios casos en que él mismo y sus discípulos enseñaron en las sinagogas. Véase Mat. 13:54; Mar. 6:2; Juan 18:20; Hech. 13:5, 15, 44; 14:1; 17:2-4, 10, 17; 18:4, 26; 19:8. Todo el culto terminaba con una corta oración o bendición.

Se hacía uso de las sinagogas judías, no sólo para lo relativo al culto divino, sino también para tribunales judiciales cuando se ventilaban asuntos de que por su naturaleza, le incumbía conocer al Consejo de los Tres de que hemos hablado ya. En tales ocasiones la sentencia pronunciada contra el delincuente, según la costumbre que todavía subsiste en el Oriente de aplicar el castigo prontamente, era llevada a efecto algunas veces en el lugar mismo en donde el consejo estaba reunido. De ahí viene que se diga que ciertas personas fueron golpeadas y azotadas en la sinagoga, Mat. 10:17; 23:34; Mar. 13:9; Luc. 21:12; Hech. 22:19; 23:11; 2 Cor. 11:24. Ser expulsado de la sinagoga o excomulgado de la iglesia judía, y privado de los privilegios nacionales, era un castigo muy temido, Juan 9:22; 12:42; 16:2. El nombre de sinagoga se conservó mucho tiempo como el de un lugar de culto, Sant. 2:2; Apoc. 2:9. En nuestros días, los judíos erigen sinagogas en donde quiera que son suficientemente numerosos, y se reúnen el sábado para celebrar el culto. Durante este, leen pasajes del Antiguo Testamento, cantan salmos y recitan oraciones, todo en hebreo, no obstante de que es ahora lengua muerta que muy pocos de ellos hablan. Entre las sinagogas de Jerusalén, que ahora llegan a 8 o 10, algunas son para los judíos de origen español, y otras para los de origen alemán, etc., como en el tiempo de Pablo, en que las había separadamente para los Libertinos, Cireneos, Alejandrinos, etc., Hech. 6:9.

SINAÍ, *zarza*, monte de la Arabia Petrea desde el cual proclamó Dios los diez mandamientos al pueblo congregado de Israel, al tercer mes de su salida de Egipto, Exod. 19:1-20; 20; Deut. 4:10-13, 33, 36; 5:1-22; y al cual se retiró Moisés en diversas ocasiones a recibir de Dios varios reglamentos para su pueblo, Exod. 20:21; 24:1; Lev. 27:34; Deut. 5:23-31. Allí permaneció Moisés por dos periodos de 40 días, conservado milagrosamente sin alimento. Al fin del primer periodo recibió las dos tablas de piedra que contenían los diez mandamientos escritos por el dedo de Dios, Exod. 24:12; 31:18; 32:15, 16, 19; allí tuvo una visión de la gloria divina, y continuó su intercesión por Israel, después de haber adorado éste el becerro de oro, Exod. 34:5-9; comp. Exod. 33:18-23; y allí al terminar el segundo periodo de los ya mencionados recibió las tablas de piedra en reemplazo de las que él había quebrado, Exod. 34:1-4, 28, 29; comp. Deut. 9:9-19, 25 a 10:5. En esa misma región, Moisés había visto, un año o dos antes, la zarza ardiendo, y había sido comisionado por Dios para librar a Israel, Exod. 3:1 a 4:17; Hech. 7:30, 38. Allí también, seis siglos después, Dios se reveló a Elías, que había huido de la ira de Jezabel, 1 Rey. 19:1-18. A la manifiesta presencia de Dios, y a su majestuosa y sublime promulgación de la ley en el monte Sinaí, se hace referencia en Jue. 5:5; Neh. 9:13; Sal. 68:8, 17. En el Nuevo Testamento se pone en contraste el sistema proclamado desde el monte Sinaí, con el evangelio de la gracia de Dios, Gál. 4:24, 25; Heb. 12:18-29.

El empleo que en la Biblia se hace de los nombres Sinaí y Horeb es tal, que es bien de creerse que Horeb, seco, haya sido el nombre general del grupo de montañas, y Sinaí el de la cumbre especial a donde Jehová descendió en medio de fuego, y habló con Israel, Exod. 19:16, 18; Deut. 5:4; 33:2.

Según el uso moderno, aplicase el nombre Sinaí a toda la península cuyas costas están bañadas por los dos golfos del Mar Rojo, así como al grupo central de montañas, y a un solo pico de aquel grupo.

La península del Sinaí es un triángulo cuya base se extiende desde la cabeza del golfo de Suez hasta el de Acaba, cosa de 150 millas; su lado occidental, sobre el golfo de Suez, tiene como 190 millas de largo, y su lado oriental, sobre el de Acaba, tiene 130. Contiene cerca de 11,500 millas cuadradas, una décima parte más que el Estado de Vermont (Estados Unidos de América). En su frontera septentrional hay una ancha zona arenosa contigua a la desnuda cordillera de piedra caliza que forma la frontera meridional del desierto et-Tih. Una llanura cascajosa de una anchura variable se extiende sobre el golfo de Suez; pero la costa del de Acaba es angosta, por tener muy cerca las montañas. Una escabrosa mole de montañas de

granito ocupa la parte principal de la península. Las cordilleras oriental y occidental se encuentran y forman un ángulo en la parte sur. Unas cañadas profundas se dirigen desde la extremidad de sus faldas hasta las alturas centrales. Las montañas son de granito y *gneiss*, con protuberancias aquí y allí de piedra caliza. En el norte y en el oeste tiene estribos de piedra arenosa colorada. Las más altas cumbres tienen más de 8,000 pies sobre el nivel del mar. Los peñascos presentan algunas veces vistosos tintes de un color rojo, púrpura y verde; pero el aspecto general de esa región, aunque grandioso, es árido y sombrío. La península contiene hierro, cobre y turquesas. Los Egipcios establecieron allí colonias desde tiempos muy antiguos, y a veces emprendían el laboreo de minas, principalmente en Maghara, 15 millas al este del golfo de Suez, en donde inscripciones jeroglíficas presentan los nombres de los Faraones desde la dinastía cuarta hasta la décima novena, es decir, desde la edificación de la gran pirámide de Gizeh, hasta el éxodo hebreo. En ese tiempo la península estaba habitada por los Amalecitas y los Madianitas, y posteriormente por los Árabes Nabateos, cuya capital era Petra en Idumea. Véase Sela. Con el resto de la Arabia Petrea, la península fue anexada al imperio romano, 105 A. D. El cristianismo fue desde un principio establecido allí, y coexistió con el sabeísmo o culto de los cuerpos celestes, que era la religión de los naturales. Los cristianos que buscaban refugio contra la persecución que se les hacía en Egipto, huían a ese lugar, y se formaron muchas hermandades de monjes en el monte Serbal y la cañada de Feirán. Sufrieron mucho por los ataques de los bárbaros, y en 527 A. D. Justiniano los autorizó para fabricar una iglesia rodeada por un convento fortificado, que fue el original del que actualmente lleva el nombre de Santa Catalina.

Los Musulmanes establecieron su dominio sobre la península en el siglo séptimo. En muchas partes de ella, pero principalmente en la cañada Mukatteb, *escrito*, que desemboca en la de Feirán por el noreste, hay en las rocas nativas muchas inscripciones cortas y groseramente labradas, que abundan en nombres propios que no son ni cristianos ni judíos, precedidos de palabras tales como “paz,” “bendito,” “en memoria de,” mezclados con imperfectas representaciones de hombres y animales, estrellas, cruces, naves, etc. Según el concepto del profesor Palmer, miembro del cuerpo de ingenieros ingleses, la lengua es arameana, los caracteres nabateos, y las inscripciones obra de algunos ociosos. Parece que fueron escritas durante varios siglos desde el segundo A. C., hasta el cuarto A. D., y las hay también en griego, copto y árabe. Las cumbres más elevadas de la península sinaítica, son Jebel Serbal, en el noroeste, de 6,734 pies; Jebel Musa, de 7,363 pies; Jebel umm-Shaumer, de 8,449; Jebel Catalina, de 8,536; Jebel Zebir, de 8,551. La comarca que circunda a Jebel Musa, que está en el centro de la cordillera, tiene, exceptuando el oasis que se halla en la caña da Feirán, y las cercanías de Tur en el golfo de Suez, el mejor abasto de agua y de pastos de la península, y a ella ocurren los Beduinos cuando los manantiales y los pozos se secan en los demás lugares.

Se ha discutido mucho acerca de cuál montaña fue el teatro de la promulgación de la ley de Dios—las preferidas son Serbal, Musa y Ras Sufsafeh. Los datos que suministra la Biblia son los siguientes: Primero, la cima ha de ser visible desde un espacio plano de una extensión suficiente para poder dar cabida a 2,000,000 de individuos por lo menos, Éxodo 19:11; 20:18. Segundo, el monte ha de levantarse de una manera abrupta en la llanura, Exod. 19:12; Deut. 4:11; Heb. 12:18. Tercero, ha de hallarse en las cercanías abasto suficiente de agua y de pastos — requisito que llenan todas tres montañas. Jebel Serbal, dos millas al sur de la cañada Feirán, por entre la escarpada cañada Aleiyat, no llena los requisitos primero y segundo. Es cierto que se levanta más de 4,000 pies sobre los valles que se extienden a su base, pero su cumbre, que es un lomo de tres millas de largo, está interrumpida por muchos picos puntiagudos, y los valles circunvecinos son un desierto cubierto de guijarros y lechos de torrentes. Además apenas puede verse uno que otro punto de la montaña desde la cañada Feirán.

Como 20 millas al sudeste de Jebel Serbal, se halla un lomo o espinazo aislado de dos millas de largo, de noroeste a sudeste, y de casi una milla de ancho. Su pico más elevado se halla en la extremidad meridional, y ahora lleva el nombre de Jebel Musa, Montaña de Moisés, habiendo sido identificada por la tradición monástica, desde el tiempo de Justiniano, con la cumbre sagrada; pero la cañada Sebaiyeh, o el valle del curador, llamada así con referencia a Exod. 3:1, es demasiado estrecha y áspera para haber proporcionado a las huestes hebreas terreno a propósito en que poder acampar. El pico septentrional del mismo lomo, Ras es-Sufsafeh, del sauce, nombre que le viene de un árbol de esta clase que hay en su costado, llena todos los requisitos. Se levanta de un modo abrupto desde la cañada er-Rahah, y sobresale a todas las otras montañas que hay cerca y a la vista, y se halla tan separada de ellas por llanuras, y por profundas y escarpadas barrancas, que muy bien pudieron establecerse límites a su alrededor. Exactamente a su base se extiende la cañada er-Rahah, descanso, que encierra una llanura de dos millas de largo, de sudeste a noroeste y de media milla de ancho, y contiene algo más de dos millones de varas cuadradas inglesas, a propósito para acampar, y este espacio se dobla si se incluyen los valles que van a dar a ella por el este.

La cumbre de Ras Sufsafeh, de cerca de 2,000 pies de elevación sobre la llanura, es accesible desde er-Rahah por una cañada agreste, al descender la cual por entre dos peñascos, bien pudo Moisés haber oído las exclamaciones de los idólatras que adoraban el becerro de oro, antes de que estos le viesan, Exod. 32:17, 19. Por la misma cañada se abre paso un torrente invernal para bajar a er-Rahah; y hay varios manantiales y corrientes perennes en las cercanías, Deut. 9:21.

El Dr. Robinson que ascendió a Ras Sufsafeh en 1838, fue el primero que propuso su identificación con el monte sagrado. “La suma dificultad,” dice dicho escritor, “y el peligro del ascenso, quedaron bien recompensados con la perspectiva que se presentó a nuestra vista. Todo el llano er-Rahah yacía a nuestros pies, a la vez que la cañada esh-Sheikh a la derecha, y un recoveco o rincón a la izquierda, unidos ambos lugares por medio de er-Rahah, presentaban una área equivalente casi al doble de la llanura. Se robusteció nuestra convicción de que allí, o en alguno de los peñascos adyacentes, fue el sitio a donde el Señor descendió en medio de fuego y proclamó la ley. Allí se extendía la llanura donde toda la congregación pudo haberse reunido; allí estaba el monte al cual uno podía llegar hasta tocarlo, y allí la ceja de la montaña, el único punto donde pudieron haberse visto los relámpagos y la densa nube, y donde pudieron haberse oído los truenos y la voz de la trompeta cuando el Señor descendió a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. Nosotros nos abandonamos a las impresiones de tan majestuosa escena, y con sensaciones que nunca olvidaremos leímos en el original, tal como los escribió el gran legislador de los Hebreos, la sublime relación de los acontecimientos que allí se verificaron y los mandamientos que allí se proclamaron,” Exod. 19:1 a 20:21.

Los miembros de la Comisión inglesa de Ingenieros, después del cuidadoso examen que hicieron de esa región en 1868 y 1869, convinieron unánimemente en identificar a Ras Sufsafeh con el monte sagrado.

Separadas por cañadas de la cordillera Sufsafeh-Musa, hay dos cordilleras paralelas. El monte Catalina, tres millas al sudoeste de Jebel Musa, es el pico meridional de la cordillera occidental. En la cañada *ed Deir*, entre Sufsafeh y la cordillera oriental, está el convento o *deir* de Santa Catalina, fundado por Justiniano en 527 A. D., en donde residen en la actualidad como 50 monjes. Su biblioteca contiene cosa de 1,500 libros impresos y 700 manuscritos, entre los cuales Tischendorf en 1859 descubrió el Codex Sinaiticus, un valiosísimo manuscrito griego de la Septuaginta y el Nuevo Testamento, probablemente del siglo 40. Al norte de er-Rahah está una montaña llamada Jebel Seneh, que sugiere el antiguo nombre Sinaí, pero mucho menos imponente que Ras Sufsafeh.

Se cree que las huestes israelitas, al dirigirse en su peregrinación desde el desierto de Sin hacia el este del Mar Rojo, llegaron al lugar en que acamparon cerca del monte Sinaí siguiendo una serie de cañadas que serpentean entre las montañas, principalmente la de Feirán y la de Sheikh, en una de las cuales estaba Refidim. La de Feirán comienza cerca del Mar Rojo, y volteando hacia el noreste va a dar a la de Wady esh-Sheikh, la cual haciendo un circuito al norte de Jebel Seneh, se inclina hacia el sur y se pierde en la llanura er-Rahah en su extremidad oriental. Un camino más corto pero mucho más difícil, se sigue a veces por los viajeros a través del escabroso y sublime Nugb Hawa, paso del viento, que deja a esh-Sheikh al oeste de Jebel Seneh, y entra a er-Rahah en su extremidad noroeste. Se disfruta desde él una grandiosa vista de la llanura, del convento fortificado de Santa Catalina, y de la majestuosa altura del Monte Sinaí.

SINAÍ, DESIERTO DE, región que se halla entre dos de las estaciones de los Israelitas, Refidim y Kibrot-Hattaava, Núm. 33:15, 16, a la cual llegaron los Israelitas al tercer mes de haber salido de Egipto, Exod. 19:1, 2; comp. Ex. 18:5, y en donde permanecieron cerca de un año, Números 10:11, 12, 33. Durante este tiempo se les dieron jueces, Exod. 18:13-26; se les comunicó la ley por conducto de Moisés; el tabernáculo fue construido y aderezado, Ex. 39:42 a 40:35; Aarón y sus hijos fueron consagrados al sacerdocio; Nadab y Abiú perecieron, Lev. 8-10; Núm. 3:4; fueron consagrados los Levitas, Núm. 3:5-16; 8:5-22; fue celebrado el primer aniversario de la pascua, Núm. 9:1-5, y practicado el primer censo, Núm. 1:1-19. Este campamento que duró un año, ocupaba la llana y espaciosa mesa que se halla al norte del Monte Sinaí, llamada ahora er-Rahah, y también la cañada adyacente esh-Sheikh, y otras menores en esas cercanías. Esta región se halla bien provista de manantiales, ríos y pastos. Véase Sinaí, Monte.

SINAR, LA TIERRA DE, contenía las ciudades Babel, Arac, Calatine y Acad, Gén. 10:10. En esta región ocurrió la confusión de lenguas, Gén. 11:2-9. Uno de sus reyes, al retirarse con sus aliados de una incursión que hizo con buen éxito en Canaán, fue perseguido y derrotado por Abraham, Gén. 14:1-17. Sus fábricas textiles eran bien conocidas y estimadas desde tiempos muy antiguos, Jos. 7:21, (en hebreo, "vestiduras de Sinar.") La tierra de Sinar se menciona en Dan. 1:2 y Zac. 5:11. Puede probablemente identificarse con la de Sumer o Shumer de las inscripciones cuneiformes, por ser este un nombre que en ellas denota, al parecer, la región meridional de la tierra de los Caldeos," esto es, "Babilonia" o "Mesopotamia," en su sentido más lato, Hech. 7:2. Los nombres de Sumer y Acad se encuentran frecuentemente en las inscripciones, y designan todo el rico y populoso llano aluvial que se extiende a lo largo del Éufrates y el Tigris, desde el Golfo Pérsico (que antiguamente se extendía hacia el norte más allá de la actual junta de los dos ríos), hasta un punto un poco al norte de la moderna Bagdad por más de 200 millas. Un pueblo muy culto, no semítico, debió de ser dueño al principio de esta región, comp. Gén. 10:8-10, antes de que los Caldeos semíticos la subyugasen. Estos adoptaron la civilización y conservaron el dialecto de la raza conquistada.

SINEOS o TIERRA DE SINIM, pueblo muy distante de la Tierra Santa, cuya conversión al Dios de Israel fue predicha, Isa. 49:12. Ahora se identifican generalmente con los Chinos, llamados Sinoe o Thinoe por el geógrafo griego Ptolomeo, 140 A. D., y conocidos antes por los Árabes como Sin, y por los Sirios como Tsini. Tsin es también el nombre rabínico de China. Desde tiempos muy antiguos el este del Asia estaba unido con el oeste por medio de caminos comerciales, y por ellos se conducían algunas de las producciones y manufacturas de la China, tales como la seda en bruto y la tejida. Véase Seda.

Los Nestorianos predicaron el evangelio en China desde un principio. En 1625 un Jesuita misionero descubrió en Si-gan-foo, la antigua capital de China, y ahora de la provincia de Shin-se en el noroeste, una losa del año de 781, que refiere en Chino y en Siriaco como se estableció en la ciudad con el consentimiento imperial, el "King Kiao," o religión ilustre, y contiene una larga lista de clérigos

nestorianos. En los siglos 12 o y 13 o, las conquistas de Jenghis Khan y sus sucesores, las cuales abarcaron la mayor parte del Asia y de la Europa Oriental, abrieron de nuevo la vía de comunicación con China, conocida entonces como Khitai o Cathay, nombre tomado del de Khitan, que era el de la dinastía reinante de los siglos 9 y 10. Varios viajeros, entre ellos el famoso Veneciano Marco Polo, varios comerciantes y algunos misioneros franciscanos visitaron en esa época a Cathay. Muchos de los habitantes se convirtieron al romanismo, y se estableció un arzobispado en Cambaluc, la ciudad que ahora se denomina Pekin. Después de la caída de la dinastía Jenghis, 1368, se cerró de nuevo Cathay a los Europeos, y desapareció todo vestigio del cristianismo. En el siglo 16 los Portugueses y los oficiales de la marina española la descubrieron otra vez con el nombre de China, y se enviaron allí de Roma misioneros jesuitas y dominicanos. Las misiones de estos florecieron por cerca de siglo y medio; pero como ellos contemporizaron con la idolatría nacional y rehusaron la Biblia a los conversos, poco fue lo que se hizo por la difusión de la verdadera religión, moralidad y cultura. Andando el tiempo, las clases superiores del imperio empezaron a recelarse del influjo papal, y en 1722 se publicó un edicto que abolía el cristianismo; 300 iglesias fueron destruidas o suprimidas, y 300,000 conversos quedaron expuestos a la persecución, sometiéndose muchos al sufrimiento y a la muerte con admirable entereza. En 1842 se abrieron al comercio extranjero las puertas de Cantón, Ainoy, Foochow, Ningpo y Shanghai; en 1845 se garantizó la tolerancia a los cristianos conversos, por medio de un edicto; y en 1858 se concedió libertad a todas las sectas del cristianismo por toda la extensión del Imperio. El fundador de las misiones protestantes en China fue el Rev. Robert Morrison, 1807 a 1834, el cual hizo la primera traducción de la Biblia en Chino, y trabajó por la extensión del evangelio en lo privado, por estar entonces prohibida la pública enseñanza de la religión cristiana. Después de la abertura de los cinco puertos, las misiones protestantes comenzaron con todo empeño, y sus abundantes frutos, especialmente en estos últimos años, dan fe de la fidelidad de la promesa divina.

II. Tribu cananea, Gén. 10:17; 1 Crón. 1:15, probablemente cerca del monte Líbano.

SÍNTIQUE, *con fortuna*, y EVODIA, *buen viaje*, Filip. 4:2, 3, mujeres eminentes por su virtud y buenas obras, en la iglesia de Filipos. Pablo las exhorta a obrar de consuno y en concordia en sus trabajos cristianos, como deben hacerlo todos los que están “en el Señor.”

SION, I., uno de los nombres del monte Hermón, Deut. 4:48. Compare Deut. 3:9, y véase Hermón.

II. La forma griega del hebreo Sion, Mat. 21:5.

III. Ruinas, Jos. 19:19, ciudad de Isacar, de la que se hallan vestigios en Ayun-esh-Shain, tres millas al noroeste del monte Tabor.

IV. En hebreo *Tzion*, que le da el sol, la montaña más alta y grande de Jerusalén, la cual se eleva 2,593 pies sobre el nivel del Mediterráneo, y 100 pies sobre la cumbre del monte Moría. Formaba la parte sudoeste de la ciudad, y tenía una superficie plana como de 500 yardas de largo por 250 de latitud, que descendía al principio de un modo casi imperceptible y luego casi perpendicularmente, a los valles que la rodeaban. El del lado norte está casi arrasado; en el oriente está el valle Tyropoeon; en el sur el de Hinom, y en el occidente el de Gihón. Estos eran mucho más profundos en tiempos remotos que en los actuales, por haberse llenado en parte por las ruinas causadas por muchas guerras y trastornos; pero Sion está aún a 300 pies de altura sobre el nivel del valle en el sudoeste, y 590 pies más alto que en Rogel. La posición de dicho monte se prestaba mucho a la defensa militar, y los Jebuseos que la poseyeron durante el tiempo de la conquista, y mucho después, altanamente provocaban al ataque. Fue tomado al fin por David, y desde entonces llamado “la ciudad de David,” 2 Sam. 5:5-9; 1 Rey. 8:1; 2

Crón. 5:2. Parece que este rey se complacía mucho en la fortaleza y la belleza de Sion, y que la amaba como tipo de la iglesia del Mesías, pues dijo: “De hermosa situación, el gozo de la tierra es el monte Sion, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey.” “Rodead a Sion, y cercadla; contad sus torres. Poned vuestro corazón a su antemuro, mirad sus palacios, para que lo contéis a la generación venidera,” Sal. 48:2, 12, 13. Una mezquita cerca del extremo sur cubre actualmente “la tumba de David,” donde ese rey y catorce de sus sucesores fueron sepultados. Ese lugar es vigilado con mucho cuidado por los Musulmanes, y Rey. 2:10; 11:43; 22:50. Este monte, juntamente con los de Moría y Ofel, llamados “los montes de la santidad,” Sal. 87:1, 2, estaba rodeado por el primer muro, y fortificado con ciudadelas, 1 Crón. 11:5. En su cumbre fueron edificados los magníficos palacios de Salomón, y mucho después los de Herodes. Fue llamado por Josefo “la ciudad más alta,” y en su extremo norte había tres grandes torres: Hippicus, Phasaelus y Mariamne, las cuales se levantaban dentro de un muro que se extendía desde el puerto de Jope hacia el oriente, pasando por el palacio real y el Xystus, hasta el área del templo; y estaba esta tan bien fortificada cuando los Romanos la tomaron, que el emperador exclamó, “Ciertamente Dios nos ha ayudado en esta guerra; ¿porque qué podrían haber hecho las fuerzas o las máquinas humanas en contra de estas torres?” Grandes cambios se han efectuado en la superficie de Sion, y gran parte se halla fuera del lado sur del muro moderno, y está ocupada por cementerios, o “arada como campo,” según la predicción de Jeremías 26:18; Miq. 3:12. Se dice que al aproximarse a Jerusalén dos rabinos, vieron una zorra corriendo en el monte Sion. Uno de ellos, llamado Josué, lloró; mas el otro, llamado Eleazar, se rio. “¿Por qué te ríes tú,” dijo el que lloraba; “y por qué lloras tú,” dijo el que se reía. “Lloro,” contestó el primero, “porque veo cumplido lo que está escrito en el libro de las Lamentaciones, pues el monte Sion está desolado y las zorras corren en él.” “Pues esa es la causa porque yo me río,” contestó el rabino Eleazar, “pues cuando veo por mis propios ojos que Dios ha cumplido sus amenazas al pie de la letra, tengo la seguridad de que ninguna de sus promesas dejará de cumplirse, pues está siempre más dispuesto a manifestar misericordia que a manifestar severidad.”

Sion e “hija de Sion,” son expresiones empleadas algunas veces para denotar toda la ciudad, incluyendo especialmente a Moría y al templo, Sal. 2:6; 9:11; 48:2; 74:2; Isa. 1:8; 8:18; 10:24; 30:19; Joel 2:23; y algunas otras, en sentido figurado, para denotar el lugar de la verdadera iglesia en la tierra y en el cielo, Jer. 8:19; Heb. 12:22; Apoc. 14:1. Véase Jerusalén.

SIOR, *pequeñez*, Jos. 15:54, actualmente Sair, a 4 o 5 millas al noreste de Hebrón.

SIPAI, o SAFAI, *umbral*, gigante filisteo, 1 Crón. 20:4; llamado Saf en 2 Sam. 21:18.

SIQUEM, *hombro*, I., príncipe heveo, que sedujo a Dina la hija de Jacob, y el cual juntamente con su padre Hamor y otros muchos Siquemitas fue traidoramente muerto por Simeón y Leví, Gén. 34.

II. Descendiente de Manasés, Núm. 26:31; Jos. 17:2.

III. Otro de la posteridad del mismo Manasés, 1 Crón. 7:19.

IV. Ciudad del Canaán Central en el valle situado entre los montes Garizim y Ebal. Abraham erigió allí el primer altar que puso en Canaán, Gén. 12:6, 7. Jacob, al volver de Padan-aram, acampó cerca de Siquem, que era entonces una ciudad de los Aveos, compró una tierra que después legó como herencia especial a José, y erigió un altar, Gén. 33:18-20; 48:22; Juan 4:5.

En venganza de una ofensa, sus hijos tomaron la ciudad y la despojaron, Gén. 34. Debajo de una encina, cerca de Siquem, Jacob, antes de partir, enterró los amuletos y terafim de su casa, Gén. 35:1-4. Sus hijos

volvieron con sus rebaños a esta fértil región, y allí los buscó José, que había venido de Hebrón, 50 millas al sur, Gén. 37:12-17. Después de la conquista, los huesos de José fueron sepultados en su heredad cerca de Siquem, Jos. 24:32; Hech. 7:16. La ciudad estaba en el territorio de Efraín, y fue asignada a los Levitas hijos de Coat, y convertida en ciudad de refugio, Jos. 20:7; 21:20, 21. Por su posición central y lo sagrado de los objetos a que se la había destinado, llegó a ser una ciudad de reunión de las tribus. Cerca de su sitio tuvo lugar la solemne lectura de la ley con acompañamiento de bendiciones y maldiciones, en un paraje donde los montes Ebal y Garizim se acercan más entre sí, y las personas que se hallan en los lados opuestos, pueden conversar fácilmente, Deut. 11:29; 27; 28; Jos. 8:30-35. Allí hizo Josué que las tribus contrajeran un solemne compromiso de servir a Jehová, en conmemoración de lo cual levantó una gran piedra debajo de la encina o alcorno que Abraham y Jacob habían consagrado mucho tiempo antes, Jos. 24:1-28. Junto a este mismo monumento probablemente, Abimelec el hijo de Gedeón fue hecho rey, Jue. 9:6; y desde el monte Garizim, a cuyo pie estaba situada la ciudad, Jotam profetizó males contra el pueblo y el rey, Jue. 9:7-26, predicción que se cumplió tres años después en su destrucción, vers. 22-57. Siquem fue reedificada después. David alude a ella diciendo que representaba la tierra prometida al oeste del Jordán, Sal. 60:6. Roboam fue allí para ser coronado, pero en el mismo lugar dio motivo a las diez tribus para que se rebelaran, 1 Reyes 12:1-18. Bajo el gobierno de Jeroboam la ciudad llegó a ser la primera capital del reino Septentrional, vers. 25; pero la residencia del gobierno fue poco después trasladada a Tirsá, 1 Rey. 14:17; 15:21, 33. Después de la conquista asiria y de la cautividad, 721 A. C., Siquem recibió sin duda parte de los colonos paganos, 2 Rey. 17:6, 24-41. Después de la conquista que de Judá hizo a su vez Babilonia, 588 A. C., los Siquemitas fueron del número de los muertos en Mizpa por Ismael, Jer. 41:5-7; y “los tesoros en el campo” por los cuales se les perdonó la vida a diez hombres, eran probablemente provisiones entre hoyos cubiertos tales como los que se usan todavía para el mismo objeto en las faldas secas de los cerros de Palestina. Siquem llegó a ser la ciudad principal de los Samaritanos, por estar cerca de su templo nacional, el cual estaba edificado en el monte Garizim, y así continuó siéndolo, por lo menos hasta que Juan Hircano capturó la ciudad y destruyó el templo 129 A. C. Véanse Gerizim y Samaritanos. Cerca de Siquem estaba el pozo de Jacob, junto al cual platicó Cristo con la mujer Samaritana, Juan 4. Más tarde, en el tiempo de Josefo, la ciudad que sin duda sufrió en la guerra Judía, fue reedificada por los Romanos y llamada Flavia Neápolis, ciudad nueva de Flavio, en honor de Flavio Vespasiano, general y emperador romano. Muchas monedas de la ciudad, en las cuales se le da este nombre, existen aún; y se conserva todavía en la forma arábiga Nablús o Náblius. Es cuestión que se disputa si la ciudad de “Sicar” mencionada en Juan 4: 5, era idéntico con Siquem, nombre cuya forma griega fue la que usó Esteban, Hech. 7:16. Véase Sicar. Siquem fue sin duda visitada por los apóstoles y discípulos en sus viajes de evangelización por Samaria, Hechos 8:25; 9:31; 15:3. Justino el filósofo y mártir cristiano, pagano de nacimiento, vio la luz en Neápolis hacia 100 A. D. Se mencionan pastores de Neápolis que asistían a los Concilios eclesiásticos hasta 536 A. D. La ciudad fue tomada por los Musulmanes en el siglo VII. Se sometió a los cruzados después, de la toma de Jerusalén, 1099 A. D., pero fue vuelta a tomar por los Musulmanes, 1242 A. D., en cuyo poder ha permanecido desde entonces.

El valle en que está situada Nablús se extiende 8 o 9 millas hacia el noroeste; está 2,360 pies sobre el nivel del mar, y el Monte Garizim en el sur y el Ebal en el norte se elevan unos 600 y 800 pies más, respectivamente. Al este el valle se abre en el extremo septentrional de la fértil llanura de el-Mukhna, que tiene milla y media de ancho, y diez millas de largo, de norte a sur. Por esta llanura pasa el camino que conduce a Jerusalén, como 30 millas al sur de Nablús; el camino toma un rumbo nordeste hasta Tubas o Thebes, a 10 millas de Nablús, y desde allí continúa por cerca de 30 millas hasta el límite meridional del Mar de Galilea. Sebustiyeh, o Samaria, está 5 ½ al noroeste de Nablús, en un cerro que se eleva al extremo del valle. Nazaret está situada como 30 millas al norte de Nablús. Al pie del Monte

Garizim, donde el valle de Nablús se pierde en la llanura, y cerca del camino que conduce a Jerusalén, está el pozo de Jacob, al cual se le da todavía el nombre de Bir-Yakub, sitio reconocido como verdadero por los judíos, los Samaritanos, los Cristianos, y los Musulmanes. Allí Jesús, “cansado del camino,” se sentó a la hora sexta, esto es, al mediodía, probablemente en el mes de Quisleu o Diciembre, en tanto que sus discípulos se habían ido a la ciudad “a comprar qué comer;” también allí le reveló a la Samaritana que él era el Mesías, y recibió a los compatriotas de aquella. En Sicar, Jesús pasó dos días segando la mies de las almas de que había hablado a sus discípulos, Juan 4:5-8, 25-42. El pozo se halla rodeado de las ruinas de una iglesia cristiana que fue edificada en el siglo 4 y destruida antes del tiempo de las cruzadas. Su profundidad en 1858 era de 105 pies, pero las piedras que se han arrojado al fondo la han disminuido, de suerte que ahora es solo de unos 75 pies. Como a cosa de un cuarto de milla del pozo está el sitio tradicional de la tumba de José, el cual está ahora encerrado entre cuatro paredes altas y blanqueadas, y es actualmente la tumba de un “Wely,” o santo mahometano. Los Musulmanes aseveran que los huesos de José fueron trasladados de ahí a la cueva de Macpela. Un cuarto de milla más adelante, al pie del Monte Ebal, está la aldea de Asear, identificada por algunos con Sicar. Véase Sicar. Hay tumbas antiguas alrededor de la base de la montaña. Nablús está milla y media al noroeste del pozo de Jacob, pero tal vez en tiempos antiguos estaba situada más al este que ahora. El camino pasa por un vallecito muy bello, que tiene más de milla y media de ancho en su desembocadura en el Mukhna, pero más arriba se estrecha, luego se ensancha otra vez, y por último vuelve a estrecharse, de suerte que en Nablús es más angosto que en ningún otro sitio. Como a la mitad del camino entre el pozo y la ciudad están las vertientes que median entre el Jordán y el Mediterráneo. Las fuentes que brotan de ambos lados de este punto, y corren hacia el oriente las unas, y hacia el occidente las otras, estaban en poder de los Cananeos cuando Jacob, de acuerdo con la tradición citada por la Samaritana, cavó el pozo a que después se dio su nombre. Como a tres cuartos de milla del pozo, en un rincón formado en la base septentrional del Monte Garizim, está un lugar llamado ahora el-Amud — esto es, el pilar— que los Samaritanos dicen que es el sitio del encino de More, Gén. 12:6; 35:4, y de la piedra de Josué, Jos. 24:26. El valle está regado por varias corrientes, es fértil y está bien cultivado; cerca de la ciudad tiene bastantes árboles, entre los cuales abundan más los olivos. La población está rodeada de huertas lozanas y de vergeles de higos, moreras, uvas, almendras, naranjas, albaricoques y otras frutas. La calle principal empieza en la puerta oriental y termina en la occidental, y en ella están situados la mayor parte de los bazares. Las calles laterales son angostas, embovedadas y oscuras. Las casas son altas, construidas de piedra, y tienen cúpulas y almenas en las azoteas. Hay cinco mezquitas, tres de las cuales fueron originalmente iglesias de los cruzados. Los Samaritanos viven en el barrio sudoeste, cerca de su sinagoga, y desde la puerta occidental de la ciudad hay un camino que conduce a su lugar sagrado, en la cumbre del Monte Garizim. Unos calculan que tiene 9,000 habitantes, otros que tiene hasta 13,000. Todos estos son Musulmanes, con excepción de 140 Samaritanos, unos pocos judíos, y como 650 Cristianos. Los últimos son principalmente de la Iglesia Griega Ortodoxa. Los habitantes se ocupan con actividad de las manufacturas y del comercio; como 20 fábricas hacen jabón del aceite de olivo, y hacían los deshechos en los arrabales de la ciudad. También se fabrican telas de lana y en algodón. Todos los artefactos se producen en suficiente cantidad para abastecer el vecindario y para enviar en caravanas a lugares lejanos.

He aquí algunos extractos de la descripción que hace el Dr. Clark del lugar de que tratamos: “Nada hay más bello en la Tierra Santa que la vista que se obtiene de Nablús desde los altos que la circuyen. Al descender el viajero hacia ella desde las colinas, parece anidada en medio de frondosos y fragantes cenadores, pues está medio tapada por los lozanos jardines y por los majestuosos árboles que forman bosquecillos en derredor del lindísimo y pintoresco valle en que está situada ... En la mañana del día siguiente al de nuestra llegada, encontramos caravanas procedentes de Cairo, y observamos otras que descansaban a la sombra de los olivares, cerca de las puertas de la ciudad.

“En las colinas circunvecinas pacían, como en los tiempos antiguos, los rebaños de ganado mayor y menor; no había en el traje sencillo de los pastores de Samaria cosa alguna incompatible con las ideas que uno se forma del aspecto de los hijos de Jacob.

“Tal vez ningún cristiano docto ha leído jamás el capítulo cuarto del Evangelio de Juan, sin admirarse de las muchas pruebas internas que de su verdad se presentan a la mente al leerlo. Prescindiendo de su importancia como documento teológico... podría llenarse un volumen para poner de manifiesto cómo se roza con la historia de los judíos y la geografía de su país. Todo cuanto puede sacarse de las obras de Josefo parece un comentario para aclarar este capítulo. El viaje de nuestro Señor de Judea a Galilea, el motivo para hacerlo, su tránsito por el territorio de Samaria, su aproximación a la metrópoli de este último país, el nombre de ésta, su llegada al campo amorita con que termina el estrecho valle de Siquem, la costumbre antigua de detenerse junto a un pozo, la ocupación mujeril de sacar agua, el envío de los discípulos para que consiguiesen qué comer, lo cual demuestra que el pozo estaba en los afueras de la ciudad, la pregunta de la mujer respecto de las preocupaciones que entonces separaban a los judíos de los Samaritanos, la profundidad del pozo, la alusión oriental que entraña la expresión ‘agua viva,’ la historia del pozo y las costumbres que ejemplifica el culto sobre el Monte Garizim—todo esto se encuentra en el espacio de veinte versículos.”

SIRA, *retirado*, POZO DE, 2 Sam. 3:26, lugar a que Abner había llegado yendo de Hebrón, cuando fue vuelto a llamar por Joab. Hay hoy día un manantial y un depósito llamado Ain Sara, en el lado oeste del camino, como una milla al norte de Hebrón.

SIRACUSA, ciudad grande y célebre que ocupaba una península y la playa adyacente, en la costa oriental de Sicilia, con un puerto espacioso y excelente. Fue fundada por los Corintios, 734 A. C., llegó a ser opulenta y poderosa, y estaba dividida en cuatro o cinco barrios o distritos, cada uno de los cuales formaba de por sí una ciudad separada. La circunferencia de la ciudad entera tenía, según refiere Strabo, cosa de 22 millas. Siracusa es célebre por haber sido el lugar del nacimiento y residencia de Arquímedes, cuyas ingeniosas invenciones mecánicas durante el sitio de esa ciudad por los Romanos, 215 A. C., retardaron largo tiempo su expugnación. Después de su destrucción por Marcelo, 212 A. C., Augusto reedificó la ciudad en parte, y esta recobró mucho de su antigua grandeza y poderío. En tiempos posteriores fue conquistada por los Sarracenos, 675 A. D., y tomada de nuevo por Rugerio duque de Apulia, 1090 A. D. La que era entonces península, ahora es una isla llamada Ortigia. Pablo pasó allí tres días, en su camino de Melita a Roma, en la primavera de 63 A. D., esperando un viento favorable, Hech. 28:12-14. La población, que llegó a contar hasta 200,000 habitantes, ahora no pasa de 11,000.

SIRIA, nombre griego derivado tal vez del hebreo *Tsur* o *Tiro*, en hebreo *Aram*, Núm. 23:7; Jue. 10:6, región extensa del Asia. Siria en su acepción más lata era el nombre de todo el territorio que se extendía entre el Mediterráneo, el monte Taurus y el río Tigris, e incluía por lo tanto la Mesopotamia o Siria de los dos ríos. Tenía como 240 millas de largo, y de 120 a 150 de ancho, y contenía cinco o seis divisiones principales: 1. Aram-Damme-sek, o Siria de Damasco; 2. Aram-Maacah; 3. Aram-Bet-rehob, 1 Rey. 10:29; 2 Reyes 7:6; 4. Aram-Zobah; 5. Aram-naharaím, Siria de los dos ríos, o Padan-aram, comúnmente llamada Mesopotamia en la Biblia. Véase Aram II. De estas porciones de la Siria, variaban a menudo los respectivos límites. Siria de Damasco fue la más notable en la historia hebrea. Véanse las ciudades antes mencionadas, y también Antioquía, Heliópolis II, Gebal, Hamat y Tadmor.

La Siria de que trata el Nuevo Testamento puede considerarse como limitada al oeste y noroeste por el Mediterráneo y por el monte Taurus, que la separan de Cilicia y Cataonia en el Asia Menor; al este por el

Éufrates, y al sur por la Arabia Desierta y por Judea, incluyendo la parte septentrional de Palestina, Mat. 4:24; Luc. 2:2. Compare 2 Rey. 5:20; Hech. 15:41; comp. Gál. 1:21; Hech. 18:18; 20:3.

Los siguientes son los rasgos distintivos de la geografía física de Siria. 1. Una zona estrecha de tierra baja que se extiende a lo largo del Mediterráneo, con una que otra prominencia que se avanza en el mar; 2. La cordillera del Líbano en el sur; la de Bargilus en la parte media, de una altura de 4.000 pies, que termina en el monte Casius (cerca de la desembocadura del Orontes) el cual tiene una elevación de 5,700 pies; y el monte Amanus al norte, que se halla a la de 6,000; 3. El valle de Coele-Siria, entre las cordilleras del Líbano y del Anti-Líbano, y el valle del Orontes al norte—territorio que tiene una longitud de 230 millas; 4. La cordillera del Anti-Líbano y su prolongación hacia el norte; 5. El desierto formado por la mesa que se extiende hasta el Éufrates, en que se halla el notable oasis de Palmira. Véase Tadmor. El valle de Coele-Siria tiene como 100 millas de largo, y de 6 a 20 de ancho, y es casi tan a nivel como el mar.

Siria fue en tiempos remotos un poderoso reino Heteo, que es el Khatti de los monumentos asirios. Josué le disputó su dominio en la Palestina Septentrional, Jos. 11:2-18. David se creyó con derecho a la posesión del país hasta el Éufrates, Gén. 15:18; derrotó al rey de Soba en una gran batalla, 2 Sam. 8:3, 4, 12; 10:6-19, y a los Sirios de Damasco, 2 Sam. 8:5, 6; y Salomón imperó en casi toda la Siria hasta el fin de su vida, 1 Rey. 4:21; 11:23. Siria tuvo frecuentes luchas con Judá e Israel, 1 Rey. 15:18-20; 20; 2 Rey. 10:33; 13:22; 14:25, 28, y fue al fin subyugada por Teglath-Falasar, y gobernada por los Babilonios y los Persas. Alejandro el Grande la conquistó, 333 A. C., y después de su muerte, Seleuco Nicator formó de la Mesopotamia y la Siria un poderoso reino, el cual fue gobernado por una serie de 16 príncipes llamados Seléucidas. Posteriormente cayó en poder de los Partos al mando de Tigranes, y en 64 A. C., en poder de los Romanos al mando de Pompeyo. El cristianismo fue establecido en Siria desde un principio, tanto por Pablo, Gál. 1:21, como por los que perseguidos por los judíos se vieron obligados a buscar allí refugio, Hech. 11:19. Las iglesias de Siria llegaron a ser grandes y florecientes, Hech. 13:1; 15:23, 35, 41. En 634 A. D., los Musulmanes conquistaron el país, y lo han poseído desde entonces, si se exceptúan los dos siglos de las cruzadas. En 1517 fue subyugada por los Turcos al mando de Selim I, y en los tiempos modernos, durante un corto periodo, por los Egipcios al mando de Ibrahim. Ahora se halla comprendida en tres departamentos gobernados por bajáes, que son Aleppo, Damasco y Sidón. Las mejores comarcas de Siria han estado densamente pobladas desde una época muy antigua, y los viajeros hallan vestigios de muchísimas ciudades que no se mencionan en la historia. Su población actual no llega a dos millones de habitantes. Más de las tres cuartas partes de éstos son Musulmanes, y el resto se compone de Cristianos—Griegos, Latinos, y Maronitas— Drusas, Yezideos y judíos. No obstante la protección nominal de la Gran Bretaña, la población no Musulmana se halla cruelmente oprimida. La lengua predominante es la arábiga. Hay 70 u 80 misiones cristianas establecidas en Siria; Beirut es el principal centro misionero. Los comulgantes en las iglesias protestantes llegan a 700, y hay 175 escuelas.

SIRIÓN, *armadura del pecho*, el nombre sidonio del monte Hermón, Deut. 3:9; Sal. 29:6. Véase Hermón.

SIROFENICIA, el nombre de Fenicia propiamente dicha durante el periodo que estuvo bajo el poder de Siria; viniendo de ahí el nombre dado en Mar. 7:26 a la mujer a quien también se llama “griega” es decir, gentil, y “canaana,” Mat. 15:22, por haber sido fundado ese país por Sidón el hijo mayor de Canaán, Gén. 10:15. Véase Fenicia.

SIRTE, Hech. 27:17, nombre dado a dos golfos arenosos de la costa septentrional de África, cuyos peligrosos bajíos e inciertas corrientes los hacían temibles a los antiguos navegantes. Estos golfos eran llamados la Sirte Mayor y la Menor. Estando el buque de Pablo cerca de la costa meridional de Creta, el

viento norte debía naturalmente haberlo llevado a la Sirte Mayor al sudoeste de Creta, llamada ahora golfo de Sidra, al norte de Trípoli. La Sirte Menor es ahora el golfo de Cabes en la orilla oriental de Tunis, al sudoeste de Malta.

SIS, *proyección*, el paso por donde los Moabitas, Amonitas y Maonitas subieron desde la orilla del Mar Muerto, habiendo seguido la costa sudoeste hasta dicho punto, y dirigido después hacia el noroeste hasta Tecoa, en contra de Josafat, 2 Crón. 20:16. Compare vers. 20. Es indudablemente el paso llamado hoy día Ain Jidy, que aunque muy empinado, lo atraviesan todavía los ladrones árabes. Una llanura, “el desierto de Jeruel” y de Tecoa, se halla entre ese paso y Tekúa. Véase En-gedi, y mapa en la pág. 398.

SISAC, rey de Egipto que proporcionó refugio a Jeroboam cuando iba huyendo del rey Salomón, 1 Rey. 11:40. Azuzado tal vez por Jeroboam cuando éste se hizo rey de Israel, Sisac con un ejército numeroso de súbditos y de aliados, invadió el reino de Judá en el año quinto de Roboam, por el año 969 A. C.; tomó sus ciudades fortificadas, se presentó ante Jerusalén, y obligó a Roboam a cederle los tesoros del templo y del palacio real, incluyendo los escudos de oro hechos por Salomón, 1 Rey. 14:25, 26; 2 Crón. 12:2-9. Compare 11:5-10.

Se identifica Sisac con el Sesonchis de que habla Maneto, el historiador y sacerdote egipcio, 300 A. C. Sisac es el She-shonk I de los monumentos, primer rey de la dinastía vigésima segunda. Este derrocó la dinastía rival de Tanis (a la cual pertenecía probablemente la mujer de Salomón), y la de Tebes, y estableció su corte en Bubastis, tomando como lema de su bandera la siguiente frase: “El que alcanza la dignidad real uniendo las dos regiones,” es decir, el alto y el bajo Egipto. Sisac ha dejado una crónica de sus conquistas, incluyendo la de Judá, en un muro del gran templo de Karnak en Tebes. Está representado en un bajo-relieve muy grande en el acto de ir a infligir la muerte, en presencia de Amun, el principal dios Tebano, a un grupo de cautivos. Cada nación o ciudad conquistada está personificada, y tiene su nombre escrito en un escudo ovalado que está pegado a la figura que la representa. Una de estas figuras, que tiene facciones hebreas, lleva en su escudo los caracteres equivalentes a Joudh-Malek, seguidos del que se empleaba para denotar tierra; todo junto significa: “Reino de Judá.” Véase Roboam. Otros muchos símbolos se cree que denotan ciudades fortificadas de Judá, y ciudades levíticas de Israel que se conjetura puede haberlas entregado Jeroboam a Sisac, para castigarlas por haberse adherido a Roboam y dejado a Israel, 2 Crón. 11:13. 14. Sisac reinó por lo menos 21 años, y fue sucedido por su hijo Osorton o Usarken, que es acaso el Zera del reinado de Asa. Véanse Faraón y Zera.

SÍSARA, *orden de batalla*, I., el general de Jabín, rey de Hazor. Oprimió a Israel en tiempo de los Jueces; fue derrotado por el ejército hebreo al mando de Débora y Barac, y muerto ignominiosamente por Jael, 1 Sam. 12:9; Sal. 83:9. Véanse Jael y Cisón.

II. Antepasado de unos Netineos que volvieron con Zorobabel de la cautividad, Esd. 2:53; Neh. 7:35.

SITIM o ABEL-SITIM, *las acacias*, el lugar en que los Moabitas y los Madianitas, por consejo de Balaam, indujeron a Israel a pecar, por lo cual se infligió un terrible castigo a los Israelitas, Núm. 25, y más tarde a los Madianitas, Núm. 31. Sitim o Abel Sitim fue el último campamento de los Israelitas antes de pasar el Jordán para entrar a Canaán, Núm. 33:49; Jos. 2:1; 3:1. Es la llanura bien regada que se extiende desde el pie de las montañas de Moab hasta el Jordán, y recibió ese nombre por la gran cantidad de acacias que allí crecían. Ahora se le llama Ghores-Seisaban, y se le describe por Tristram como “el mayor y más rico oasis de todo el Ghor” u hoya jordánica. En la extremidad meridional está Suweimeh, identificado por el Dr. Merrill y otros con Bet-jesimot; y en la margen septentrional se halla Telí Kefrain, cuya “verdura pantanosa,” según Tristram, lo identifica con Abel Sitim, *prado de las acacias*.

SITIM, MADERA DE, Éxodo 25:5. (acacia en algunas traducciones modernas) Se empleó mucho la madera de este árbol en la construcción del tabernáculo y sus paramentos: las tablas, barras y columnas del edificio, el arca, la mesa del pan de la proposición y el altar del incienso con sus barras, eran cosas todas hechas de madera de Sitim cubierta de oro; el altar de los holocaustos y sus varas o barras eran de la misma madera cubierta de metal, Exod. 25; 26; 27; 30; 36; 37; 38. La madera de Sitim se identifica con la de la acacia, de la cual hay muchas especies que crecen en Egipto, Arabia y Palestina. La acacia llamada *seyal* es el único árbol de tamaño considerable que crece en los desiertos de la Arabia; se halla diseminada por toda la península sinaítica, y en la costa occidental del Mar Muerto, en donde da su nombre a la cañada Seyal, al sur de Ain Jidy o En-gedi. Véase Sitim. El seyal se parece desde lejos al manzano. Su madera es de una fibra compacta, dura y de color oscuro, y es a la vez hermosa y sumamente durable. Sus hojas están divididas como las del pino; sus flores de color amarillo forman racimos fibrosos que presentan el aspecto de bolas, y el fruto se parece a una vaina de algarrobo. La corteza es amarilla y lisa, y las ramas tienen muchísimas espinas largas y agudas. De las cortadas o incisiones que se hacen en el seyal y algunas otras acacias, destila la bien conocida goma arábiga que los Árabes recogen, y la venden, o bien la usan algunas veces como alimento. Hacen también mucho carbón de esa madera. El tronco llega a tener hasta tres o cuatro pies de diámetro.

SITIM, VALLE DE, o torrente invernal, Joel 3:18, probablemente alguna cañada al oeste del Jordán, identificada por algunos con la garganta por la cual corre el Cedrón al Mar Muerto en las estaciones lluviosas. Compare Ezeq. 47:1, 8.

SITNA, *lucha*, el segundo pozo que cavó Isaac en el valle de Gerar, y a la posesión del cual pretendían tener derecho los pastores de Ahimelec, Gén. 26:21.

SIVÁN, el tercer mes eclesiástico de los Hebreos, y el noveno del año civil, que empezaba con la luna nueva de lo que correspondía a nuestro mes de Junio, Ester 8:9. Este nombre es probablemente de origen persa. Véase Mes.

SO, el rey de Egipto con quien se unió Oseas, el último rey de Israel, en su rebelión contra Asiria. A consecuencia de esta rebelión, Oseas fue reducido a prisión por el rey Asirio, Samaria fue sitiada y tomada, 721 A. C., y los Israelitas fueron deportados a Asiria, 2 Rey. 17:4-6. Véanse Salmanasar IV y Sargón. Los diferentes escritores identifican a So de diverso modo. Unos creen que era Sabac I, y otros, con menos probabilidad que era Sabatuc, el segundo rey de la dinastía vigésima quinta, que fue una serie etíope de tres reyes. Se dice que Sabac I, que era el Sabacón de que trata Maneto, conquistó e hizo dar muerte a Bocchoris, el único rey de la dinastía vigésima cuarta, y que reinó ocho o doce años; su nombre se halla en las ruinas de Luxor y Carnac. Sabac II, llamado por Maneto Sebichos o Sevechos, era hijo del rey anterior, y fue predecesor de Tirhacah, el último de la dinastía. Se le atribuye un reinado de doce a catorce años. Sargón, en una inscripción hallada en su palacio exhumado en Khorsabad, expone que después de haber tomado a Samaria, 721 A. C., derrotó a "Sebee," probablemente Sabac I, sultán de Egipto, y a Hanon rey de Gaza, en Rafia. En un cuarto que parecía ser un salón de archivos, en las ruinas del palacio de Senaquerib, en Kovunjik, se halló entre otros sellos una pieza de barro fino que tenía impresos dos sellos: el de Sabac, probablemente Sabac II, rey de Egipto, y el del rey Asirio. El sello parece haber sido impreso en el documento de un tratado entre los dos reyes. En una inscripción cilíndrica, Senaquerib pretende haber derrotado en su cuarta campaña, 701 A. C., un ejército egipcio al mando de sus príncipes nacionales, y un rey etíope cuyo nombre no menciona, en Altaku (Elteque, Jos. 19:44), de donde los Egipcios habían avanzado a dar auxilio a la ciudad filisteá de Ecrón. Algunos

investigadores identifican al monarca etíope con Sabac II, y un tratado de paz pudo naturalmente haberse seguido a acontecimiento semejante. Véanse Senaquerib y Sello.

SOBA, *paradero*, 2 Sam. 10:6-8; 23:36, un reino sirio poderoso, coetáneo de los primeros monarcas Hebreos, situado al oriente del Líbano. Comprendía un llano árido en el cual se levantaban varias sierras, y muchos valles fértiles y bien regados que se dilataban hacia el Éufrates, 1 Crón. 18:3, 9; 19:6, y tal vez hacia el occidente en el valle del Líbano, puesto que a Hamat se la llama algunas veces Hamat Soba, 2 Crón. 8:3. Sus reyes sufrieron en las guerras con Saúl, 1 Sam. 14:47. Su rey Hadad-ezer era un hombre poderoso, 2 Sam. 8:10, pero fue derrotado por David, 2 Sam. 10:16-19; 1 Crón. 18:3-8; 19:16-19. Soba, sin embargo, causó a Israel muchas molestias en épocas posteriores, 1 Rey. 11:23-25; 2 Crón. 8:3. Las inscripciones asirias hechas después, dicen que era un país subyugado que mandaba tributos, y que estaba situada en la ruta de sus ejércitos, camino de Hamat.

SOBAC, general de Hadad-ezer, rey de los Sirios. Fue derrotado y muerto en una batalla contra David, 2 Sam. 10:15-18. Se le llama Sofac en 1 Crón. 19:16-18.

SOBI, *haciendo cautivos*, jefe Amonita que auxilió a David cuando éste huía de Absalón, 2 Sam. 17:27-29, hijo de un rey anterior, Nahas, amigo también de David, 2 Sam. 10:1, 2. Compare Prov. 17:17; 27:10.

SOCO, ramas, l., población en la tierra baja de Judá, Jos. 15:35. Véase Sefela. Cerca de ella acamparon los Filisteos antes del conflicto de David con Goliat, 1 Sam. 17:1. Se menciona en la noticia que se da de una de las provincias de Salomón, 1 Rey. 4:10; fue fortificada por Roboam, pero los Filisteos la tomaron en el reinado de Acaz, 2 Crón. 11:7; 28:18. El Dr. Robinson, siguiendo la opinión de Eusebio y Jerónimo, la halla en las ruinas esh-Shuweikeh, en la pendiente meridional de la cañada es-Sumt, el valle de Elah, siete millas al noreste de Beit Jibrin, y diez y seis al sudoeste de Jerusalén.

II. Ciudad en las montañas de Judá, Jos. 15:48, identificada con esh-Shuweikeh, en la cañada el-Khalil, tres millas al norte de Jattir, y diez millas al sudoeste de Hebrón.

SODOMA, *quemante?* Una de “las ciudades de la llanura,” Gén. 13:12, destruidas por Dios con fuego del cielo por su excesiva maldad. Estaba en la parte meridional de la región ocupada por los Cananeos, Gén. 10:19, y era gobernada por su propio rey, así como cada una de las cuatro ciudades asociadas con ella, y a las cuales, según parece, sobrepujó en importancia, Gén. 14:2. En el tiempo de Abraham estas ciudades estaban sujetas a cuatro reyes confederados, que gobernaban países limítrofes con el Éufrates y el Tigris, mas al fin se rebelaron contra ellos. Estos reyes después de devastar las regiones que se hallan al este del Jordán y del Mar Muerto, y al sur y al sudoeste de este último, descendieron al mar por el paso de Engedi, y después de derrotar a los Amorreos establecidos allí, tuvieron un encuentro con los reyes de Sodoma, etc., en el valle de Sidim, los derrotaron y saquearon sus ciudades, Gén. 14:4-11. Sodoma estaba situada en la fértil llanura o “círculo” del Jordán en que Lot había preferido habitar después de haberla visto con Abraham desde una montaña al este de Betel, Gén. 13:10, 11. No obstante la mala conducta de sus habitantes, Lot acampó cerca de Sodoma, vers. 12, y finalmente se estableció dentro de sus muros. Fue él uno de los cautivos hechos por Codorlaomer, y rescatado por Abraham, Gén. 14:12-16. Lot volvió a Sodoma, Gén. 19:9, aunque disgustado de su inmoralidad, 2 Ped. 2:7, 8, la cual llegó a tal grado que no pudieron encontrarse diez en ella justos, Gén. 18:16-33. Habiendo dos ángeles instándole que escapase, salió de la ciudad antes de que fuese destruida, Gén. 19:1-23, 26. Véase Lot. Fue tan terrible la ruina de Sodoma y de las otras ciudades, y tan completa y perpetua la desolación de la región, antes fértil en que habían estado, situadas, Gén. 19:24, 25, que a esa catástrofe se alude a menudo en la Escritura, para que las naciones y los hombres malos escarmienten recordando

cuán infalible es la venganza de Dios, Deut. 29:23; Sal. 107:34; Isa. 1:9; 13:19; Jer. 49:18; 50:40; Lam. 4:6; Sof. 2:9; Luc. 17:28-30; 2 Ped. 2:6-9; Judas 4-7. El nombre de Sodoma se usa como sinónimo de maldades escandalosas, y se aplica a la idólatra y corrompida Judá, a Jerusalén, Isa. 1:10; 3:9; Jer. 23:14, y a la capital del Anti-Cristo, Apoc. 11:8. Ciertamente Judá y Jerusalén, al menospreciar las repetidas y graciosas intervenciones de Jehová, se han declarado ser más culpables que Sodoma, Ezeq. 16:46-52; comp. Lam. 4:6; y el Salvador nos enseña que los que le rechacen a la luz del Evangelio recibirán mayor castigo el día del juicio, Mat. 10:14, 15; 11:23, 24.

Hasta hace poco se creía generalmente que Sodoma y las ciudades asociadas con ella se hallaban en la ribera meridional del Mar Muerto, tomando por base el lecho que entonces ocupaba; pues se suponía que el valle de Sidim que las contenía o les estaba contiguo, ocupaba el terreno que ahora se halla cubierto por la bahía meridional del mar, habiendo sido sumergido, todo o en parte, por el cataclismo que acompañó la destrucción de las ciudades. Esta opinión ha sido patrocinada por el Dr. Robinson, y continúan admitiéndola varios eruditos eminentes, que alegan en su favor la tradición que se remonta hasta Jerónimo y Josefo; los vestigios de los nombres de Sodoma y Gomorra que se hallan en la orilla oriental de la cordillera calada Jebel Usdum, y en la cañada Amrah; la presencia de criaderos de betún, Gén. 14:10, en el fondo de la bahía, de lo cual sirven de prueba los témpanos de esa sustancia que flotan en la superficie del agua, o se ven depositados en su playa; y el hecho de que Abraham desde las cercanías de Hebrón vio el humo que subía de la tierra, Gén. 19:27, 28.

El sitio del norte ha sido patrocinado por De Saulcy, Tristram, Merrill y otros, fundado en las siguientes razones: que la llanura del Jordán vista y escogida por Lot, debe haber estado en la extremidad septentrional del Mar Salado, porque la meridional no es visible desde ninguna altura inmediata a Betel, estando interceptada por el promontorio de Ain Feshkah; que Abraham, cerca de Hebrón, pudo haber visto con tanta facilidad el humo que se levantase de la extremidad septentrional del lago, como el que se levantase de su extremidad meridional; y que por último, el sitio del norte está más de acuerdo con los detalles del ataque dado por Codorlaomer, y la persecución que le hizo Abraham. La llanura o "círculo" del Jordán, puede sin embargo haber incluido toda la hondonada o ghor en ambas extremidades y en ambos lados del Mar Muerto, y no se dice que Zoar misma pudiera verse desde la altura oriental de Betel, Gén. 12:8; 13:3, 10. En cuanto a la sumersión de esta región, es cierto que las referencias a Sodoma y Gomorra, etc., en ambos Testamentos, parecen indicar que la región en que habían estado era una playa abrasada por el sol, incrustada de sal, cubierta de azufre y desolada, más bien que una región cubierta de agua. Los libros apócrifos hablan de Sodoma y Gomorra, cuya tierra se halla esparcida de trozos de betún y montones de ceniza, 2 Esdras 2:9; y Josefo, después de describir el Mar Muerto, habla de los Sodomitas o la tierra de Sodoma, y dice que está linda con el mar, que está toda quemada, y que conserva todavía los vestigios del fuego divino que la había destruido, "Guerra" IV, 8, 4; aunque por otra parte, es evidente que él considera el valle de Sidim, del cual habla cómo inmediato a Sodoma, como si hubiera sido sumergido en la destrucción de la ciudad, y formado en su tiempo parte del mar, "Ant." 1:9; comp. Gén. 14:3. Véanse Gomorra, Mar III, Sidim, Sitim, Zoar.

SODOMA, VID DE, Deut. 32:32. Esta expresión puede haber sido usada metafóricamente sin denotar ninguna planta en particular. Josefo, sin embargo, habla de ciertas frutas que crecían en la región en donde Sodoma estaba situada antiguamente, las cuales "tienen un color como si fueran buenas para comer, pero al ser arrancadas se disuelven en humo y ceniza." Entre las plantas que se sugieren como las denotadas por las "manzanas de Sodoma," figura el *osher* de los Árabes, que es el *Calótropis procera* de los botánicos, parecido a una grande lechetrezná, de 10 a 12 pies de alto, que despide de las incisiones del tronco un fluido acre y lechoso, y produce una fruta amarilla del tamaño de una naranja, con una pequeña vaina que la atraviesa, cuyas delgadas y anchas semillas están rodeadas de filamentos

finos como de seda. Cuando se la aprieta o golpea, revienta con estrépito dejando sólo fragmentos en la mano. Esta planta, sin embargo, no es vid, y por eso muchos consideran la vid de Sodoma como la coloquíntida, especie de calabaza, cuyas hojas y tijeretas se parecen algo a las de la vid; su fruto, del tamaño de una naranja, con una corteza dura y amarilla, veteada de verde y blanco, es de mal olor y venenosa; cuando está seca contiene sólo semillas y un polvo seco, y revienta cuando se le aprieta. Se halla cerca de Gilgal, 2 Rey. 4:38, 39, y alrededor del Mar Muerto.

SODOMITA, Deut. 23:17, término bíblico aplicado a las personas que en consonancia con una costumbre pagana muy generalizada, practicaban como rito religioso en el culto de Astoret, etc., el crimen a que los hombres de Sodoma eran muy adictos, Gen. 19:4, 5. El término hebreo *kadesh*, significa “consagración y su equivalente femenino *kadesa*, es traducido “ramera” en Gén. 38:21, 22; Deut. 23:17; Os. 4:14. Algunos de los Israelitas adoptaron esta repugnante “consagración” con otras prácticas idólatras, aun cuando estaba expresamente prohibida, 1 Rey. 14:22-24. Entre las reformas instituidas por Asa, Josafat y Josías. trató de abolirse esa práctica, 1 Rey. 15:12; 22:46; 2 Rey. 23:7. Comp. Rom. 1:22-27.

SOFÁN, *desnudez*, Núm. 32:35, nombre probablemente unido con el de Atarot formando Atarot-sofán, para distinguir esta del Atarot de que se habla en el vers. 34, ambas en Gad, al este del Jordán.

SOFONÍAS, *escondido por Jehová*, I., Levita descendiente de Coat, en la séptima generación de Leví, antecesor de Samuel y de Hernán, 1 Crón. 6:36; llamado Uriel en el vers. 24.

II. Uno de los hijos de Cusí, y el noveno de los doce profetas menores, y biznieto de Ezequías, Sof. 1:1. Empezó a profetizar como por el año 630 A. C., durante la primera parte del reinado de Josías, antes de que las reformas hechas por ese buen rey quedasen concluidas, 2 Cr. 34:3; Sof. 1:4, 5. La destrucción de Nínive predicha por Sofonías, 2:13-15, ocurrió probablemente como por el año 606 A. C., y las amenazas contra los Baalitas, Camorreos, etc., Sof. 1:4-6, fueron cumplidas por Josías, 2 Rey. 23:4, 5. Su profecía contiene, en tres capítulos, dos oráculos, dirigidos contra los idólatras de Judá, contra las naciones vecinas— Moab, Amón, Etiopía y Nínive—y contra los gobernadores, los sacerdotes y los profetas corrompidos. En el capítulo 2:1-3, exhorta a la nación al arrepentimiento. En el capítulo 3:1-7, amonesta a Jerusalén respecto de los juicios venideros, pero concluye con promesas consoladoras respecto de las bendiciones del evangelio. Su estilo es como el de Jeremías, de quien fue contemporáneo durante los primeros años que floreció este profeta. Su historia posterior nos es desconocida.

SOL, “la gran lumbrera” de Gén. 1:14-16, el gran luminar del día que proporciona tantos símiles así a los poetas hebreos como a los de todas las demás naciones, Jue. 5:31; Sal. 84:11; Prov. 4:18; Luc. 1:78, 79; Juan 8:12. Era tenido no sólo como medio para determinar las estaciones, los días y los años, sino también como el de producir ciertas señales, tales como los eclipses, que eran manifestaciones del poder y la sabiduría de la Divinidad, Joel 2:31; Mat. 24:29; Apoc. 6:12; 8:12, y eran considerados por los paganos con supersticioso temor, Jer. 10:2. El sol “regía” el día; produciendo luz y calor e influencias vivificadoras. Era a la vez el medio empleado para medir las diversas partes, habiendo entre la salida y la puesta de este astro tres puntos principales: las 9 A. M., en que el sol se hacía caluroso, 1 Sam. 11:9; Neh. 7:3; el mediodía, o “el mayor calor del día,” Gén. 43:16; 2 Sam. 4:5; y el “aire o fresco del día,” en los momentos que precedían a la puesta del sol, Gén. 3:8. El sol en su nacimiento marcaba el este, y en su ocaso el oeste, puntos que también se denotaban con las palabras “delante” y “detrás;” así como los del norte y del sur con las palabras “mano izquierda” y “mano derecha.” Comp. Job 23:8, 9. Las Escrituras hablan del movimiento aparente del sol, como lo hace toda la gente en el lenguaje común, es decir como si fuera una realidad, Jos. 10:13, 27; 2 Reyes 20:11; Sal. 19:5, 6; 50:1; Ecles. 1:5; Hab. 3:11. Con la expresión “alas” del sol se denotaba la velocidad de los rayos solares, Sal. 139:9; Mal. 4:2. Se dice

que en las planchas asirias se mencionaron las manchas del sol, lo cual indica que en aquellos remotos tiempos ya se usaban los telescopios; y Layard encontró un lente de cristal en las ruinas de Nínive. Parece que hubo un tiempo en que los Asirios adoraban al sol directamente, sin valerse de ídolo intermedio, Job 31:26, 27. Los Egipcios, Fenicios, Persas, Amonitas, Asirios y otras naciones antiguas tenían ídolos del sol, y los Hebreos siguieron a menudo su ejemplo, 2 Rey. 21:3, 5; 23:5, 11, 12; Jer. 19:13; Ezeq. 8:16, 17; Sof. 1:5. Véanse Baal, Moloc y Heliópolis I. La ley de Dios es como el sol, Sal. 19:4-7; y Cristo es “el sol de justicia,” Mal. 4:2; Apoc. 1:16.

SOMBRA, algunas veces denota una intensa oscuridad y lobreguez, Sal. 23:4, y otras un lugar fresco de retiro, Isa. 32:2, o una protección perfecta, Sal. 17:8; Isa. 49:2. A las grandes sombras proyectadas por el sol al declinar se alude en Job 7:2; Jer. 6:4. El rápido e incesante movimiento de una sombra es un emblema de la vida humana, 1 Crón. 29:15; Sal. 102:11. Este término se emplea también en ocasiones para expresar la relación que existe entre los tipos del ritual mosaico y las realidades del régimen cristiano, Col. 2:17; Heb. 8:5; 10:1.

SOMER, *pariente*, quizá padre, de Jozabad, 2 Rey. 12:21; comp. 2 Crón. 24:26.

SOMORMUJO, o GAVIOTA, Lev. 11:17; Deut. 14:17, pájaro parecido al corvejón, el cual es una ave acuática como del tamaño de un ganso. Se alimenta de peces que captura con gran destreza, y es tan glotón y voraz que su nombre ha llegado a ser una especie de proverbio familiar. La palabra hebrea que en Sof. 2:14 se traduce por “onocrótalo,” [algunas traducciones antiguas] debería traducirse más bien por “pelicano,” como en Isa. 34:11, y en otros varios pasajes.

SÓPATER, *libertador de un padre*, cristiano de Berea, que acompañó a Pablo de Grecia o Macedonia al Asia, en su regreso de su tercer viaje misionero, 58 A. D. Era hijo de Pirro, Hech. 20:4. Comp. Hechos 17:10-12. Algunos quieren identificarlo con Sosipater.

SOREC, *vid escogida*, valle en que vivía Dalila, Jue. 16:4, cerca de Sora, lugar del nacimiento de Samuel, Jue. 13:2. Se hallan actualmente vestigios de Sorec en Sura, catorce millas al oeste de Jerusalén, en un cerro, en el lado septentrional de la cañada Surar, parte de la cual fue probablemente llamada valle de Sorec. Es un valle ancho y fértil flanqueado por bajas colinas de blancas piedras calizas, a propósito para el cultivo de la vid; el lecho de su torrente invernal, Jue. 16:4, blanco y cascajoso en la estación de las secas, pasa por en medio del valle. En su lado meridional, cerca de dos millas de Sura, se halla Ain Sheins, llamado antiguamente Bet-semes; y como dos millas al sudoeste de Ain Shems, está Tibneh, llamada anteriormente Timnat, residencia de la doncella filisteas con quién se casó Sansón, Jue. 14:1. Como dos millas al noreste de Sura, está Eshua, que se supone es la antigua Estaol, Jue. 13:25; 16:31. Desde Surah el valle sigue un curso noroeste por la línea divisoria entre Judá y Dan, hasta el Mediterráneo, pasando tres millas al sur de Akir, la antigua Ecrón, y bien puede haber sido el camino que siguieron las vacas de los Filisteos cuando llevaron el arca de Dios de Ecrón a Bet-semes, 1 Sam. 5:10 a 6:13.

La palabra Sorec se traduce “vid,” o “vid escogida,” en Gén. 49:11; Isa. 5:2; Jer. 2:21, y este valle puede haber derivado su nombre del cultivo de tales vides en sus laderas. Los viñedos de Timnat se mencionan en Jue. 14:5. En el arábigo moderno dicha palabra denota una clase altamente apreciada de uva siria, que es pequeña, dulce y de un color purpurino, con pequeñas semillas, y de la cual se hace un vino rojo.

SORTÍLEGO o PITONES, llamados ahora nigromantes, eran los que pretendían descubrir los acontecimientos desconocidos y futuros, haciendo aparecer a los muertos, e interrogándoles, Deut. 18:

10, 11; 2 Rey. 21:6; 2 Crón. 33:6, crimen que se castigaba con la muerte a pedradas, Lev. 19:31; 20:17. Véase Hechicera. No puede darse ninguna buena razón para creer que las pretendidas comunicaciones con los espíritus de los muertos son menos ofensivas a Dios ahora que en el tiempo de Moisés, Isa. 8:19; 29:4.

SOSANIM, *linos*, título de los Salmos 45 y 69 en algunas traducciones; *Sosanim-eduth*, lirios, un testimonio, título del Salmo 80; *Susan-eduth*, lirio, un testimonio, título del Salmo 60. Todas estas expresiones están dirigidas al músico principal (Reina, vencedor) e indican tal vez la melodía o música con la cual debía cantarse el Salmo. Algunos sin embargo creen que indican más bien el asunto de que se trata en el Salmo; y otros consideran la palabra “shushan,” de la cual “susanim” es el plural, como nombre de un instrumento musical que tiene la forma de un lirio; o de un címbalo, una trompeta, o un instrumento de seis cuerdas.

SOSÍPATER, *salvador de un padre*, pariente de Pablo, que estaba con él en Corinto cuando escribió la epístola a los Romanos, 58 A. D., Rom. 16:21. Véase SÓPATER.

SÓSTENES, *preservador de la nación*, jefe de la sinagoga de Corinto después de la conversión de Crispo, y probablemente el que acaudilló a los judíos cuando trataron de dar muerte a Pablo. Cuando Galión rehusó conocer de la queja de los judíos contra Pablo, 53 A. D., Sostenes fue públicamente herido por los Griegos, Hech. 18:17; es posible que la compasión que Pablo le manifestó lo convirtiera al cristianismo; de manera que bien puede ser idéntico a “Sóstenes el hermano” que estaba con Pablo en Éfeso, y se le unió en la epístola escrita a los Corintios, 57 A. D., 1 Cor. 1:1; 16:8.

SÚA, *depresión*, l., hijo de Abraham y de Cetura, Gén. 25:2; 1 Crón. 7:32, quizás el progenitor de Bildad el Suhita, Job 2:11.

II. Prosperidad, descendiente de Caleb, hijo de Hur, 1 Crón. 4:11.

SUAL, *chacal o zorra*, LA TIERRA DE, región hacia la cual fue una de las bandas merodeadoras de Filisteos, procedente de Micmas, 1 Sam. 13:17; probablemente la cordillera que se halla al sudeste de Siquem, en la frontera oriental de Efraín, mirando al valle del Jordán. Véanse Saalim y Zeboim.

SUBIDA, 1 Crón. 26:16, 18, se supone que era el camino pendiente, 2 Crón. 9:4, por el cual la gente iba de Sion al lado occidental del área del templo. Fue primero hecho de madera, “gradas,” 2 Crón. 9:11, pero la última construcción que se hizo fue de piedra. Véase Paredes.

SUCOT, *barracas o enramadas*, l., sitio en el valle del Jordán y cerca del Jaboc, entre Penuel al este del Jordán y Siquem al oeste, en donde Jacob erigió una casa para sí mismo, y enramadas para sus ganados, preparándose de ese modo para permanecer allí largo tiempo a su regreso de Mesopotamia, Gén. 33:17. Josué asignó la ciudad construida en ese lugar en tiempos posteriores, a la tribu de Gad, Josué 13:27. A 77 hombres de los principales de Sucot Gedeón les desgarró las carnes con espinos y zarzas, por haber rehusado con altanería darle auxilio cuando perseguía a los Madianitas, Jue. 8:5-16. Según parece, estaba en la margen oriental del Jordán, a tres millas del río, en la latitud de Siquem, pero es también posible que estuviera situada en la margen occidental, en el lugar llamado ahora Aines-Sácut, diez millas al sudeste de Bet-sean. Compare 1 Rey. 7:46; Sal. 60:6.

II. El primer campamento de los Israelitas, después de su salida de Egipto, Exod. 12:37; 13:20; Núm. 33:5, 6. El punto de partida de éstos, Ramesés, se hallaba en la extremidad occidental de la cañada et-

Tumeilát, y Sucot ha sido identificada últimamente de un modo fidedigno, con las ruinas que se hallan veinte millas al este, en la misma cañada, llamadas también Pitom, palabra que puede verse.

SUCOT-BENOT, tiendas de las hijas, 2 Rey. 17:30, un objeto de culto idolátrico entre los Babilonios; tal vez el nombre de un ídolo, como Nergal y Asima que se ven en el mismo versículo, o quizá alusivo a las barracas en que mujeres Babilonias se prostituían en honor de Militta, la Venus asiria.

SUDOR, Gén. 3:19; Ezeq. 44:18, indicio de una vida de trabajo. El sudor de sangre que vertió Cristo en el huerto de Getsemaní, Luc. 22:44, fue una prueba evidente de la terrible agonía que sufrió. Este fenómeno es sumamente raro, pero se sabe que ha ocurrido varias veces.

SUEÑO. Los Orientales daban mucha importancia a los sueños, y recurrían para que se los explicaran, a los que pretendían tener la facultad de hacerlo. Se deja conocer que esta costumbre era antigua, por lo que está escrito en Job 4:13-15; 7:14; 33:15-17, y en la historia del copero y del panadero de Faraón, y de Faraón mismo, Gén. 40; 41. Dios expresamente prohibió a su pueblo que se preocupase de los sueños, y que consultase a los paganos que los explicaban. Condenó a muerte a todos los que falsamente pretendían tener sueños proféticos, aun cuando lo que predijesen sucediera, si tenían alguna tendencia a promover la idolatría, Deut. 13:1-3. Pero a los judíos no les estaba prohibido cuando creían haber tenido un sueño significativo, dirigirse a los Profetas del Señor, o al Sumo-Sacerdote vestido de su efod, para que se los explicaran. El Señor con frecuencia hacía conocer su voluntad por medio de sueños, y daba a algunas personas la facultad de explicarlos, como en los casos de Abimelec, Jacob y Labán, Gén. 20:3-7; 28:12-15; 31:24; del Madianita, Jue. 7:13; de Nabucodonosor, Dan. 2 y 4; de José; de los Magos; de la esposa de Pilato, y de Pablo, Mat. 1:20; 2:12; 27:19; Hech. 27:23. Los sueños sobrenaturales se distinguen de las visiones, en que los primeros ocurrían cuando la persona estaba dormida, y las últimas cuando estaba despierta. Dios le habló a Abimelec en un sueño, pero a Abraham en una visión. En ambos casos dejaba en el ánimo una convicción de lo verdadero de cualquiera cosa que quería revelar. Tanto los sueños como las visiones son ahora innecesarios, pues la Biblia los ha reemplazado; ella basta para conducirnos con seguridad de la tierra al cielo.

SUERTE, se echaban a menudo por los judíos, así como por las otras naciones antiguas, con la esperanza de que, cuando apelaban a Dios, él los guiase de tal manera que acertasen en los casos dudosos, con el partido que habían de tomar, Jue. 20:9; 1 Sam. 10:20, 21; 1 Crón. 26:14; Sal. 22:18; Prov. 16:33; 18:18. A menudo se hacía uso de ellos por mandato divino. Las partes de tierra de las doce tribus fueron asignadas de ese modo; y por esto la parte correspondiente a cada una de ellas se le llamaba "la suerte de su heredad," Núm. 26:55, 56; Sal. 125:3; Hech. 8:21. El chivo emisario tenía que ser escogido a la suerte, y del mismo modo se determinaba el orden de servicio de los sacerdotes, Lev. 16:8; 1 Crón. 24:5; 25:8. A la suerte fueron descubiertos Acán, Jonatán, y Jonás, Jos. 7:14; 1 Sam. 14:41, 42; Jonás 1:7. A la suerte fueron repartidas las vestiduras de Cristo, Mat. 27:35, y por el mismo medio Matías fue designado por el Salvador para ser apóstol en lugar de Judas, Hech. 1:26. El modo más común de echar suertes era empleando piedrecitas. Se marcaba una o más de ellas, y luego se sacudían todas juntas en uno de los dobleces de un vestido, en una urna, o en un yelmo, antes de proceder al sorteo, Prov. 16:33; Juan 19:24. Como el uso de suertes por uno que cree en la providencia particular de Dios envuelve una solemne apelación al Dispensador de todos los acontecimientos, nunca deben emplearse en ocasiones triviales; y en la actualidad apenas ocurrirá algún caso en que sea justificable tal apelación. Véase Purim.

SÚHAM, hijo de Dan, Núm. 26:42, llamado Husim en Gén. 46:23.

SULAMITA,, el título que se da a la esposa en los Cantares de Salomón, 6:13, literalmente, la mujer Sulamita, en hebreo Hash-Shulammit, término que algunos interpretan como equivalente a la Sunamita o mujer de Sunem, usado quizá para poner en contraste el origen campestre de la esposa con el de las hijas de Jerusalén, Cant. 1:5, 6, etc. Otros lo consideran como un nombre propio figurativo, derivado de la misma raíz que el nombre Salomón, en hebreo Shelomoh, pacífico, al cual corresponde como forma femenina, así como Julia corresponde a Julio. Otros, por último, lo tienen como un simple apelativo que significa “la pacífica.” Véanse Sunamita y Sunem.

SUMO SACERDOTE, jefe del sacerdocio de Israel, Lev. 21:10, que se distinguía de los otros sacerdotes por el modo cómo era consagrado, y por las funciones y la vestidura que le eran peculiares. Aarón fue escogida por Dios de entre la tribu de Levi como primer Sumo-Sacerdote, Exod. 6:20; 28:1. Su cargo pasó a su tercer hijo Eleazar, Núm. 3:32; 20:28; Deut. 10:6, en cuya familia continuó, Jue. 20:28, hasta que pasó a Elí, descendiente de Itamar el hijo menor de Aarón, 1 Sam. 1:9; 14:3; 21:1; 22:20; 23:6, 9; 1 Crón. 24:3, 6. Salomón lo transfirió de Abiatar a la familia de Eleazar, en la persona de Sadoc; 1 Rey. 2:35, porque Abiatar fue desleal, 1 Rey. 1:7, 25; y así se cumplió la profecía relativa a la casa de Elí, 1 Sam. 2:27-36; 3:11-14, Parece que Abiatar y Sadoc habían sido anteriormente colegas en dignidad, 2 Sam. 15:24-29; 1 Crón. 15:11. Una lista incompleta de los Sumo-Sacerdotes que sucedieron a Sadoc hasta la cautividad, en 1 Crón. 6:8-15, tiene como suplemento las noticias consignadas en Reyes y Crónicas respecto de varios de ellos que funcionaron entre Amarías y Sallum, 2 Rey. 11; 12; 2 Crón. 22-24; 26:17; 2 Rey. 16:10; 2 Crón. 31:10, terminando en Sarías, 2 Rey. 25:18. Su nieto Jesuá, Esd. 3:2, fue Sumo-Sacerdote después de la cautividad; y sus sucesores aparecen en Neh. 12:10, 11. Según Josefo, Jaddua con su vestidura sacerdotal se granjeó la veneración de Alejandro el Grande, 332 A. C. Después de terminado el canon del Antiguo Testamento, en la época del Sumo-Sacerdote Simón el Justo, 300-291 A. C., el sumo sacerdocio se convirtió a menudo en instrumento que los gobernantes civiles empleaban para la ejecución de sus designios. Algunos de los que asumieron ese cargo en tiempo de los reyes siro-griegos, fueron hombres indignos, infieles a su religión. Luego pasó a los ilustres Asmoneos o familia de los Macabeos, descendientes de Jojarib, 1 Crón. 24:7, 153 A. C., y estuvo generalmente unido a la dignidad y al título real, de 105 a 63 A. C., en que Jerusalén fue tomada por Pompeyo; pero los Asmoneos conservaron el poder real y sacerdotal hasta que Herodes se hizo rey, 37 A. C. Este hizo asesinar a Aristóbulo, 35 A. C., el último de esa familia, a quien él había nombrado; y alternativamente elevó y depuso a otros cuatro sacerdotes. Bajo el gobierno de Arquelao y de los Romanos este cargo fue degradado con frecuentes cambios, habiéndolo desempeñado no menos de 28 personas en el tiempo que medió entre el advenimiento de Herodes y la destrucción de Jerusalén, 70 A. D. Varios de ellos eran coetáneos. Compárese Juan 11:51. El último Sumo-Sacerdote fue un rústico ignorante, Fannías, a quien los Judíos Zelotes escogieron a la suerte, dando fin a una serie de setenta y seis que continuó por espacio de catorce siglos.

En 2 Rey. 25:18 se menciona un segundo sacerdote, el sagan o vicario, nombrado a menudo para officiar cuando el verdadero Sumo-Sacerdote estaba imposibilitado. La consagración del Sumo-Sacerdote se distinguía de la de los demás, por una unción especial que se le hacía derramándole el oleo sagrado sobre la cabeza, Exod. 29:7; 30:22-33; Lev. 8:12; 21:10, 12; Sal. 133:2, además de lavarle y rociarle con aceite, etc., cosa que se les hacía también a todos los sacerdotes, Exod. 29:4, 20, 21; Lev. 8:6, 23, 24, 30. Así Cristo, nuestro Gran Sumo-Sacerdote, fue ungido con el Espíritu Santo, Dan. 9:24; Hech. 10:38; Juan 3:34. A los sumos sacerdotes se les ponían vestiduras especiales, Exod. 29:5, 6, 29, 30; Lev. 8:7-9, y se ofrecían sacrificios durante los siete días de su consagración, Exod. 29:1-37; Lev. 8:14-36. Los vestidos de los Sumo-Sacerdotes—además de los calzones, la túnica de lino y el cinturón de que se componían los de los otros sacerdotes—constaban de cuatro piezas, Exod. 28:4, 39-43; Lev. 8:7-9; el manto del efod, Exo. 28:31-35; el efod con el artificio de su cinta, Exod. 28:6-12; el racional con el Urim y Tumim, vers.

15-30, y la mitra, vers. 36, 39. Véanse los títulos respectivos, Los sacerdotes se ponían estas vestiduras solamente cuando oficiaban en el santuario, Ezeq. 42:14; 44:17-19; Hech. 23:5. En el día de expiación su vestidura era de lino blanco sencillo, Lev. 16:4, 23, 24.

La atribución especial y más solemne del Sumo-Sacerdote era entrar al lugar santísimo una vez al año, en el Día de la Expiación, para hacer expiación por los pecados de la nación, Lev. 16. Véase Expiación. Por medio del Urim y el Tumim, Dios le revelaba las cosas secretas y futuras, Exod. 28:30; Núm. 27:21; Deut. 33:8. La Escritura no dice nada acerca de este después del tiempo de David, 1 Sam. 23:6-9; 30:7, 8; comp. Esd. 2:63. Los profetas hicieron las veces de Sumo-Sacerdotes como medios o conductos de las revelaciones divinas, 2 Crón. 15:1-8; 18; 20:14-17; 2 Rey. 19:2; 22:12-14; Jer. 21:1, 2. En la ley relativa al homicida, se concedían a este ciertas exenciones a la muerte del sumo-sacerdote, Núm. 35:25, 28. Al principio, como jefe de todos los sacerdotes, estaba a la cabeza de todos los asuntos religiosos en Israel, y aun de la administración de justicia, Deut. 17:8-12; 19:17; 21:5; 35:8, 10; comp. 2 Crón. 19:8-11; Ezeq. 44:24. Pero después del establecimiento de la monarquía, los reyes generalmente dirigían los principales asuntos religiosos: como lo hicieron David, 1 Crón. 24; 25; Salomón, 2 Crón. 6; 7; Josafat, 2 Crón. 17:7-9; 19:4-11; Joás, 2 Crón. 24:4-6; Ezequías, cap. 29-31; Josías, cap. 34. Cuando el rey emprendía algo malo, algunas veces el Sumo-Sacerdote se le oponía, como lo hizo Joíada respecto de la reina Atalía, 2 Crón. 22:10 a 23:20, y Azarías a Uzías, 2 Crón. 26:16-20; pero algunas veces cedía, como lo hizo Urías con Acáz, 2 Rey. 16:10-16. En el tiempo en que nuestro Señor estuvo en la tierra, el Sumo-Sacerdote era el presidente del Sanedrín, Mat. 26:62.

El Sumo Sacerdote tenía que ser un hombre sin tacha personal; había de casarse con una virgen de su propio pueblo, y no podía observar el duelo a la muerte de sus parientes; la ley le prohibía estrictamente el que se expusiese a incurrir en impureza ceremonial, Lev. 21:10-24. Se sostenían de los diezmos y las ofrendas. Véase Sacerdotes.

Cristo es nuestro Sumo Sacerdote, misericordioso y fiel, de un orden mejor que el de Aarón, porque su sacerdocio no es transmisible; siendo santo, no necesita ofrecer sacrificio por sí mismo, pero hizo una vez por todas propiciación por nuestros pecados con su propia sangre, después de lo cual pasó por los cielos a la presencia de Dios, donde vive para siempre para hacer intercesión por nosotros. Él bendice a su pueblo y le hace arrepentir de sus iniquidades, Núm. 6:23-26; Hech. 3:26; Él ha abierto un camino para llegar a Dios por medio de sí mismo; y procediendo del lugar santísimo aparecerá por segunda vez para la completa salvación tanto corporal como espiritual, de aquellos que creen en él, y les dará a estos la bienvenida en la morada que les ha preparado y en que ha entrado como Precursor, Hebreos 4:14-16. A fin de que podamos sacar provecho de su obra, es necesario que lo aceptemos, que confiemos en él, y que le obedezcamos, Heb. 10:19-39.

SUNAMITA, *mujer de Sunem*, término aplicado a Abisag, 1 Rey. 1:3, 15; 2:17, 21, 22; y a la que dio hospedaje a Eliseo, 2 Rey. 4:12, 25, 36. Compare vers. 8. Véase Sunem.

SUNEM, doble lugar de descanso, ciudad en Isacar, Jos. 19:18. Allí fue donde hicieron su primer campamento los Israelitas antes de la batalla de Gilboa, 1 Sam. 28:4. Abisag, la sirvienta del rey David, era de Sunem, 1 Rey. 1:3; también la mujer que tuvo como huésped a Eliseo, y a cuyo hijo resucitó este profeta, 2 Rey. 4:8-37. Sunem está ahora representada por la población de Sulem, en la falda sudoeste de Jebel Duhy, "el cerro de Moreh," seis millas al sur de Tabor y al norte de Gilboa, y tres y media millas al norte de Jezreel. Es una pobre aldehuella con una fuente y una pila, rodeada de hermosos sembrados y huertos. Desde ella, mirando hacia el oeste al través de la llanura de Esdraelón, se ve el monte

Carmelo. Sus habitantes son rudos y poco tratables, y a los muchachos del lugar se les ve todavía jugar en los sembrados, con la cabeza descubierta, bajo los rayos de un sol abrasador.

SUPERSTICIOSOS, Hech. 17:22 (en algunas traducciones) es palabra que aquí no debe tomarse en mal sentido. Pablo echó de ver que los Atenienses se dedicaban mucho a la devoción tal como esta era entendida entre ellos. Tal vez “inclinados a las prácticas religiosas,” expresaría mejor el sentido del original. Los Hebreos estaban libres, por el conocimiento que tenían del verdadero Dios, Hacedor y Regulador de todas las cosas, de muchas de las supersticiones que predominaban entonces entre sus vecinos, como predominan entre los paganos en la actualidad.

SUQUIENOS o SUKIENOS, moradores en barracas, aliados de Sisac en su invasión de Judá, 2 Crón. 12:3, procedentes probablemente de las regiones que se hallan al sudeste de Egipto.

SUSA, *lirio*, capital de Elam y ciudad muy antigua. Se menciona en las inscripciones de Asur-bani-pal como tomada por él, por el año 650 A. C., y se da un plano de la ciudad. Pasó a manos de los Babilonios en la división que se hizo del imperio asirio entre Nabopolasar de Babilonia y Ciaxares de Media. En el tercer año de Balsasar, Daniel estaba en Susa en negocios del rey, cuando tuvo la visión del carnero y del chivo, Dan. 8:1, 2, 27. A consecuencia de la conquista de Babilonia por Ciro, Susa fue traspasada a los Persas, y fue hecha capital y residencia principal de los reyes Aquemenianos, por ser de una temperatura más fresca que Babilonia y por ser más central que Ecbátana y Persépolis, lugares en donde residían en el verano. Darío Histaspis fundó en Susa el gran palacio a que se hace referencia en Ester, como el que ocupaba su hijo y sucesor Jerjes, Est. 1:2, 5. Nehemías estaba en Susa cuando recibió de Jerusalén las noticias que lo indujeron a solicitar permiso de Artajerjes para reedificar los muros de la ciudad santa, Neh. 1:1-28. Los autores clásicos llaman a Susán Susa, y a menudo la mencionan con ese nombre como la capital persa, y llaman la provincia de Elam Susis o Susiana, y también Cissia. La ciudad conservó su predominio hasta la conquista de Macedonia, cuando Alejandro encontró allí un tesoro que ascendía a 12,000,000 de libras esterlinas. Después de este periodo, Susa declinó y Babilonia progresó. Fue tomada por Antígono en 315 A. C. Los Musulmanes ganaron a Susiana en 640 A. D.

El sitio que ocupaba Susa ha sido identificado con las ruinas de Sus o Shus, a los 32° 10' de latitud norte, y a los 48° 26' de longitud este, sobre la margen oriental del río Shapur, 275 millas al este de Babilonia, y 175 al norte del Golfo Pérsico. Véase Ulai. Los restos consisten en cuatro moles principales en un circuito de tres millas, con moles menores hacia el este, estando todas en una circunferencia como de siete millas. De las cuatro moles principales la más occidental, formada de tierra, cascajos y ladrillos secados al sol, mide cosa de 2580 pies alrededor de su cima, y su punta más alta tiene 119 pies de elevación sobre el río. Sus costados son escarpados, y se cree que en otro tiempo fue una ciudadela. Al oeste de ella está la tumba tradicional de Daniel. Al este de dicha mole de la ciudadela está la gran plataforma o terraplén central que cubre más de 60 acres, y tiene de cuarenta a setenta pies de altura. En la mole cuadrada que está al norte pueden verse los restos de un vasto palacio: el salón central como de 200 pies cuadrados tenía 36 columnas, probablemente de una altura como de 60 pies. Contiguos por la parte del norte, del este y del oeste, había tres pórticos, cada uno con doce columnas, y de una extensión de 200 pies de anchura y de 65 de profundidad. En uno de estos tuvo lugar probablemente la gran fiesta de Asuero. “La puerta del rey” en donde Mardoqueo estaba sentado, Est. 2:19, 21, puede haber sido el salón de cien pies en cuadro, distante 150 pies o más del pórtico septentrional; y este aposento intermedio, “el patio de adentro” en donde Ester imploró el favor del rey. cap. 5:1, 2. La “casa real,” cap. 1:9; y “las casas de las mujeres,” cap. 2:9, 11, deben haber estado al sur del gran salón central, entre él y la ciudadela. Shush abunda ahora en fieras, como leones, lobos, jabalíes, etc., Ezeq. 33:24. El calor en el verano es intenso, pero algunas veces es mitigado por el viento fresco que sopla allí de la cordillera de

montañas que se halla 25 millas al este. La primavera en esta región es deliciosa, y después de las lluvias del invierno, el país se reviste de verdura y el aire se impregna del suave perfume de las flores.

SUSANA, *lirio*, Luc. 8:3, una de las mujeres que sirvieron a Cristo con sus recursos pecuniarios.